

AGRADABLEMENT
PERSEGUIDA

KASEY STOCKTON

Agradablemente perseguida

Kasey Stockton

Índice

[Página del título](#)

[Copyright](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Epílogo](#)

[¿Quieres estar informado\(a\)?](#)

[Agradecimientos](#)

[Otros libros de Kasey Stockton \(en inglés\)](#)
[Acerca de la autora](#)

Copyright

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Primera versión en inglés. *Pleasantly Pursued*. Copyright © 2022 por Kasey Stockton.
Diseño de portada por Seventhstar Art.

Dedicatoria

Para Susie, que de ninguna manera encarna a la estereotipada suegra.
¡Tengo suerte de tenerte y te amo!

Capítulo 1

Thea

Siempre me había creído bastante hábil para esconderme, pero esta vez me pregunté si había ido demasiado lejos con mi disfraz. La harina me espolvoreó la nariz, ocultando mis débiles pecas y mi piel pálida bajo una capa de polvo blanco y disimulando efectivamente el cabello oscuro, que se asomaba debajo de mi gorra de sirvienta. Seguramente, tenía aspecto de haber perdido en una ronda de pudín de balas y, si bien ese juego era divertido durante la Navidad, ahora era noviembre, y la cocinera no iba a estar contenta de descubrir el desastre que yo había causado.

Hornear parecía mucho más fácil cuando alguien más lo hacía. Pero cuando me pidieron que amasara la masa, se me escaparon los detalles del acto. Aunque no podría ser tan complicado. Enrolle el bulto, lo golpeé, enrollándolo un poco más...

—¡Santo Cielo! Muchacha —dijo la cocinera, regresando apresuradamente al taller. Su cabello castaño estaba escondido debajo de una gorra y un delantal atado, alrededor de su amplia cintura—. ¿Qué intentas hacerle a ese pobre pan?

—¡Amasarlo!

—Más bien, le estás dando golpes hasta matarlo —murmuró la cocinera en voz baja.

Ella me hizo a un lado con la cadera. Me recosté contra el mostrador, limpiándome la frente con el dorso de la muñeca. Solo llevaba quince días trabajando como ayudante de cocina en casa de los Fuller, pero ni siquiera ahora podía preparar adecuadamente la masa para que fermentara la levadura.

—Ponte a trabajar con esos guisantes —dijo la cocinera, señalando un balde vacío en el rincón más alejado.

—Sí, señora. —Cogí el cubo y salí.

—¡Recoge algunas remolachas! Mientras estás ahí —gritó la cocinera, a través de la puerta cerrada—. Y límpiate la cara, muchacha. ¡Te ves hecha un desastre!

Abrí la puerta para reconocer que la había escuchado.

Después de pasar los últimos años en la escuela de graduación para señoritas de la señora Moulton, me sentí extremadamente fuera de lugar en el interior de una gran casa, ayudando a preparar la cena y limpiando después de cocinar. Mi madre estaría horrorizada, si estuviera viva para verme ahora, y al pensarlo hice girar el anillo en mi dedo. Dejando a un lado las molestias, el anonimato de mi puesto actual me brindaba cierto grado de seguridad. No importaba con quién tuviera que cenar la familia Fuller, ya que nunca me encontraría cara a cara con ningún invitado suyo.

Después de hacer todo lo posible para establecer una carrera como institutriz (los niños eran demasiado pequeños y desobedientes) y luego asistente de modista (ella había apreciado mis buenos modales, pero mis puntos eran abismalmente anchos), me topé con esta oportunidad de ayudante de cocina en un mercado, en Brumley. La encontré como un signo de buena suerte, después de una racha de mala suerte. Era el mejor escondite. Nunca me descubrirían en este puesto, y la cocinera estaba decidida a enseñarme lo que necesitaba saber. Aunque parecía que ponía a prueba su paciencia la mayoría de las veces.

Ahora valoraba mi puesto actual porque solo podía depender de mí misma. Mi seguridad y mi éxito no dependían de nadie más que de mí, y no era como si pudiera romper mi propia

confianza. Era una posición cómoda, a pesar de las ronchas en mis manos y los nudillos rotos.

Mis rodillas se humedecieron en el suelo duro y frío, mientras el sol de finales de otoño calentaba mi cuello doblado. Me incliné hacia adelante y recogí los guisantes, los partí en la base de la enredadera y los dejé caer en el cubo. Los restos de polvo al amasar me hicieron cosquillas en la nariz, y levanté la parte inferior de mi delantal para limpiarme la harina de la cara.

Habían pasado casi seis meses desde que salí de mis estudios finales y salí corriendo para buscar refugio del desagradable futuro, que se avecinaba ante mí. En ese momento, todavía no había encontrado una situación tan feliz como esta, lo que tal vez fuera un peor reflejo de mis dos posiciones anteriores, que un elogio por la misma. Los gestos de la cocinera eran duros y el trabajo era agotador. Me quedaba dormida todas las noches, antes que mi cabeza llegara a la almohada, y mis manos se estaban volviendo lentamente de cuero. Sin embargo, los breves momentos al aire libre como este eran pequeñas fortunas que podía guardar para ayudarme durante los largos días.

Me arrodillé en el huerto. El sol golpeaba mi espalda y calentaba mi piel, a través del tosco vestido de doncella que debía usar. El uniforme estaba muy lejos de los lujosos vestidos de fiesta y las medias de seda, a los que estaba acostumbrada, pero valía la pena sacrificar las galas por una vida que pudiera considerar mía.

No tenía la intención de seguir siendo una sirvienta para siempre, solo me quedaría el tiempo suficiente para conocer a un hombre y labrarme un futuro de mi propia elección. Aunque conocer hombres parecía cada vez más difícil en esta posición. Quizás mis objetivos se lograrían mejor, si encontrara un puesto como dependienta o asistente, siempre y cuando, ese trabajo no requiriera costura.

Mis padres habían echado a perder cualquier deseo de reclamar a un caballero como marido. En mi experiencia, los caballeros eran la peor de las criaturas, y yo sería mucho más feliz con un hombre humilde.

Los cascos golpeaban el camino, lleno de gente, que bordeaba el jardín. Un muro de piedra seca me separaba de la vía, pero aún así me agaché para evitar la nube de polvo, que pronto se elevaría en mi dirección. El caballero montado en el caballo vestía un traje decente de gala y un ceño fruncido estropeaba su hermoso rostro... “¡Oh, *Santo Cielo!*” Un escalofrío me recorrió cuando mi mirada se posó en su rostro familiar. Yo lo conocía.

O este hombre era Benedict Bradwell, o el sol me había jugado una mala pasada al asignarle el rostro del último hombre en Inglaterra al que deseaba volver a ver. Un hombre al que había empezado a llamar guapo, incluso. Mi cerebro merecía un lavado con jabón por albergar tal pensamiento.

Su mirada aburrida se posó en mí, y antes que pudiera esconderme detrás del muro de piedra para cubrirme, el reconocimiento iluminó sus ojos azules.

“¡*Maldita sea!*” Él me había visto. Escuché el golpeteo de los cascos de su caballo desvanecerse un poco por el camino, agarré el cubo con fuerza y esperé que continuara su camino. Para mi consternación, el caballo aminoró la marcha. Oí a Benedict dar la vuelta, pero no pude mirarlo. Si me descubriera (para confirmar que realmente era yo, a quien vio con el vestido de doncella desaliñado, inclinado sobre un jardín), me sacaría de mi situación segura en Brumley, y me depositaría en la casa de mi lascivo acompañante. O, peor aún, Benedict me llevaría a casa con él.

Me puse de pie de un salto, y corrí hacia la casa con la alarma en el estómago y encendiendo fuego bajo mis rápidos pasos. Benedict dijo mi nombre, lo que me hizo correr más rápido. Entré de golpe en la cocina. La cocinera se sobresaltó, y levantó la vista desde donde

estaba, ya que se encontraba dando forma a la masa para hacer panes.

—No permitiremos nada de eso, ahora —dijo, frunciendo el ceño.

—Por supuesto, señora. —Mi corazón se aceleró y mis mejillas se sonrojaron. Seguramente, Benedict no me seguiría a la cocina de la casa de un extraño.

Me moví a la esquina de la mesa de trabajo. Comencé a pelar las vainas y a separar los guisantes de las cáscaras, mientras mi corazón hacía todo lo posible por latir directamente fuera de mi pecho.

La puerta sonó con un golpe rápido y la cocinera la miró con el ceño fruncido. “¿*Me siguió?*” Presa del pánico, me acerqué a la mesa. Mientras ella giraba la cabeza, tomé un puñado de harina y me lo arrojé a la cara.

Tosí. Un polvo arenoso se coló en mis fosas nasales, secándome la piel, y parpadeé para quitarme el exceso de los ojos. Me concentré nuevamente en mi tarea de separar los guisantes, manteniendo la mirada baja.

Un golpe fuerte volvió a hacer temblar la puerta y la cocinera se apresuró a abrir. Lo hizo y respiró sorprendida. Tenía que admitir que Benedict podía lucir una figura elegante, cuando así lo deseaba, pero la falta de aliento de la cocinera parecía desleal de todos modos.

—Esta no es la entrada principal, señor —dijo, como si Benedict hubiera venido a llamar, y hubiera confundido nuestra pequeña puerta con el camino de entrada a la casa.

Bajé la mirada hacia los guisantes en mis manos, en constante movimiento, deseando que él se fuera. Por supuesto, él no obedeció mis súplicas internas. No es que esperara que él hiciera cualquier cosa que le pidiera.

—Estoy buscando a la señorita Northcott. —Su voz profunda y tranquila retumbó por la habitación, provocándome un cosquilleo en la nuca.

—No hay nadie aquí con ese nombre.

¡Cielos! Me alegré de haber pensado en darles un nombre falso a mis empleadores.

—¿No es ella la que está ahí? —Benedict debió haber hecho un gesto hacia mí, porque yo era la única otra persona presente—. La señorita Dorothea Northcott.

—No señor. Esa es nuestra Mary.

¡Bendita cocinera y su repentina confusión! Sonaba como si hablara con afecto, y Benedict no creería a nadie capaz de sentir esa emoción hacia mí.

Me arriesgué a mirar hacia arriba y encontré a Benedict analizándome. Sus ojos se abrieron cuando llegaron a mi cara cubierta de harina. Reflejó una mirada inquisitiva, y esperé que significara que estaba dudando de sí mismo, y no de la rareza de encontrarme cubierta de polvo blanco.

—Thea —dijo, llamándome. Luché contra el impulso de reaccionar, ante la forma abreviada de mi nombre de pila. Había pasado tanto tiempo desde que lo escuché. Años, de hecho. Era una conexión con mis padres perdidos y con la madre de Benedict, Lady Edith, mi madrina, quien me había acogido bajo su protección y me había dado un hogar poco después de la muerte de mi madre.

—¿Por qué estás haciendo esto? —preguntó.

La cocinera me miró, y una expresión de sorpresa apareció en su rostro. “*Por favor, no comentes sobre mis mejillas harinosas*”. Ella parecía que se sacudía.

—¿Puedo ayudarlo con algo más, señor? —le preguntó, aparentemente terminando sus tonterías en la cocina—. Esta no es la mujer que usted busca.

La mandíbula de Benedict se flexionó. Miró de mí a la cocinera.

—No... Se lo agradezco. Parece que me he equivocado. —Levantó su mirada hacia mí—.

Las dejaré en paz.

La expresión de su rostro decía lo contrario de sus palabras, y de repente estuve muy segura que no tenía tales intenciones.

La puerta se cerró detrás de él, cuando la cocinera dejó escapar una extraña burla.

—Algunos hombres piensan que todas las mujeres tienen el mismo aspecto. Seguro que tienes el mismo color de pelo que Dorothea Northcott y nada más en común.

—Más que probable. —Estuve de acuerdo.

Ella regresó a los panes, mirando desde mi cubo de guisantes hasta el mostrador de trabajo entre nosotras.

—¿Dónde están mis remolachas?

Luché contra una sonrisa. Fue un alivio que la cocinera pudiera seguir adelante con tanta rapidez, porque eso significaba que no tenía ninguna sospecha que Benedict sabía a quién estaba mirando.

—Las olvidé.

—Bueno, tráelas, muchacha.

No lo iba hacer hasta que Benedict se hubiera alejado lejos, muy lejos.

—Por supuesto. Ya casi termino con estos guisantes.

Ella carraspeó.

Ordené a mis dedos que disminuyeran la velocidad. Cogí las vainas, una a una, y las abrí, sacando los guisantes con una lentitud exagerada. Las ventanas colocadas en lo alto de las paredes no estaban orientadas en la dirección adecuada para que yo pudiera ver a Benedict alejarse, así que tendría que contentarme con darle suficiente tiempo para irse.

Casi media hora después, la cocinera golpeó su mano contra la mesa de madera, sobresaltándome.

—Date prisa, muchacha.

—Estoy casi lista. Solo me quedan dos. —Las desgrané a ambas rápidamente y empujé el cuenco de guisantes hacia la cocinera, luego recogí las tripas en mi delantal para depositarlas en el abono exterior. El sol brillaba en mis ojos y levanté la mano para protegerlos, mientras tiraba las vainas de guisantes, y luego caminaba por el huerto hacia las remolachas.

—Comenzaba a preguntarme si me vería obligado a esperar aquí durante horas. —La voz profunda vino detrás de mí, y aunque supe de inmediato que pertenecía a Benedict, la repentina cercanía me sobresaltó y salté.

“¿Obligado a esperar aquí durante horas?” Realmente no podía creer que saliera con el propósito expreso de hablar con él. Le lancé una mirada por encima del hombro, agradecida de no haberme limpiado todavía la harina de la cara.

—Soy Mary —dije, fingiendo el acento más bajo que pude reunir—. No conozco a la mujer que estás buscando. ¡No soy yo!

Sus labios planos demostraron lo poco que me creía.

—¿Qué te pasa, Thea? Has preocupado hasta la muerte a mi madre y, si no tienes cuidado, también incitarás todo tipo de rumores.

Mi estómago se apretó por la incomodidad. ¿Mi miedo a enfrentar una mala reputación no era parte de la razón por la que había huido? Nunca fue mi intención añadir más escándalo a mi nombre. Mis padres ya habían hecho suficiente por mí. Pero no permitiría que Benedict me desequilibrara ahora. Me mantuve firme.

—De verdad, señor. No soy esa señorita Northcott de la que usted habla.

—¡Diablo, tómalala! —Se pasó una mano por la cara y su pecho se agitaba por la frustración

—. Un poco de polvo blanco no te ocultará de mí. ¡Suelta la fachada! Sé que eres tú.

Según entendí esta situación, ahora tenía dos opciones: podía admitir la verdad, o seguir fingiendo que no sabía lo que quería decir hasta que él comenzara a dudar de sí mismo, y me dejara.

Ciertamente, para empezar, nunca tuve elección. No había ninguna situación en este mundo que me incitara a permitir que Benedict ganara.

—Es harina, señor, y no es un disfraz. Es producto de mi ocupación. Debes estar en camino ahora o mi jefa llegará pronto, y seguramente te denunciará al oficial.

—¿Por estar de pie en el jardín?

—Por molestar a su ayudante de cocina.

—Estoy en lo cierto. Fuiste y encontraste un puesto. —Él se burló—. Nunca me di cuenta que eras capaz de realizar ese trabajo, Thea. Aunque supongo que sientes la necesidad de agotarte diariamente para cubrir la culpa que seguramente debes sentir.

—No tengo ninguna culpa, señor.

—Por supuesto que no —murmuró—. Primero tendrías que poseer un corazón.

Eso me dolió un poco. Intenté no pensar en su madre y en lo que mi ausencia le había hecho. La verdad es que no había pensado mucho en Lady Edith ni en lo que ella pensaría. Fue una sorpresa saber que esto la había afectado en gran medida.

—Sigue tu camino, Ben... —“¡Oh, no!” Él me tenía ahora. Me apresuré a cubrir mi error —. Sigue tu camino, por favor. No tengo nada más que decirte.

El brillo en sus ojos demostró que no había podido ocultar mi error lo suficientemente bien. Era hora de una distracción. Caminé por el jardín y me arrodillé, sacando remolachas de la tierra y amontonándolas en la parte inferior de mi delantal. Benedict me observó en silencio, mientras yo trabajaba. Su atención era desconcertante. Cuando me levanté de nuevo, lo hice con una determinación renovada de alejar al hombre de Brumley.

La mano de Benedict en mi brazo me impidió suavemente escapar. Contuve la respiración, consciente de la calidez que impregnaba su toque. Probablemente fue el calor de la ira hirviente que se transfirió de su mano a mi brazo, pero de todos modos me hizo detenerme.

—No te presionaré más hoy, Thea. Pero debes saber estas dos cosas: no dejaré Brumley hasta que aceptes venir conmigo, y nunca podrás engañarme, haciéndome creer que eres otra persona.

No dije nada en respuesta a esta audaz declaración. ¿Cuál sería el punto? Implicaba una profundidad de intimidad que no pude validar. Me había pillado, casi llamándolo por su nombre, así que ambos sabíamos exactamente quién era yo.

Sin embargo, yo era demasiado testaruda para admitir la derrota de una manera tan directa.

—Entonces, espero que usted encuentre un alojamiento cómodo. Si está esperando a que vaya con usted, no volverá a abandonar Brumley, nunca más.

Dejó caer mi brazo y su boca se esbozó en una media sonrisa. Miró hacia la casa alta que se alzaba detrás de nosotros.

—Esta es la residencia de los Fuller, ¿no?

Un miedo frío se acumuló en mi estómago. Estábamos en Leicestershire, a millas de York, donde anteriormente había asistido a la escuela, y aún más lejos de la casa de Benedict en Cumberland. “¿Cómo diablos, él conoce a una familia elegante de Brumley?”

Su sonrisa era de serpiente y frustrante.

—Prefiero pensar que simplemente me quedará aquí.

Capítulo 2

Thea

No volví a ver a Benedict durante el resto del día, pero cuando los lacayos bajaron a buscar los platos de la cena para los Fuller, estaban exasperados.

—Hay una incorporación tardía para cenar —dijo Tom—. Un caballero.

Benedict. Debía ser él. ¿Cómo lo había logrado? Cuando supo el nombre de mis empleadores, me sorprendí. Pero, ¿que los conocía lo suficiente como para recibir una invitación para quedarse? Eso rayaba en lo ridículo.

No había nada que hacer. Necesitaba escapar en medio de la noche.

¿Pero a dónde iría?

—¿Cómo es el caballero? —le pregunté a Tom, mientras la cocinera corría como loca por la cocina para asegurarse que la soperá tuviera suficiente sopa y los platos contaran con pan y jamón.

—Muchacho alto —replicó Tom—. Pelo rizado. Por el aspecto de su ropa, proviene del dinero.

Sonaba como Benedict. Apreté los dientes. Si él estaba cenando, eso me daba tiempo suficiente para limpiar el resto de la cocina y empacar mis miserables pertenencias, antes de poder escapar. Miré a la cocinera. Su expresión acosada tiró de mi corazón. No podía dejarla sin previo aviso, no cuando tenía tantas tareas y nadie más para ayudarla. Abandonarla ahora estaría fuera de lo común.

Una vez que los lacayos se fueron y el silencio volvió a invadir la cocina, la cocinera me miró y frunció sus cejas marrones.

—Todavía tienes harina en la cara.

—Me limpiaré. —Lo haría afuera, tal vez, después que tuviera la oportunidad de recoger mis pertenencias. Si pudiera decidirme a dejar esta casa.

Ella miró la olla llena de sopa y los demás platos que esperaban ser limpiados.

—Sí, una vez que hayas solucionado este desastre.

—Por supuesto, cocinera. —Esto era de esperarse. Limpiar los platos era difícil, requería mucho tiempo y era la tarea que menos me gustaba. Mi mejor educación se manifestó de manera más atroz en mi incompetente fregado de cacerolas.

La cocinera me dejó atendiendo los platos sucios, mientras ella tomaba un sorbo de té en la mesa larga y luego se fue a la cama. Caminaba con el andar lento de una mujer que había estado demasiado tiempo de pie durante muchos años.

La comida de arriba había terminado hacía mucho tiempo, y ahora yo estaba sola. Este era el único momento en el que podía relajarme por completo, a pesar de la montaña de platos sucios, que se alzaba ante mí. El señor y la señora Fuller nunca pedían nada después de la cena, y sus comidas (para una familia elegante) transcurrían afortunadamente sin fanfarrias. Eso tenía el potencial de cambiar, si Benedict tenía la intención de quedarse por mucho tiempo. En mis quince días de trabajo aquí, todavía no había trabajado en una cena, donde los Fuller tuvieran alguien para cenar, hasta esta noche.

Miré al techo y fruncí el ceño.

¿Por qué él entre todas las personas? ¿Por qué Benedict Blockhead Bradwell tuvo que pasar por el jardín en el preciso momento en que yo estaba allí? No pude apreciar la intervención del

destino aquí. Pero aún más extraña fue la obstinada insistencia del hombre en llevarme a casa con él. A pesar que su madre, Lady Edith, me acogió y me dio un hogar, cuando regresé a Inglaterra, ella no tenía ninguna obligación legal conmigo. Cuando mi madre murió, un año después de la muerte de mi padre, me enviaron inmediatamente con mi tío, quien me rechazó, enviándome a la casa de mi madrina: Lady Edith. Ella me había acogido, dándome una familia y un hogar, pero no tenía ninguna responsabilidad sobre mí. No, la única persona que tenía algún derecho sobre mí era mi tutor legal, el tío Northcott, a quien poco le importaba dónde estaba o cómo me las arreglaba. Estaba sola en el mundo, haciendo mi propio camino de la manera que quería.

Metí un cuenco en el lavabo con demasiado entusiasmo y el agua jabonosa me salpicó la cara. Goteó de mis mejillas sobre mi delantal en pegotes, el agua se mezcló con la harina residual en mi piel y formó una pasta jabonosa. Las ventanas oscuras y la cocina silenciosa demostraban que era tarde y agradecí no tener audiencia. Los lacayos ya habían entrado y salido, entregando los platos sucios de la comida y se estaban acostando.

Llené un recipiente con agua fresca de la bomba y mojé un trapo limpio en el mismo, trabajando meticulosamente para quitar la sustancia pastosa. ¿Qué estaba haciendo aquí? ¿A quién estaba tratando de engañar? Yo no estaba hecha para trabajar en la cocina. Un marido gentil y adecuado no era una opción para mí, y nunca conseguiría un esposo decente, en las entrañas de la casa de los Fuller, tal vez un granjero o el dueño de una tienda.

Una sombra oscureció mi visión periférica. Benedict se apoyó perezosamente contra la pared y mis defensas internas se elevaron de inmediato, como si mi cuerpo mismo se estuviera preparando para la batalla inminente.

Mis hombros se tensaron y adopté una horrible interpretación de un acento de baja cuna.

—No debería estar aquí abajo, señor. Si usted tiene alguna petición de la cocina, debería tocar el timbre.

—Parecería extraño si llamo para pedir ayuda, y pido que me traigan a la criada de la cocina, ¿no es así?

Le envié una mirada fulminante.

—No importaría mucho, porque nunca acudiría a ti.

—¿Rechazarías a un huésped en la casa de tu amo? ¿No es el objetivo de una criada servir?

Me tragué el disgusto que crecía en mi pecho. Y pensar que en algún momento sentí algo de ternura por este hombre tan repulsivo.

—¿Qué necesitas, Benedict?

La sorpresa pasó por su rostro, seguida rápidamente por el alivio.

—Entonces, ¿dejaste caer la fachada?

—Es obvio que sabes quién soy. He hecho todo lo posible para esconderme, por lo que parece un truco del destino bastante cruel que te hayas topado conmigo. Lo que es menos obvio es por qué te quedas. Excepto que me doy cuenta de cuánto te deleitas en irritarme. —Bajé la voz—. No importa. Quizás tus razones para no dejarme en paz sean claras, después de todo.

Él se enderezó, ignorando mi broma.

—No me topé contigo, Thea. O mejor dicho, lo hice, pero solo después de buscar por todo el campo devastado. Mi búsqueda me llevó a Brumley hace casi una semana, pero encontrarte fue otra cuestión.

¿Había estado buscándome? ¡Eso no podía ser cierto!

Volví mi atención a mi actividad de fregar los platos. Necesitaba seguir trabajando, o estaría en la cocina toda la noche.

—¿Esperas que crea que te has esforzado por encontrarme?

—Es la verdad. Aunque no es necesario que sospeches tanto. No lo hice por la bondad de mi corazón.

—Bueno, por supuesto que no. Primero necesitarías poseer algo de esa bondad.

Benedict sacudió la cabeza y se frotó la cara con la palma.

—Me lo merecía. Debes saber que me arrepentí de mis duras palabras del jardín tan pronto como salieron de mis labios. He estado buscándote durante meses, siguiendo todo tipo de consejos de tus amigos y conocidos que me llevaron a callejones sin salida, y he estado dispuesto a rendirme.

La culpa se deslizó hasta mi estómago y se enroscó, apretándolo, y me concentré en fregar una sopera particularmente crujiente. Honestamente, no me había dado cuenta que a alguien le importaría mi ausencia lo suficiente como para requerir tal búsqueda. Cualquiera excepto Lord Claverley, por supuesto.

Me quedé quieta, mirando a los ojos azules de Benedict.

—¿Quién te envió? —Si mencionara a su primo por su nombre, estaría muy tentada de echarle agua con jabón.

—Nadie.

—Pero, tú dijiste...

Sus ojos azules se centraron en mí, aunque parecía mantener deliberadamente una actitud casual.

—No te busqué por la bondad de mi corazón, pero nadie me envió. Mi madre ha estado muy preocupada desde que recibimos la noticia de la señora Moulton que dejaste su escuela. Mamá no entendió por qué no pudiste buscar el refugio que necesitabas con ella, y aunque es demasiado educada para decirlo en voz alta, estoy seguro que me culpa por ello.

Si eso fuera cierto, Lady Edith no estaría del todo equivocada. Pero eso no fue todo. Me aclaré la garganta.

—En ese caso, tus motivos fueron mucho más egoístas de lo que dejaste ver. ¡Como siempre!

—¿Encontrarte para complacer a mi madre?

—Encontrarme para apaciguar tu culpa.

Se apoyó en el mostrador a mi lado, cruzando los brazos sobre el pecho. Su frente se arrugó.

—Supongo que no te equivocas, aunque me gustaría pensar que mi incesante caza ha sido más altruista que egoísta. No puedo negar que mi culpa me impulsó a actuar.

Era mucho más difícil permanecer enojada con este lado de Benedict. Los momentos raramente vistos, en los que él bajaba su espada, y estaba dispuesto a participar en una conversación racional fueron los únicos en los que no quería pisotearle el pie y gritar mi frustración.

Sí, aunque esta fue una respuesta infantil. Nos conocimos siendo niños, y no creo que nuestra relación haya madurado mucho más allá de eso.

—¿Volverás a Chelton conmigo? —preguntó—. Mi madre estaría feliz de verte. James se ha casado ahora, por lo que hay otra mujer joven en la residencia. Ella te gustará.

El cuadro que pintó era tentador. Me dolían las manos por el incesante fregado de platos, el agua caliente, el amasado, el trabajo en el huerto y todas las demás tareas que se me exigían. El cansancio se deslizó por mis hombros, inclinándolos hacia adelante en señal de derrota. Sin embargo, esta era una situación imposible. Si regresaba a Chelton, me entregarían a Lord Claverley, y eso estaba fuera de discusión.

—No me puedo ir. ¡Tengo un puesto aquí! La gente depende de mí.

—Con un nombre falso —afirmó—. Seguramente, nunca podrían rastrearte hasta Chelton.

—Eso es poco probable, sí, pero no sería correcto dejarlos sin previo aviso. —Me aclaré la garganta—. Lo cual importa poco, de todos modos. No tengo intención de irme. ¡Estoy contenta aquí!

Él se burló.

—Estoy... —insistí—. Es un buen trabajo. Permanezco en la cocina la mayor parte del tiempo, así que nadie en la casa me conoce realmente, y estoy...

—¿Sí?

Saqué la palabra, arrancándola como un pájaro liberado.

—Segura... Me siento segura aquí.

—¡Oh! Thea. Estarías a salvo en Chelton. ¡Es casi una fortaleza!

Negué con la cabeza. No pude explicarle mis numerosas razones para encontrar seguridad en una cocina de Leicestershire, porque él no entendería ninguna de ellas. Y mucho menos la forma en que los dedos regordetes de Lord Claverley habían recorrido la cinta de mi vestido, y me habían helado el pecho durante mi última cena en Chelton, antes de irme a la escuela. Esa inquietante experiencia había ocurrido en un salón, mientras estaba rodeada de otras personas. ¿Cómo se comportaría el conde en la intimidad de su propia casa, sin compañía? Sabía cómo actuaban los hombres de su calaña. Había visto a mi padre actuar de la misma manera, y sus amigos no eran diferentes.

¡Quería un marido! Un marido humilde. Estos no se encontraban en los salones de baile de Londres ni en el comedor de Lord Claverley. Agradecí los esfuerzos de Lady Edith, incluso cuando se había tomado la molestia de conseguir que Lord y Lady Claverley me acompañaran durante la temporada. Sin embargo, nunca podría aceptar esa generosidad, no cuando me llevaría a una vida encadenada.

—No te corresponde a ti entenderlo, Benedict —dije finalmente.

—Eso está muy claro.

—¿Entonces guardarás mi secreto? ¿No le dirás a nadie mi ubicación?

—Pero... —Se movió para discutir.

—Puedes decirle a Lady Edith que estoy a salvo y contenta. Esperaba que mi carta a la señora Moulton lograra eso. Me gustaría que ella se sintiera cómoda.

—Eso no es suficiente. Ella no será feliz hasta que haya visto con sus propios ojos que estás sana y salva. ¿Sabías que mandó llamar a la señora Moulton y la llevó a Chelton para poder interrogarla en persona? —Su rostro se tensó.

Jadeé levemente. Eso me pareció excesivo... excepto que Lady Edith no podía viajar en carruaje sin enfermarse gravemente. Esa enfermedad la afectaba mucho. Podía entender que la mejor opción para Lady Edith fuera llamar a mi directora, aunque lo encontré innecesario y en gran medida excesivo.

—Dejé una nota para que nadie se preocupara.

Los labios de Benedict se convirtieron en una sonrisa irónica.

—Quizás la vaguedad de tu nota solo hizo que se preocuparan más.

Me incliné hacia delante y apoyé los codos en el borde de la mesa de trabajo. Había hecho un desastre con las cosas. ¿Cómo iba a solucionar esto? De todas las personas, yo nunca había deseado lastimar a Lady Edith.

Miré a Benedict.

—¿Crees que ella quedará satisfecha, si me ve en persona, y puede comprobar por sí misma

que estoy bien?

—Sí. —Él se enderezó.

—Si voy contigo, perderé mi puesto.

—No necesitarás uno, si vienes conmigo.

Sacudí la cabeza, manteniéndome erguida y sosteniendo sus ojos azules de demonio, él era guapo, pero peligroso.

—Podría considerar un viaje a Chelton para aliviar la preocupación de tu madre, pero no tengo intención de quedarme allí.

—¿Por qué todo debe ser tan difícil para ti? —Su expresión se endureció.

“¿Difícil? ¿Por qué él debe pelear conmigo en todo momento?”

Benedict se acercó a mí, con la mano agarrada a la encimera y su mirada ardiente fija en mí. Yo también lo miré. Mi mano enjabonada sostenía el recipiente sobre el lavabo para limpiarlo y la otra goteaba agua en el suelo. Nuestros pechos se agitaron al mismo tiempo, y me pregunté si sería sensato aceptar viajar a cualquier parte con este hombre.

Habló como si sus palabras salieran de una mandíbula tensa.

—Si espero a que resuelvas tu aviso a tus empleadores, ¿vendrás conmigo a Chelton y hablarás con mi madre? Nadie exigirá que permanezcas allí para siempre, pero seguramente estarás abierta a la perspectiva de permanecer bajo su cuidado.

“¿Bajo su cuidado? ¿O el del maldito primo libertino de Benedict, Lord Claverley?”

—Puedo estar de acuerdo con eso. —Respiré y asentí.

—Bueno. —Sus hombros estaban visiblemente desinflados.

—Iré contigo —aclaré—. Con una condición.

Capítulo 3

Benedict

Debería haber sabido que Thea nunca haría nada tan fácil como simplemente aceptar y dejar las cosas así. Apreté la mandíbula y ordené a mi paciencia que aguantara, estirada y delgada como estaba. Thea cuadró los hombros y me miró con sus redondos ojos azules, como si fuera tan alta y poderosa como yo, en lugar de un pedacito de algo que fácilmente podría arrojar sobre mi hombro y sacar de esta habitación si quisiera.

La imagen mental que me proporcionó fue entretenida, y estaba seguro que si seguía ese método particular para devolver a Thea, a mi madre, tendría moretones y rasguños que demostrarían su temperamento luchador. Convencerla para que viniera sola sería mucho mejor para los dos. Volví a concentrarme en la tarea que tenía entre manos.

Los nudillos de Thea parecían furiosamente rojos y el perímetro de su delgada cara todavía estaba cubierto de harina. Parecía como si se hubiera saltado algunas comidas y las sombras bajo sus ojos evidenciaban su falta de sueño. Quería mojar su trapo y limpiar el resto del polvo blanco de sus sienes y barbilla, pero ella sin duda interpretaría mis acciones, en el sentido que de alguna manera tenía malas intenciones de algún tipo. Ella era puramente incapaz de ver algo bueno en mí. Sin embargo, en lugar de permitir que eso me doliera, fortifiqué el muro alrededor de mi corazón.

Si Thea estaba ofreciendo condiciones, eso significaba que estaba dispuesta a negociar. Estaba a medio camino de alcanzar mi objetivo.

—¿Cuál es esa condición? —le pregunté.

—Me niego a ir a la casa de Lord Claverley.

Esa era una petición extraña.

—Él y su esposa deben acompañarte durante la temporada.

—Lo he mencionado una y otra vez: ¡no deseo eso! No regresaré a Chelton, si tu madre tiene la intención de enviarme directamente a Lord Claverley.

¿Tenía la autoridad para prometer tal cosa? Yo era el menor de tres hijos, el hombre con menor autoridad en mi casa. Mi madre, Lady Edith, había dirigido nuestra familia con precisión y total poder desde la muerte de mi padre, y no se podía discutir con ella. Sin embargo, fue fácil permitirle que gobernara nuestras vidas, ya que parecía acertar la mayor parte del tiempo en sus decisiones.

Después de más de un mes de buscar a Thea, estaba dispuesto a prometerle casi cualquier cosa para que aceptara venir conmigo. Su rostro era demasiado delgado, sus ojos lucían muy cansados y, a pesar de su capacidad para arrastrarse bajo mi piel, sentí que necesitaba descanso y comidas regulares por encima de todo, y pronto.

—Haré todo lo que esté en mi poder para que así sea.

—No —dijo con calma. De hecho, con tanta serenidad que se me pusieron los pelos de punta—. Eso no es suficientemente bueno. Debes prometerme que no me obligarán a abandonar Chelton ni a quedarme.

¿Buscaba la independencia? ¿No se dio cuenta que ya la poseía? Había una razón por la que no me había presentado en casa de los Fuller, esta noche, con un oficial para obligarla a obedecer. Ella tenía que venir por su propia voluntad. Suavicé mi voz:

—Tienes veinte años, Thea. Casi has alcanzado la mayoría de edad. ¿Alguien tiene el poder

de obligarte a hacer algo?

Sus ojos redondos se abrieron, dándole la apariencia de una muñeca de porcelana asustada. ¿No había considerado ella ese punto antes? Fue la misma razón por la que pudo dejar la escuela y encontrar empleo, y no podíamos hacer nada legalmente para detenerla.

El único hombre que tenía tal poder sobre Thea no estaba en lo más mínimo inclinado a usarlo. A su tío poco le importaba lo que ella hiciera, o a dónde se fuera, y su poder disminuiría cuando Thea cumpliera veintiún años.

Cuando su expresión se endureció, añoré a la Thea de antes. Antes, ella había ido a la escuela y yo a Cambridge. Era la chica que reía con facilidad, no la mujer que se preocupaba por su futuro. Por supuesto, ella nunca se había reído mucho conmigo. Pero eso no me impidió escuchar a menudo sus sonidos melódicos en los pasillos y salas de Chelton, y luego extrañarlos, una vez que desaparecían.

Quería saber qué había pasado, entender las razones de este cambio en su comportamiento. La línea del cabello cubierta de harina y los nudillos secos y en carne viva eran un testimonio de cuán profundamente desdeñaba el futuro, que su madre había moldeado para ella.

—¿Es realmente tan desagradable para ti asistir a la temporada?

—¿La temporada? No, no es desagradable. Disfruto bailando y usando vestidos preciosos. Sin embargo... ¿estar bajo el control de Lord Claverley? ¡Sí! Eso realmente es muy desagradable.

Algo le había pasado. Había especulado sobre ello antes, pero ahora lo sabía.

—¿Qué te hizo?

—Nada.

—Thea...

—En verdad, nada. —Sacudió la cabeza y volvió a centrar su atención en el plato de sopa sucio. Pude ver cómo tenía que cambiar su enfoque cuando ocultaba algo—. No me gusta el hombre. ¡Eso es todo! Yo soy superficial y grosera.

No solo estaba ocultando algo sino que de alguna manera también estaba protegiendo a Claverley al mantener este secreto. Conociendo a Thea, tenía sus razones, por equivocadas que fueran.

—Entonces, no debes decírmelo, a menos que así lo decidas.

Levantó la vista de nuevo y luché contra el impulso de limpiarle la mejilla donde se le había escapado una gota de algo.

—Entonces, ¿tenemos un trato?

Nunca en mi vida hubiera pensado que estaría en la cocina de una gran casa de campo en Leicestershire, cerrando un trato con Thea Northcott por el cual me comprometería a protegerla. Ella siempre había parecido del tipo capaz de protegerse a sí misma. Pero hizo bien en obligarme a estar a su lado ahora, porque mi madre no quería nada más que conseguir una pareja decente para Thea, y Lord Claverley era su boleto para lograrlo.

—Sí, tenemos un trato. —Aunque esperaba que mi madre no se enfadara demasiado conmigo, y ella siguió—, ¡júralo!

—Muy bien. ¡Te lo juro! Thea, si vienes conmigo a Chelton, me aseguraré que quedes fuera del acuerdo relativo a Lord Claverley, y no te exijamos que vayas a su casa en Cumberland ni a su casa en Londres. —Di un suspiro exasperado.

—Gracias. —Ella volvió a desviar su atención con las manos rojas por el calor del agua y la acidez del jabón.

Nunca antes había lavado platos, pero ahora estuve tentado de ofrecer mi ayuda.

—Necesitaré tiempo para dar mi aviso —dijo, concentrándose en su tarea—. Una semana, o tal vez quince días. ¡Esto es lo justo!

“¿Aviso? *Claro que sí*”. Por ridícula que fuera su posición, no podía dejarlos sin ayuda, tal como había dicho.

—Entonces, me iré y regresaré por ti en quince días. Le escribiré a mi madre y le diré cuánto nos esperará para que deje de preocuparse.

Thea asintió suavemente, pero pude ver la derrota en sus labios caídos y no me dio la satisfacción que había supuesto.

—Deberías irte, antes que alguien más pase por aquí. El ayuda de cámara del señor Fuller aún no ha bajado —suspiró.

—Tienes mucha razón. —Me moví para alejarme, pero Thea me detuvo al pie de las escaleras de servicio y me llamó por mi nombre.

—¿Sí? —le pregunté.

—Mencionaste que regresarías por mí cuando llegue el momento de ir a Chelton. ¿No te quedarás aquí quince días?

No pude evitar la sonrisa que apareció en mis labios, a pesar que intenté reprimirla. Conocía a la familia Fuller, después de encontrarlos en la casa del vicario en Brumley hace unos días, lo cual fue nada menos que suerte. Conseguir una invitación para cenar había sido bastante fácil, después de mencionar mi pasión compartida por la caza al señor Fuller esa tarde, cuando lo visité, y él me había deleitado con sus propias historias. Luego, por supuesto, fingir que había bebido demasiado, durante la cena, considerándome no apto para montar había logrado mi invitación para pasar la noche. Pero no permitiría que Thea supiera lo duro que me vi obligado a trabajar para tener la oportunidad de hablar con ella tan abiertamente.

Por muy amables que hayan sido el señor y la señora Fuller, no podía alargar mi estancia a una semana ni mucho menos por quince días.

Ninguna de esas explicaciones saldría de mis labios. Me conformé con decirle:

—Tengo otros asuntos que atender. —Era cierto, necesitaba conseguir un carruaje y un acompañante para recorrer todo el viaje desde aquí hasta Cumberland—. Si me necesitas, antes de quince días, puedes enviar una nota a Horse and Crown. Revisaré periódicamente, si hay alguna carta.

Ella asintió.

La dejé atrás con una palangana llena de platos (yo había ensuciado algunos durante la cena) y sentí un tirón en el estómago por volver al lado de Thea, y aliviar su carga. Cualquiera que fuera ese impulso, necesitaba aplastarlo de inmediato. No era algo que estuviera acostumbrado a sentir con Thea, y haría bien en recordarlo.

A veces, ella era una mujer diabólica.

Una sonrisa curvó mis labios, mientras me dirigía a mi dormitorio. El alivio fluyó a través de mí, como la corriente de un río veloz, calentando y calmando mi cuerpo cansado. ¡Por fin la había encontrado!

* * *

Permanecí en Brumley la semana siguiente. Comprar un carruaje resultó difícil, pero encontré a una mujer en Upper Trumby que estaba dispuesta a prestármelo, siempre que se lo devolviera y le pagara por usarlo. Me ofreció a su hijo mayor para que lo condujera por mí con una tarifa adicional y, aunque el precio era exorbitante, parecía que valía la pena el gasto.

También me ayudaría en mi intento de devolver a Thea a Chelton sin incitar ningún rumor. Lo último que necesitaba era crear una situación que me obligara a honrar la reputación de Thea y ofrecerme en matrimonio. Puede que eso hubiera funcionado bien para mi hermano mayor, James, y su esposa Felicity, pero nunca sería una opción favorable, en lo que respecta a Thea. Era más probable que discutiéramos hasta el fondo, antes de llegar a un acuerdo en el matrimonio.

El sol resaltaba las hojas caídas y el cambio de estaciones, a medida que el otoño se mezclaba con el invierno. Dejé mi caballo en el establo de High Street, y caminé hasta Horse and Crown para solicitar cualquier correspondencia, que pudiera estar esperándome. Pasé la última semana en varias posadas de los pueblos de los alrededores con la esperanza que alguna de ellas tuviera el carruaje que buscaba, antes de encontrar suerte en Upper Trumby. Ahora necesitaba encontrar una manera de pasar otra semana, antes que Thea pudiera irse.

—¿Alguna correspondencia para Benedict Bradwell? —le pregunté al posadero, quitándome el sombrero polvoriento y golpeándolo contra mi muslo.

—Sí, señor. —Se fue y yo encontré un asiento en la taberna.

El posadero regresó y dejó una carta sobre la mesa.

—¿Puedo hacer algo más por usted?

—Una comida, por favor. Cualquier cosa abundante servirá.

—De inmediato. —El hombre corpulento se fue a buscar mi cena temprana.

Dirigí mi atención a la carta que dejó sobre la mesa. A pesar que Thea adoptó fácilmente la apariencia de una criada de cocina con la cara harinosa y los ojos cansados, no pasó tan fácilmente por una mujer de clase baja, y me pregunté por la inteligencia de su empleador por no sospechar más de ella. Su andar era demasiado grácil, su cuello recto y no estaba encorvado en lo más mínimo, como debería serlo tras años de trabajo manual. Su voz, aunque le había añadido un toque grave, estaba debidamente entrenada en una lengua de clase alta, un tono que solo podía imaginar que provenía de su tiempo viviendo en Suecia, o posiblemente en Viena, después de eso.

Pero, sobre todo, la letra elegante y descabellada con la que había escrito mi nombre poseía toda la clase y delicadeza de una mujer refinada. No podía escribirme de esa manera y esperar que alguien creyera que era una criada de nacimiento.

El papel era fino y el lápiz con el que escribía no tenía filo, pero sus palabras fluían bellamente por la página, a pesar de esas obstrucciones.

“B.B. —

El aviso se ha cumplido. La posición ha sido reemplazada. Estoy dispuesta a partir el lunes como muy pronto.

D.N. —”

Si bien entendí y aprecié sus intentos de mantener el anonimato, la fecha en la que escribía fue alarmante. ¡Ya era miércoles! ¿Había estado lista para partir hace dos días?

El posadero puso delante de mí un plato de estofado humeante con un trozo de pan, y lonchas de jamón y queso.

—¿Recuerdas cuando me dejaron esta carta? —pregunté.

Arrugó la nariz y miró hacia la puerta como si en ella estuvieran las respuestas.

—¿Hace cuatro días? Quizás cinco.

Mucho antes de lo que cualquiera de nosotros había esperado. Quizás Thea no había sido tan difícil de reemplazar como ella pensaba.

—Gracias.

Me dejó comer y traté de consumir hasta saciarme, pero encontré que mis nervios luchaban contra mi apetito. No era costumbre permitir que un sirviente se quedara, cuando ya no estaba empleado. Tenía que esperar que la familia Fuller fuera diferente, en este sentido, o que Thea tuviera fondos suficientes para proporcionar alojamiento por unos días.

Tiré monedas sobre la mesa junto a la comida a medio comer y salí de la posada.

Me tomó un cuarto de hora recuperar mi caballo y viajar hasta la residencia Fuller. Que un caballero volviera a llamar a la puerta de la cocina sería extraño, pero, ¿qué otra opción tenía? Crucé el jardín, golpeé la puerta con los nudillos y me calé el sombrero hasta los ojos, por si uno de los lacayos, que me sirvió la cena la semana pasada, o el mayordomo se encontraban cerca.

La cocinera fornida abrió la puerta, mirándome con el ceño fruncido, con surcos profundos recubriendo su frente y abanicándose desde su boca hacia abajo.

—Te lo dije la última vez, no hay nadie aquí con el nombre de...

—Esperaba hablar con Mary.

—Ella ya no trabaja aquí.

Mi corazón dio un vuelco. ¿Se había escapado o simplemente le habían dicho que se fuera? Aunque su nota era prueba suficiente que tenía intención de acompañarme a Chelton.

Ella lo había prometido.

—¿Dónde puedo encontrarla?

El rostro de la cocinera se arrugó aún más.

—No puedes.

Ella cerró la puerta de golpe y reprimí una maldición. Me quité el sombrero y di la vuelta, pasando una mano por mis rizos salvajes. Necesitaba urgentemente un corte de pelo y mi cabello se enredaba entre mis dedos, tirando con fuerza. Hice una mueca y me golpeé el sombrero en la cabeza.

—¿Dónde diablos estás, Thea?

—¿Te refieres a Mary? —preguntó una pequeña voz.

Giré para enfrentarme a una muchacha abandonada, que parecía haber salido del aula. Probablemente, todavía no había entrado a un salón de clases, si confiaba en mi suposición. Salió silenciosamente de la cocina y cerró la puerta detrás de ella.

—Sí. Me refiero a Mary. Ella es mi amiga y necesito encontrarla.

—Ella no está aquí —dijo la muchacha, en tono de disculpa—. La hicieron irse cuando llegué. No podían pagar a dos ayudantes de cocina.

—Comprensible —dije, esperando que siguiera hablando—. ¿Dónde puedo encontrar a Mary ahora?

—¿Eres su hermano?

“¿Hermano?” Estaba lejos de serlo. Pero algo me obligó a decirle a esta muchacha que sí lo era. Fue inteligente por parte de Thea darme ese título para evitar rumores.

—Sí, soy su hermano.

—Le preocupaba que vinieras a buscarla, después que ella se fuera, así que me dio esto para que te lo diera. —La chica sacó un papel del bolsillo de su delantal y me lo entregó. Estaba mojado y probablemente se estaba corriendo la tinta. Lo desdoblé, agradecida de encontrarlo escrito a lápiz.

“Establo Brumley.”

“¿Establo?” ¡Oh! Seguramente, me haría correr por todo el condado. Levanté la vista y

capté la mirada esperanzada de la muchacha. Saqué una moneda de mi bolsillo y la puse en su mano sucia.

—Gracias. Nos has prestado un gran servicio a Mary y a mí.

Ella sonrió.

Ahora debía encontrar a la maldita muchacha abandonada por la que había venido aquí.

Capítulo 4

Thea

Dormir en un lecho de paja no era tan cómodo como lo hacían parecer las cabras y las vacas. En mi segunda noche acostada el suelo, en el establo Brumley, me dolían y me dolían lugares que no sabía que podían doler en el cuerpo. Estaba demasiado sucia para entrar en el Horse and Crown, en busca de Benedict, y tampoco tenía suficiente dinero para dormir o comer allí.

Cuando me oculté no había pensado que perdería también mi asignación trimestral, pero no podía recuperar el dinero sin informar a mi tío, o a su abogado de mi paradero. Hasta que Benedict prometió mantenerme alejado de Lord Claverley, no estaba dispuesta a correr el riesgo de regresar por nada.

Bendita sea la pequeña Pippa y su dulce disposición para ayudarme. La nueva ayudante de cocina no me conocía, pero aún así estaba dispuesta a ayudarme. Sin su suministro de pan y verduras adicionales del huerto de los Fuller, ya estaría medio muerta de hambre.

Ayer pasé el día en el arroyo del bosque, detrás del establo, esperando el regreso de Benedict, pero durante las noches me deslizaba dentro de la cálida construcción para dormir a salvo, y estaba segura que mi aspecto era un desastre. La vida como hija de un embajador inglés me había dado cierta dureza, que normalmente se adquiere en un estilo de vida menos lujoso, o en los rigores de vivir y viajar al extranjero. Si bien dormir en una cama de paja no era mi primera opción, era mucho mejor que la hamaca que me habían obligado a usar en los aposentos del capitán durante mi solitario regreso de Suecia. La esposa del capitán había tratado de hacerme sentir cómoda, pero no había mucho que se podía hacer en un barco lleno de gente.

Tampoco estaba segura de cuánto tiempo podría dormir entre los caballos, antes que me descubrieran. Mi sueño irregular no había sido reparador, no hace falta decirlo.

El ruido de los cascos atrajo mi atención hacia el camino y me puse de pie de un salto para ver si podía discernir la identidad del jinete a través de los árboles. El perfil familiar de Benedict apareció a la vista, con su postura alta, y erguida y su inconfundible dominio sobre el caballo.

Nunca pensé que me alegraría verlo, pero aquí estábamos.

Mi pequeña maleta no estaba muy lejos, escondida bajo un arbusto semidesnudo, en la orilla del pequeño arroyo. La recuperé y me dirigí hacia el establo. Cuando llegué a la puerta, me recordé a mí misma, que debía mantenerme erguida. Esta vez no estaba escabulléndome.

Benedict pasó su pierna por encima de su caballo afuera de la puerta, y saltó al suelo. Lo llamé y él miró hacia arriba. El alivio inundó su rostro cuando me vio, y mi estómago dio un extraño vuelco.

Condujo su caballo en mi dirección.

—Me preguntaba si te encontraría de nuevo.

Retrocedí por el costado de la construcción y esperé la sombra, seguida por Benedict.

—¿Pippa te dio la nota? —pregunté.

—¿La criada de la cocina? Sí... Le pagué por ese problema.

Mi pecho dio un cálido apretón y lo regañé. *“No ahora, no, por favor. No será bueno humanizar al coqueteo”*.

—¿Estás preparado para irte? —pregunté.

—Cerca de eso... Necesito recuperar el carruaje e informar a nuestro conductor que estamos

listos, lo cual llevará un poco de tiempo. —Se pasó una mano por la mandíbula y la barba incipiente del día probablemente se erizó contra su palma—. Puedo venir a buscarte por la mañana.

“¿Por la mañana? ¿Me enfrentaré a otra noche en el suelo sucio y cubierto de paja?”

Mi nariz se arrugó por voluntad propia.

—No seré capaz de... eso es... —Él me miró expectante, pero me resultó difícil admitirle cualquier vulnerabilidad. Depender de los demás no me resultó fácil ni tampoco pedir ayuda. Pero en este caso, no podía soportar volver a dormir en el establo. Cuadré mis hombros—. No tengo dónde dormir esta noche.

—¿Donde dormiste anoche? —Sus cejas se arquearon.

—Eso ciertamente no es de tu incumbencia. —Preferiría tumbarme en el arroyo helado y dejar que me congelara lentamente, antes que admitirle a Benedict que dormí entre los caballos, y me vi obligada a esconderme del hombre que trabajaba allí, dos veces. Los roedores que chirriaban durante la noche nunca habían aparecido visualmente, pero era solo cuestión de tiempo.

Benedict apretó la mandíbula. Unas voces dentro del establo llamaron nuestra atención y me acerqué más atrás con Benedict siguiéndome con su caballo. Se detuvo mucho más cerca de mí de lo que había estado un momento antes, y su familiar aroma especiado flotaba en la brisa. Para ser un hombre tan difícil, olía divino. Sabía que me veía hecho un desastre. Solo esperaba no oler a caballo también.

—¿Dónde planeabas dormir esta noche? —Él bajó la voz.

—Para ser honesta, en el carruaje que se dirigía a Chelton.

—Eso no funcionará.

—¿Qué propones que hagamos? Fuiste tú quien me sacó de mi cálida cama en la casa de los Fuller. Tenía comida y una manta allí, aunque no creo que se pueda llamar razonablemente colchón a eso lleno de bultos que me proporcionaron.

Él desvió la mirada y luego volvió a mirarme.

—Tengo una idea, pero no te gustará.

—Naturalmente.

—Recuerda que estoy haciéndote un favor. —La boca de Benedict se dobló en un ceño fruncido.

—Recuerda que me rogaste que fuera contigo.

Estábamos en desacuerdo y no estaba segura de cómo íbamos a llegar a un acuerdo al respecto. Apreté los puños detrás de mí para liberar parte de mi frustración reprimida, y le dediqué una sonrisa suave.

—¿Qué idea tuviste, Benedict?

—Encontré un carruaje y un hombre que lo conducirá, pero no hay acompañante disponible. Admito que mi pregunta ha sido vaga, pero es un asunto delicado, y no estoy seguro de cómo suelen abordar esto las mujeres, por lo que no estoy en condiciones de encontrar una fácilmente.

—¿La señora Fuller no serviría?

Él apartó la mirada, antes de posar su mirada azul profunda en mí.

—No. Ella no habría sido una buena opción.

—¿Entonces qué propones? No podemos viajar juntos solos en un carruaje, no si queremos mantener nuestra reputación intacta. Tendremos que parar en posadas para comer y cambiar los caballos, y no quiero que me tomen por una desvergonzada.

El silencio se mantuvo entre nosotros durante unos segundos, roto solo por el ruido de los

cascos en High Street y los pájaros cantándose entre sí, en los árboles detrás de nosotros.

La mirada azul de Benedict me atravesó y él respiró hondo antes de hablar.

—Confías en mí, ¿no?

—Eso dependería de tu definición de la palabra confianza.

—¡No te haré daño! ¡Qué estás a salvo en mi compañía! —suspiró.

—Por supuesto que no me harás daño. —Eso nunca había estado en duda. Aunque Benedict y yo nunca nos llevamos bien, sabía que él no era un mal hombre al menos en lo que importaba. Él y Lord Claverley eran tipos completamente diferentes.

—Entonces considera mi plan, antes de desecharlo, ¿no? —insistió.

—Lo haré.

Benedict hizo una pausa y luego habló con cautela:

—Puedes vestirte como un sirviente durante nuestro viaje a casa... como mi sirviente. Nadie cuestionará mi viaje solo con un sirviente. De hecho, nadie te miraría dos veces.

—Incluso una sirvienta usa un vestido. ¿Qué motivo tienes para viajar solo con una criada?

—Ninguno, por supuesto. —Él sonrió tímidamente—. Pero no era mi intención que actuaras en calidad de criada.

Lo miré confundido. Si estuviera a punto de insinuar que yo haría el papel de su amante, se sentiría profundamente decepcionado.

—Quiero que tú. —Tragó con dificultad—. Te disfraces de mi sirviente.

Tomó un momento para que las palabras se formaran y desarrollaran significado en mi cabeza. Benedict deseaba cruzar casi media Inglaterra en un carruaje solo conmigo vestida como un sirviente masculino. Era cierto que nadie me miraría dos veces, especialmente cuando Benedict era tan alto, y fácilmente llamaría la atención de cualquiera en una habitación. Sería su sombra, deslizándose lentamente por el campo en el anonimato.

Esto era completamente ridículo, pero podría funcionar. Y significaría no involucrar a nadie más en nuestro plan, lo que protegería aún más nuestra reputación. Solo necesitábamos engañar a los extraños, en las posadas, y al hombre que conducía nuestro carruaje. Si nadie descubriera nuestra artimaña, nunca nos veríamos obligados a afrontar las consecuencias de una reputación arruinada por estar solos durante tanto tiempo.

Odiaba admitir que se le había ocurrido una buena idea, aunque esa era la verdad.

—Bien, lo haré.

—Eso fue más fácil de lo que pensaba. —Sus cejas se alzaron.

—Cualquier cosa que me saque de este lugar y me deposite en Chelton, sin que nadie más sepa mi paradero, es un plan aceptable para mí.

—Esta noche alquilaré dos habitaciones en el Horse and Crown y partiremos por la mañana. Me he tomado la libertad de conseguirte un conjunto de ropa, en caso que aceptes mi plan —asintió Benedict.

—¿Esta habitación en el Horse and Crown incluye la cena?

—Sí.

Suspiré aliviada. Habían pasado algunos días desde que había digerido una sabrosa comida caliente y estaba hambrienta. El pan y las verduras de Pippa, a pesar de lo agradecida que estaba por su caridad, solo eran suficientes para sustentar parte de mi cuerpo.

—¿Vamos entonces? —pregunté, ansiosa por comer.

—Esperaba que pudiéramos esperar hasta que oscureciera. Creo que sería más fácil colarte en la habitación como mujer por la noche... —Hizo una mueca—. Y luego salir a la mañana siguiente, como un muchacho.

Asentí. Me impresionó lo meticulosamente que había pensado en esto.

—Aún nos queda aproximadamente una hora antes que se ponga el sol. Esperaré cerca del arroyo. Ven por mí cuando estés listo.

—Regresaré pronto —confirmó Benedict una vez con la cabeza.

* * *

El pequeño dormitorio en Horse and Crown no era mucho mejor que cualquiera de las habitaciones de servicio en las que había dormido durante los meses anteriores, desde que salí de la escuela de la señora Moulton, pero había algo en la seguridad de la situación que me hizo dormir más profundamente de lo que esperaba, a pesar del colchón de paja y todo lo demás. Lavar la suciedad de mi cuerpo y deslizarme bajo la fina manta había sido exactamente lo que necesitaba para volver a sentirme como una persona, y no como una pilluela desaliñada.

Benedict me dio la ropa que había conseguido, cuando me mostró la habitación por primera vez anoche. Me quedé bajo el tenue resplandor de mi única vela, en las primeras horas oscuras de esa mañana de otoño, y me miré a través del pequeño espejo clavado en la pared. A pesar de haber contado con una criada, que me atendió durante la mayor parte de mi vida, había pasado los últimos años sola y, por lo tanto, era experta en peinar mi propio cabello. Si mi sirvienta hubiera optado por viajar a Inglaterra conmigo, cuando salí de Suecia, después de la muerte de mi madre, no habría adquirido esta habilidad, pero ella había decidido quedarse allí, y yo me alegraba del talento que ahora poseía.

Los pantalones me quedaron bien, aunque un poco ajustados, y los zapatos y las medias eran un poquito demasiado grandes, pero en su mayor parte, el conjunto era bastante cómodo. Me envolví un trozo de lino alrededor del pecho en lugar de corsé con la esperanza que esto me proporcionara un efecto más plano, y la camisa que me proporcionó Benedict era lo suficientemente grande y holgada como para ocultar cualquier indicio de mis curvas femeninas. Si no fuera por mi pelo largo, creo que me parecería mucho a un joven al servicio de un estimado caballero.

Si tan solo estimara a Benedict, entonces encajaría perfectamente en ese rol.

Toqué el anillo atado a una cuerda alrededor de mi cuello, escondido de forma segura debajo de mi camisa. Era de mi madre, siendo demasiado llamativo usarlo, al desempeñarme como criado, pero tampoco podía soportar separarme del mismo. Yo era su viva imagen, pero si mantenía mi voz en silencio y el rostro oculto, nadie que conociera a mi madre la reconocería en mí. Ella era demasiado glamorosa para confundirla con un sirviente.

Un suave golpe llamó a mi puerta y me acerqué silenciosamente a ella.

—¿Thea? —La voz de Benedict, familiar y baja, fue un consuelo que no esperaba hasta que llegó a mis oídos. Abrí la puerta y lo hice entrar rápidamente. La luz de las velas bañaba su sencilla ropa de viaje, su abrigo negro largo y grueso, y su cabello rizado perfectamente despeinado. El mismo era tan caótico que sentí deseos de alisarlo.

Él dio un paso atrás y me examinó levemente.

—Creo que podríamos engañar a todos. —Levanté un mechón de mi largo cabello oscuro, que se deslizó sobre mis hombros y bajó por mi espalda. Estaba suelto y recién peinado—. Si no fuera por esto... No me pidas que lo corte porque no lo haré.

Algo parpadeó en sus ojos, evidente a la cálida luz de las velas, pero desapareció tan rápido como había aparecido.

—No deseo que te cortes el pelo. Pensé que podrías usar una gorra.

—¡Oh!

—¿No la tienes con tus cosas?

Regresé al cofre que había contra la ventana y miré a mi alrededor. La habitación estaba tan oscura que no había notado el trozo de tela oscura caer al suelo. Lo levanté y sonreí. La pequeña gorra de lana marrón era perfecta.

—¿Puedes arreglarte el cabello? —preguntó, repentinamente dudoso, mientras su mirada recorría la longitud de mis mechones oscuros.

—Sí. —Me acerqué al espejo y me trencé el cabello, luego lo enrollé alrededor de la coronilla y lo sujeté con alfileres. Era lo más plano que pude hacerlo. Aseguré la gorra sobre mi rizo de trenza y volví hacia Benedict con las manos en las caderas—. ¿Pues, qué piensas?

Él se quedó en silencio por un momento, recorriendo mi mirada con una lectura descarada.

—Perfecto. —Se aclaró la garganta y movió los dedos en mi dirección—. Excepto por las manos.

—¿Qué les pasa a mis manos? —Ciertamente, las mismas poseían suficientes callos y cortes, como para pasar por las de un sirviente.

—Esa posición no es servil en lo más mínimo. Nadie creerá que estás a mi servicio si pareces tan contraria. No deberías ponerte las manos en las caderas.

Las dejé caer a mis costados.

—¿Mejor?

—No exactamente. —Me rodeó lentamente, frotándose pensativamente los dedos por la mandíbula—. ¿Quizás detrás de ti?

Las apreté ligeramente detrás de mí, e incliné la cabeza de la manera más delicada que pude.

—Eso es mucho mejor. —Él hizo una pausa—. Deberías permanecer así más a menudo. Es una paz agradable.

Mis manos encontraron su camino hacia mis caderas una vez más y le fruncí el ceño.

Benedict ignoró mi petulancia.

—Llevarás tu propia maleta y otra de mis maletas, si puedes. Sé que no te gustará, pero intenta recordar que eres mi sirviente hasta que lleguemos a Chelton. Esto protegerá la reputación de ambos.

—Mientras no te aproveches de la situación, yo haré mi parte.

—Trata de recordar que eres hombre. —Sus ojos se entrecerraron.

—Yo haré mi parte —repetí en un tono decididamente más bajo.

Benedict dio la vuelta, pero no antes que viera un atisbo de sonrisa en sus labios.

“¿*Benedict Bradwell encontró gracioso algo de lo que dije?*” Al parecer todavía estaba soñando. O tenía una pesadilla, mejor dicho.

Me ayudó a recoger mis cosas y luego me acerqué a la maleta. Se la quité y lo seguí dócilmente desde la habitación hasta el carruaje que nos esperaba. Un hombre estaba sentado en lo alto del asiento del conductor con un abrigo largo y oscuro, no mucho mayor que yo, si podía adivinar.

Benedict me ofreció una mano para ayudarme a subir al carruaje, e inmediatamente la apartó de nuevo, como si recordara que yo era un sirviente y no una dama.

Apreté mis labios. Si tan fácilmente olvidó que yo debía ser una muchacha, ¿era obvio que estaba disfrazado y actuando? Subí al interior y me acomodé en mi asiento, esperando a que Benedict se uniera a mí después de hablar con el cochero. Se sentó frente a mí y cerró la puerta, luego golpeó el techo con los nudillos y despegamos.

—Tenemos cuatro días de viaje por delante. Tres, tal vez, si los caminos son lo

suficientemente lisos y los caballos cambian con frecuencia.

Asentí y miré por la ventana. El cielo todavía estaba oscuro y el silencio nos envolvió. Me balanceé con el movimiento del carruaje y suspiré. Seguramente, este sería un largo viaje. Cuatro días a solas con un hombre que no soportaba mi compañía. Cuatro días para pasar bajo su escrutinio y cocinarme en un silencio desagradablemente espeso. Mi piel se erizó con la consciencia de unos ojos sobre mí, y levanté la mirada para encontrar a Benedict viéndome con una mirada oscura y preocupada. Su rostro permanecía ensombrecido por la penumbra de la mañana.

—¿Qué clase de fechoría has cometido para merecer tal castigo, Benedict? —pregunté. Mi voz era una suave caricia en el agudo silencio.

—¿Qué castigo? —Sus cejas espesas se juntaron.

—Que te obligan a subir a un carruaje sin más compañía que yo durante los próximos días. ¡Alguna fechoría tuya te ha llevado a este punto desagradable!

—No te preocupes por mí, Thea. Estoy seguro que mi recompensa en el Cielo crece minuto a minuto.

—¡Mmm!

—Ahora puedes practicar cómo llamarme San Benito. Porque estoy seguro que mi santidad está por llegar.

—¡Blasfemia!

—Más bien, solo recompensas —murmuró.

“*Por aguantarme*”. No podía criticar sus burlas, no cuando fui yo quien las incitó.

El silencio pesaba sobre nosotros como una espesa colcha hasta que Benedict volvió a hablar:

—La mayoría de la gente disfruta de mi compañía. Quizás yo no sea el problema aquí.

Mi pecho se contrajo. No podía saber que sus palabras tocaron un lugar tierno en mis miedos. Las empujé hacia abajo, sin permitir que mi mente atravesara el camino hacia la miseria y los recuerdos desagradables. Se necesitaría mucha paciencia por parte de ambos para llegar a Chelton sin acumular muchas cicatrices de batalla, pero yo estaba decidida, después del comentario de Benedict, a demostrar mi valía. No fui la única culpable de nuestra discordia.

Había una pequeña inquietud en el fondo de mi mente: podría haber algo de verdad en sus palabras y mi actitud incendiaria era la culpable. Eso me hizo detenerme, pero alejé ese pensamiento y cuadré los hombros. Cuando lleguemos a Chelton, él admitiría su rol en nuestra tumultuosa relación. Yo podría ser el sirviente, pero en la causa por la cual no nos llevábamos bien, él se sometería a mí.

Capítulo 5

Benedict

A lo largo del día quedó claro que Charlie Drool, el hombre que había contratado en Upper Trumby, no era un conductor experto, pero podía conducir rápido. Si volviera a tener la opción, lo habría contratado para que nos llevara directamente a Chelton, simplemente porque redujo nuestro tiempo en el camino por un margen decente, incluso si nos hacía dar sacudidas de un lado al otro del carruaje de vez en cuando. Poco después del anochecer, llegamos a la posada, donde pensábamos hacer descansar los caballos y pasar la noche. Charlie manejó el transporte y encontró su propio alojamiento, mientras yo entraba, y pedía dos habitaciones para Thea y mi persona.

—Solo tenemos una —dijo la mujer desde detrás del mostrador. Ella se encogió de hombros—. Lo siento. Te daría dos habitaciones, si las tuviera.

Thea estaba a mi lado con la mirada dirigida al suelo para que la mujer solo viera la parte superior de su gorra. Fue prudente por su parte asumir esa postura y me impresionó su silenciosa deferencia. Pero cuando la mujer me explicó que su posada estaba llena, excepto por una habitación, sentí que Thea se tensaba y sus hombros traicionaban su incomodidad.

Tendríamos que compartir habitación. Parecía que tablones de madera dura y una fina manta estaban en el menú de los arreglos para dormir esta noche.

—Lo aceptaremos —dije—. Y la cena también. ¿Tiene un salón privado disponible?

—Sí, señor. Directamente por esa puerta de allí. —Señaló la puerta con su toalla para secarse y luego la arrojó sobre la mesa—. Iré a buscar la cena de inmediato.

—Para mi sirviente también —solicité.

Ella se alejó y un repentino y un agudo dolor irradió a través de mi tobillo.

—¡Sirviente! —susurró Thea.

—¿Qué? —“*¿Me dio una patada? Yo también le pedí su maldita cena*”. Mi tobillo palpitaba por el abuso.

—Las habitaciones de los sirvientes —dijo Thea entre dientes y con los ojos muy abiertos.

¡Oh! Intenté llamar la atención de la posadera.

—¿Señora?

Ella regresó.

—Tiene... ¡Mmm! ¿Un lugar para mi hijo en las habitaciones de sirvientes?

La mujer arrugó la nariz. Su mirada se dirigió a Thea y luego se desvió de nuevo.

—Supongo que podría dejarlo con Billy, pagando una tarifa.

Ninguno de nosotros había pensado en esto y no permitiría que nadie arrojara a Thea a ninguna habitación con un hombre. No a menos que el hombre fuera yo.

Yo era el único hombre en esta posada en quien confiaba para no lastimarla.

Thea debía haber tenido el mismo pensamiento.

—Habitación privada —siseó.

Aparté el pie, antes que ella pudiera volver a lastimarlo.

—¿No tienes disponible una habitación privada para la servidumbre?

La mujer se rió.

—No sé de dónde viene usted, señor, pero aquí nos conformamos con lo que tenemos.

—Una habitación estará bien —dije con una sonrisa tensa—. Mi sirviente y yo podemos

compartir.

Thea no estaba contenta. Casi podía sentir la decepción y la irritación, desprendiéndose de ella en oleadas. Esperé hasta que la mujer se fuera, antes de volver a hablar. Me incliné y bajé la voz:

—Estás mucho más segura conmigo que...

—Mucho —dijo con cierto escepticismo.

Se me pusieron los pelos de punta por su tono cínico. Me tomé un momento para reunir paciencia, teniendo cuidado de mantener la voz baja.

—¿No crees que estás a salvo bajo mi cuidado?

—Sé que no dejarás que me pase nada que pueda enojar o entristecer a tu madre —dijo.

Esta fue una respuesta completa, como si se deslizara por los bordes de la verdad pero se negara a saltar a la esencia de la misma. Me dolía el orgullo que ella no tuviera fe en mi carácter, pero el mero hecho que confiara en mí (aunque fue a través de una extensión de la confianza de mi madre, por supuesto) fue suficiente. Nuestra situación estaba lejos de ser normal, y cuanto antes devolviera a Thea, a Chelton, y ella tuviera vestidos que definieran la forma de sus piernas, en vez de los pantalones que ahora llevaba, ambos podríamos dejar de estar juntos, y volver a nuestras propias vidas felizmente separadas.

—No te haré daño.

—Me alegro de oírlo —murmuró.

—Soy yo quien esta noche dormiré con un ojo abierto. —Me incliné más y bajé la voz—. No creas que me he olvidado de los tomates.

Los ojos redondos de Thea se abrieron y sus mejillas formaron manchas de color. Fue cruel de mi parte mencionar el truco particular que ella había jugado hace tanto tiempo, pero la referencia a nuestras travesuras infantiles, seguramente le recordaría nuestra historia compartida, tanto la buena como la mala. Me dirigí al salón privado y la dejé atrás para que recibiera nuestra llave y llevara las maletas a la habitación.

* * *

La posada quedó en silencio mucho después que nuestra cena hubo llegado y finalizado, y me senté en una silla raída cerca de la chimenea. El calor de las llamas enrojeció mis mejillas. Me habría alejado más de la chimenea, pero desde mi punto de vista actual podía ver perfectamente a Thea, en su asiento contra la pared, con su atención fijada en un pequeño objeto en su mano, que aún no había podido identificar.

Ella era completamente ridícula por su determinación de demostrar que era mejor que yo en todos los sentidos. No era una habilidad especial sentarse tranquilamente en un salón privado, en una posada destartalada, pero parecía que Thea estaba dispuesta a sobrevivir y soportarme a mí.

O tal vez ambos teníamos la misma opinión sobre la incomodidad de compartir un dormitorio, y acordamos que deberíamos posponer nuestras discusiones, siempre que fuera razonable hacerlo.

Me pasé una mano por la cara, esperando aliviar algo del cansancio de mi piel tensa. ¡Esto fue una tontería! Ambos estábamos cansados, y teníamos varios días de viaje por delante. Ambos ya deberíamos estar dormidos.

Cuando bajé la mano, Thea me estaba mirando. Cerró los dedos alrededor del objeto que tenía en la mano. ¡Oh! Quería saber qué era.

—Si te preocupa que esconda tomates en tu cama, no temas —dijo en voz baja—. No estaremos aquí el tiempo suficiente para que se pudran.

—En ese caso, me voy a dormir.

Ella se levantó en silenciosa aceptación y se unió a mí, mientras nos dirigíamos hacia la puerta.

—Tu carruaje, sin embargo, es otra cuestión —dijo, cuando salimos al pasillo.

Me sobresalté, pero ella mantuvo la cabeza inclinada y caminó detrás de mí, como debería hacer un sirviente invisible. Seguramente, no pretendía esconder tomates en el carruaje. El mismo no me pertenecía, así que no sería yo el hombre que sufriría el hedor a podredumbre. Ella debía haber estado bromeando.

Me arriesgué a mirar a Thea por encima del hombro: su pequeño cuerpo y su cabeza inclinada eran demasiado sumisos, irreconciliables con la persona que yo sabía que era. Cuando llegamos a lo alto de las escaleras, ella blandió la llave que le había dado la posadera, y luego abrió la puerta para dejarnos entrar.

La habitación era estrecha y la cama sorprendentemente ancha. Probablemente, la misma estaba destinada a albergar a toda una familia, o a más de un huésped, cuando surgiera la necesidad. Ciertamente, no albergaría a más de un invitado esta noche. Nuestras pequeñas maletas estaban cuidadosamente alineadas contra la pared y yo me acerqué a la mía para recuperar mi polvo de dientes. Esta noche tendría que dormir en pantalones, una perspectiva totalmente incómoda.

—Hay mantas adicionales en el baúl —expresó Thea con su voz natural—. La señora Heath me lo dijo.

Ambos miramos al suelo. No había suficiente espacio para tumbarme en ninguna parte.

—Dormiré en el suelo esta noche —dijo, tomándome por sorpresa.

—No... Un caballero no puede permitir...

—No se trata que seas un caballero. Es una cuestión de practicidad. Es probable que mañana la posada tenga más de una habitación disponible y, si no es así, podemos rezar para que haya más espacio disponible en el piso.

Negué con la cabeza.

—A mi madre le disgustaría saber que te permití dormir en el suelo.

—Tu madre se pondrá furiosa al saber que viajamos de Leicestershire a Cumberland sin una acompañante adecuada. Nunca sabrá que nosotros también dormimos en la misma habitación.

Thea tenía razón. Nunca podría salir eso de ninguno de nuestros labios. Pero aún así, la perspectiva de ocupar la enorme cama, mientras ella dormía sobre las duras tablas de madera no se acomodaba cómodamente en mi pecho. Me criaron para ser un caballero. A pesar de mi discordia con Thea (y su vestimenta actual), ella todavía era una dama.

—Si acercamos la cama a la puerta, habrá suficiente espacio —dije, analizando la forma de la habitación y el espacio del que disponíamos. “*Esto funcionará*”, pensé.

Thea se inclinó sobre el baúl, sacó una colcha mohosa y la sacudió.

—No tengo intención de dormir en el suelo todas las noches, Benedict, pero puedo ser yo quien empiece.

—Esto no me gusta.

Ella resopló frustrada.

—¿Aceptarás la situación si prometo no decir nunca una palabra de tu comportamiento poco caballeroso esta noche? No solo a los demás sino también a ti. No me burlaré de ti, si esto te molesta.

—Ese no es el punto.

—Pero lo es, ¿no es así? Puedo apreciar tu sentido de caballerosidad profundamente

arraigado, pero debes admitir que el sentido práctico prevalece en esta circunstancia. Tu orgullo requiere que insistas en dormir en el suelo, no tu sentido del bien sobre el mal. —Se quitó la gorra y se dispuso a soltarse el pelo.

—Sí. —Ella lo confirmó. Extendió una manta en el suelo y tomó una almohada de la cama para hacer un pequeño nido para dormir. La vi meterse en el mismo y cubrirlo con una colcha—. Estoy demasiado cansada para seguir discutiendo, Ben. Date prisa y métete en la cama para que podamos apagar la vela, por favor.

—¿Estás durmiendo con tu ropa?

Abrió los ojos y su cabello se abanicaba alrededor de su cabeza, haciéndola parecer un ángel de cabello oscuro.

—Probablemente, no lo creas, pero este conjunto es una de las cosas más cómodas que he usado jamás. Podría acostumbrarme.

—Será útil cuando vuelvas a escapar —dije, acercándome al lavabo para lavarme los dientes—. Quizás tu próximo puesto podría ser en los establos.

—¡Oh! Me encantaría —dijo soñadoramente.

Había una cosa que recordaba que teníamos en común: la adoración por montar a caballo, algo que no era tan infrecuente. La única mujer que conocía, a la que no le encantaba montar a caballo, era mi cuñada, pero eso no era típico de las jóvenes de buena educación.

Me quité el abrigo y el chaleco, luego me desaté la corbata, y coloqué cada prenda sobre el baúl debajo de la ventana.

—Sin duda será mejor que ser una ayudante de cocina.

—Ese no fue el único cargo que ocupé —dijo, sorprendiéndome. Sabía de su destino original después que dejó la escuela, pero no dónde pasó su tiempo entre Gallinger y Brumley. Más que eso, sin embargo, me sorprendió que ella fuera tan comunicativa con cualquier información.

—Me preguntaba —manifesté, esperando que ella me dijera más—. Mi búsqueda originalmente me llevó a Gallinger Park, pero la señora Parker no pudo ayudarme. Me dijo que solo estuviste en su casa una semana.

—De hecho, aunque no como invitada.

Se me cayó el estómago.

—¿También fuiste ayudante de cocina de la señora Parker? —Recordé que ella es una matrona de la alta sociedad como para alimentar los rumores, si se enteraba.

—Como institutriz. —La voz de Thea se volvió perezosa, las palabras lentas salieron de su boca y pasaron por el almíbar, antes de llegar a mis oídos. Estaba medio dormida, si tenía una idea de lo que decía. La cálida luz de la única llama de la vela parpadeaba sobre su rostro y, en su estado cercano al sueño, parecía tan pequeña y delicada, que sentí la inexplicable necesidad de protegerla.

Sacudí el pensamiento. “*¡Esto es ridículo! Esta es Thea, no una dama que necesita ser rescatada*”.

Y yo no era un caballero libertador con una armadura reluciente.

—¿Tú, una institutriz? Eso era mucho mejor que una criada de cocina, o una criada de cualquier tipo, en realidad.

Sus labios se curvaron en una especie de sonrisa, aunque no abrió los ojos.

—Eso no duró.

—Impactante.

—Para ti, tal vez. De hecho, a algunas personas les gustó, Ben.

Mi corazón dio un pulso extraño y apagué la vela para evitar mirarla más. Nadie más me llamaba Ben, fuera de mi familia. Nadie. Pero de alguna manera, cuando Thea lo hizo, mi cuerpo reaccionó sin el consentimiento de mi mente.

Eso sí me gustó.

Deshaciéndome de la sensación, me quité las botas, deslizándose bajo la fina manta. La habitación estaba oscura y fría, apenas la luz de las estrellas se colaba por la ventana para suavizar la oscuridad. El fuego de la chimenea se había apagado y las brasas no arrojaban suficiente calor para calentarnos. Estaba muy consciente del sonido de la respiración de Thea, cada vez más profunda y uniforme, y no fue hasta que estuve convencido que ella estaba dormida, que sentí que mi cuerpo se relajaba profundamente.

Capítulo 6

Thea

Abrí los ojos y vi una mano grande colgando directamente sobre mi cara. Siempre había reaccionado rápidamente, pero reprimí mi sorpresa inicial y no emití nada más fuerte que una inhalación brusca. La luz de la mañana se filtraba a través de los cristales nublados de las ventanas y descansaba sobre la piel de Benedict. Aproveché el momento para observar la curvatura de sus dedos y el cabello oscuro que cubría sus nudillos, mientras mi corazón volvía a su ritmo normal. Solo por su mano lucía fuerte con los dedos grandes y capaces. Cojeando por el sueño, también parecían engañosamente inofensivos.

Esta mano apenas me había tocado, pero pertenecía a un hombre que era tan descuidado con el corazón femenino como con sus pañuelos. Fácilmente descartado y poseído de poco valor.

Cuando llegué a Chelton, como una chica solitaria de casi dieciséis años, me sentí abrumada por la enormidad de la residencia Bradwell. Había vivido una vida de relativo lujo como hija de un embajador inglés, que vivía en el extranjero, pero viajar constantemente y vivir en países, donde no hablaba perfectamente los idiomas, había resultado en una existencia solitaria, y en un agujero que mi corazón estaba desesperado por llenar. Lady Edith se encontraba igualmente ansiosa por ocuparlo y me presentó como un miembro de la familia, una hermana sustituta de los hermanos Bradwell, o de un hermano en particular. Con James unos años mayor y Henry en el ejército, Benedict había sido el más cercano a mi edad y disponible para entretenerme.

Si él hubiera ido a Eton, como lo hicieron sus hermanos, entonces no me habría visto obligada a aguantarlo. Tal como estaban las cosas, Ben estuvo en Chelton con su tutor hasta que yo fui a la escuela de la señora Moulton, y él a la universidad, mientras que cada momento que pasamos bajo el mismo techo fue un tormento para los dos.

Cerré los ojos y alejé el recuerdo que me picoteaba como un pájaro enojado. Si tontamente no hubiera permitido que mi corazón se comprometiera, y creyera los coqueteos que decía, no me habría dolido tanto, cuando me vi obligada a ver a Benedict coquetear con todas las demás chicas de la parroquia. El hombre era como cualquier otro caballero con poder y privilegios: ¡era un canalla!

En aquellas primeras semanas en Chelton, Benedict arruinó lo que bien podría haber sido una buena amistad, entre nosotros, al darme motivos para creer que podría tener algo que ver con mí y luego eliminarme rápidamente. Después de mis experiencias en Suecia y Viena, desconfiaba de los caballeros. Mi experiencia con Benedict fue la gota que colmó el vaso, y juré nunca más dejarme engañar por un caballero apuesto y con una sonrisa brillante. Después de todo, ¡era la sonrisa de un lobo!

Él se movió, como si pudiera sentir el vitriolo de mis pensamientos, y su mano cayó más abajo, más cerca de mi cara. Respiré hondo y presioné mi cabeza más hacia atrás en la almohada, encontrándome con la dura superficie del suelo. Los dedos de Benedict se curvaron ligeramente, balanceándose por el movimiento, con el dorso de sus nudillos rozando mi nariz. Me quedé mirándolos. Era demasiado tarde para alejarse de su toque sin golpear su mano, y no quería que supiera que me tenía atrapada. No podía cederle nada a este hombre.

En silencio, respiré y exhalé lentamente, esperando que el viento en sus dedos los hiciera alejarse. Benedict murmuró algo incoherente y se movió, y volví a soplar suavemente en sus dedos.

Cayeron más abajo, descansando contra un costado de mi cara, y seguí el rastro de su brazo, salpicado de cabello oscuro hasta que encontré la ondulada manga de la camisa blanca, llegando al borde de su hombro, que se inclinaba precariamente sobre el suelo al lado de la cama.

Fue entonces cuando noté la forma en que el resto de su cuerpo se alineaba sobre el colchón. Se deslizó lentamente por el borde y pareció como si lo hubiera visto desde arriba, y no mientras yo yacía debajo del hombre en el suelo. Cayó por el borde de la cama y aterrizó con fuerza encima de mí con un ruido sordo. El aire salió de mis pulmones, e inspiré con fuerza.

Cada pulgada de Benedict Bradwell permanecía encima de cada pulgada de mí, y podía sentir los latidos de su corazón y el pánico en sus pulmones, como si latieran al mismo tiempo que los míos.

—¿Qué diablos...?

—Estás encima de mí —dije, luchando por respirar, e ignorando el calor que se extendía por mi piel. La presión de su peso sobre mí tuvo un efecto sorprendentemente reconfortante, que tuve que ignorar a toda costa.

Benedict parpadeó y sus ojos somnolientos se posaron justo encima de los míos. Empujó hacia arriba sobre sus antebrazos y respiré profundamente, una vez que mis pulmones ya no estaban sobrecargados por su pesado cuerpo.

—Perdóname —dijo suavemente, su mirada cayó a mis labios.

Presioné mis manos contra su pecho y lo empujé, necesitando más espacio y aire limpio entre nosotros. Olía levemente a especias y a sabor picante, y luché contra la burbujeante curiosidad por identificar más los olores y darles un nombre, empujando contra su robusto pecho. Pero el hombre no se movió. Estaba construido con una sustancia más pesada de lo que esperaba, y era difícil moverlo porque era un hombre tan larguirucho. Empujé de nuevo y él levantó una ceja.

—¿Estás tratando de eliminarme? —preguntó en voz baja, demasiado tranquila para la situación íntima en la que nos encontrábamos. Su voz era ronca, afectada por el sueño. Rodó hacia un lado y se puso de pie. La diversión hizo que su boca formara una suave sonrisa, y me obligué a no notar la perfecta simetría en sus labios curvados. Por supuesto que eran perfectamente simétricos. Lo único que no era perfecto en Benedict era su personalidad.

—Supuse que necesitabas ayuda, ya que aún no lo habías hecho tú mismo —dije, luchando por hablar normalmente bajo el peso de su atención.

—¿Quieres decir que no apreciaste mi caída? Podía sentir los rápidos latidos de tu corazón, Thea, así que no te molestes en negar tus verdaderos sentimientos.

Poseía un corazón que aún tenía que calmarse por completo.

—Usted está equivocado, señor. No fue la emoción lo que aceleró mi pulso sino el miedo que tu enormidad me aplastara, antes que pudiera volver a probar el mazapán de la cocinera.

—¿Te lastimé? —La incertidumbre brilló en sus ojos.

—No.

Benedict me miró durante otro largo momento, antes de ofrecerme su mano. Estaba parado encima de mí, vestido únicamente con pantalones y mangas de camisa, reflejando una sombra de crecimiento sobre su mandíbula, mientras que su cabello rizado permanecía desordenado. Se me hizo un nudo en el estómago y me di cuenta de lo injusto que era que mi atracción por él no pudiera morir tan rápido, como lo había hecho mi respeto por él hace tantos años.

Haciendo caso omiso de su mano extendida, me levanté y di la vuelta, ocupándome de recoger las mantas del suelo y doblarlas cuidadosamente. Presioné una mano contra mi pecho, asegurándome que el anillo todavía estuviera allí, aún atado a la cuerda alrededor de mi cuello,

sintiendo con alivio el cálido metal, que presionaba mi piel.

Benedict y yo trabajamos en silencio, en la pequeña habitación, para prepararnos para nuestra partida, y yo evité cuidadosamente verlo afeitarse en el pequeño espejo o vestirse para el día. Nunca una trenza había requerido tanto empeño, pero logré concentrar toda mi atención en la tarea de recogerme el pelo, y atarme los zapatos, que no me quedaban bien.

—Hoy pasaremos por York. Si hay algo que olvidaste en tu escuela, podemos detenernos para recuperarlo.

—¡Oh! ¿Podemos? —Moderé mi sorpresa. Había dejado mi baúl con la solicitud que la señora Moulton lo guardara hasta que regresara por mis cosas, pero aún no había encontrado una situación permanente, y temía que enviar por mi baúl también alertaría a la familia Bradwell sobre mi ubicación. Ahora que lo sabían, no tenía motivos para no recuperarlo—. ¡Eso será bueno!

Benedict sostuvo la puerta abierta y le hice un gesto para que me precediera.

—Después de usted, señor —dije, bajando mi acento lo mejor que pude. Era más prudente ponerme ahora en una actitud de sirviente para no cometer un desliz, y revelarme cuando estuviéramos frente a otros.

Sacudió la cabeza suavemente, pero salió al pasillo, y yo lo seguí con las dos maletas.

* * *

La escuela de la señora Moulton no había sido un lugar de recuerdos infelices. De hecho, disfruté los años que pasé allí y a la mujer que dirigió mi aprendizaje. Cuando apareció a la vista el edificio de ladrillo rojo, tres niveles de ventanas iguales y un techo a dos aguas arriba, mi corazón dio un vuelco.

—No creo que tenga ningún problema para recuperar tu baúl —dijo Benedict, mirándome—. Estoy en términos familiares con la señora Moulton ahora, y le diré que estás de camino a Chelton, y has solicitado que tus cosas sean enviadas allí.

Aparté la mirada de la ventana del dormitorio, que me había pertenecido durante tres años.

—¿La señora Moulton creerá que has viajado para recuperarlo por la bondad de tu corazón? ¿No es eso bastante improbable?

Él ignoró mi desaire.

—No. Mencionaré que estaba de paso y trato de ahorrarles un viaje a nuestros sirvientes.

—Mucho más creíble.

Los labios de Benedict se aplastaron.

—Regresaré en breve. —Bajó del carruaje y yo me hundí en los cojines, observando desde las sombras cómo llamaba a la puerta principal y posteriormente lo dejaban entrar. Esperé frente a la escuela, durante lo que parecieron siglos, pero probablemente fue más cerca de un cuarto de hora, antes que Benedict reapareciera detrás de un par de sirvientes, quienes cargaban mi baúl. Mi corazón se apretó al ver a mi único compañero constante: el equipaje de cuero que había viajado conmigo, mientras mi padre era embajador en Suecia, en nuestros viajes a: Viena, Bruselas y Dinamarca, y luego de regreso a Inglaterra tras la muerte de mis padres. Había sido más fácil dejar la escuela y buscar un puesto sin tener que cargar con eso, pero me sentí aliviada que me lo devolvieran.

Benedict volvió a subir al carruaje, poco tiempo después, y partimos de nuevo hacia Cumberland.

—¿Cómo parece que le está yendo a la señora Moulton? —pregunté, rompiendo el tenso silencio.

Sus ojos azules me miraron.

—No pude preguntar por su bienestar. Estaba manejando una disputa entre dos chicas más jóvenes, por lo que estaba un poco preocupada. Me pidió que le enviara saludos a mi madre, pero hasta ahí terminó nuestra conversación.

Asentí.

—¡Oh! —dijo, como si recordara algo—. La señora Moulton tenía algunas cartas en la mano para ti. Ella me pidió que las guardara en tu baúl, así que las guardé.

—Probablemente sean de tu madre —dije. No había nadie más que quisiera escribirme. No había formado ninguna relación con las niñas de la escuela lo suficientemente profunda como para justificar una correspondencia, y mis padres habían muerto con un año de diferencia, mucho antes que yo viniera a esta escuela. No tenía hermanos ni otra familia excepto mi tío. Pero él me rechazó cuando llegué a Inglaterra, y su hombre de negocios mantuvo correspondencia conmigo solo en relación con mis finanzas. No había más nada sobre lo que quisiera escribirme.

Cogí el montón de Benedict. Separé las dos misivas que estaban encima (ambas de Lady Edith) y una tercera de Lady Claverley. Pero... Otra carta me desconcertó, porque no reconocí la escritura y no había ninguna dirección. Deslicé mi pulgar debajo del sello y la abrí, desplegando el papel grueso y examinando las palabras.

“Señorita Northcott...

Normalmente no me rebajaría tan bajo como para escribirle, pero estoy desesperado por obtener información sobre su paradero y su seguridad. Aquellos con quienes he hablado se niegan a darme una respuesta clara sobre dónde usted se encuentra, y no puedo evitar sentir en lo más profundo de mi corazón, que usted se encuentra en gran peligro. Por favor, sana a un hombre miserable de su ansiedad y dime dónde estás y que estás a salvo. Nada me gustaría más que llamarte. Permanezco en Londres, en la casa de Mayfair, donde podrás localizarme.

*Tuyo,
P. Seymour.”*

“¿Peter Seymour?” Las palabras flotaban y las leí de nuevo, presionando un dedo en mi sien para que no se desdibujaran. Miré hacia arriba y encontré a Benedict, mirándome de cerca. Quise decirle inmediatamente lo que contenía la carta y pedirle su opinión. Por supuesto, Ben es un hombre sabio. Seguramente, él sabrá qué hacer.

“Pero, ¿contarle esto a Benedict simplemente agregará credibilidad a una situación que debe olvidarse, a una carta cuyo destino sería el fuego?”

—¿Es una noticia terrible? —preguntó suavemente.

—Yo no lo clasificaría como tal, no. —Mis palabras fueron más delicadas de lo que deseaba. Mucho más íntimo de lo que la conversación necesitaba. Avanzamos a trompicones por el camino, bajé la misiva en mi regazo, y la volví a doblar para guardarla con las demás—. Es de un hombre que no tiene por qué escribirme.

Benedict me miró fijamente.

—¿De qué manera?

—Lo conocí en Viena. Era hijo del ministro plenipotenciario y un querido amigo de nuestros anfitriones allí. Nunca cortejamos, pero a él le hubiera gustado hacerlo. Aunque yo todavía no era mayor de edad.

—¿Él sabía dónde encontrarte...?

—Lo vi en York, cuando todavía estaba en la escuela. Nuestro encuentro fue completamente casual, pero él solía visitarme en ocasiones, cuando pasaba por allí. Ahora vive en Londres, aunque creo que su padre todavía está en el continente.

Las líneas alrededor de la boca de Benedict se tensaron.

—¡Ese canalla! Arriesgar tu reputación de esta manera. —Sacudió la cabeza, disgustado.

—Lo cual es mucho más apropiado que cómo has arriesgado mi reputación —le dije, recordándole nuestra situación actual.

Su sorpresa fue un poco gratificante.

—Soy un hombre honorable.

—¿Y Peter no?

—Yo nunca te escribiría.

—¡Eso es una lástima! Creo que podríamos tener una correspondencia tan entretenida.

Él miró por la ventana, aparentemente frustrado.

—¿Le responderás?

¿Detecté un atisbo de obstinación en su tono? Me tomó por sorpresa. Benedict no podía tener celos de Peter. Esa era una noción más absurda que la idea que yo albergara algún sentimiento por Peter. La mirada de Benedict se dirigió hacia mí y levanté el tono:

—No mantendría correspondencia con un hombre a menos que esté comprometida con él.

—*“A pesar del único beso que compartí con Peter, cuando tenía quince años, ¿se puede culpar a una chica por tener nociones románticas a esa edad? Creo que no. ¡Él no tiene ningún derecho sobre mí!”*—. Pero, el problema no reside en que quiera hablar conmigo. Ha preguntado por mi paradero de manera sospechosa. Él cree que no estoy en una situación segura.

—Entonces, tal vez sería bueno notificarle de tu regreso a Chelton, aunque solo sea para acallar los rumores, antes que puedan comenzar en serio... Tal vez le pidamos a mi madre que escriba la carta.

—Tal vez. —Eso era lo que yo también había estado pensando, y lamenté, no por primera vez, mi decisión tonta y precipitada de dejar la escuela por mi cuenta de una manera tan solapada.

El movimiento del vehículo chocó mi pierna contra la de Benedict, levanté la vista y encontré su mirada. Benedict, un maestro extraordinario en coqueteo y provocación, sostuvo mi mirada con la más suave de las expresiones, sus ojos azules fijos estaban en mí y en su cuerpo inmóvil. El hombre era como una bomba de agua por explotar: completamente seca hasta que uno engrana la manija, y luego el agua sale a chorros en un gran volumen. Cuando él se comprometía, lo hacía con celo.

Pero, por ahora, no quería que se involucrara más. Giré la cabeza y vi pasar árboles y vacas, junto a la ventana. Si no me equivoqué, oí a Benedict suspirar.

Capítulo 7

Benedict

Sufrimos la desgracia de encontrarnos nuevamente en una posada con solo una habitación disponible, más tarde esa noche, y eso fue solo después que nos rechazaron por completo en la otra posada de la ciudad.

—Puedes tener la habitación para ti sola —dije, entendiendo que Thea probablemente quería leer el resto de su correspondencia en privado—. Necesito caminar y estirar las piernas.

Thea asintió. Entró en la habitación y desapareció en el momento en que llegamos, llevándose nuestras dos maletas pequeñas con ella. Encontrar un catre libre con Charlie, en los establos, casi sonaba más agradable que volver a compartir una habitación con ella, y no borré la idea completamente de mi mente.

Me paré en el pasillo y observé cómo se cerraba la puerta detrás de Thea, escuchando cómo la barra caía sobre el soporte de hierro para mantenerla cerrada. No culpé a su afán por estar sola, especialmente después de haber compartido carruaje conmigo, durante los últimos dos días, pero no habíamos parado ni siquiera para cenar y ya era tarde.

La vacilación me invadió, pero la aparté y llamé a la puerta.

—¿Sí? —Su voz llegó amortiguada a través de la espesa madera.

—Pediré la cena. ¿Quieres que te traigan una bandeja aquí?

El silencio presionó entre nosotros hasta que ella finalmente respondió.

—No.

—¿No? ¡Mmm! ¿Tienes intención de bajar a la taberna?

—No.

Me quedé mirando la puerta de madera, como si la misma contuviera las respuestas que buscaba. ¿No podría tener la intención de saltarse la comida por completo? Sabía que su maleta era delgada y su estómago estaba vacío, porque yo mismo había escuchado ese estruendo, varias veces, en el último tramo de nuestro viaje. Thea siempre había sido esbelta, pero la delgadez de su cuerpo y el hundimiento de sus mejillas, cuando la encontré en el jardín de los Fuller, me sorprendieron un poco. Por supuesto, a mamá no le agrada ver a Thea tan reducida.

—Necesitas comer —insistí.

Unos pasos se cruzaron hacia la puerta y ella la descorrió, antes de abrirla. Frunció el ceño y se quitó la gorra, dejando al descubierto la corona de trenzas oscuras que rodeaban su cabeza.

—No tengo hambre.

—Tu estómago ha estado discutiendo de manera diferente.

—Necesito privacidad, Benedict. Me la ofreciste hace solo un momento.

—¡Ah! Pero no deseo invadir eso. Solo te pido que me permitas pedir una bandeja para tu habitación.

Cruzó los brazos sobre el pecho e inclinó la cabeza hacia un lado.

—No es propio de ti que te importe.

—No lo hago —dije, lamentando las palabras en el momento en que tocaron mis labios. “¿Por qué no podemos mantener una conversación decente?” Todo lo que ella decía era incendiario, dándome la inexplicable necesidad de defenderme. Aunque admitiría mi parte en esto, no estaba libre de culpa. Por lo que salí con lo único que podría llegar a su comprensión—. A mi madre le importaría. Ella se horrorizaría si supiera que te permití pasar la noche sin cenar, y

no estaba haciendo mi trabajo como caballero.

La pequeña línea desapareció entre sus cejas cuando las levantó en señal de desafío.

—Tu madre nunca se enterará de la mayor parte de lo que ha sucedido en este viaje, Ben, o le dará una apoplejía. También podemos abstenernos de informarle que estaba demasiado enferma... —se contuvo y rápidamente redirigió la conversación—, y que me salté la cena una vez...

—¿Estás enferma?

—No.

—Acabas de decirlo hace unos momentos...

—No estoy enferma en la forma en que estás pensando. —Se pasó una mano por la frente—. No es nada.

Las cartas que recibió, ¿alguna de ellas contenía malas noticias? ¿La nota de su admirador la había molestado más de lo que había dejado entrever? Seguramente, el motivo por el que se sentía mal tenía algo que ver con eso. Podría concederle un poco de espacio en este caso y dejar el asunto.

—Además —continuó—, ¿qué pensará el sirviente, cuando se le ordene entregar una bandeja a otro sirviente?

Tenía un buen punto. Tendría que pensar en otra cosa.

—¡Muy bien! Te dejaré en paz, Thea.

—Gracias. —Thea cerró la puerta rápidamente y me dejó en el pasillo, mirándola. Nunca llegaría a considerar a esta mujer como una amiga, pero, ¿debemos ser rivales tan acérrimos? ¡Esto era agotador!

—Esta noche ocuparé la cama —dijo, a través de la puerta cerrada.

Un atisbo de sonrisa apareció en mis labios, y agradecí enormemente que ella no pudiera verlo.

—Por el bien de mi seguridad —agregó.

Me acerqué y hablé cerca de la puerta, bajando la voz para que los demás ocupantes de la posada no me escucharan.

—Por supuesto. No soñaría de otra manera. —Aunque podía prometerle con seguridad que no volvería a caer sobre ella. Abrazaría el lado opuesto del colchón, si eso evitara dormir encima de ella otra vez. Cómo me las arreglé para estar tan cerca de ella, en una cama tan grande, la noche anterior era un misterio en sí mismo. Era como si Thea poseyera un hilo en mi pecho, que me atraía hacia ella siempre, evadiendo su control y sus deseos.

Bajé las escaleras y pedí que me trajeran la cena a una de las largas mesas de madera de la taberna. Un nutrido grupo de viajeros parecía estar cenando también, todos ellos hombres, y el olor a carne asada y pan con levadura llenó mis sentidos.

Thea había venido a Chelton tan joven y fresca del rechazo hacía tantos años. Yo había hecho todo lo posible para ser el amigo que pensé que ella necesitaba, en ese momento, el amigo que mi madre me pidió que fuera para su ahijada. Pero nuestra fácil camaradería solo había durado unas pocas semanas. Un cambio en nuestra relación nació después de un festival de verano. Su causa es un completo misterio para mí, y ninguno de los dos había aprendido a actuar de manera diferente desde entonces. Era como si hubieran vertido pintura sobre nuestra relación (negra por la discordia y los malentendidos) y no pudiéramos encontrar aguarrás para limpiarla.

Una camarera puso un plato delante de mí y comí mi cena, permitiéndole a mi mente el lujo de vagar sobre mis recuerdos de Thea. Una de las cosas que me molestó fue que nunca supe qué había hecho que ella cambiara de opinión sobre mí: ¿qué había sucedido en el festival para tomar

a la encantadora chica con la sonrisa de un querubín y llenar sus ojos de disgusto contra mí? Intenté preguntarle una vez, pero me encontré con la resistencia de un caballo de tiro y la terquedad de una mula.

Arranqué un trozo del panecillo y me lo metí en la boca, masticándolo con más entusiasmo del que el pan justificaba. Se me hacía cada vez más difícil ser amable con ella, pero lo más irritante era que yo sabía que le llevaría un plato de comida, a pesar de su obstinación. Necesitaba comer, incluso si estaba demasiado nerviosa para hacerlo en un comedor lleno de gente. Me comí el resto de la cena y llamé a la sirvienta.

—Necesito un plato de comida para mi sirvienta. Se lo llevaré.

—Sí, señor. —Su mirada recorrió todo mi torso. Sentí su evaluación filtrarse a través de mis capas de ropa y retorcerse en mi estómago, y luché contra el impulso de descartarla con altivez.

Extendí una pequeña sonrisa sobre mis labios y mantuve mi mirada en sus ojos.

—Gracias, muchacha.

Sus mejillas se motearon y el interés brilló en sus ojos. No era difícil coquetear, pero mantendría mis atenciones bajo control. Con suerte, mi interés fingido la aceleraría en la cocina.

La sirvienta se alejó revoloteando, sus caderas se balanceaban dramáticamente y yo desvié la mirada.

—Benedict Bradwell, en persona. —La cremosa voz de un hombre se deslizó bajo mi piel. ¡Era Frederick Keller! Reconocería su petulante despreocupación en cualquier lugar, y seguí el conjunto atroz que llevaba hasta una nariz aguileña y una sonrisa sesgada. Sus ojos entrecerrados me recorrieron—. Estás lejos de casa. ¿Viniste a luchar?

“¿Luchar?” Esto ciertamente explicaba la cantidad de hombres en la taberna y la posada casi llena. Le di otra mirada a los clientes presentes, y ahora vi lo que mi mirada superficial no había podido ver antes: los hombres reunidos eran en su mayoría caballeros.

—Estoy de paso —le dije a Keller.

—Lástima. Siempre me gustó ganar tu dinero. ¿Puedo convencerte que te quedes un día más? —Él hizo un puchero.

Me reí, luciendo como alegre Benedict que él esperaba. La sonrisa en mi rostro se sentía cruda y tensa, aunque perseveré:

—Odiaría privarte de esa alegría, pero me temo que estoy demasiado ansioso por las comodidades del hogar, como para retrasarme un momento más.

—Aquí hay comodidades —dijo, mirando a la sirvienta que caminaba hacia nosotros, con la cena de Thea en sus manos.

—Nada que me atraiga en este momento —dije, tomando la comida y dándole a la mujer sus monedas. Agregué algunas monedas extra, esperando que ella no tuviera que buscar dinero en otro lado, esa noche.

—¡Qué lástima! —dijo Keller—. Siempre puedes cambiar de opinión.

Le lancé una sonrisa y me puse de pie.

—Quizás en otro momento.

Keller se alejó pavoneándose, y yo salí furtivamente del salón, antes que la cena de Thea se enfriara demasiado. Cuando llegué a la puerta de nuestra habitación, mi resolución flaqueó. Ella no esperaría esto de mí. Si entraba con un plato de comida, ella sospecharía de mis motivaciones o, dado su talento para lo dramático, del plato en sí. ¿Qué razón podría idear para que ella no desconfiara de mí? Miré el plato que era sencillo: jamón, papas hervidas y un panecillo balanceándose sobre carne humeante.

Podría decirle que fue entregado accidentalmente, que el posadero confundió mi orden de

una cena con el pedido de dos, que había sido pagado, y que no debíamos desperdiciarlo. Seguramente, ella creería tal historia. Mientras no me mostrara bajo una luz favorable, Thea comería.

Mi puño cerrado golpeó la puerta y solo tuve que esperar un minuto, antes que Thea la abriera y se asomara. Cuando me vio, soltó la puerta y dejó que se abriera, antes de regresar a la habitación y sentarse en el borde de la cama. Su cabello todavía estaba trenzado, pero desenrollado de su cabeza, cayendo lacio sobre su hombro.

Ella miró el plato en mi mano. Entré a la habitación, cerré la puerta detrás de mí y la levanté como una ofrenda.

Sin embargo, la mentira cuidadosamente elaborada se alojó en mi garganta.

—Te dije que no quería cenar —dijo en voz baja. Sus cartas estaban dobladas sobre su regazo, y sus dedos pasaban por una de ellas lentamente, distraídamente.

Mi hombro se levantó en un encogimiento indiferente.

—Entonces, no comas. No es ninguna prueba para mí, si hace frío. Mi barriga ya está llena.

—Bueno...

Ella no podía hablar en serio. De todas las personas ridículas y tercas...

Su mirada se posó en la carta que tenía en las manos y me tragué mi irritación. No pude entender el motivo de su angustia hasta que decidió confiarme y explicarme las terribles noticias que entrañaba la misiva. ¿Su novio la estaba preocupando? ¿Sus ardientes súplicas eran demasiado para ella? ¿Lo extrañaba? Esa idea provocó un desagradable malestar en mis entrañas.

Me acerqué y puse el plato en la pequeña y desvencijada mesa al lado de la cama, sentándome en la delgada silla al lado.

—Supongo que no deberíamos desperdiciarla. ¿Si hablas en serio, claro está?

—Yo nunca te mentaría. —Ella miró de la comida a mí y vi la luz del desafío iluminar sus ojos, antes apagados.

—¿Oh? —Levanté una ceja y tomé el panecillo, arrancando un trozo y metiéndolo en mi boca.

Thea cayó en mi atención.

Era casi doloroso seguir masticando, viéndola mirarme comer.

—Esto es divino.

—Por supuesto.

—Y el jamón... —Cogí el plato y corté un bocado de la dura carne, deslizándola en mi boca y masticando, como si estuviera húmeda y deliciosa, pero en realidad, la misma estaba lo suficientemente fría y seca como para hacerme desear haber traído una bebida conmigo.

Thea no apartó su mirada de mí y, bajo el escrutinio de sus redondos ojos azules, deseé no haber comenzado este juego. Pero yo lo había empezado, así que lo vería terminado.

—No soy un hombre propenso a disfrutar de las verduras, pero estas papas están bien condimentadas. —Agarré el tenedor para pinchar una patata, y Thea me apartó la mano de un golpe.

—¡Suficiente!

La victoria me invadió, pero mantuve una expresión plácida en mi rostro.

—¿Suficiente?

—Sí... Sé lo que estás tratando de hacer.

—¿Está funcionando?

Un destello de sonrisa bailó en la comisura de su boca, pero ella lo reprimió bien. Probablemente, no lo habría notado, si no hubiera estado buscando ardientemente cualquier señal

que ella estaba claudicando.

—No... Pero tomaré el plato y me lo comeré, aunque solo sea para que pares. A nadie le gusta escuchar a otra persona comer con tanto entusiasmo.

Entonces, esto sí estaba funcionando.

—Al contrario —dije a la ligera, feliz de verla levantar el rollo y darle un mordisco—. Nada disfruto más cuando estoy sentado, cenando, que escuchar a los demás disfrutar de su comida.

Ella levantó una ceja con incredulidad.

—De verdad —dije, recostándome en la silla, al escuchar un crujido siniestro y apoyando mi tobillo en la rodilla opuesta—. Es incluso mejor cuando se describe la comida.

—Ben... ¿Como esta papa tibia y mantecosa?

—Sí.

—O esto. —Cortó un trozo de jamón y se lo puso en la lengua—. Jamón seco y frío.

Luché contra una sonrisa.

—Mejor aún. No tengo que comer nada porque tengo el placer de escucharlo bien descrito. ¡Esto es encantador!

Ella sacudió la cabeza, obviamente consciente de mi broma, e igualmente dispuesta a dejar que la conversación terminara aquí.

—Es sorprendente que tengas tantos amigos, cuando tienes modales tan extraños en la mesa.

—La tendencia de describir la cena se está poniendo de moda. ¡Ya verás!

Ella se quedó en silencio, concentrándose en comer, y cuando recogí su plato, moví mi mirada para descansar en la ventana, cada vez más oscura.

—Mañana habrá una pelea.

—Por eso la otra posada está llena —dijo comprensiva.

—Sí, y como está llena de caballeros. Será mejor que no salgas de la habitación en absoluto.

—¿Hay alguien a quien conozca? —asintió ella.

—¿Frederick Keller?

Thea negó con la cabeza.

—Entonces, probablemente estés a salvo. No conozco a nadie más. —Miré su camisa holgada y sus pantalones ajustados. Eran más ajustados de lo que deberían ser, pero un muchacho los usaría así. Solo noté la definición de sus curvas porque sabía que era mujer, aunque hice todo lo posible para no notarlas.

—Esta habitación no tiene mantas adicionales —dijo, levantándose y acercándose a la ventana. Miró hacia High Street—. Casi fui a preguntarle al posadero, pero no quería volver a recogerme el pelo.

—No tendrán ninguna, estoy seguro. No con la multitud abajo. Estaban llegando más hombres cuando salí de la taberna.

Thea asintió y luego miró hacia la cama.

—Me llevaré el colchón. Puedes quedarte con la manta.

Si es que se le pudiera llamar así. Era tan delgada que parecía más una sábana. El duro suelo de tablas bajo mis pies era inflexible, y pensé que tal vez los establos con Charlie sonaban como la mejor opción esta noche, aunque haría mucho frío. Al menos, aquí teníamos un incendio apagándose.

Thea miró de la cama al plato vacío.

—Es una cama muy ancha —dijo, sin mirarme a los ojos—. Estoy segura que fue diseñada para albergar a toda una familia.

—Más que probable. Anoche también habría adivinado lo mismo de la cama de la posada.

Una familia, un grupo de amigos o un puñado de desconocidos me habían ofrecido una habitación con extraños más veces de las que podía contar en varios viajes, y mientras otros que conocía compartían camas o habitaciones con extraños para ahorrar unas pocas monedas, nunca me atreví a hacerlo, incluso a pesar del escandaloso gasto de una habitación privada. Contuve la respiración y mi mirada, preguntándome por las implicaciones de su declaración.

Ella volvió a acercarse por la ventana y se inclinó más cerca del cristal.

—No. Seguramente, no es...

—¿Quién no es?

Thea miró más de cerca, apoyando la palma de la mano en el cristal a su lado.

—Solo se parece a alguien que conocí una vez. Pero el cristal es grueso y difícil de ver con claridad.

—Estás a salvo, incluso si conoces a esta persona, porque no tienes intención de salir de la habitación...

Thea giró y cayó al suelo, sosteniendo mi mirada, con sus ojos azules muy abiertos.

—Él me vio. Estoy segura...

—¿Quién te vio?

—Peter Seymour. —Tragó saliva.

Capítulo 8

Thea

—¿Quién es Peter Seymour? ¿Y por qué me suena familiar su nombre? —preguntó Benedict, levantándose de la pequeña y desvencijada silla, y acercándose a la ventana. Extendí mis manos para detenerlo. Lo último que necesitábamos ahora era llamar más la atención sobre nuestra habitación.

—Él es el hombre que me escribió esa carta. —Mis brazos extendidos no detuvieron a Benedict, así que levanté la mano y tiré de su mano.

Ben me miró.

—¿Qué diablos estás haciendo?

—¡Aléjate de la ventana! —siseé, soltando su mano. Estaba áspero, la piel tenía callos de una manera que no esperaba. O tal vez esa fuera mi propia piel áspera.

Él se burló.

—Es imposible ver...

Lo alcancé de nuevo y él dio un paso atrás.

—Thea, incluso si el hombre te hubiera visto, era poco probable que descubriera tu identidad a través del crepúsculo y este grueso cristal. Él no sabría que eres tú.

—No puedes saber eso.

Él levantó la vista y me observó por unos momentos, antes que me agachara.

—Bueno, si él no había tenido ninguna sospecha, antes de tu cuestionable actividad, ciertamente las tiene ahora. —Ben se pasó una mano por la cara.

No había considerado ese punto. Peter era como un azote que regresaba con entusiasmo implacable y se negaba a partir. Nuestra relación comenzó cuando mi madre y yo vivimos con los Richter, durante el año siguiente a la muerte de mi padre. Peter había iniciado un coqueteo clandestino conmigo, que terminó rápidamente, cuando mi madre murió y yo regresé a Inglaterra. Dos años más tarde, cuando dejé Chelton para ir a la escuela en York, Peter estaba en la ciudad visitando a su primo, y fue a verme a la escuela, varias veces.

Lo más probable es que Benedict tuviera razón. Mi vista repentina desde la ventana demostró mi culpabilidad, ante los espectadores que estaban afuera.

—Me he delatado —dije—. Y a un hombre que, considerando el contenido de su carta, me está buscando.

—Más que probable. Sin embargo, mientras tu amigo no escuche afuera de nuestra puerta, no encontrará ninguna mujer aquí.

Una lenta sonrisa se extendió por mis labios y levanté la sonrisa hacia Benedict.

—Porque soy un muchacho. ¡Oh, bendita artimaña!

Él me miró con recelo y se sentó en el borde de la cama.

—¿Ese hombre es peligroso?

—No... Solo es persistente. —Sin embargo, no pude evitar que le hubiera permitido besarme, en el jardín de la señora Richter. Yo apenas tenía quince años, entonces, así que difícilmente se me podía culpar por ser joven, ingenua, y extremadamente aburrida por las limitadas reuniones sociales, en las que podíamos participar, mientras lloraba a mi padre, y por preguntarme a qué se debía tanto alboroto con respecto a los besos.

Tuve que admitir que eso no me impresionó.

—Debe estar aquí para ver la pelea —dije. Había mencionado en la carta que todavía vivía en Londres, y que ahora estábamos muy lejos de la ciudad.

—Entonces, podremos contentarnos con que no se levantará temprano y no nos verá escapar.

Di la vuelta y levanté la cabeza para mirar por encima del borde del cristal. El grupo de hombres que había llegado con Peter, ya se había ido, probablemente estaban bebiendo en la taberna debajo de nosotros, y me dejé caer en el suelo con cierto alivio.

—Sería precisamente mi fortuna tomarme la molestia de disfrazarme así, solo para ser descubierta por una de las pocas personas en Inglaterra que podrían reconocerme.

—¿Realmente te importa, si te descubren? —preguntó Benedict. Parecía interesado en mi respuesta, como si creyera que no me importaba lo que la sociedad pensara de mí. ¡Él estaba equivocado! Aunque no era tonto, razón por la cual fui extremadamente cautelosa en los puestos que obtuve, después de dejar la escuela de la señora Moulton. Mis padres habían hecho su parte del trabajo al arruinar cualquier reputación que nuestro nombre tuviera con su infidelidad y comportamiento imprudente. No quería empeorar la situación para mí.

—Sí me importa.

—Sin embargo, fuiste tú quien desapareció de la escuela y asumió un puesto de sirvienta. Si vieras a la señora Fuller en Londres, ¿qué harías? Sería un escándalo, si las actividades de los meses anteriores fueran ampliamente conocidas.

Mi estómago se apretó, pero me negué a permitirle ver que eso estaba alterando mi compostura.

—La señora Fuller no me reconocería, así que eso importa poco.

—Podría echarle harina en la cara para ayudarla a recordar.

Le fruncí el ceño dramáticamente, luchando contra una sonrisa.

—Nunca conocí a los Fuller. Me quedé abajo en la cocina. Si los viera en Londres, no sabrían que yo solía amasar su pan.

Benedict se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en las rodillas.

—¿Y antes de eso? ¿Qué hiciste?

—¿Antes de amasar el pan? En realidad, eso no era algo en lo que la cocinera confiara en mí a menudo. —Mis mejillas se calentaron—. Más a menudo cortaba verduras o lavaba platos.

—No —dijo, con una sonrisa curiosa en sus labios—. Antes de la cocina de los Fuller, ¿qué hacías?

—Trabajé para una costurera en una tienda en Upper Trumby. Mis puntos no eran pequeños ni suficientes para ella, pero me dio una buena oportunidad, antes de enviarme al mercado a buscar otro empleo.

Benedict parecía pensativo. Sus ojos azules estaban interesados, pero el resto de su rostro era plácido. Si esto era para reunir información para compartir con su madre, estaba perdiendo tiempo y esfuerzos en su intento de ocultación. Aunque me alegraría de compartir todo esto con Lady Edith, cuando llegara a Chelton, no deseaba que ella se preguntara sobre la naturaleza de ninguna de mis situaciones.

—Pero no fui a la costurera directamente desde la escuela.

—¿No? —Su curiosidad se despertó nuevamente, y dejé que ese bocado colgara un momento más.

Estiré las piernas delante de mí y recosté la cabeza contra la pared encalada, esperando que la curiosidad de Benedict desapareciera. Era guapo (podría admitirlo en el silencio de mis propios pensamientos, por supuesto) con un constante desorden de rizos y una sonrisa libertina.

Sus labios ahora eran planos, arqueados de tal manera que intentaba hacerme creer que no le importaba saber adónde fui cuando dejé la escuela.

—¿Cuánto tiempo estuviste buscándome? —pregunté.

La mirada de Benedict se rompió, y miró el fuego que hervía lentamente en la chimenea.

—Hice varios viajes.

—¿Más de uno? No sé qué hice para justificar tanta generosidad.

—No era por ti —le dijo al pequeño fuego.

¡Por supuesto que no! Lo sabía. Él nunca haría nada solo por mí. Mi mirada buscó el plato vacío y los utensilios desechados en la pequeña mesa, al lado de la cama, que era una evidencia de la mentira que me acababa de decir. Miré hacia otro lado.

Benedict se pasó una mano por sus alborotados rizos.

—Me tomó mucho tiempo descubrir que habías ido a Gallinger Park desde la escuela, pero cuando interrogué al ama de llaves, ella me dijo que te habías ido, y que no sabían adónde. Fue difícil reconstruir adónde fuiste después de eso.

—Sin embargo, me encontraste en Brumley —dije—. ¿Cómo diste ese salto? Gallinger Park era el hogar de mi puesto de institutriz. No pudo haber sido pura coincidencia.

—Un poco de suerte y mucha búsqueda. —Su mano se movió, como si quisiera sacar algo de su bolsillo, pero se detuvo. Miró hacia la ventana oscurecida—. Deberíamos irnos a dormir pronto para poder empezar temprano por la mañana.

—Todavía no —dije, con la mirada fija en su bolsillo. Había algo en él que no quería buscar—. ¿Quieres hacerme creer que la suerte te llevó al camino detrás del jardín de los Fuller?

—No del todo, no. También hubo mucha búsqueda involucrada.

—¿De qué manera? ¿Llamaste a todas las puertas de Yorkshire? ¿Preguntaste en cada posada?

Levantó la vista bruscamente y su expresión casi se volvió avergonzada. No podría haber llamado a todas las puertas... eso era bastante imposible.

—¿Cómo me buscaste, Ben? —pregunté, nivelando mi voz. Para mí llegó a ser extremadamente importante saber eso, aunque no sabía por qué me importaba tanto.

Benedict se puso de pie. Metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña miniatura ovalada con un marco pintado de oro. Me quedé sin aliento al reconocer la pequeña pintura. ¡Era yo! Y se había hecho justo antes que muriera mi madre, cuando nos habíamos despojado de nuestras ropas de luto, y estábamos nuevamente sumergiéndonos en la sociedad. Aunque tenía quince años, cuando posé para el retrato, ahora no parecía muy diferente. Mi madre lo había encargado con la intención de enviárselo a mi madrina, sin saber que yo llegaría a su puerta solo unos meses después.

Mi corazón se apretó y tomé el retrato, la calidez de su marco evidenciaba cuánto tiempo había vivido en el bolsillo de Benedict.

—Se lo mostré a muchos posaderos y fue de gran ayuda para orientarme en la dirección correcta, una y otra vez.

La profundidad de sus esfuerzos era evidente, aunque sus motivaciones no lo eran tanto. Me había explicado que la culpa incitaba su búsqueda, ya que se sentía responsable de mi malestar al ir a Chelton. Pero permanecer tanto tiempo de cacería no podría haber sido fácil.

“¿Qué mantuvo su motivación?”

—Me senté para este retrato, mientras mi madre se preparaba para su primer baile, después de salir del luto, y estaba muy ansiosa por unirme a ella. Solo tuve que esperar un año, más o menos, y lo hice con gran impaciencia. —En ese momento, todavía tenía la esperanza que no

todos los hombres fueran como mi padre. Todavía creía que quedaban unos pocos que solo hablarían de lo que querían decir, que eran honestos y verdaderos.

Benedict había demostrado rápidamente que era el tipo de hombre que repartía cumplidos y discursos floridos, a cualquiera que tuviera una sonrisa y una falda, y el recuerdo de nuestros primeros meses juntos en Chelton se volvió amargo por la forma en que aparentemente se había sacrificado para poder encontrarme. Mis emociones flaqueaban. La vergüenza de pensar que él se había preocupado por mí, solo para descubrir que no era más que un coqueto, que la forma en que me hablaba no era en modo alguno singular o especial, todavía hizo que el fuego de la humillación subiera a mis mejillas, y agaché mi cabeza.

—Debería devolverle la miniatura a mi madre.

—Sí, claro. —La devolví a su mano y sus dedos se curvaron alrededor de la pintura, rozando los míos y dejando tras de sí un rastro de calor abrasador. Mis dedos se movieron para jugar con el anillo de mi madre, pero aún no lo había quitado del cordón alrededor de mi cuello y encontré, en el lugar donde normalmente adornaba mi dedo, nada más que piel desnuda.

—Necesitaremos madrugar, si queremos irnos antes que las hordas despierten.

Miré de nuevo a la cama. Era lo suficientemente grande como para que cupiéramos ambos, dos veces, y solo había una manta, si es que a esa prenda delgada se le podía llamar manta. Con el invierno acercándose y el frío en la habitación, el fuego no había podido apagarse por completo y era imposible pedirle a Benedict que durmiera en el frío suelo sin una manta. Consideré nuevamente la posibilidad de ofrecirme a compartir la cama y el colchón, pero la idea tartamudeaba en mi lengua, negándome a salir.

Benedict me miró.

—¿Qué te abstienes de decir?

Tragué, pero traté de parecer indiferente. Esta no fue una oferta porque estuviera agradecida por la cena o la intensidad de la búsqueda de Benedict por mí. Era simplemente una solución sensata al dilema que planteaba nuestra disposición para dormir.

—La única solución lógica es compartir la cama.

Él se puso de pie y dio un paso atrás.

—Absolutamente no.

Me dolió un poco que la perspectiva fuera tan desagradable para él, y estuve tentada de dejar el asunto, pero esto no tenía nada que ver con cómo nos sentíamos el uno hacia la otra.

—Podemos colocar nuestras maletas entre nosotros y nadie se enterará jamás.

Benedict dio otro paso atrás, como si pudiera apartarse físicamente de la idea que le presenté.

—¡Oh, sé razonable! —Me puse de pie, abanicándome los brazos—. Estaría más que feliz de dejarte sufrir en el suelo, pero la cama es grande y crearemos una barrera entre nosotros.

Inclinó la cabeza hacia un lado, como solía hacer el terrier de mi madre.

—Si estás más que feliz de verme sufrir, entonces... —Agitó su mano hacia la cama, como si no pudiera pronunciar la palabra en voz alta—. ¿Por qué mencionaste dormir sobre eso?

¿Por qué? No era porque me importara su comodidad. Se merecía una noche fría en un suelo duro, después de lo que hizo pasar a tantas mujeres: todo el coqueteo y las falsas expectativas que había generado innumerables veces. Mi mirada volvió al plato que me había traído para cenar y lo arranqué. No pude evitar el más mínimo matiz de gratitud en mi corazón, mayoritariamente de hierro, por el esfuerzo que Benedict había hecho para buscarme. Fue un shock darme cuenta que alguien se preocupaba tanto por encontrarme. Independientemente de si lo había hecho por su madre o por él mismo, aún así lo hizo.

Por eso, podría compartir un colchón de paja lleno de bultos cosido para una familia de seis personas.

—Por el bien de tu madre —dije.

—¿Mi madre? —Sus cejas oscuras se juntaron con escepticismo.

—¡Sí! Por Lady Edith. Le entristecería saber que pasaste una noche entera en el suelo, congelado e incómodo. Lo sugiero por ella.

—¡Mmm! —Parecía incrédulo.

—¡Santo Cielo! Ben. Es lo más sensato —espeté—. Uno de nosotros considera la situación en su conjunto, ¿sabes?

Él levantó las cejas.

—Sí, uno de nosotros lo hace. Yo lo hago a menudo.

Miré al techo y me levanté para coger mi maleta. Me moví hacia la cama y la puse en el medio, luego agregué la maleta de Benedict y formé una barrera en el centro del colchón.

—Si alguien te pregunta sobre esto más tarde, ahora puedes decirle honestamente que no dormí a tu lado.

—¿No llamas a eso dormir uno al lado de la otra?

—No. Yo llamo a eso dormir junto a una maleta.

—Meros detalles.

—Sí. Detalles importantes. —Apagué la última vela y quedamos en una habitación, en penumbra, con solo el brillo anaranjado del pequeño fuego. Él bailó sobre sus pómulos, ensombreciendo el corte de su mandíbula y los músculos flexionados de sus mejillas—. Buenas noches, Benedict. Te he dado la opción, ahora la elección es tuya.

—Espera. —Me rodeó y corrió las cortinas de la ventana para darnos algo de privacidad, luego se pasó una mano por la cara—. Esto no se siente bien. No deseo hacer nada que pueda comprometerte... que pueda comprometerlos a nosotros.

—A estas alturas de nuestro camino, ¿no cree que estamos un poco más allá de esa preocupación? Si hemos dañado irrevocablemente nuestra reputación, seguramente, el daño ya es total.

—Aún no. Podríamos llegar hasta Cumberland, ser vistos por un conocido en común, mientras nos detenemos para cambiar caballos, y entonces todo habrá terminado. ¡Debemos ser diligentes hasta el final!

Extendí los brazos a los lados.

—Estoy vestida como un muchacho, Ben. Nadie nos atrapará y, si lo hacen, no asumirán que soy una mujer.

Su mirada siguió a lo largo de mí, desde mis brazos extendidos hasta los dedos de mis pies, y luché contra el impulso de retorcerme.

—Tu ropa es correcta, pero tu forma no. Si no tienes cuidado, podrían descubrirte.

Tragué contra una garganta repentinamente seca.

—¿Mi forma? ¿Qué quieres decir? He estado de pie recatadamente en público, como me indicaste.

—No es tu postura... Tus ojos son demasiado redondos para una muchacha y son demasiado grandes. Tus pómulos son demasiado pronunciados, tu nariz es demasiado delicada. —Bajó la voz—. Y esa es solo tu cara de la que hablo. Eres un espécimen femenino, Thea, en todos los sentidos. Ahora temo que nos hemos engañado, haciéndonos creer que esta artimaña era posible.

—Hasta ahora hemos logrado engañar a todos.

—A los extraños, sí. —Sacudió la cabeza—. James se casó con una mujer hace seis meses porque los encontraron solos en un baile. Estaban bailando, pero eso fue todo, y ahora están casados. Me niego a repetir su error y a casarme por el bien de una reputación.

Hice una mueca y bajé la mirada para que él no lo notara. Dada la oscuridad que reinaba en la habitación, me creía a salvo de esa detección. Levantando los hombros, ascendí mis ojos para encontrar los suyos.

—No seremos como James y su nueva esposa, porque nunca te exigiría eso, pase lo que pase. Decidí dejar lo de la señora Moulton y emprender el camino por mi cuenta. Para empezar, mi reputación nunca estuvo muy segura, Ben. Espero mantenerla intacta, si puedo, pero no a expensas de un matrimonio que no quiero.

Él estuvo en silencio por unos segundos, antes de asentir.

—Entonces, procedemos según lo planeado y seremos extremadamente cuidadosos. Hemos llegado demasiado lejos para rendirnos ahora. Deberíamos llevar esto a cabo.

—Eso sería ideal.

Él se alejó, preparándose para dormir. Yo me lavé los dientes y me lavé la cara con agua, antes de meterme en la cama. El mensaje de Benedict no podría ser más claro: si nos descubrieran y mi reputación quedara irreparablemente dañada, él no haría lo correcto ni pediría mi mano. Si nos descubrieran, como a James y su esposa, no me iría con una propuesta de matrimonio protectora. No podía culpar al hombre por no querer estar encadenado a mí, no cuando siempre habíamos estado tan en desacuerdo el uno con la otra. De hecho, realmente no esperaba más de él, en este sentido. Pero que me dijera abiertamente que me dejaría sola, en tal situación, me creó un dolor en el pecho, que se abrió como si se rasgara una costura débil.

Antes había sentido que no tenía a nadie, en realidad no. Pero el recordatorio, la certeza, era un sentimiento de soledad.

La cama crujió bajo el peso de Benedict y giré para alejarme de él, a pesar que no podía verlo por encima del montón de nuestras maletas. Me sorprendió un poco que decidiera compartir el colchón, y saber que dormía, al otro lado de nuestras maletas, me dio una extraña sensación de victoria.

La falsa sensación de amistad que había empezado a sentir con Benedict era alarmante y sus palabras habían servido para recordarme el lugar que teníamos el uno con la otra. Él era demasiado guapo y su sonrisa demasiado seductora para que yo pudiera hacer algo más que seguir despreciándolo. Y si actuaba de otra manera, tenía miedo de lo que me permitiría volver a sentir.

Capítulo 9

Thea

La mañana llegó demasiado pronto. Me deslicé de la cama, acercándome al pequeño espejo agrietado para recogerme el pelo. Benedict se estiró audiblemente, sus gruñidos y gemidos recordaban a un hombre mayor, que intentaba levantarse de una silla mullida.

—¿Luchando? —pregunté, viendo mi cabello en el espejo.

Inmediatamente, él se calmó.

—No sé a qué te refieres.

Sí, ciertamente, él lo sabía...

Caminamos de puntillas durante el siguiente cuarto de hora, preparándonos para partir. Una vez que estuvimos listos, él se detuvo en la puerta.

—Saldré primero y señalaré si es seguro seguirme.

—¿Cuál será la señal? ¿El ulular de un búho? Quizás puedas trinar como un pollo.

Parecía pensativo.

—Un golpe estampado en la puerta.

—No eres divertido.

—Soy extremadamente divertido. —Me miró con desdén—. Todos los demás piensan que sí.

Precisamente, se refería a todos los demás.

Quitó el cerrojo de la puerta y salió. Un momento después, se inclinó hacia atrás por la puerta.

—¡Cloc! ¡Cloc!

Parpadeé.

Él abrió mucho los ojos.

—¡Cloc!

—Sí, ya escuché.

—Entonces, ¿vamos? —Hizo un gesto hacia el pasillo detrás de él.

—Por supuesto. Solo que... ¿podrías decirme cómo creíste que eso era el trino de un pollo?

—Así es exactamente como suenan las gallinas.

—Puede que así sea como cloquean, pero ciertamente no es así como trinan. —Salí al pasillo y lo seguí hacia las escaleras.

—¿Entonces eres una experta en pollos?

Bajamos las escaleras hasta la taberna silenciosa y a oscuras.

—Resulta que tengo experiencia con ellos. ¡Sí! Nuestra anfitriona tenía gallinas en Viena. No es mucha experiencia, pero sí la suficiente para saber la diferencia entre un cloqueo y un trino.

Benedict se detuvo abruptamente al pie de las escaleras y casi choqué con su espalda. Miré más allá de su hombro y vi a dos hombres sentados en una mesa cerca del centro del salón. Bajé la cabeza inmediatamente, entendiendo mi error. No había disimulado mi voz en absoluto, mientras bajaba las escaleras. Benedict inclinó su cuerpo para ocultarme y yo asumí la posición de un sirviente, encorvando ligeramente los hombros para ocultar mejor mi pecho y fijando la mirada en el suelo.

—Buenos días, caballeros —dijo, colocándose el sombrero en la cabeza.

—Buenos días —respondió uno de ellos.

No era la voz de Peter, ¡gracias al Cielo! Me arriesgué a echar un vistazo rápido y ninguno de los dos se parecía a Peter. Sin embargo, ellos nos observaban con curiosidad, por lo que Benedict y yo salimos del salón directamente, aunque a un ritmo más lento del que deseaba.

Fui a buscar a Charlie a los establos y él se puso a enjaezar los caballos inmediatamente. Cuando regresé para informar a Benedict, como debe hacer un buen sirviente, él se inclinó para hablar en voz baja cerca de mi oído.

—Regresaré adentro y pediré el desayuno para el camino. Necesitamos seguir. Mantente fuera de la vista hasta que Charlie haga girar el carruaje. Un caballero pasó por tu lado, y entró en los establos hace un momento, y no sé si era tu amigo o no.

Asentí brevemente y rodeé el costado de la construcción. Nuestras maletas ya estaban guardadas en el carruaje. Podría haberme escondido allí, si Benedict no hubiera visto al hombre entrar a los establos. Todo esto era demasiado y de repente deseé que nunca hubiéramos intentado este plan. Sin embargo, era mucho mejor ser un muchacho, que ser considerada una desvergonzada. Ayer, habíamos recorrido la mitad del camino de nuestro viaje, por lo que ya casi estábamos en Chelton. Solo quedaban dos días de viaje.

Yo podía hacer esto. Durante otros dos días, podría hacer esto.

Mi fina camisa y mis pantalones no eran rival para el frío de noviembre, y un escalofrío recorrió mi piel, mientras caminaba lentamente por la parte trasera de los establos. Casas adosadas de piedra se alineaban en la calle opuesta, y el humo salía de las chimeneas, que marcaban el techo compartido. El cielo comenzaba a aclararse, el gris se mezclaba con los azules oscuros. Volví a doblar la esquina y me detuve en seco. Un puñado de hombres formaban un pequeño grupo entre la puerta de la posada y nuestro carruaje. Estaban hablando con Benedict, quien levantó la vista y captó mi mirada, luego se aclaró la garganta con fuerza.

—Hombres... Debo irme.

—¿Realmente no te quedarás? —El hombre que hablaba blandía un elaborado bastón, una clara afectación que se hacía evidente por la forma en que pasaba de un pie al otro sin usarlo—. No te había tomado por un cobarde, Bradwell.

Miré a Benedict fijamente. ¿Permitiría que el hombre le hablara de esa manera?

Una sonrisa amplia y perezosa se dibujó en el rostro de Benedict.

—Keller, me temo que siempre correré, cuando mi madre me llame. Debo equilibrar mis ausencias de su casa con algo de decencia.

Algunos de los hombres se rieron cortésmente. Benedict se despidió de ellos y dio la vuelta para abrir la puerta del carruaje. Una vez que me acerqué, miré al puñado de hombres, debajo de mi gorra, y encontré a Peter, parado entre ellos. “¡Maldita sea!” Aunque la puerta del carruaje estaba abierta, esperándome. Me apresuré, deslizándome adentro y apretándome contra la pared, mientras Benedict extendía la mano y cerraba la puerta. Golpeó el techo del carruaje con el puño y partimos.

—Ese fue un buen salto —dijo vacilante.

—Peter estaba allí. Estaba entre el grupo que hablaba contigo. —Mi pecho se agitaba y mi respiración se aceleraba.

Pareció sorprendido y se inclinó para mirar por la ventana.

—¿Cuál es el hombre?

—El de pelo rubio. Estaba de pie junto al hombre del bastón.

—¡Ah! Sí. —Él me analizó un poco más—. Ciertamente, tienes la costumbre de darle motivos para que te encuentre sospechosa, en situaciones perfectamente ordinarias.

—¿Qué quieres decir?

—Anoche te agachaste por la ventana. Ahora, corres y saltas al carruaje... Un típico sirviente se escabulliría, tal vez, pero haría todo lo posible para pasar desapercibido. Tú, Thea, eras todo menos astuta...

—¿Cuáles son las probabilidades que no me haya visto la cara? —Arrugué la nariz.

—¿Haces referencia a las apuestas, Thea? Eso no es muy femenino.

—No estoy vestida como una dama. Eso me permite cierta indulgencia, ¿no?

—Supongo que nada en este viaje es muy común. —Soltó una risa seca.

—¿Las probabilidades? —Lo presioné, usando la palabra para irritarlo.

Benedict entrecerró los ojos y luego pareció pensar un poco en el asunto.

—¡Alto! Creo... Dudo que haya visto tu cara. Corriste demasiado rápido para que él pudiera hacerlo.

—¿Y mi voz? ¿Crees que me escuchó hablando de gallinas?

—No tengo ni idea. No lo vi en la taberna, pero podría haber estado cerca. Podría haber pensado que eras un muchacho muy joven. —Se pasó una mano por la barbilla—. Pero tu voz, aunque femenina, es demasiado rica para sonar como la de un muchacho.

El silencio nos presionó. Intenté no preocuparme. Cada vez más me arrepentía de mi decisión de dejar la escuela. No había hecho más que causarme callos gruesos en las manos, eternas sombras violetas bajo los ojos y la amenaza de un escándalo. ¿Qué había estado pensando?

El rostro de Lord Claverley apareció en mis pensamientos y me estremecí de asco.

Había escapado de un destino terrible. Por eso tomé medidas tan drásticas. Cerré los ojos y tragué. Mis esperanzas estaban puestas en la palabra de Benedict. ¡La de Benedict! Un hombre que no tenía paciencia conmigo y que se preocupaba poco por las mujeres en general, más allá del coqueteo y el entretenimiento que podían proporcionarle.

Estaba depositando mi confianza en él. Esperaba no hacerlo en vano.

Benedict sacó un pequeño paquete del banco junto a él, que no había notado antes. Lo desenvolvió y me lo ofreció. Sobre el grueso papel marrón había pan, queso y trozos de carne.

—¿Desayuno? —ofreció.

—Eso es mucho más de lo que necesitan dos personas —dije, sorprendida por la cantidad de comida.

Una pequeña sonrisa apareció en sus labios.

—Puede que no todas las trabajadoras de cocina me encuentren atractivo, pero la que está aquí parece gustarle bastante mi sonrisa.

Había coqueteado por la abundancia de comida. Por supuesto. ¿Podría esperar algo menos? Tomé un trozo de queso y un panecillo, aunque mi estómago se retorció.

—Gracias —dije, las palabras salieron amargas, cuando se deslizaron por mi lengua—. ¿No deberíamos ofrecerle algo a Charlie?

Benedict resopló.

—¿Después de la tarifa que nos está extorsionando por usar este carruaje y conducir? El hombre puede valerse por sí mismo. Él era consciente de ese requisito, antes que dejáramos Brumley.

Le di un mordisco a mi pan y miré por la ventana. Benedict tampoco estaba obligado de ninguna manera a mantenerme. El queso y el pan llenaron mi estómago, mientras intentaba no pensar en eso, o preguntarme por qué lo hacía.

La última posada en la que nos detuvimos estaba afortunadamente situada en una ciudad que no estaba invadida por jóvenes caballeros, que asistían a un combate, y Benedict y yo pudimos obtener dos habitaciones separadas. Desaparecí en la mía, una vez que llegamos, demasiado conmovida, después de casi encontrarme con Peter, en Fremont, como para disfrutar del comedor. Mis padres habían recibido invitados, a menudo, en Suecia, mientras mi padre era el embajador, y aunque no conocía personalmente a muchos de los amigos de mis padres ni a los miembros de la sociedad, que se quedaron con nosotros, cuando estaban en el extranjero, había una buena cantidad de personas de la alta sociedad que me preocupaban. Entonces, ¿quiénes podrían reconocer mi cara, si me veían?

Se ha dicho que soy la imagen exacta de mi madre, así que estoy segura que eso no me ayudaría a pasar desapercibida.

Estas eran razones válidas para esconderme en mi habitación y disfrazaban adecuadamente mi necesidad de estar lejos de Benedict. Además, pasar tanto tiempo, juntos, durante los días anteriores había comenzado a suavizar y descongelar la ira y el resentimiento que se mantenían fuertes, en mi corazón de hierro, y tampoco podría permitir esto.

A la mañana siguiente, salimos de la posada sin ningún problema y el resto del día transcurrió en agonía, sentada frente a Benedict sin mucha conversación agradable para pasar el tiempo.

—Llegaremos a Chelton mucho después que toda la casa esté dormida —dijo Benedict—. Le he ordenado a Charlie que nos deje en la puerta, y abandone los alrededores inmediatamente. Debe llegar hasta Hartshorne, antes de pasar la noche, para que nadie en nuestros establos tenga la oportunidad de interrogarlo.

—¡Sabio! —dije—. ¿Y tu madre? ¿Qué le dirás cuando te pregunte cómo llegamos a Chelton al mismo tiempo sin una acompañante?

Él se encogió.

—Espero que sea lo suficientemente astuta como para no preguntar. No puedo mentirle, y a ella no le gustará la verdad. Si adivina nuestra situación, es muy posible que decida abstenerse de preguntar para no verse obligada a exigir que enfrentemos las mismas consecuencias que James y Felicity.

Miré mis dedos callosos, suaves y duros, en algunos lugares.

—Ella no hablará de eso y nuestra reputación permanecerá a salvo —dije con más esperanza que confianza—. ¿Puedes decir lo mismo de la esposa de James, si ella quiere saber la verdad?

No conocía a la mujer ni sabía si era digna de confianza.

Benedict parecía confiado.

—Completamente. ¡Felicity es una joya! La amarás y ciertamente puedes confiar en ella.

—Dado que no puedo confiar completamente en usted, ciertamente me formaré mi propia opinión al respecto.

Él levantó la barbilla y me miró más tiempo de lo habitual, lo suficiente como para hacerme retorcerme ligeramente en mi asiento.

—¿Qué te he hecho para ganarme tal censura?

Era más bien lo que no había hecho. No había sido serio en sus atenciones o coqueteos con ninguna mujer joven, no había respetado a nadie lo suficiente como para decir lo que decía en serio. No se podía confiar en él porque era un coqueto, y los coquetos decían cualquier cosa que sirviera a sus propósitos, como sonreír para pedir un desayuno extra, o hacer cumplidos idénticos a dos mujeres con minutos de diferencia. La mirada inocente de Benedict revoloteó sobre mi

rostro. Él estaba tan confundido. Quería cruzar el carruaje y alterar su expresión yo misma.

—Nada —dije, en serio.

—¿No crees que ya tenemos edad suficiente para dejar de lado las disputas infantiles?

—Ciertamente, es así. —Pero no eran heridas infantiles las que se acumulaban en mi corazón. Era la prueba constante que Benedict no era más que poco sincero.

Un músculo saltó en su mejilla. La noche se hacía cada vez más oscura, al otro lado de la ventana, y su rostro estaba envuelto en sombras.

—¿Entonces no podemos dejar la pelea? —imploró. Por lo que se me erizaron los pelos, enderezando mi espalda, como si sus palabras subieran por mi columna, y la corrigieran. Su implicación a través de esta pregunta que yo tenía la culpa de nuestra desagradable relación fue injusta. Yo era solo la mitad de la discordia, y él compensaba la otra mitad con sus golpes verbales y sus púas.

¿Podría ser culpada por mi naturaleza defensiva con Benedict, cuando él me había dado tantas razones para necesitar defensa?

—¿Lady Edith está al tanto de nuestra llegada? —pregunté, esperando que el cambio en la conversación pusiera fin a su incómoda súplica.

Parecía como si quisiera seguir discutiendo, insistir en el asunto de poner fin a nuestras disputas. Después de un momento, él suspiró:

—Sí... Le escribí poco después de hacer arreglos contigo para viajar a casa, aunque todavía no nos espera. Conociendo a mi madre, ella mandó a preparar la habitación, en el momento en que recibió mi carta, así que no temas llegar sin un lugar donde dormir.

—No me preocupa eso. A Chelton no le faltan dormitorios. —Aunque subestimé bastante el asunto. Chelton era una gran casa palladiana, situada en las colinas de Cumberland, en las afueras de un pueblo llamado Bakewell. Era merecedora de la grandeza y los elogios que recibía, y en todos mis viajes todavía no había encontrado alguna con la misma majestuosa belleza.

—Ya sabes —dijo en voz baja—. Eres mucho más agradable, después que te doy algo de comer. Quizás si llevo manzanas o queso y te los doy, podremos hacernos amigos.

Mi sorpresa rápidamente fue absorbida por la diversión porque él tenía razón. Me ofrecí a compartir la cama, después que él me trajo la cena, y fui mucho más educada, luego que él me trajo el desayuno.

—¿Propones tratarme como lo harías con un caballo? ¿Algunas golosinas extra para fomentar el buen comportamiento?

—¿Por qué no? Si funciona, no veo ningún daño en ello. Tú tampoco deberías hacerlo, ya que te proporciona golosinas adicionales.

—No puedo rechazar un plan que me proporcione golosinas, por supuesto. Quizás si son lo suficientemente deliciosas, incluso relincharé por ti...

—¿Como un caballo?

—¡No seas tan incrédulo! A diferencia de tu fracaso con el trino del pollo, yo puedo sonar exactamente como un caballo.

Benedict se rió. Sus ojos brillaban en el oscuro carruaje y sus dientes blancos relucían. Su sonrisa tuvo un efecto notable en mi cuerpo, y me alegré cuando él no continuó la conversación porque no sabía cómo iba a seguir fortaleciendo mis sentimientos, ya que él me desarmaba tan fácilmente.

Nos quedamos en silencio durante el resto del viaje, y solo unas horas más tarde, en la oscuridad de la mitad de la noche, cabalgamos silenciosamente sobre el puente de piedra y subimos por el camino de grava hacia Chelton. Benedict y yo nos quedamos en silencio, cuando

bajamos del carruaje. Esperé a que le pagara a Charlie el resto del dinero, que le debía al hombre, y recuperara nuestras maletas, luego lo vi sacar mi baúl del maletero y dejarlo en el suelo.

Benedict miró hacia la fachada de piedra pálida de Chelton, observando las ventanas oscuras y las escaleras de piedra divididas desde la puerta principal, y bajando en dos direcciones. Levanté mi maleta y me moví para tomar mi baúl, mientras el carruaje se alejaba.

—Es demasiado pesado —dijo Benedict en voz baja. La quietud de la noche hacía que cada sonido fuera más pronunciado—. Pero... Puedo manejarlo.

Él cruzó los brazos sobre el pecho y se reclinó. Su cuerpo pronunciaba las palabras que flotaban en su mente. ¡Esto era divertido!

Me incliné, tomé el baúl con firmeza en mis manos y lo levanté. El peso se tensó contra mi agarre. Podría levantarlo, sin embargo, pude ver que Benedict tenía razón: ciertamente, no podría cargarlo escaleras arriba ni entrar con el mismo a la casa. Caminé dos pasos, antes que mis brazos gritaran en señal de protesta, y me incliné para dejarlo en el suelo.

—Permíteme —dijo con una fuerte dosis de presunción.

—Eso ciertamente suena como un hombre que espera arreglar nuestras diferencias.

Gruñó en voz baja y levantó el baúl con facilidad.

—Tienes razón. ¡Esa es una idea inútil!

Algo en la forma en que tan fácilmente se dio por vencido me dolió, pero lo ignoré. La decisión que había tomado de mantenerme alejada de él fue sabia, incluso fue mi salvación. Cogí la maleta de Benedict del suelo y lo seguí escaleras arriba. Para que su plan funcionara, necesitábamos despertarnos en nuestros dormitorios, donde los sirvientes nos encontrarían dormidos por la mañana. Esperábamos que supusieran que nuestra acompañante se había ido, en el carruaje alquilado.

Llegamos silenciosamente a la puerta principal. Benedict dejó el baúl e intentó abrirla, pero la misma no se movió. Miró desde la puerta hacia mí, y vi por primera vez un poco de preocupación, cuando frunció el ceño.

—Está cerrada.

Capítulo 10

Benedict

—¿No esperabas esto? —preguntó Thea, mirándome con leve alarma.

Intenté abrir la puerta de nuevo, pero la misma no se movió.

—He regresado a casa, en medio de la noche, y nunca me encontré con este dilema, en particular. —Miré hacia arriba—. Quizás la entrada de los sirvientes esté abierta.

Thea miró su baúl.

—Deja las maletas y ven conmigo —le dije—. No quiero cargar ese baúl por el perímetro de la casa, solo para verme obligado a trepar por una ventana o algo igualmente desgarrado. Es demasiado pesado y podríamos volver a recuperarlo, una vez que entremos a la casa.

—Puedo esperar aquí —susurró.

“*¡Maldita mujer orgullosa!*” Giré sobre mis talones, su rechazo anterior todavía picaba con suave consistencia. Pensé que nos llevábamos bien, después de unos días de compañía mutua, pero aparentemente Thea era demasiado terca para dejar de lado nuestras diferencias, y admitir que bien podríamos ser amigos, si así lo deseaba.

—Como quieras.

Solo había llegado a la mitad de las escaleras de piedra, cuando la escuché siguiéndome. Sacudí la cabeza y esperé a que Thea me alcanzara.

—Está demasiado oscuro para esperar sola —dijo.

Rodeamos el enorme edificio de Chelton hasta la entrada de servicio, y tiré de la puerta, dando un suspiro de alivio, cuando la misma se abrió.

—Comencé a preguntarme si tendrías que despertar a los sirvientes.

—Comencé a preguntarme si treparía hasta la ventana de Henry. Afortunadamente, ninguna de esas cosas es necesaria. —La luz de la luna entraba en el pequeño vestíbulo con nosotros, y noté que la puerta del mayordomo al final del pasillo estaba abierta.

Thea abrió la boca para hablar y yo le tapé los labios con la mano para detener el sonido. Sus ojos redondos se abrieron aún más, y señalé la puerta abierta del mayordomo para indicarle por qué necesitaba guardar silencio, ignorando el terciopelo de sus labios y cómo la suavidad parecía adherirse a mi piel.

—Si nos escucha, estamos acabados —susurré, tragando saliva. Levanté las cejas, y esperé a que ella asintiera en señal de comprensión, antes de retirar mi mano de su boca, y soltar mis dedos tensos nuevamente de una forma disimulada.

Tomé su mano suavemente y sostuve su mirada. No fue un gesto romántico de ninguna manera. Solo deseaba guiarla a través de los pasillos oscuros, que conocía tan bien, pero sus cálidos dedos se curvaron alrededor de los míos y enviaron una chispa por mi brazo. Pasamos por la habitación del mayordomo con el bendito sonido de ronquidos bajos y suaves, y recorrimos otro pasillo vacío hacia las escaleras que nos llevarían a la puerta principal.

—Debería haber esperado junto a la puerta —susurró, después que despejamos las escaleras y avanzamos por un pasillo inofensivo.

Miré por encima del hombro.

—¿Por qué no lo hiciste?

Sus ojos se dirigieron hacia mí.

—Me sentí expuesta, esperando allí sola. Estar ante la puerta era como esperar en un

escenario.

—¿Tienes alguna experiencia parada en un escenario? —susurré—. ¿Esa era tu ocupación antes de ser institutriz?

—Haré todo lo posible para no ofenderme por eso.

—No hay nada malo con las actrices.

—Si eres miembro de la alta sociedad, lo hay, y lo sabes. Mi reputación nunca se recuperaría de tal rumor.

—Entonces, me abstendré de contarle a nadie sobre tu sórdido pasado en el escenario.

Liberé su mano y dejé de caminar, girando para encontrar su silueta en el pasillo oscuro. Envuelta en la oscuridad, era difícil ver su expresión, pero la emoción que emanaba de ella era tensa y agobiante. Solo había estado bromeando, pero ella parecía molesta. El momento se prolongó. Tenía muchas ganas de saber qué estaba pensando, qué estaba decidiendo decir o no decir.

Aunque ella permaneció en silencio.

Intenté aligerar la densidad del aire.

—Debemos darnos prisa o alguien nos encontrará, y se preguntará por qué llevas pantalones.

—Benedict, ¡eres imposible!

—La mayoría de la gente me encuentra encantador.

—Yo no soy la mayoría de la gente.

No, ella no era así. Tenía la capacidad de introducirse bajo mi piel y llenar mi vientre con el aleteo de las alas de un pájaro simultáneamente. Nadie me distraía como lo hacía Thea y, a pesar de las discusiones, lo disfrutaba. Luché contra la ligereza de mi estómago y la pesadez de mi pecho, y le tendí la mano. Rocé su brazo, incapaz de ver con mucha claridad.

—No es necesario que me guíes. Sé cómo orientarme en Chelton.

Dejé caer mi mano.

—Muy bien, pero por favor, debes abstenerme de golpear las mesas o chocar contra la pared. Algunas mesas tienen jarrones muy caros.

Thea me agarró la mano y el calor se disparó hasta mi corazón.

—¡Date prisa! —refunfuñó.

La agarré con más fuerza y continuamos por los pasillos, doblando las esquinas y deslizándonos silenciosamente por el suelo de cuadros blancos y negros del gran vestíbulo. Subimos por las escaleras alfombradas hasta las salas familiares. Llegamos al antiguo dormitorio de Thea, y abrí la puerta. Hacía frío y estaba oscuro, aunque la cama estaba vacía y las mantas eran gruesas.

—¿Qué pasa con mi ropa? —preguntó, cuando le solté la mano—. No puedo bajar a desayunar en pantalones.

—¿Por qué no? Sería una broma.

—¡Ben!

Mi estómago dio un vuelco.

—Tengo la intención de regresar ahora por nuestras maletas. Dejaré la tuya justa dentro de tu puerta. Puedes esperar tu baúl por la mañana.

Ella dudó. La luz de la luna se colaba por la ventana, y pude ver la indecisión reflejada en sus rasgos.

—¿Debería ir a buscarla ahora?

—¡No! Lo hemos logrado, Thea. Estás en tu habitación, el conductor se ha ido con nuestra

acompañante imaginaria, a cuestras, y si alguien nos encontrara ahora, todo sería correcto porque estás durmiendo en tu propia cama, exactamente donde deberías haber estado durante la primera vez, en los últimos seis meses.

Thea pareció aceptar esta respuesta.

—¿Y tú?

—Después de recoger nuestras maletas, tengo la intención de acostarme en mi propia cama, y dormir hasta el domingo.

—Buenas noches, Ben —asintió suavemente.

—Buenas noches.

Cerré la puerta y di la vuelta para bajar las escaleras a buscar las maletas. Había una persona parada en el centro del pasillo, y me sobresalté, saltando ligeramente hacia atrás, mientras el frío recorría mi cuerpo.

—¿Benedict? —preguntó.

—Madre —dije, aliviado y vacilante a partes iguales. Su familiar bata rosada se distinguía ligeramente en el pasillo oscuro, y su cabello estaba recogido debajo de una gorra. No pude distinguir fácilmente sus rasgos porque no llevaba ninguna vela, pero pude ver el alivio en la caída de sus hombros.

Tragué.

“¿Cuánto tiempo ha estado allí y cuánto de mi conversación con Thea ha escuchado? ¡Menos mal que el conductor se ha ido con nuestra acompañante imaginaria, a cuestras!”

—¿Thea está en casa? —preguntó. Su voz esperanzada revolvía mi estómago. Por eso había emprendido ese desdichado viaje, pasando cinco meses, entrando y saliendo de varios pueblos, interrogando a posaderos y comerciantes sobre una mujer pequeña, de cabello oscuro, con cara en forma de corazón y ojos azules y redondos. La miniatura que había llevado conmigo había sido de gran ayuda, guiándome lentamente por el camino de Thea, gracias a su rostro memorable. Esa desgraciada era demasiado hermosa para pasar desapercibida.

Di un paso adelante y abracé brevemente a mi madre.

—Sí, ella está en casa.

—¿Bueno? —preguntó, en mi hombro—. ¿Ella está sana e ilesa?

La solté.

—Está delgada, pero hasta donde sé, está ilesa. Tendrás que interrogarla por la mañana. Por ahora, creo que necesita descansar.

“Y ella tendrá tiempo suficiente para cambiarse y ponerse ropa propia de una mujer”.

El silencio y la privacidad brindaron una buena oportunidad para informar a mamá que Thea no iría a la casa de Lord Claverley, pero su rostro cansado me recordó la enorme tensión, a la que la había sido sometida por la ausencia de Thea. Se merecía un descanso por un momento. No podía soportar aumentar sus preocupaciones todavía.

—El descanso es bueno. —Ella estuvo de acuerdo, sacando su caja de encendedores de la mesa, colocada contra la pared, y prendiendo una vela—. Entonces, ella debe responder por su ausencia.

—Por supuesto.

—Me alegra que ella haya regresado con nosotros nuevamente, Benedict. ¿Te quedarás un rato esta vez? —Mi madre dejó escapar un largo y profundo suspiro.

Intenté hablar con un tono más suave:

—¿Bajo el mismo techo que Thea? No estoy seguro que sea una buena idea. —Consideré escapar a nuestro cobertizo de caza en el futuro previsible, o al menosirme el tiempo suficiente

para recuperarme de la última semana.

—Esto podría darles la oportunidad de reparar sus diferencias.

Yo esperaba lo mismo, pero resultó imposible durante el viaje que hicimos juntos. No parecía gustarle a Thea y no pude evitar provocarla o discutir con ella. Éramos demasiado volátiles el uno con la otra. El peso de mi decepción me invadió.

—Si cuatro días en un carruaje no pudieron arreglar nuestras diferencias, no estoy seguro que permanecer en la misma casa sea más poderoso.

Los labios de mi madre se aplastaron y una sombra amplió la línea entre sus cejas. Odiaba causarle dolor.

—Me quedaré —dije finalmente. No podía prometer cuánto tiempo estaría en el hogar, pero seguramente podría darle a mamá quince días—. Y haré todo lo posible para no hacerlo... ninguna disputa con Thea.

—Gracias cariño. —Mi madre tomó mi mano y me apretó los dedos—. Ahora, duerme un poco. Pareces fatigado.

Estaba cansado. Hasta lo más profundo de mis huesos, la fatiga me desgastaba y ralentizaba mis movimientos. La enorme tensión que había sufrido durante los últimos meses se reveló en la pesadez de mis miembros y el cansancio de mi alma. Estaba cansado, pero no solo físicamente. Cuando le dije a Thea que planeaba dormir hasta el domingo, lo dije en serio.

—Creo que debemos tener cuidado —dije con cautela—. O ella podría volver a correr.

—¿Por qué lo haría? —Mi madre me miró con confusión.

Estaba demasiado cansado para iniciar la conversación sobre la negativa de Thea a ir a la casa de Claverley, y temí que eso solo provocaría que mi madre entrara corriendo a su habitación para pedir una explicación. Thea estaba agotada y todavía vestía como un muchacho. No podía arriesgarme a que mamá ingresara en su habitación ahora. Intenté permanecer vago.

—Estoy seguro que tenía un motivo para abandonar la casa de la señora Moulton. Si no tenemos cuidado, podría volver a pensar que huir es su única opción.

Mi madre asintió.

—Debemos recordarle que aquí la aman, que es parte de la familia —suspiró—. Amaba muchísimo a la madre de Thea. Ella era más una hermana para mí que una amiga, y Thea no tiene a nadie más. Su tío Northcott es perverso e irresponsable, ella no puede confiar en él. Necesitamos demostrarle que la queremos y que puede confiar en nosotros.

La constante pasión con la que mamá hablaba me impactó con gran fuerza, y sus motivaciones para sentirse responsable del bienestar de Thea resonaron en mí. Me imaginé a Thea, tal como la había visto por primera vez en el jardín, delgada y cansada, y eso no me gustó. Tampoco quería que ella sintiera que su única opción era huir, no cuando tenía personas que la amaban, como lo hacía mi madre. Como lo hacíamos todos.

—Buenas noches, madre.

Después de recuperar las maletas, regresé a la habitación de Thea y abrí la puerta. Crujió suavemente, extendí la mano y dejé su maleta en el suelo, exactamente como le había dicho que haría. La luz de la luna entraba por la ventana, resaltando su pequeña forma dormida en la cama. Su rostro estaba levantado hacia la luz, y mientras dormía parecía angelical, ya que la suave curva de su mejilla y la inclinación de su boca descansaban en completa satisfacción. ¡Ella era hermosa! Podría admitirlo en el silencio de la noche y en la seguridad de mis propios pensamientos. A menudo me preguntaba cómo se sentiría abrazarla, captar la naturaleza salvaje de Thea, en mis manos, y seguirla a lo largo de su alegría indómita. Ella irradiaba felicidad de una manera que yo siempre había envidiado. No quería contenerme, más bien quería pedir

permiso para disfrutarla.

Sin embargo, esto no ocurriría así porque la mujer me odiaba. Me despreciaba con la profundidad que solo alguien con tal vivacidad y brillo de sentimiento podría hacerlo. Thea no se sentía en un nivel amable: era una explosión de emociones, ya fueran buenas o malas.

Cuando Thea llegó por primera vez a Chelton, inmediatamente me invadió la profunda necesidad de conocerla y ser adorado por ella. Nos llevábamos bien, o eso creía yo, hasta que ella cambió. Una noche, estábamos bailando en la sala de retratos, y al día siguiente, ella se volvió distante. Nunca entendí qué había sucedido para que Thea me despreciara, pero mi temperamento había estallado junto al de ella en igual medida, y nos habíamos hundido hasta tal punto, en una relación de confusión y discordia, que ninguno de los dos podía salir de la misma, incluso si lo deseáramos.

Lo cual ella claramente no hizo.

No podría decir cómo me sentía porque en el calor de la discusión, a menudo sentía el deseo más profundo de estallar. Pero ahora, en la silenciosa oscuridad de su habitación, mi cuerpo estaba fuera de la puerta y mi mano seguía apoyada en el pomo de latón, por lo que permití que el arrepentimiento que había permanecido latente, durante tanto tiempo, asomara su patética cabeza.

¡Esto era una lástima! Ciertamente, podríamos haber sido los mejores amigos.

Capítulo 11

Thea

Mi baúl y mi maleta estaban justo dentro de la puerta, cuando me desperté a la mañana siguiente, y sentí un dolor en las extremidades, que solo podía solucionarse con un descanso adecuado y un baño tibio. Saqué mi bata del baúl, metí la ropa y los zapatos de sirviente en un fajo, y los escondí debajo de la cama. Benedict sabría mejor cómo deshacerse de ellos, más tarde.

Tiré de la cuerda de la campana y crucé hacia la ventana para esperar a la sirvienta, que había llamado, mirando a través de los paneles de vidrio, el amplio césped y las onduladas colinas repletas de árboles que formaban el parque de Chelton. “La locura” era el sitio justo encima de las colinas en la lejanía (demasiado lejos para caminar, por supuesto), y yo anhelaba un viaje agotador a través de los árboles y las colinas para visitar ese lugar tranquilo.

Un golpe precedió a la entrada de una mujer baja, y Hannah estaba en la abertura con sus ojos brillantes, felices de verme, o eso parecía.

Envolví mis brazos sobre mi pecho y le sonreí a la joven criada. Ella se había convertido en mujer, desde que me fui a la escuela, pero su sonrisa fresca era tan hermosa como antes.

—Buenos días, Hannah... Has pasado por una edad. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, madame. Pero, creo que son buenas tardes.

Miré de nuevo a la ventana y noté la ubicación del sol en lo alto. Había dormido mucho más tarde de lo que creía. Aclarándome la garganta, le sonreí a la criada.

—¿Es demasiado tarde para pedir un baño?

—Por supuesto que no. Me ocuparé de ello de inmediato. ¿Quieres algo de comer también?

—Sí, pero no dejes que la cocinera se meta en más problemas por mi culpa. Cualquier cosa servirá. ¡Estoy famélica!

Hannah hizo una reverencia y salió de la habitación. Mentiría si intentara convencerme que no había echado de menos las comodidades de Chelton House. Una sirvienta esperando al final de la cuerda para hervir el agua de mi baño, otra en la cocina, preparándome el desayuno, poco después que el sol ya había alcanzado su cenit. Estaba muy lejos de las limitadas abluciones posibles para una criada de cocina con una jarra y un aguamanil, en una oscura habitación del ático, o la comida sencilla que consumíamos en la mesa de los sirvientes. Aunque, a pesar de las diferencias, prefería mi situación de institutriz y ayudante de costurera. Allí mi habitación en ambas casas era sencilla y la comida también, pero todo era menos laborioso y me proporcionaba más libertades.

“¿Fui un fracaso? Sí, un poco”. Era extraño pensar que todavía estaría recogiendo guisantes y amasando masa, si Benedict no me hubiera encontrado. Me había empeñado obstinadamente en demostrar que podía arreglármelas sola, y que no necesitaba a nadie más.

¡Quizás no necesitaba a nadie! Pero eso no significaba que no fuera agradable tener a los demás. Me alejé de esa vida, sabiendo de lo que era capaz y con la determinación de asegurarme que todos los sirvientes a mi cargo recibieran velas, mantas, colchones y comida adecuada. No podría regresar a esta vida, después de una experiencia así, con objetivos menores.

Alguien llamó suavemente a la puerta y Lady Edith la abrió. Su cabello gris estaba recogido en un suave moño, y sus pómulos altos y sus ojos azules brillantes resaltaban la belleza algo descolorida, que aún se mantenía notablemente bien. Ella permaneció majestuosamente, esperando mi permiso para entrar al dormitorio, y el alivio en su mirada y la suavidad alrededor

de su boca eran casi palpables.

—¡Oh, Thea! ¡Estás en casa!

“¿Casa?” Esa palabra me tocó como un acorde chocante. No podía reclamar a Chelton como mi hogar... no del todo.

—Es bueno verte —dije, cruzando la habitación hacia Lady Edith—. Sin embargo, me temo que huelo a los establos, así que no querrás acercarte más.

Ella sonrió.

—No me importa cómo huelas. —Cruzó el resto de la habitación y me abrazó cálidamente, como solo una madre podría hacerlo. Sus brazos rodearon mi espalda y presionaron mis omóplatos, rodeándome con afecto, envolviéndome con la sensación que me querían por completo aquí—. Me siento muy aliviada de encontrarte bien.

Me soltó y dio un paso atrás, evaluando mi cabello andrajoso y mis pies descalzos, debajo de mi bata.

—Aunque te vendría bien un poco más de carne en los huesos. Estás demasiado delgada.

—Ciertamente, estoy deseando probar el mazapán de la cocinera.

Las cejas de Lady Edith se arquearon.

—Estás de suerte. Está en el menú de esta noche.

—No lo necesito tan pronto. Puedo esperar hasta que la cocinera tenga tiempo para ello. — Sonreí.

Lady Edith negó con la cabeza.

—Querida, no estoy bromeando. Benedict lo solicitó esta mañana.

Mi estómago dio un vuelco, pero ignoré la extraña sensación.

—Tenía la impresión que no estaría despierto hasta el domingo.

Ella se sentó en el borde de mi cama y yo me senté a su lado.

—Al pobre muchacho no se le puede decir que se quede quieto. Se levantó con el sol y salió a montar con James.

—James —dije, mirándola fijamente y captando el cambio de tema—. ¡Está casado!

—¡Sí! —Ella sonrió, pero la tristeza acechaba en las sombras de sus ojos—. El nombre de su señora es Felicity y es un alma encantadora y gentil.

Sin embargo, la expresión de Lady Edith hablaba de otra emoción, y no lucía agradable.

—¿Ella es...?

—Ella es maravillosa y te gustará. ¡Estoy segura de ello! No tuvimos el comienzo más auspicioso. Basta decir que había rumores sobre ella que decidí creer, y que casi arruinaron todas las relaciones entre nosotras.

Los rumores eran veneno. Era consciente de cómo estos podrían arruinar la vida de cualquiera.

—¿Pero ya han arreglado las cosas entre ustedes?

—Lo hicimos... La amo muchísimo y ahora que la conozco, me pregunto cómo pude haber creído las cosas que alguna vez pensé que eran ciertas. Pero ella era una extraña cuando vino aquí. No sabía nada mejor, entonces, y aprendí de mi error. —Lady Edith me lanzó una sonrisa irónica—. Desde entonces, he prometido no formarme una opinión sobre nadie hasta que haya tenido el tiempo suficiente para conocer su carácter.

—Es una buena regla para vivir.

Un lacayo llevaba la tina de hojalata y otro lo seguía con un cubo de agua humeante. Los vimos arreglar la pantalla y continuar llenando la bañera.

—Todos están en casa y ansiosos por verte. ¿Tal vez, después de lavarte y vestirme, bajas al

salón? Henry, James y Felicity estarán allí.

—Por supuesto.

“*Todos excepto Benedict*”.

—Benedict tiene asuntos que atender en Bakewell. Debería regresar, antes de la cena.

Asentí y vi a Hannah cargar otro cubo de agua, seguida por un lacayo.

Lady Edith se levantó para marcharse.

—Me di cuenta que no llegaste con ninguna sirvienta, así que le pregunté a Hannah si le gustaría convertirse en tu criada. Si te parece bien, creo que ella hará bien el trabajo.

—Me encantaría —dije, captando la sonrisa de Hannah, entrenada como estaba en el suelo.

No fue hasta que Lady Edith se fue que me pregunté cómo sabía que yo llegué sin una sirvienta, y qué más ella había discernido de nuestra llegada clandestina.

* * *

Benedict

Me parecía que esta era la única manera de garantizar que mi madre no obligaría a Thea a volver con el primo Matthew (un nombre que recordé con mucha amargura, simplemente porque a él le molestaba claramente, y prefería que lo llamaran por su título, siendo demasiado arrogante) y su esposa, Lady Claverley. Iba a discutir el asunto con ellos, yo mismo. Cabalgué hasta la casa en expansión y dejé mi caballo en la puerta de los establos, luego caminé por el camino de grava hasta la puerta principal.

El mayordomo la abrió, antes que pudiera tocar, y me condujo adentro.

—Lord Claverley está en su estudio y lo espera allí.

Supuse que el beneficio de un viaje largo y sinuoso para los demás era la capacidad de prever a los visitantes y prepararse en consecuencia. Seguí al mayordomo hasta el estudio de Claverley, y me dejé caer en el asiento frente a mi primo. Se encogió de hombros. Su rostro ancho y sus mejillas redondeadas no se molestaron en ocultar su desaprobación por mi comportamiento casual.

—Te ves bien, primo —le dije, usando el título para recordarle nuestro vínculo familiar.

Él asintió, como si estuviera de acuerdo conmigo.

—Lady Claverley me tiene a dieta a base de carnes rojas y papas, y eso ha hecho maravillas con mi energía.

—Estoy encantado de escucharlo.

—Has estado fuera por mucho tiempo —dijo.

—Es así... Nunca puedo quedarme en un lugar por mucho tiempo, ¿sabes?

Claverley emitió un leve gruñido de reconocimiento.

—Quizá te agradezca saber que tu carga goza de buena salud. —Intenté sonar natural, aunque esto no fue muy difícil. No estaba mintiendo—. La dejé esta mañana y estaba absolutamente radiante.

—¿Esta mañana? ¿Entonces vienes de York?

—No... De Chelton. —Tuve cuidado de mantener una expresión inocente. Si decía esto de manera inadecuada, el juego terminaría—. ¿Mi madre aún no ha venido a verte?

Claverley frunció el ceño.

—No, recientemente, no.

Miré al techo, como si estuviera considerando esto.

—Supongo que la preparación la ha abrumado, por supuesto. Quizás no debería haber mencionado a Thea hasta que mi madre viniera primero. ¿Olvidarás que dije algo, por supuesto?

Claverley no parecía dispuesto en absoluto a hacerlo.

—¡Mmm! ¿Qué traería a tu madre aquí?

Obviamente, mamá no viajaba. Se ponía muy enferma en el carruaje, sin importar la distancia, y mi primo lo sabía. Él sabría que ella no planearía verlo sin una causa adecuada.

—Thea, por supuesto. La chica ha vuelto a casa. —Mi pecho se apretó ante la primera palabra, pero la ignoré, dejando mi plácida sonrisa en su lugar.

Los ojos de Claverley brillaron de codicia.

—¡Ah, ya entiendo! Finalmente se cansó de la escuela, ¿cierto? Prepararemos su cámara.

Me encogí de hombros. Mi madre se había quejado que había sido una hazaña convencer a Claverley que Thea se quedara para ayudar a la señora Moulton, y perfeccionara aún más sus destrezas para así prepararla en el mercado matrimonial. Él no podía saber que Thea se había escapado, o toda la sociedad lo sabría en quince días.

—Ha mejorado mucho sus habilidades con el piano. ¡Quedarás muy impresionado! Te lo prometo. —O eso esperaba.

“Debí haber interrogado a Thea un poco más antes de emprender esta conversación”.

Él asintió.

—¿Cuándo podremos esperarla?

—Mamá está tan contenta por su llegada... difícilmente podría permitir que la pequeña se vaya de inmediato, ¿entiendes?

—Supongo...

—Thea también se ha unido mucho a la nueva esposa de James, Felicity. Será una hazaña separarlas, cuando llegue el momento de viajar a Londres. Es muy posible que sea imposible —agregué con una risa despreocupada. Estaba plantando cada semilla, poco a poco, para regarlas cuando necesitaba que crecieran. Antes que Claverley se diera cuenta, tendría todo un jardín de comprensión sobre por qué Thea no viviría bajo su techo, cuando llegara enero.

Claverley guardó silencio y aproveché su repentina desaprobación como una buena oportunidad para dejar de trabajar en el jardín, y cambiar la conversación hacia algo que lo dejara satisfecho.

—Pero yo no vine aquí a chismorrear. Estoy aquí para pedirte consejo sobre un asunto de gran importancia.

Eso captó con éxito su atención. Claverley se reclinó en su silla de cuero y juntó las manos sobre su amplio cuerpo.

—¿Qué es?

—Mi herencia. —Las palabras se deslizaron de mi lengua, como si viajaran a través del pegamento. Ignoré los ansiosos grilletes en mi estómago y sostuve la mirada de mi pomposo primo—. No puedo decidir, si estoy más preparado para comprar una propiedad o decidirme por una ocupación.

Claverley se incorporó, convencido de su interés.

—¿No pensaste en preguntarle a James?

Me burlé ligeramente.

—James nunca me presionaría para que hiciera nada. Está feliz de tenerme en Chelton para siempre, por supuesto, pero no puedo traer una esposa a vivir a la casa de mi hermano. ¡Esto nunca serviría!

—Un hombre debe tener su orgullo —dijo, asintiendo.

—Precisamente.

Pareció contemplarme por un momento.

—¿Tienes alguna ocupación en mente?

“¿*La tengo?*” No había pensado tan lejos en el asunto. Solo quería dejar a Claverley sintiéndose como si hubiera ayudado a su primo joven con el rumbo perdido, y no analizando mis revelaciones sobre Thea demasiado profundamente. Sin embargo, él me estaba obligando a considerar cosas, que hacía mucho tiempo había intentado evitar.

—Puedo ver la respuesta en la expresión inexpresiva de tu rostro —dijo Claverley, frotándose el dedo por su grasienta barbilla—. Debes pensar, primero, en las ocupaciones a las que estarías dispuesto a dedicarte. ¿Te opones a viajar mucho? En el extranjero se pueden hacer fortunas, ¿sabes?

—Viajar no me repugna del todo, pero creo que a mi madre le desagradaría que estuviera tan inaccesible.

—¡Mmm! Me has dado mucho que considerar. ¿Nos volvemos a reunir el próximo miércoles, y discutimos más el asunto? Puedes tomarte el tiempo para contemplar las ocupaciones, o tendrías éxito como dueño de una propiedad modesta, cuando no te gusta permanecer en un lugar por mucho tiempo. También puedo pedirle a mi mayordomo que investigue las propiedades disponibles en la zona. Si hay alguna a la venta, Jenkins lo sabrá.

La sorpresa me levantó las cejas.

—¡Eso lo apreciaría mucho!

Me alejé de Claverley con la clara impresión que, si bien había acudido a mi primo para engañarlo, él había puesto en marcha los engranajes de la planificación de mi futuro. Era a la vez aterrador y, tuve que admitirlo, intrigante. Si alguna vez quisiera casarme, lo cual algún día haría, necesitaba solucionar esto. La respuesta sobre qué profesión debería ejercer no me había llegado en la escuela. Supuse que empezaría a buscarla ahora mismo.

Capítulo 12

Thea

Era imposible no notar la ausencia de Benedict durante la cena, esa misma noche. Me gustaría pensar que mi especial atención a su paradero se debía a que había pasado los últimos cuatro días en su compañía, pero la verdad era que siempre buscaba al hombre en una habitación. Era ridículo, esto era como una especie de castigo que me daba a mí misma, ya que siempre deseaba saber dónde estaba Benedict, a pesar de su clara aversión hacia mí.

James tomó la cabecera de la mesa con su esposa a un lado y su madre al otro. Henry ocupaba el asiento junto a Lady Edith, así que yo me senté junto a Felicity. Tanto Benedict como su madre tenían razón, por supuesto, y Felicity me agradaba excesivamente. Ella era mucho más reservada que yo, pero la diversión que bailaba en sus ojos era evidencia que era un alma alegre, y eso me gustaba mucho de ella.

—Tenemos planeada una cena para el próximo lunes —dijo Lady Edith, distraídamente, como si yo no hubiera estado desaparecida durante casi medio año—. Es demasiado tarde para agregar a Lord y Lady Claverley, pero tal vez podamos extenderles una invitación para el viernes. Estoy seguro que querrán verte, Thea.

Dejé caer el tenedor y el cuchillo ruidosamente sobre el plato. Cuatro pares de ojos se fijaron en mí.

—No lo considero necesario.

Una línea se formó entre las cejas descoloridas de Lady Edith. Abrió la boca para hablar, cuando la puerta se abrió en el otro extremo del salón, y Benedict entró tranquilamente, robando efectivamente la atención del salón.

—Perdona mis modales, madre —dijo, acercándose a la cabecera de la mesa e inclinándose para besarla en la mejilla—. No esperaba que el asunto tardara tanto.

—Te unirás a nosotros —expresó claramente y perdonándolo.

Él me miró, pero también desvió la mirada.

—No estoy vestido para ello.

—Eso no nos importa mucho —destacó Felicity.

—Ven y come —añadió James—, has estado fuera demasiado tiempo, Ben. Seguramente te habrás perdido las aves de la cocina.

La sonrisa se tensó alrededor de sus ojos. Me miró de nuevo y luego volvió a desviar su mirada. Asintiendo, una lenta y amplia sonrisa se dibujó en sus labios.

—Como ustedes deseen.

James ordenó a los lacayos que trajeran otro cubierto y lo colocaron a él mi lado, sin duda intentando mantener la igualdad lo mejor que pudieron. Hubiera sido mejor pedirme que me hiciera a un lado, y sentarlo entre Felicity y yo, pero los Bradwell no eran tan formales, a menos que fuera una verdadera cena de la sociedad.

—Quizás al lado de Henry sea mejor... —comenzó James.

Benedict respondió a eso, sacando su propia silla, y sentándose a mi lado.

—No somos niños —dijo, aunque había una extraña amargura en su tono—. Podemos sentarnos durante una cena, en perfecta armonía.

Los ojos alrededor de la mesa me miraron.

—Por supuesto que podemos —agregué rápidamente. Podría demostrarles que sabía cómo

actuar en público. Después de todo, yo era solo la mitad del problema, y si Benedict estaba dispuesto a intentar ser civilizado, yo podía hacer lo mismo.

Lady Edith pareció complacida por esto.

—Le estaba diciendo a Thea que deberíamos invitar a Lord y Lady Claverley a cenar la próxima semana.

—Eso no será necesario. —Benedict dudó solo un momento antes de continuar—, en realidad, acabo de ir a verlos. Creo que sería mejor esperar...

La sonrisa de Lady Edith se hizo más tensa.

—¿Qué asunto tenías con tu primo?

Se tomó un momento para responder y mis dedos apretaron el tenedor en mi mano. “*¿Fue para anular el acuerdo? ¿Para cumplir su promesa?*” Lo miré y lo encontré mirándome. Apartó la mirada, no sin antes plantar la semilla de esperanza en mi pecho.

—Creo que será mejor discutir esto más tarde, madre.

Lady Edith ya no parecía contenta. Su boca se tensó y sus cejas se juntaron con preocupación.

—Me esforcé mucho en llegar a un acuerdo con Lord Claverley, y aún más en ocultar la reciente desaparición de Thea para evitar que tu primo renunciara al acuerdo. Hay mucho en juego en su voluntad de ayudarla a encontrar una pareja, durante la temporada.

—No veo por qué... Estamos perfectamente capacitados para patrocinarla y Felicity será una buena acompañante. —Benedict miró a su cuñada—. De todos modos, tienes intención de ir a Londres a ver a tus padres, ¿no?

—¡Sí! —Ella tomó la mano de James sobre la mesa, como si necesitara tocarlo para apoyarse—. Estaremos encantados de ayudarte en todo lo que podamos.

—Está decidido entonces —dijo Benedict con su amplia sonrisa, que era imposible de no corresponder, incluso en la más mínima de las formas.

—¡Nada de eso está decidido! —Lady Edith lucía atonada.

El salón quedó en silencio. Estaba segura que mi corazón latía más fuerte que el reloj de caja larga que había al final.

—Por el bien de Thea, creo que será mejor discutir esto en privado. —Benedict se aclaró la garganta.

—Siempre y cuando quieran incluirme en la conversación —dijo.

Lady Edith se presionó las sienes con los dedos.

—No hay ninguna conversación que tener... No hay nada que discutir.

—Quizás sea mejor para nosotros darle privacidad —dijo James, levantándose de su asiento.

Seguramente, me enteraría más tarde de todo lo ocurrido. No podía imaginar que esta familia guardara muchos secretos entre sí. Pero agradecí mucho la amabilidad que él me mostró al no ofrecerme una audiencia para una conversación tan embarazosa.

Felicity se movió para seguir a su marido, pero Benedict se levantó de su silla.

—Si esto hay que discutirlo ahora, entonces podemos irnos. Quédate y termina tu comida.

Lady Edith pareció estar de acuerdo y se levantó de su asiento. No me habían invitado a unirme a su conversación, pero como se centraba en mí, sentí que tenía derecho a ser parte de ella. Dejé mi servilleta sobre la mesa y corrí tras ellos. Entramos en el salón y Benedict cerró la puerta detrás de nosotros.

—No me gusta que hayas hablado con tu primo sin consultarme, Ben. No conoces toda la situación y muy bien podrías haberlo puesto todo en peligro. —Lady Edith caminó hacia la

chimenea antes de mirarnos. Nada en su elegante peinado estaba fuera de lugar, pero de alguna manera todavía parecía desaliñada—. ¿Qué haremos si Lord Claverley se niega a patrocinarla?

—Ya casi no importa —dije, un poco sorprendida por la ferocidad de los sentimientos de mi madrina—. ¡No voy a ir con ellos a Londres!

—Por supuesto que irás...

—No... —Me dirigí a Benedict—. Díselo a ella.

Me miró larga y duramente, luego se pasó una mano por la cara y volteó impotente hacia su madre.

—Ella no puede acudir a ellos. Le prometí que no lo haría.

—¿Prometiste a quién?

—Le prometí a Thea que si regresaba conmigo a Chelton, no la obligaríamos a ir a casa del primo Matthew.

—Lord Claverley —corrigió Lady Edith—. Tiene el título porque es un conde. Necesitamos su estatus para recibir las invitaciones necesarias para encontrarle a Thea una pareja decente.

—Pero, ¿por qué? —insistió Benedict—. Sus padres eran perfectamente respetables. No hay ningún escándalo asociado con el nombre de Northcott.

El silencio cayó sobre nosotros con la espesa densidad de una niebla impenetrable. Lady Edith me miró. Sus ojos contenían los secretos que yo esperaba que hacía tiempo se hubieran desvanecido en su memoria. Pero, por supuesto, esto no había sucedido. Aunque el apellido Northcott no había estado en boca de todos en los últimos años, no después que la muerte de mis padres ocurriera hace cinco y seis años, respectivamente, sin embargo, eso no significaba que mi aparición en la sociedad no diera nueva vida a los escándalos estancados, que se habían desvanecido a un estado latente.

—¿Qué es? —preguntó Benedict en voz baja, sintiendo que había algo que no sabía—. ¿A qué nos enfrentamos?

Algo en la tranquila resolución de su voz y la forma en que había dicho “nos”, como si aceptara que ellos estaban inevitablemente involucrados en mi futuro, hizo que mi corazón diera un vuelco.

Lady Edith arruinó la agradable sensación al traerme de nuevo al asunto que nos ocupaba. Cuando habló, su voz era tranquila, mesurada y cuidadosa, como si deseara manejar el asunto con delicadeza.

—Amaba mucho a la madre de Thea, pero después que los Northcott se mudaron a Suecia, ella se ganó una reputación por su infidelidad, tanto ella como el señor Northcott. Si Thea tiene alguna esperanza de conseguir una pareja decente, será a través de la impecable reputación y el rango de Lord Claverley.

—No quiero su ayuda —dije, dando un paso adelante y llamando la atención tanto de Lady Edith como de su hijo—. Nunca la quise. Estoy feliz de hacer mi propio camino, incluso con las consecuencias de la reputación empañada de mis padres.

—¿A tu manera? ¿Cómo vas a pagar entonces por tu propio camino, mientras tu herencia esté ligada a tu tío hasta que seas mayor de edad? Estamos felices de tenerte aquí, Thea, pero no puedes... —Lady Edith se detuvo y su mirada buscó el techo. Ella fue demasiado amable al decir que yo no podía confiar en su caridad para siempre. Pero no la necesitaba. Tenía dinero... Simplemente, todavía no había acceso al mismo.

—Nunca he deseado casarme con un caballero y ciertamente preferiría no vivir bajo el cuidado de Lord Claverley. Me niego, como Benedict sabe perfectamente, y solo acepté regresar a Chelton, bajo la condición que el acuerdo con Lord y Lady Claverley quedaría anulado.

Ella miró a su hijo.

—¿Eso es cierto?

Benedict asintió, pero me miró.

—Lo es. Fui a la casa del primo Matthew hoy para informarle que Thea ahora está con nosotros y se quedará aquí.

Lady Edith negó con la cabeza.

—Él no estará contento. ¡Quiere nuestro dinero!

Benedict y yo miramos fijamente a Lady Edith.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Ambos son conscientes de cómo evitar conflictos y escándalos, ¿cierto? No pude encontrar otra manera de convencerlo para que nos ayudara, que ofrecerle una buena suma, a cambio de su ayuda.

—Entonces, mereces perderlo. ¡Ese idiota codicioso! —Benedict se burló.

—¿Ibas a pagarles a Lord y Lady Claverley para que fueran mis acompañantes? —Apreté los labios para evitar seguir hablando y enojar a Lady Edith, pero la revelación me dolió, especialmente cuando había expresado tanto mi desdén por la temporada, y mi deseo de encontrar un matrimonio por amor. No podía soportar estar encadenada a un caballero, no cuando los caballeros en mi vida hasta ahora habían demostrado su falta de voluntad para comprometerse con una sola mujer.

—Quizás ya no... Si Benedict ha arruinado eso...

—No me quedaré con ellos —dije. Ella no podía obligarme a ir con ellos, porque no era mi madre ni mi tutora. Como Benedict me había recordado anteriormente, casi había alcanzado la mayoría de edad y estaba lo suficientemente cerca como para tener derecho a opinar sobre mi propia vida—. Estaba perfectamente contenta en mi último puesto, antes que Benedict me obligara a volver a casa con él.

Lady Edith me miró como si fuera un gato salvaje, y no supo cómo contener mi arrebato. Esto fue inmaduro de mi parte, se lo concedo a ella.

—Hasta que no tengas veintiún años, no tienes elección al respecto. Como tengo la fortuna de ser tu madrina, tu tío ha tenido a bien concederme el control de tu herencia. No aceptará ni negará ninguna de tus solicitudes sin mi aprobación hasta que seas mayor de edad.

Ese fue un nuevo detalle revelado.

—¿Estás en comunicación con el tío Northcott?

El desgraciado nunca me había querido. Me había enviado aquí, en el momento en que aterricé en su puerta principal. No deseaba estar con mi tío más de lo que él deseaba tenerme, y la idea que se comunicara con alguien sobre mí fue un shock, ya que no había sabido nada de ese hombre en años. Mi asignación trimestral siempre me la había enviado su hombre de negocios, y cualquier notificación, por ese mismo hombre.

—No tenía otra opción —dijo Lady Edith—. Él es tu tutor legal.

Di la vuelta y me senté en una silla de madera, junto a la mesa redonda y vacía del desayuno. No podía culparla, ya que tenía mucho sentido que le escribiera al tío Northcott. ¿De qué otra manera iba a pagar Lady Edith mis estudios o recuperar fondos para ropa o libros nuevos que necesitaba? Él era un ogro irascible y solitario, pero hasta que yo llegara a mi próximo cumpleaños, él era legalmente responsable de mí.

Excepto que él había pasado toda la responsabilidad a Lady Edith, incluso le había dado la autoridad para administrar mis ingresos. Ahora ella me miraba con inquietud y no pude evitar la avalancha de compasión y gratitud, que crecía dentro de mí. Como una de las amigas más

queridas de mi madre, Lady Edith había hecho todo lo que podía por mí simplemente, por la bondad de su corazón, y yo le había correspondido mal.

Mi expresión era sin duda tan conflictiva como mi corazón. Benedict me miró con incertidumbre, como si no supiera si ofrecerme consuelo o dejarme en paz.

—Se hace tarde y tenemos mucho que considerar —dijo Lady Edith, como si no hubiera revelado verdades insoportables sobre mi situación—. Necesitamos encontrar una manera de arreglar la situación para nuestro mejor beneficio.

—Sin utilizar la ayuda de Claverley —confirmó Benedict.

Lady Edith miró fijamente al techo. Ella pareció tomar aire en busca de apoyo y luego me miró:

—¿Por qué deseas evitar la casa de Lord Claverley?

—Porque no me importa él —dije. Mi voz había perdido parte de su ira. Ondas de inquietud recorrieron mi columna vertebral, donde sus dedos regordetes habían dejado su marca por última vez, cuando había jugado con la cinta de mi vestido. Reprimí un escalofrío ante el recuerdo. No podía expresar mi miedo en voz alta, cuando tenía tan pocas pruebas para validar mi malestar.

—Sin embargo, estás feliz de permanecer aquí, pero también te disgusta... —Lady Edith se aclaró la garganta y su mirada se dirigió a Benedict. No pronunció el nombre de su hijo, pero eso no ocultó su intención.

Benedict y yo habíamos discutimos, pero él nunca me había dado motivos para cuestionar mi seguridad.

—No es lo mismo.

Lady Edith dejó caer la cabeza y se presionó las sienes con los dedos, masajeándolas. Cuando volvió a mirarme, lo hizo con una resolución tranquila.

—Hablaremos sobre esto más adelante y desarrollaremos un plan que deje a todos satisfechos. Necesito tiempo para pensar. —Salió de la habitación con la gracia y la dignidad de una mujer criada en la casa de un conde, dejándonos a Benedict y a mí en completo silencio.

—¿Ahora qué? —me preguntó suavemente.

Cerré los ojos, con la esperanza que él se hubiera ido una vez que los abriera de nuevo, y ya no tuviera una audiencia para mi miseria. Conté hasta diez y apreté mis frustrados puños. Cuando abrí los ojos, Benedict no se había movido, y fue más un alivio saber qué no tenía que hacer nada para que él se quedara.

—No lo sé —dije en voz baja—. Agradezco que tu madre tenga la intención de encontrar una solución en la que ambos estemos satisfechos, pero me temo que es una tarea imposible. No puedo evitar pensar que sería mejor para todos si yo me fuera.

Él parecía sorprendido.

—¿Volver a la cocina de los Fuller?

—No tengo esa opción. —Para ser honesta, ya no deseaba hacer ese tipo de trabajo—. Creo que soy más adecuada para ser compañera o institutriz de niños mayores.

—Acabas de regresar. ¿No esperarás un poco más y le darás a mi madre la oportunidad de pasar tiempo contigo, antes que te vayas? —Su tono era gentil, sorprendiéndome por su suavidad.

—Mientras ella no me lleve a la casa de Lord Claverley, puedo hacerlo. Necesitaré tiempo para encontrar un puesto. —Le di una sonrisa irónica—. Ya no hay necesidad de mantener mi plan en secreto.

—¿Te resulta tan desagradable la idea de quedarte aquí? —Él dio un paso adelante y jugó con el respaldo de la silla a mi lado, como si decidiera si sentarse o no. Permaneció de pie, pero

me miró a los ojos—. ¿Soy realmente tan desagradable contigo?

—¿No es mutuo el sentimiento?

Dije algo equivocado. El dolor, inexplicablemente, le salpicó la cara.

—No. No lo es.

—¿Oh? ¿Ya no me odias? ¿De dónde viene esta alteración?

—De ningún lugar. Nunca te he despreciado como tú a mí, Thea.

¿No era así? Puede que me hubiera puesto irritable después de la vergüenza de saber que me había enamorado de él, y que simplemente era un coqueto poco sincero, pero desde ese momento, Benedict había afrontado mi pelea con igual fervor.

—No puedes reescribir nuestra historia, Ben.

—No voy a hacer ese intento. ¿Pero no puedes decirme, después de presenciar el dolor de mi madre, que no quieres al menos intentar formar algún nivel de civilidad entre nosotros? ¿Deponer nuestras armas realmente sería tan repugnante para ti?

—¿Civilidad?... ¿Te refieres a una tregua?

—Sí. Una especie de tregua. —Se alejó y luego regresó hacia mí—. No es necesario que nos agrademos mutuamente para fingir que lo hacemos. Si podemos demostrar que podemos ser amigos, tal vez mamá no insista en el tema con Lord Claverley. Ella podría ver el valor que nuestra familia te patrocine a ti.

—Ciertamente, eso no puede empeorar las cosas. —Su boca se alzó en una media sonrisa.

—¿Serás mi amiga? ¿No? Seguramente, eso solo alegrará tu vida.

—Piensas muy bien de ti mismo.

—Creo que tú también estás a punto de hacerlo.

Me reí ligeramente, apartando la mirada de sus ojos brillantes y burlones. La forma en que bailaban cuando él hablaba, llenos de picardía, hacía que el azul fuera más brillante y su sonrisa más hermosa. Sin embargo, no aprecié la forma en que su plan propuesto me hizo verlo de manera diferente. “¡Maldito Benedict!”

—¿Entonces deseas un matrimonio por amor? —preguntó.

—¡Sí!

—Entonces, si está en mi poder, te ayudaré a lograrlo.

No sabía si la gratitud o la sorpresa era la principal emoción que me inundaba, pero me levanté y crucé los pocos pasos que nos separaban, acercándome a su lado. Incliné la cabeza hacia atrás para sostener su mirada, buscando la verdad, mientras su aroma especiado y ácido abrumaba mis sentidos.

—¿Por qué estás haciendo esto?

Parecía que no podía mantener la mirada quieta. Pasó de mi cabello a mi mandíbula, y a lo que sea que flotaba detrás de mí. Finalmente, él descansó sobre mi cara, y contuve la respiración por la intensidad allí.

—¿Culpa? O tal vez sea el deseo innato de superarte en algo. Puedo ser el mejor amigo y lo demostraré.

—Dudoso —dije en voz baja—. Soy yo quien tiene multitud de amigos, y soy amada por todos.

—¿Todos?

—Bueno, amada por todos menos por ti. Dudo que eso cambie.

Él me miró de una manera que me dejó sin aliento.

—Supongo que ya veremos.

Capítulo 13

Benedict

Al día siguiente, mi madre estaba en cama con dolor de cabeza. Era algo común que ella se sintiera abrumada y no me gustaba ser la causa de su estrés adicional, pero le había hecho una promesa a Thea y la cumplí. De alguna manera, un demonio se había apoderado de mí en el salón, la noche anterior, porque no podía haber otra explicación para la forma en que había hablado con Thea. Todavía no estaba seguro en qué consistía mi propuesta de tregua, pero supuse que pronto descubriríamos, si esto era posible entre nosotros.

Mis apuestas fueron hacia el “no”. ¡Esto era imposible! El disgusto de Thea era demasiado potente... muy fuerte.

La luz del sol perdida se asomaba por el borde del horizonte, haciendo que los árboles brillaran, como si un fuego floreciera detrás de su masa de ramas enredadas. La mañana era inexplicablemente fría, incluso para noviembre. ¿O ahora era diciembre? Había perdido la noción de los días.

Gregory se había adelantado y había ordenado que ensillaran a Jasper. Caminé por el corto pasillo, que conducía al patio, con el techo de ladrillo curvándose sobre mi cabeza. Una mujer vestida con un traje de montar de color violeta intenso estaba siendo ayudada a subir a una silla de montar, no lejos de donde Jasper me esperaba. No pasó mucho tiempo para reconocer (a pesar que no podía ver su rostro) que era Thea, la que estaba siendo ayudada a subir, a una silla de montar de un caballo, por un mozo de cuadra.

Giró su elegante cuello hasta que sus ojos se fijaron en mí, y obligué a mis pasos a ser consistentes en su viaje hacia Jasper.

—Acordamos una tregua, no una amistad —dijo a la ligera, aunque pude sentir que estaba nerviosa—. ¿Ahora crees que deberíamos viajar juntos?

—No me opongo a ganarte en una carrera amistosa. —Caminé hacia mi caballo y conseguí la silla con un movimiento suave y fácil. Me sentí tranquilo e internamente aliviado porque montarme en el caballo funcionó tan bien, como lo había imaginado en mi mente, y que mi caballo Jasper no dio un paso adelante para arruinar mis intentos de parecer un corintio. La miré —. Pero no esperaba encontrarte aquí esta mañana.

—Interesante. —Ella apartó la mirada, cuando la vi. Sus mejillas se sonrojaron ligeramente —. Tienes mucha confianza en tus habilidades. Fui yo quien ganó la última carrera, si mal no recuerdo.

—Tú lo hiciste. Pero confío en que, inevitablemente, tus situaciones anteriores no te dejaron mucho tiempo para montar. —Giré a Jasper hacia el arco, las puertas habían quedado abiertas de par en par, y Thea ordenó a su yegua que me siguiera. Su silenciosa aquiescencia y acuerdo de viajar juntos hicieron que la victoria se elevara silenciosamente a través de mí—. Dime, ¿cuándo fue la última vez que montaste?

—Hace demasiado tiempo para merecer mencionarlo.

—Tal como yo pensaba. —Salimos de los establos y nos dirigimos hacia las colinas cubiertas de hierbas descoloridas en parches, mientras los árboles medio estériles marcaban el cambio de estaciones, y sus hojas rojas y doradas ondeaban con el viento y esparcían tierra.

—Apuesto a que todavía puedo conseguir un asiento decente —dijo, como si no quisiera que la descartara.

—¿Te importaría hacer una apuesta? —le pregunté. Después de todo, Thea también había mencionado la apuesta.

—¿Qué apostaríamos? No tengo mucho que dar.

—¿Madre te habló de las asambleas de la próxima semana en Bakewell?

Thea asintió.

—El primero en llegar a la locura elige al compañero del otro para el primer set.

Ahora podía verlo, obligando a Thea a bailar con Ned, el de nariz aguileña, o con Timothy, el que respiraba como pez. No había una sola mujer en todo Bakewell que no se sentiría miserable ni sufriría durante un set, bailando con cualquiera de ellos. De todos modos, seguramente, yo ganaría.

—Muy bien —dijo Thea fácilmente. Ella cruzó el espacio entre nuestros caballos y guié a Jasper más cerca para tomar su mano enguantada entre la mía. Nos sacudimos una vez y soltamos rápidamente.

Asentí a la yegua marrón que ella montaba.

—¿James te prestó a Luna?

—Evidentemente, Felicity no monta —explicó Thea—. Así que me dijo que Luna era mía para usarla, cuando quisiera.

—Eso fue amable de su parte. —Era cierto que a mi cuñada no le gustaba este deporte—. Felicity tiene una mula y un carro que usa cuando desea salir sola. Según James, ella es una experta en el manejo del artilugio.

Aunque si lo usaba con tanta frecuencia, como James lo hacía sonar, no era una sorpresa.

—¿Listo? —preguntó Thea.

—¡Vamos! —asentí.

Ambos salimos al mismo tiempo en dirección general a la locura, pero los espesos árboles hacían imposible permanecer uno al lado de la otra, a través de las colinas. Thea y yo zigzagueamos entre los árboles, y subimos sobre extensiones de hierba verde y amarilla, evitando los afloramientos rocosos y los cantos rodados que salpicaban el campo. Un rebaño de ovejas apareció en nuestro camino, cuesta abajo, y ambos nos vimos obligados a evadir a los animales. A pesar de haber sufrido una pausa tan larga en la conducción, Thea seguía siendo hábil en sus maniobras. Ella era una amazona experta y no debería haber tenido tanta confianza en mi capacidad para ganar.

El techo abovedado del templo de piedra apareció a la vista y empujé a Jasper con más fuerza. Sería tentador permitirle ganar a Thea, simplemente para saber a quién elegiría como compañera para mí, si tuviera total libertad. Pero ella sabría que la victoria no sería realmente suya. De alguna manera, ella sabía que yo no lo permitiría.

Entonces, hice lo único correcto. Me incliné hacia adelante, empujé a Jasper y llegué a la locura con las columnas griegas que tenía, antes que ella. Una sonrisa se dibujó en mis labios al encontrar la decepción de Thea.

—Tomará algún tiempo decidir sobre un compañero para ti —dije, deslizándome de la silla con el pecho agitado.

Thea desenganchó sus piernas de los pomos y saltó al suelo. Su pecho subía y bajaba al mismo tiempo que el mío.

—No elegirás a Alfred, el hijo del vicario. ¡Te lo prohíbo!

—Por suerte para Alfred, ahora él ha llegado a lo más alto de la lista.

Ella echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos para tener paciencia.

—No deberías haber revelado tu mano, o eso dicen cuando juegan a las cartas. Estoy seguro

que no entenderás el significado.

—He jugado al whist suficientes veces como para entenderlo muy bien —dijo con las mejillas moteadas y la punta de la nariz enrojecida por el viento y el frío—. Te aprovechaste de la oxidación en mi silla.

Una mueca silenciosa se escapó de mi garganta.

—Si eso estaba oxidado, pronto estarás ganando.

Thea se rió y sacudió la cabeza. Ella comenzó a alejarse y un fuerte deseo surgió en mi pecho de seguirla. Desapareció en la curva con la pared de mármol, a un lado, y las columnas de piedra al otro, mientras su larga falda de hábito se arrastraba detrás de ella, por el suelo.

La seguí.

* * *

Thea

Los ojos risueños de Benedict y sus mejillas sonrojadas fueron demasiado para mí, así que tuve que dejar su presencia, aunque solo fuera por un momento para enfriar mi corazón acelerado y retomar el control de mis sentimientos. Su cabello se había convertido en una masa de caos rizado, después del doloroso viaje, y de alguna manera logró parecer aún más libertino y nada desaliñado.

Que él pudiera verse tan guapo, mientras yo estaba despeinada y en un estado de desorden arrugado era injusto. Mechones de cabello se habían soltado de mi nudo oscuro, recorriendo mi cuello y rozando mis mejillas con el viento. Miré por encima del hombro y encontré a Benedict siguiéndome, así que me abstuve de arreglarme el peinado. No podía permitir que este hombre viera cómo me afectaba su presencia.

Continué rodeando el edificio circular y me detuve en mi lugar favorito. Las colinas se hundían en la niebla, descansando sobre la hierba fresca y húmeda. Inhalando el fresco aroma de la tierra y el rocío de la mañana, contemplé el hermoso paisaje que tanto había echado de menos en la pequeña y oscura cocina de la casa de los Fuller.

—Cuando fui a ver a Claverley ayer, no me di cuenta, que estaba metiendo la mano en una situación que estaba fuera de mi alcance —dijo Benedict en voz baja, a mi lado.

Cerré los ojos.

—Yo fui tan inconsciente como tú. Tu madre nunca me dijo que el dinero cambió de manos. Eso ciertamente complica las cosas.

—Dudo que lo haya hecho todavía, pero eso no significa que mi primo no luchará por ello. ¡Están mal en Claverley! Él necesita fondos para reemplazar su techo y sus cultivos no han prosperado en los últimos años, como lo han hecho los nuestros.

El conocimiento de Benedict sobre esa situación me sorprendió y di la vuelta para mirarlo mejor.

—¿Te dijo estas cosas ayer?

—No. He estado ayudando a James con la gestión de Chelton, desde hace algún tiempo, por lo que esta información no es muy reciente. Es cierto, de todos modos.

—Lo siento por tus averiguaciones, pero no iré a su casa, por lo que debe contentarse con encontrar los fondos en otra parte. Me alegré mucho cuando Felicity accedió a acompañarme en Londres —asentí.

—Dado el escándalo, bajo el cual ella y James se casaron, no estoy seguro que mamá lo considere suficiente.

¡Esto era algo que no había considerado! Para que Felicity y James me prestaran su buen

nombre, primero tendrían que tener una buena reputación propia. Aunque no podía entender cómo alguien iba a creer a cualquiera de ellos, ¡esto era irreproachable!

Era injusto que tuviera que tener a una acompañante. Si Benedict asistiera a la temporada con la intención de buscar esposa, no necesitaría el patrocinio de nadie: podría vivir y ser recibido por sus propios méritos.

—¿Qué hay de ti, Ben?

Se echó hacia atrás un poco y alzó las cejas marrones.

—¿Qué hay de mí?

—Eres mayor que yo. No tienes ninguna ocupación de la que hablar y, que yo sepa, no estás cortejando a una mujer. ¿Por qué tengo que verme obligada a asistir a la temporada y encontrar un marido, pero, tú no?

Él sostuvo mi mirada. Sus ojos se volvieron de un azul más profundo, mientras el sol continuaba su ascenso sobre el borde de la tierra.

—No digas que es así porque tienes un ingreso propio —le dije—. Porque yo también lo poseo.

Él asintió como si estuviera de acuerdo.

—Nuestras situaciones no son muy diferentes...

—Gracias.

—Pero no podrían ser más diferentes al mismo tiempo.

—No estoy de humor para acertijos.

—No —dijo en voz baja—. No creo que lo estés.

Benedict miró hacia la extensión de tierra, el músculo de su mandíbula saltaba mientras parecía estar considerando algo. Cuando volvió a centrar su atención en mí fue con una sensación de determinación que hizo que mi ritmo cardíaco aumentara.

—¿Por qué parece que te estás preparando para ir a una batalla? —le pregunté.

—Dejé mis armas de batalla, ¿recuerdas?

Me pareció que al hacerlo, y al bajar sus muros defensivos, de alguna manera solo se había convertido en una amenaza mayor.

—Tú... ¿Quieres casarte, Thea? ¿Para encontrar un marido? —preguntó, suspirando. Su rostro se arrugó ligeramente para mostrar lo difícil que era para él hacer la pregunta.

Lo miré fijamente.

—Por supuesto que sí. —Reflexioné. Por supuesto, quería un marido, hijos y un hogar propio que no dependiera de la relación de Inglaterra con otro país ni de las aspiraciones políticas de mi padre. Solo que quería todas esas cosas y la seguridad que seguirían siendo mías, que mi marido sería solo mío, que mi hogar sería estable y seguro. No deseaba casarme con un señor que me bendijera con un hijo, y luego pasara su tiempo lejos de nosotros.

—Entonces, ¿por qué te opones tan rotundamente a asistir a la temporada?

—Porque no creo que el hombre que me amará asistirá.

—¿El hombre que te amará? —Él se atragantó—. ¡Cielos, Thea! Si ya tienes un novio, solo necesitas decirlo.

—No tengo a nadie. Solo quise decir que el tipo de hombre que me amará ciertamente no es un miembro de la alta sociedad. Entonces, ¿por qué iba a perder el tiempo yendo a bailes, cuando él está en otra parte?

—¿No conoces a este hombre, pero tú das por sentado que no baila?

—No lo conozco y no me importa si sabe bailar o no. —Estaba cansada de eludir el tema—. He observado las interacciones de la sociedad desde lejos, y conozco muy bien los bailes y los

juegos que se juegan entre hombres y mujeres en los salones de baile. No deseo ser parte de ese espectáculo, y estoy segura que el hombre que me amaría sentiría lo mismo.

—Tu lógica me sorprende.

—No tienes que estar de acuerdo conmigo, Ben... Tú preguntaste y te digo mis opiniones.

—Me parece bien. Solo intento ayudarte, pero tú lo estás poniendo cada vez más difícil. Si este hombre misterioso no frecuenta eventos de la sociedad, ¿dónde esperas encontrarlo?

“En una cocina, cuando entregue el pedido del tendero... En una tranquila parroquia rural, lejos de Londres... En la tienda de la costurera, donde yo esperaba encontrarme con clientes que entran a comprar artículos para sus madres o hermanas... En el cementerio, después del servicio dominical en Brumley... En cualquier lugar que no brille con exceso y codicia”.

Miré hacia el rostro curioso de Benedict y encontré que mi corazón y mi respiración se detenían. No podía permitirle la entrada en las tranquilas esperanzas y sueños, que apenas me había admitido a mí misma, no a este hombre que jugaba a los juegos sociales en los salones de baile y con las emociones de las mujeres, lo cual yo estaba tratando de evitar.

Al dar la vuelta, fijé la mirada en el sol naciente y observé los colores otoñales brillar como fuego en los árboles.

—En cualquier otro lugar —dije finalmente—. Quiero un matrimonio por amor y esto no puede ser forzado.

—¡No! —asintió en voz baja con su voz extrañamente ronca—. No creo que esto sea posible.

Capítulo 14

Benedict

Había pasado casi una semana desde que Thea y yo habíamos regresado a Chelton, y después de esa primera carrera matutina hacia la locura, teníamos el hábito diario de encontrarnos en los establos al amanecer, y compartir nuestro paseo matutino. Las conversaciones no habían alcanzado la profundidad de esa primera mañana, pero estaba feliz de tener una compañera, que me alejara de mis pensamientos.

Fue cuando cabalgaba solo cuando más frecuentemente buscaba en mi alma y, en la actualidad, sentía que esto era un camino peligroso.

En cambio, centré mi atención en determinar al padrino a seleccionar para el primer baile de Thea, en las asambleas de Bakewell. Estuve tentado de elegirme, por supuesto, simplemente para irritarla, pero temía lo que ella pensaría de eso.

“*Quizás el señor Farnes esté presente*”. Lo pensé, frotando lentamente una mano sobre la nariz de Jasper.

Thea estaba dos puestos más abajo, murmurándole suavemente a Luna, e ignorándome.

—Es un tipo bastante agradable, pero ciertamente sabe cómo mantener una conversación. —Ella me miró y yo sonreí. Su boca se aplanó en una línea poco divertida—. Hace todo por su cuenta.

—¡Espléndido! Entonces no se me exigirá nada.

Las sombras oscurecieron la entrada a los establos. Henry y James se acercaron, mirándonos con leve interés. Habíamos regresado de nuestro paseo anterior, y ambos nos quedamos cuidando nuestros caballos. Esa era la única razón por la que Thea y yo todavía estábamos juntos en los establos. Debería haber entrado hace al menos media hora, tal vez, pero estaba esperando a Thea para que pudiéramos caminar juntos.

Ahora me arrepentí de ese impulso.

—¿Regresas de un paseo o te estás preparando para uno? —preguntó James.

—Regresando —dijo Thea—. Prefiero las primeras horas de la mañana, cuando la niebla dificulta la visión.

—Entonces, habrá que encontrar la paz, estoy de acuerdo. —James se rió.

—No sabría nada sobre la paz —dijo ella a la ligera—. Benedict me acompañó.

Henry y James sonrieron entre dientes y les lancé una mirada irritada.

—Alguien tiene que asegurarse que Thea no esté tratando de saltar obstáculos por su cuenta.

—¡Oh, por supuesto, hermano! No tenemos suficientes mozos de cuadra para eso —dijo James con una sonrisa que revelaba su diversión.

Ya no estábamos en nuestra juventud, así que no me vi obligado a soportar las burlas de mis hermanos. Aunque repliqué con una amplia sonrisa, le di una palmada a Jasper en la nariz y giré hacia la salida.

—Disfruta del viaje —expresé sin molestarme en ver sus continuas risas de colegiales. Pasé por el arco de piedra y me dirigí a la parte trasera de la casa, antes que Thea me alcanzara.

—Solo estaban bromeando —dijo ella.

Mantuve la mirada delante de mí.

—Soy consciente de eso. Son hermanos mayores y es lo que mejor se les da.

—Entonces, ¿por qué estás huyendo?

—Huye... —Sacudí la cabeza y la miré—. Difícilmente estoy huyendo. Tú sueñas como una heroína de una novela gótica. Simplemente, voy a prepararme para algunos negocios de los que debo encargarme más tarde, hoy.

Thea asintió sabiamente.

—Por supuesto. ¡Negocios! La excusa que todos los hombres usan cuando buscan privacidad o una vía de escape.

Ella no se equivocó, así que no la contradije.

—Estamos destinados a ser amigos, ¿no? —Me reí.

—Creo que mencionaste específicamente que podemos tener una tregua, pero no podemos y nunca seremos amigos.

—Bueno, probablemente estaba de mal humor, cuando dije eso. ¿No es una tregua un camino hacia la amistad?

Me detuve en el camino de grava y volteé hacia ella. “*¿Ella quiere esto? ¿Desea mi amistad?*” No podía negar que durante mucho tiempo había esperado lo mismo. Era desgastante estar constantemente en desacuerdo, uno con la otra. La última semana de paseos por las mañanas y menos peleas durante las comidas había sido un respiro agradable.

Sin embargo, al mirar a Thea ahora, no pude evitar notar la vacilación en sus grandes ojos azules, o la emoción que parecía revolotear la energía que la rodeaba. Ella estaba conteniendo la respiración.

Lo que planteó la pregunta: “*¿por qué esto es tan importante para ella?*”

—Me encantaría ser tu amigo, Thea.

Sus hombros se relajaron. Ella me envió una sonrisa irónica.

—Por supuesto que lo serás. La mayoría de la gente me adora.

—No soy la mayoría de la gente —bromeé, respondiendo una frase que ella me dijo una vez—. Pero puedo ver por qué tienes hordas de admiradores.

—No lo sé, lo cual bien sabes. He tenido un admirador y fue producto de una relación corta que terminó, antes que yo regresara a Inglaterra. —Ella frunció el ceño—. Bueno, supongo que dos, si contamos al hijo del vicario y su declaración, antes que yo fuera a la escuela.

Mi estómago dio un vuelco, ante las palabras una relación corta. Seguí caminando para cubrir mi sorpresa.

—¿Un admirador en Suecia?

—No, en Viena. —Ella me miró y volvió a observarme, mientras nos acercábamos a la entrada de la casa—. El hombre que vimos en la posada, ¿recuerdas? Pedro Seymour. Te dije en ese momento que era persistente.

—Por supuesto... Me había olvidado... —Sin embargo, un admirador persistente no necesariamente equivale a una relación. Esta era información nueva, y el malestar de mi estómago demostró cuánto rechazaba la idea. Mantuve la puerta abierta para Thea, ella recogió la falda y sacudió la tierra—. ¿Entonces no lo amabas?

—No... Creí que sí hasta que me besó. —Ella hizo una mueca—. Rápidamente, aprendí que mis sentimientos por él eran fugaces. En mi defensa, sin embargo, yo era bastante joven.

Mi cuerpo se sacudió al escuchar sus palabras. No me escandalicé (había besado a chicas antes y entendía que lo importante era que no me descubrieran), pero el hecho que Thea hubiera besado a alguien hizo que mi sangre se calentara hasta un grado inexplicable. Miré sus labios y luego aparté rápidamente la mirada.

—Supongo que él no es el hombre con el que deseas casarte entonces.

—Por supuesto que no. ¡Ya te dije esto! Todavía no he conocido a mi futuro marido.

Cruzamos el gran salón hacia la amplia escalera, justo sobre el suelo de damero.

—Puedo llevarte a Bakewell mañana, si quieres. Podemos llamar al panadero, al carnicero, al herrero... Puede que la vicaría sea demasiado grande, pero agregaré esa parada a mi lista, si deseas volver a intentarlo con el hijo del señor Upshaw.

Ella aplanó sus labios.

—Estás dando demasiada importancia a mis objetivos. Lo único de lo que debes preocuparte es de convencer a tu madre que estaré perfectamente de acuerdo con la vigilancia de Felicity. ¡Puedo encargarme del resto!

—¿Felicity como acompañante? —pregunté, deteniéndome en lo alto de las escaleras—. ¿Eso significa que has decidido asistir a la temporada?

Ella se encogió de hombros frívolamente, pero pude ver debajo de la expresión la aprensión que apareció en su rostro.

—A tu madre le gustará y a mí siempre me ha gustado bailar. Pero no espero irme de Londres con un marido, así que modera tu diversión.

—Puedes creer que nunca imaginé que harías lo que se esperaba de ti, Thea. Ciertamente, no en este ni en ningún otro aspecto.

Continuamos por el pasillo hasta el ala familiar.

—Si bien... Tu madre ha hecho mucho por mí, desde que regresé a suelo inglés, y esto es importante para ella. —Su tono cambió, volviéndose más claro—. Solo piensa, Ben. Seis semanas más y no tendrás que volver a verme nunca más.

Su sonrisa era amplia y la diversión brillaba en sus ojos azules.

“¿Nunca más?” Tropecé, pero me contuve, antes que ella pudiera darse cuenta. Era un concepto completamente extraño que Thea pudiera salir de mi vida y nunca más volver a la misma.

A pesar de nuestra difícil relación, no me gustó la idea en absoluto.

Intenté conseguir un tono claro que combinara con el de ella.

—La casa seguramente será más tranquila.

Thea se rió y el sonido melódico rebotó por el largo y cerrado pasillo.

—Después de tu intrépida búsqueda por mí y el estrés resultante que eso te causó, estoy más que segura que sentirás una inmensa paz, cuando me vaya el próximo mes.

—Yo no diría una inmensa paz —corregí—. Más bien, ¡ya hay mucha paz!

Ella se rió entre dientes y sacudió la cabeza, caminando hacia la puerta. Se quitó la falda de hábito y la tela de color violeta oscuro se arrastró sobre la alfombra, detrás de ella, como la de una reina. No conocía a ninguna otra mujer que permitiera que su falda de hábito siguiera su camino, pero eso decía mucho sobre su personalidad, su vivacidad y su naturaleza indiferente. Incluso no es que no le importaran las personas sino que no le importaba lo que pensarán de ella. Sentía envidia de su facilidad, en este sentido, de la forma en que tenía tanta confianza en sí misma, y en lo que quería, que estaba dispuesta a dejar la escuela y partir por su cuenta en busca de eso mismo, a pesar de lo que otros, en particular mi madre, quería para ella, o lo que la sociedad esperaba de ella.

Ella había mencionado, en el carruaje, que sí le importaba lo que la sociedad pensara de ella y de su reputación, pero sus acciones y actitud desmentían esa afirmación. Ella era un rompecabezas, uno que sabía que nunca tendría la oportunidad de resolver.

—Te veré más tarde, supongo —dijo una vez que llegó a su puerta—. No hay nada que pueda hacer en esta casa.

—Pensé que habíamos decidido ser amigos. Deberías esperar verme de nuevo.

—Sí —dijo, un poco demasiado inocentemente—. Casi tanto como espero ver a tu primo en la cena de la próxima semana.

Su dulce sonrisa era exagerada y me reí, mientras pasaba junto a ella hacia mi propia habitación.

—Bueno, en cualquier caso, no me verás en el resto del día. Realmente, tengo negocios que atender.

Ella se apoyó contra el marco de la puerta y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Realmente? ¿Qué pasa?

—Bueno, en realidad, se trata de ti.

Su boca se abrió un poco y continué, sin prisa, hacia mi propia habitación, y cerré la puerta detrás de mí. Por supuesto, mi amplia sonrisa se extendió de una mejilla con hoyuelos a la otra.

* * *

Había un mínimo de vergüenza asociada a mi visita a Claverley House, y no le dije a nadie a dónde iba, cuando dejé Chelton, excepto por la deliciosa provocación, que había dejado en el oído de Thea. La conmoción y la confusión en su rostro, al mencionar que mi negocio era sobre ella, no tenían precio, y llevaría ese momento de dulce victoria a la reunión, a la que estaba a punto de asistir. No estaba más cerca de determinar qué tipo de futuro quería para mí, y no creía que Claverley lo supiera mejor que yo, pero era una buena excusa para reunirnos en su estudio, y promover la causa de Thea.

Ahora que sabía más sobre la situación, sería mucho más fácil entablar una conversación con Claverley.

Su mayordomo me dejó entrar y me dirigió al salón, donde él estaba sentado con su hijo pequeño, tomando el té.

—¿Quieres una taza? —preguntó, luego tomó un sorbo suavemente de su taza de té pintada de color rosado.

—Sí, gracias.

Una criada se adelantó, y me preparó el té, antes de pasármelo.

—Corre —le dijo Claverley a su hijo, y el chico de cabellos de fuego dejó su té sin terminar sobre la mesa baja, y salió corriendo de la habitación, sin duda agradecido que lo despidieran de las lecciones, en las que había estado participando.

Tomé un sorbo de mi té caliente.

—Es un muchacho obediente.

—Claro que lo es. Él es mi hijo. —Claverley resopló. Bebió el resto de su té y dejó la taza, indicándole a la criada que se la volviera a llenar. La mayoría de las reuniones entre hombres, a las que asistí, se basaban principalmente en oporto, brandy o, de vez en cuando, whisky. Este té fue un buen cambio.

—Bumpton Hall está en venta —dijo Claverley, yendo directamente al grano—. Mi hombre preguntó y bajaron el precio en dos mil libras porque no se vende. Toma de eso lo que quieras. He oído que el techo necesita reparaciones, pero los problemas podrían ser mucho más graves.

—Eso está cerca de la frontera de Westmorland, ¿no?

—Demasiado lejos, ¿creo? —asintió Claverley.

—¿Qué? —Todavía estaba relativamente cerca, aunque no lo consideraría como vecino. No había pensado profundamente en lo cerca que quería permanecer de Bakewell. James y Felicity se quedarían siempre en Chelton, y mi madre también, aposté, pero era imposible saber qué

elegiría hacer Henry con su vida. Se podía confiar en que el hombre estaría montado a caballo, o con la nariz metida en un libro, por lo que las conversaciones eran pocas y espaciadas. Había heredado nuestro cobertizo de caza, Sedwick Lodge, después de la muerte de mi padre, pero solo el Cielo sabía qué pensaba hacer con el lugar.

—No debes repetirle esto a nadie —dijo Claverley, bajando la voz. Se frotó la barbilla y me miró, esperando una confirmación. Asentí y él continuó—, sé de buena tinta que Kellinger Park estará a la venta en el próximo mes, aproximadamente. Se mantienen muy callados sobre el asunto, porque la señora Browning quiere que la saquen de la casa, antes que los compradores la recorran y arruinen su paz. O eso dice ella.

Kellinger era una hermosa casa situada en la carretera entre Chelton y Sedwick Lodge. Estaba más cerca del cobertizo de caza, y a menudo pasábamos por allí cuando viajábamos de una de nuestras casas a la otra. Era difícil pasarla por alto, incluso desde la carretera, ya que estaba situada en una colina, por lo que su grandeza podía verse y admirarse desde lejos. Era una casa elegante, no demasiado grande, aunque quizá un poco más grande de lo que podía permitirme. La herencia que me dejó mi padre sería suficiente para comprar una propiedad, si así lo deseaba, lo cual creía que fue su intención al dejarme el dinero, pero no me quedaría nada para invertir en la tierra, o en los animales para hacer que la propiedad fuera rentable.

Sin embargo, si elegía un trabajo, el dinero me proporcionaría lo suficiente para ayudarme a establecer la ocupación que eligiera.

Aparté mi mente de los recuerdos de mi padre, antes de su fallecimiento, y de las conversaciones que habíamos tenido sobre mi futuro. Yo era joven, entonces, y no quería hablar de eso. Ahora deseaba haber escuchado mejor.

—¿Cuándo planea irse la familia? —pregunté.

—Tan pronto como determinen adónde van. —Claverley meneó la cabeza y le tembló la barbilla—. Es un completo desastre. Las deudas de Browning son demasiado numerosas para contarlas y sus acreedores han estado, en su puerta, desde marzo. Realmente es un milagro que todavía no los hayan llevado a prisión.

—Los Browning deben estar haciendo algo para mantenerse al margen —dije.

—Vender las joyas de la familia y cosas así, naturalmente. El mes pasado se vendieron unas cuantas canicas, romanas o algo así, pero seguramente no les queda nada para vender. ¡Quién compre la casa recibirá una verdadera cáscara!

—No hay nada de malo en ello. Permite al nuevo propietario decorar fácilmente según sus propios gustos. —Si tiene el dinero para hacerlo, por supuesto, lo cual, después de la compra de la propiedad, dudaba que yo pudiera hacer.

—¡Mmm! —Claverley bebió otra taza de té—. Si tienes algún interés en el lugar, puedo concertar una reunión. Solo para caminar, eso sí, para ver la finca. También puedes ver a Bampton, si tienes ganas de repararlo.

Ciertamente tenía la habilidad. James y yo habíamos arreglado todo tipo de cosas, en su propiedad, y lo habíamos estado haciendo desde que éramos niños. James disfrutaba del esfuerzo físico y a mí no me importaba ayudarlo. Le gustaba bromear diciendo que era mi forma de pagar el privilegio de vivir en su casa, pero ambos sabíamos que yo estaba feliz de poder servirle, y que él consideraba a Chelton nuestro hogar familiar, que nunca esperaba que yo pensara en el mismo como solo de él.

Sin embargo, esa era la casa de James. Cuanto más consideraba la idea de salir adelante y tener mi propiedad, más mérito sentía que tenía. Quería formar una familia, en mi propio espacio, y estaba seguro que Felicity desearía lo mismo, una vez que yo encontrara el camino

familiar. Henry podría mudarse a su cobertizo de caza, pero yo también necesitaba un lugar propio.

Levanté la cabeza y le sonreí a mi primo, quien ahora fruncía el ceño, en su taza de té, como si se preguntara, a dónde se había ido su bebida.

—Estoy interesado —dije, llamando su atención—. Si tu hombre organiza las reuniones, me agradecería recorrer ambas propiedades.

—Por supuesto. —Le hizo un gesto a la criada para que llenara su taza una vez más—. Ahora, ¿cuándo vendrá la señorita Northcott de camino a verme?

Claverley me miró con tal expectación y con tan poco artificio, que en seguida se me ocurrió lo que estaba haciendo. Me estaba haciendo estar en deuda con él para que me sintiera obligado a ayudarlo en lo que quería.

—Tendrá que preguntárselo a mi madre, milord. —Hice lo mejor que pude para sonar perezoso, como si la ubicación y los planes de Thea fueran la menor de mis preocupaciones—. Lo último que supe es que la señorita Northcott planea asistir a la temporada, bajo el cuidado de mi cuñada. Supongo que es razonable que la muchacha desee permanecer con una amiga tan querida.

“Haciéndolo un poco demasiado marrón”, pensé. Esperaba que Claverley no se diera cuenta de esto. Thea había conocido a Felicity hace poco más de una semana, pero mi primo no necesariamente lo sabía.

—Tenemos un trato —dijo con firmeza—. Y espero que Thea cumpla su parte del trato.

—¿Un trato? —pregunté, frunciendo las cejas, como si no fuera consciente del trato que había hecho con mi madre.

Claverley se agitó y se frotó la frente con la palma de la mano y luego la pernera del pantalón.

—Supongo que debería visitar a tu madre. Pero... —Miró el reloj sobre la repisa de la chimenea y luego salió por la puerta—. Vamos a ir a casa de mi suegra a pasar quince días. ¡Malditas relaciones!

—¿Oh? ¿No asistirás a la cena en Chelton la semana que viene?

—¡No! Mi esposa envió la nota ayer, creo... rechazando la invitación a cenar. Iremos a cenar después de nuestro regreso.

Sonreí.

—Entonces, no importa. Sin duda, Lady Claverley disfrutará viendo a sus padres.

—Indudablemente. —Sus mejillas se pusieron rojas y parecía frustrado—. Este negocio tendrá que esperar quince días hasta mi regreso. Enviaré noticias de lo que mi mayordomo pueda hacer para ver las propiedades.

Que él todavía me estuviera ayudando, después que se le negara a Thea nuevamente, fue una sorpresa, pero no se lo señalé. Me levanté con la esperanza de irme, antes que pudiera arruinar aún más la situación de Thea.

—Hasta entonces, milord —dije, añadiendo la deferencia de dejarlo satisfecho. *“¡Logré lo que me propuse!”* Claverley infló un poco el pecho y me despidió. Caminé hacia mi caballo, lejos de la casa del conde con iguales medidas de esperanza por mi futuro y preocupación por el de Thea.

Sin embargo, le había hecho una promesa, y tenía la intención de cumplirla.

Capítulo 15

Thea

Habían pasado varios años, desde que asistí a un baile, y las asambleas locales de Bakewell me recordaban que amaba los bailes. La bebida era dulce, la fiesta lucía animada y sobraban los caballeros. Felicity se quedó atrás, agarrándose con fuerza del brazo de James, y esperé junto a Lady Edith, a que Benedict me trajera otro vaso de horchata.

—El baile comenzará pronto —dijo Lady Edith, en voz baja, con sus ojos de águila recorriendo la habitación, en una lenta lectura.

Benedict había ganado la oportunidad de seleccionar a mi primera pareja de baile, pero no sabía si era prudente compartirlo con su madre. A ella no le resultaría divertido, que hubiéramos tratado tan a la ligera mis perspectivas de futuro matrimonio. Ella no estaba muy dispuesta a recordar que a mí no me importaba, si no encontraba marido de inmediato.

Yo no era una solterona y el estante estaba lejos de mi alcance en estos momentos.

—¿Saludamos al vicario? —preguntó James, señalando al señor Upshaw de pie junto a su hijo.

Lady Edith pareció fijarse en Alfred, el hijo del vicario, y asintió.

—Vamos.

Habíamos comenzado nuestra pequeña procesión por las afueras del salón, cuando Benedict se acercó y me golpeó ligeramente en el codo. Giré y encontré a un hombre alto y delgado, parado justo detrás de él, con una mata de cabello rubio casi blanco y una expresión seria en su rostro alargado.

—Señorita Northcott, ¿puedo tener el placer de presentarle al nuevo maestro de escuela de Bakewell, el señor Rufford?

El hombre parecía perfectamente normal, aunque un poco solemne. No olía mal ni parecía un hombre propenso a hablar sin cesar, entonces, ¿cuál era el problema?

Hice una elegante reverencia y mantuve la atención del hombre, mientras me levantaba. Hasta el momento, parecía infinitamente mejor que el señor Alfred Upshaw, quien hacía mucho tiempo, que me había profesado su amor eterno, después de la iglesia, cuando yo tenía diecisiete años. Pero después de solo unas pocas semanas de conocernos, por supuesto, no podía confiar realmente en su profesión. Había sido un pretendiente difícil de deshacer, así que tendía a evitarlo lo mejor que podía.

—Señorita Northcott, permítame darle la bienvenida a la gran parroquia de Bakewell —dijo el señor Rufford—. Su presencia trae un rayo de sol a este lúgubre paisaje.

Cerré la boca con fuerza para evitar discutir directamente con este extraño. Sin embargo, llamar lúgubre a este campo era casi un pecado. Este paisaje era delicioso, incluso en el otoño decreciente y la llegada del invierno. Era el paraíso comparado con el Londres lleno de humo de carbón, o el York de los trabajadores.

Sin embargo, él me había llamado “un rayo de sol”, así que supuse que su error podría ser perdonado.

—Me alegra estar aquí —dije simplemente.

Se aclaró la garganta, inclinándose majestuosamente sobre mi mano.

—¿Me haría el honor de aceptar bailar conmigo el primer set, señorita Northcott?

Fue necesario un gran esfuerzo para evitar la mirada de Benedict. Una pequeña parte de mí

se había preguntado si se elegiría a sí mismo como mi compañero (solo para irritarme, por supuesto) y mi búsqueda de otro hombre, incluso un trabajador, se instaló en mi estómago de manera extraña. Pegué una sonrisa en mi rostro para ocultar mi decepción.

—Estaría encantada de hacerlo.

El señor Rufford me dirigió una suave sonrisa y luego se alejó. Una vez que estuvo fuera del alcance de su oído, me acerqué a Benedict.

—¿Qué hice para merecer tanta amabilidad? Parecía completamente normal.

—¿Amabilidad? —Benedict soltó una carcajada—. Él es un maestro de escuela.

Esperé más explicaciones, pero él solo me parpadeó. Evidentemente, después de todo, no había elegido a ese hombre por su profesión.

—Lo que lo hace confiable y ecuánime —dije—. Si dedicó una fracción del esfuerzo a aprender a bailar, como lo hace con sus lecciones, entonces saldré con una pareja de baile decente, y todos los dedos de mis pies ilesos.

La boca de Benedict se aplanó hasta formar una fina línea.

—Esperaba que lo encontraras aburrido.

—¡Qué poco me conoces! Ben.

Su mirada se posó en la mía. Sus ojos azules brillaban como la superficie de un lago en calma, y mi estómago dio un vuelco en respuesta.

—Creo que te conozco un poco, Thea. Probablemente mejor de lo que crees.

Sus palabras me atravesaron y resonaron profundamente en mis entrañas. Se me escapó una respuesta, y cuando volteeé para fanfarronear, él ya se estaba alejando con una postura fácil y un andar refinado, como si no se sintiera afectado.

Sin embargo, yo sí lo estaba. Benedict Bradwell y la forma en que me habló me habían afectado por completo. Reprimí esos sentimientos y les arrojé tierra sobre ellos, como si mis pensamientos sobre Benedict consistieran en brasas y necesitara apagar el calor. Lo vi girar entre grupos de personas, que conversaban, hasta que se detuvo junto a un grupo, que estaba formado por un puñado de caballeros y una mujer joven con un vestido plateado.

—Ven —dijo Felicity en voz baja, de repente ella estaba a mi lado, robándome la atención—. Lady Edith quiere que saludes a Alfred Upshaw.

—No puedo bailar con él —le dije, luchando por apartar la mirada de la fácil sonrisa de Benedict. “*¡Ya lo logré!*” Aunque con un esfuerzo hercúleo, y puse mis ojos muy abiertos en mi nuevo amigo—. Una vez me dijo lo mucho que me ama, después de una relación extremadamente corta, y si bailo con él ahora, aunque eso fue hace años, podría generarle falsas expectativas.

—¿Cuando fue eso?

—Cuando tenía diecisiete años.

Felicity parecía insegura.

—Seguramente, él ya no tiene ningún cariño por ti, no después de todo este tiempo.

—Espero que no —dije con sentimiento. El hombre en su conjunto era inadecuado. Claramente, se creyó enamorado demasiado rápido, y si se convirtiera en vicario, como su padre, estaría en condiciones de enamorarse de cualquier número de mujeres de su congregación, después de casarnos. No sería una esposa que escucha sus sermones, semana tras semana, y lo viera apreciar a todas las demás mujeres—. Pero en ese momento, le di una crítica particularmente cruel, por lo que podría haber cambiado su amor por el odio. ¡Debería protegerme de él a toda costa!

—Nadie podría odiarte —dijo ella fácilmente.

—Excepto Benedict. —Esa fue una broma.

El cabello rubio rojizo de Felicity estaba peinado de forma sencilla con mechones de pelo, que escapaban y caían sobre su cuello. Miró por encima de mi hombro, donde ahora estaba Benedict con el grupo de hombres, charlando con la mujer del vestido plateado, y lo observó analíticamente.

—Él no te odia —dijo finalmente. Me moví para discutir, pero algo en su expresión me hizo detenerme—. Benedict ciertamente tiene sentimientos fuertes en cuanto a ti, pero no creo que el odio esté entre ellos. Nadie buscaría a una mujer durante cinco meses, si la odiara. Ningún hombre se sacrificaría tanto ni trabajaría tan duro, ni siquiera por el bien de su madre. Buscarte durante unas semanas, en nombre de Lady Edith, tal vez era razonable, pero no cinco meses...

“¿Cinco meses?”

Mi estómago cayó al suelo de madera encerada y busqué a Benedict entre la multitud, una vez más, mientras el maestro de ceremonias anunciaba el primer set. Su sonrisa se dirigió a la mujer del vestido plateado y su fuerte brazo estaba doblado para que ella apoyara su delicada mano en su codo, y me sentí mal. La sinceridad brillaba en su sonrisa alegremente arrugada, y cualquier cosa que le dijera a la mujer era suficiente para provocarle un sonrojo de satisfacción en sus mejillas.

—¿Señorita Northcott? —dijo una voz a mi lado. El señor Rufford estaba allí, esperándome. Felicity, al parecer, había vuelto a estar junto a James.

Puse mi mano en el brazo del señor Rufford y le permití llevarme al centro del salón con los demás bailarines en fila. Benedict y la diosa plateada estaban a unas cuantas parejas de nosotros, y yo centré mi atención en el señor Rufford para no tener que ver a Benedict coquetear por más tiempo.

—¿Has disfrutado ser director aquí en Bakewell?

—Ha sido un ajuste por parte de Manchester, lo admito.

—¡Santo Cielo! ¿De qué manera? —Seguramente, no podía querer decir que deseaba regresar a una ciudad tan torpe.

Miró brevemente el salón, mientras los instrumentos empezaban a sonar.

—Demasiado lento aquí para mi gusto.

—Bueno, eso lo puedo entender —supuse.

El baile comenzó en serio y nos movimos sobre los lisos pisos de madera y levantamos los pies alegremente. Era imposible no sonreír, mientras bailaba tan alegremente, y mi compañero, aunque sombrío, conocía los pasos y los ejecutaba bastante bien. Ese baile y el siguiente transcurrieron con relativa alegría, pero cada vez que levantaba la cabeza y notaba a Benedict sonriéndole a su pareja, o diciendo algo divertido a su brillante alegría, mi estómago se tensaba un poco.

Benedict me había buscado. Durante cinco meses, el hombre me buscó. Cuando me explicó su objetivo en encontrarme, ciertamente había intentado que pareciera mucho menos de lo que era. “¿Cuál fue el propósito de ocultar hasta dónde llegó en su búsqueda? ¿Qué está escondiendo?” Quería interrogarlo, pero primero quería arrancarle la mano de la diosa plateada, quien permanecía en su brazo.

Cuando el set llegó a su fin, regresé al lado de Lady Edith. Ella ya no estaba junto al vicario, lo cual le agradecí.

—Eres una bailarina talentosa —dijo Felicity amablemente.

—Gracias. Lo disfruté muchísimo. ¿Estás segura que no te unirás al baile? —Miré de ella a James, y él le sonrió amorosamente a su esposa.

—Solo bailamos cuando estamos solos —explicó—. Liss también es una bailarina talentosa.

Tendría que confiar en su palabra. Entendí que ella tenía ataques de ansiedad, cuando la obligaban a ser el centro de atención, pero como yo no padecía la misma enfermedad, no podía entenderla del todo.

—Señorita Northcott.

Di la vuelta y encontré al señor Beesley, un caballero que había conocido cuando vivía en Chelton. Había crecido desde la última vez que lo vi, y su sonrisa era muy hermosa. Hice una reverencia.

—Buenas noches, señor Beesley. Usted se ve muy bien.

—Tenía la intención de hacerle el mismo comentario. ¿Está reservado su próximo set o podría tener el honor de reclamarlo?

—Usted puede hacerlo.

Bailé esa actuación con el señor Beesley, la siguiente con el señor Knox y el baile de la cena con el señor Davidson. Mientras tanto, Benedict bailaba cada set con varias jóvenes, y cada una de ellas le sonreía con repugnante admiración hasta el final, y tuve que alejarme de sus descarados coqueteos, durante la cena, para no perder mi comida.

—¿Usted tiene intención de permanecer en Chelton por mucho tiempo? —preguntó el señor Davidson, un granjero local que recientemente había reemplazado a su padre, debido a una degradación extrema en la artritis del anciano.

—He descubierto que es mejor para mí no planificar demasiado hacia el futuro, porque en mi caso, el futuro nunca ha sido predecible.

—Usted suena como una gitana. —Sus cejas rubias se arquearon.

Podría ofenderme mucho por eso, pero él tenía razón.

—A mí también me apetece. —Capté la mirada de Felicity al otro lado de la mesa. Su curiosidad me atravesó, y mi garganta se aclaró—. Aunque creo que tenemos la intención de viajar a Londres para la temporada, permaneceré en Chelton al menos hasta entonces.

—¿Otro mes? —cuestionó.

Faltaba menos de un mes. Sentí que la temporada se acercaba a mí, a un ritmo más rápido de lo que estaba preparada.

—Creo que se ha discutido que el Parlamento reanudará el veintisiete de enero. Por lo tanto, es seguro que partiremos hacia Londres, antes de esa fecha. Aunque Lady Edith comentó que los mejores bailes no tienen lugar hasta unas semanas después que se reanude el Parlamento, por supuesto.

Él asintió, considerándolo.

—¿Le gusta Bakewell, señorita Northcott?

—Sí, en exceso. Es muy encantador, ¿no? —Parecía haber dicho lo correcto porque el señor Davidson me sonrió.

Cuando regresamos al salón para seguir bailando, el señor Davidson me dejó para encargarse de su siguiente compañera, y Benedict se acercó sigilosamente a mi lado, tan cerca que podía sentir su brazo rozar la parte posterior de mi hombro.

—¿Tienes a menudo la costumbre de infundir esperanzas en caballeros que no tienen ninguna posibilidad de ganarse su afecto, o he interpretado completamente mal la situación?

—¡Santo Cielo! Ben. —Mantuve mi mirada en las parejas que formaban filas en el medio del salón para el baile—. ¿A qué te refieres?

—Llamar encantador a Davidson fue cruel si no se quiere decir nada con eso.

Mi ira no tenía límites.

—Me escuchaste mal. Llamé a Bakewell encantador.

—No estaba preguntando por Bakewell.

—Ciertamente sonó así, cuando me preguntó si me gustaba Bakewell.

—Ese fue un intento de demostrar tu interés —dijo en voz baja. Su profundo sentimiento se hacía más evidente con cada palabra—. Después de aceptarlo para el baile de la cena, es lo único que se espera.

Hice caso omiso de sus palabras, aunque me infundieron un poco de inquietud.

—Tu lenguaje secreto no es conocido por todos, y dudo mucho que el señor Davidson haya dicho lo que tú insinúas.

—Duda de mí todo lo que quieras, pero sé un poco sobre coqueteo y puedo, con confianza, asegurarte que has tomado mal su medida, si no crees que él esperaba medir tu interés sobre él.

—¿Porque lo conoces tan bien?

Benedict se quedó en silencio por un momento. Se acercó un poco más y bajó la voz:

—No... Porque observé la forma en que él te miraba.

Tragué y de repente mi boca se secó ante la intensidad de sus ojos azules, tan ricos y profundos como el océano que había cruzado para regresar a Inglaterra. Mis palabras salieron en un susurro.

—¿Cómo me miró exactamente?

Benedict bajó más la voz y su aliento me hizo cosquillas en la oreja.

—Como un hombre enamorado.

Capítulo 16

Benedict

—Él no puede amarme. Él no me conoce —argumentó Thea, tratando de mantener un tono ligero, a pesar de la evidencia que la había puesto nerviosa. Inmediatamente, me arrepentí de mis palabras. No sabía qué locura me había obligado a sacarlas de mí, excepto que los celos extremos que se habían acumulado y acumulado, durante cada baile, en el que ella participaba, finalmente estallaron, y ya no pude contenerlos.

—Él no tiene que conocerte para creer que está enamorado —repliqué. Si alguien en este salón estaba embelesado con Thea, ese era Davidson. Incluso ahora, el hombre estaba de pie en el otro extremo, observándola por encima del hombro de la mujer con la que estaba conversando.

—¿Realmente no puedo creer que tú, entre todas las personas, tengas la autoridad para decirme que no coqueteo con un caballero? —Thea se dirigió hacia mí, con sus cejas oscuras levantadas sobre sus ojos perfectamente helados—. Tú, que has coqueteado en exceso con cada mujer con la que has bailado esta noche.

Difícilmente hubiera llamado coqueteo a todo eso, pero de todos modos una oleada de victoria recorrió mi pecho. Thea también me había estado observando toda la noche.

Me enderecé para dejar algo de espacio entre nosotros. Su aroma, una mezcla de cítricos y algo floral, estaba nublando mis pensamientos.

—Creo que algunas personas lo llaman entretener a su pareja de baile.

—Creo que la mayoría lo llamaría darle a una mujer ideas falsas sobre lo que sientes por ella.

Negué con la cabeza. ¡Esto no era lo mismo!

—La mayoría de las mujeres con las que bailé esta noche me conocen desde hace años, y no se hacen ilusiones sobre mis intenciones. Es bien sabido que soy un soltero empedernido.

Ella sacudió su cabeza en incredulidad.

—Eso no impide que cada una de esas mujeres espere ser especial y diferente. ¡Qué será una de ellas quien capturaré tu corazón, y te sacaré por completo del mercado matrimonial!

Me burlé.

Thea continuó:

—Además, no existe ninguna regla que diga que conocer a un hombre durante muchos años significa que luego no puedas enamorarte de él.

Mi corazón dio un vuelco, mi pecho se calentó y la miré fijamente para encontrar su atención en la gente que se arremolinaba con engañosa calma. “¿Su corazón está acelerado tanto como el mío? ¿Puede estar insinuando lo que pensé...?”

—Señorita Northcott —dijo Alfred Upshaw, acercándose a nosotros con una sonrisa—. Esperaba preguntarte por el próximo set.

El hijo de nuestro vicario era el único hombre con el que ella pidió específicamente no bailar. No podría arrojarla a sus brazos ahora, ¿cierto? Era una pobre excusa para lo que estaba a punto de hacer, pero no podía negar que, en ese momento particular, no quería nada más que tenerla en mis brazos, y aprender por mí mismo, si los sentimientos que corrían por mis venas y calentaban mi piel eran mutuamente recíprocos, o si estaba peligrosamente cerca de unirme a una larga lista de pretendientes no correspondidos por Dorothea Northcott.

—Me temo que ella ya se ha comprometido para este turno —dije suavemente, esperando

que Thea no me delatara por ser un tramposo.

Thea me miró fijamente con una pregunta en sus ojos, la cual era mucho más profunda que preguntarme qué quería yo expresar con mis acciones. Le ofrecí mi codo, y antes que Upshaw pudiera rogar por el siguiente set, ella me tomó del brazo, llevándome hacia la pista de baile.

Tomamos nuestros lugares y Thea me miró con expresión sencilla.

—Solo acepté seguir tu artimaña debido a nuestra tregua.

—Por supuesto, solo por la tregua.

La música comenzó y las cuerdas del violín llenaron el aire que de otro modo sería tranquilo. ¿Dónde se había ido toda la conversación y el bullicio de la charla? Todo era ruidoso, unos momentos antes. Ahora solo notaba a Thea, y parecía que únicamente podía escuchar la música de nuestro baile. Todo lo demás desapareció.

—Bueno —continué, desesperado para que ella hablara conmigo. El silencio nos pesaba y se sentía significativo. Necesitaba llenarlo—, no es únicamente por la tregua. También para salvarte de un destino que parece querer evitar.

Su mirada se movió detrás de mí, donde solo podía suponer que ahora se encontraba Alfred Upshaw.

—Sí. Fue amable de tu parte liberarme tan fácilmente. ¡Gracias!

—¿Hay alguna razón por la que no deseas bailar con él? —Mantuve la voz baja, mientras realizábamos los movimientos de nuestro baile.

La nariz de Thea se arrugó.

—La última vez que hablé con él se creía enamorado de mí, y lo expresó apasionadamente.

¡Esto fue inesperado! Preferiría suponer que estaba evitando un mal aliento, o un conocido crujidor de dedos.

—Entonces, estaré feliz de salvarte de las adulaciones de un hombre enamorado. —O tal vez, en verdad, era Alfred Upshaw y sus desafortunadas esperanzas a quienes estaba salvando de un dolor mayor.

Ella sacudió su cabeza.

—Él no es un hombre enamorado. Su declaración se produjo después de solo unas pocas semanas de conocerme. Nunca podría confiar en que él supiera lo que pensaba, y ciertamente no en que alguien como él permaneciera en un estado, que creía que era amor para siempre.

Mi pecho se apretó.

—Con mayor razón, supongo, para protegerlos el uno de la otra.

—Es bueno tener un pequeño descanso. —Ella se relajó un poco.

—¿De tus muchos admiradores?

Thea no respondió y no la culpé. ¿Por qué la estaba presionando tanto? ¿Por qué no podía dejarla en paz? Cerré la boca y me entregué al placer de bailar con una mujer espléndida, quien conocía bien los pasos. El estrépito en el salón se había desvanecido, y con la música presionándonos y el movimiento constante del baile, sentí una extraña opresión en mi pecho, que solo parecía aumentar, a medida que continuaba el baile.

Thea no volvió a hablar hasta que terminó el baile, y nos alineamos juntos para un baile country.

—¿Henry está enfermo? —preguntó ella—. Me sorprendió que no nos acompañara esta noche.

No fingí haberla escuchado mal, aunque quería hacerlo. No estaba enfermo en el sentido físico, pero su corazón había sufrido un golpe a principios de ese año, y aunque estaba bastante seguro que él no sabía que yo lo sabía, estaba igualmente convencido que estaba decidido a

fingir que lo sucedido no lo afectaba. Había desarrollado un afecto por Felicity, incluso antes que ella conociera a James, y perderla a manos de su hermano no pudo haber sido fácil. Por supuesto, él nunca diría una palabra de eso, en voz alta, pero había visto la forma, en que se había alejado, cuando ella llegó por primera vez a Chelton, y al mismo tiempo actuaba, como si nada estuviera mal. Ahora, podía ver cuán profundamente intentaba fingir que nunca había sentido nada por ella en absoluto.

Por supuesto, ¡esto era necesario! Era el mejor de los hombres y estaba seguro que ya no deseaba a Felicity, más allá de apreciarla como a una cuñada.

—A Henry no le gustan los bailes ni las fiestas. —Era la verdad y esto no me obligó a revelar más información de la que razonablemente podía darle.

—Lástima que... ¡Habría sido divertido provocarlo en un baile! —Ella frunció el ceño.

—Es un bailarín decente, cuando se le puede convencer.

La música comenzó de nuevo y la vivacidad del baile impidió continuar la conversación. Cuando terminamos, acompañé a Thea hacia mi madre, tratando de no notar el perfecto sonrojo en las mejillas de Thea y el brillo en sus redondos ojos azules. No era de extrañar que Thea tuviera una serie de admiradores, donde quiera que fuera. Era hermosa, con un dulce rostro en forma de corazón, que inspiraba a considerar la poesía o la última vez que se vio el amanecer.

Había visto salir el sol toda la semana en presencia de Thea, y no estaba seguro de cuál de los dos, el paisaje o la mujer, era más impresionante. ¡Esto era injusto! Sería mucho más fácil que no le agradara, si tuviera un semblante más amargo.

—Te ves encantadora bailando, Thea —dijo Lady Edith—. Me hubiera gustado que hubieras estado con nosotros, cuando organizamos el baile nupcial de Felicity.

—Podemos tener otro —dije. Thea necesitaría algo para conmemorar su entrada a la sociedad.

—Thea seguramente necesitará uno en Londres. —Lady Edith miró a Felicity—. ¿Si eso es algo de lo que te crees capaz?

Felicity asintió resueltamente, mirando a su marido.

—Creo que podemos arreglárnoslas. ¿Debe ser un baile muy grande?

Lady Edith consideró la pregunta.

—Sin duda. El señor Northcott tenía muchos amigos, y la señora Northcott también. Me imagino que todos esperarían invitaciones...

—No tengo ningún deseo de complacer a los amigos de mis padres. —Thea dirigió su atención a Felicity—. Quienquiera que elijas invitar será perfectamente aceptable para mí. No tener ningún baile también será perfectamente aceptable.

Indudablemente, Felicity también preferiría esa opción, pero no sería suficiente para mi madre.

Una la garganta se aclaró, atrayendo la atención de todos en nuestro grupo. Alfred Upshaw estaba detrás de Thea, así que le envié una sonrisa divertida, antes que diera la vuelta y mirara a su pretendiente.

—Esperaba pedirle su compañía durante el próximo set, señorita Northcott. Pero... Una lesión en el pie me impide bailar en este momento, pero me encantaría dar una vuelta por el salón, si me honraras con tu compañía.

Ante semejante súplica, Thea difícilmente podía rechazar a este hombre.

—Si te lesionaste el pie, ¿preferirías descansar? —preguntó con perfecta cordialidad.

—Sí, eso sería bueno —dijo—. Las mesas de la cena ya están retiradas, estoy seguro.

Él dobló el codo, le ofreció el brazo y ella lo tomó. Upshaw probablemente no identificó el

intento de Thea de liberarse de sus obligaciones con él. Afortunadamente para Thea, ser hija de un político experimentado sin duda la había ayudado en el arte de la diplomacia cuidadosa, y permitió que Upshaw la condujera a la sala contigua.

—¿Es apropiado que se vayan juntos solos? —pregunté, observando su retirada.

—No están solos —dijo mi madre—. Las puertas del comedor están abiertas de par en par, y la gente ha estado entrando entre los salones para los últimos bailes. Estoy segura que otros también han buscado su respiro en las mesas.

Aún así, ver a Thea desaparecer del brazo de un hombre, que una vez le había profesado su amor, hizo que se me oprimiera el pecho.

—¡Oh! Ahí están Lady Whitstone y la señorita Whitstone —dijo mi madre, suspirando profundamente—. Vamos a saludarlas.

* * *

Thea

El amor declarado del señor Alfred Upshaw por mí no había disminuido en el tiempo y el espacio que abarcaron los últimos años. Sus ojos fervientes y ansiosos me suplicaron que recordara nuestros últimos momentos juntos de la fiesta, en el jardín de los Whitstone, antes de partir hacia la escuela, pero sacudí la cabeza con tristeza, ante su pregunta, a pesar de ser perfectamente capaz de recordar ese día con alarmante claridad.

El señor Upshaw, en la relativa intimidad del laberinto de setos, me había recitado un poema que él mismo había escrito. Fue uno de los momentos más embarazosos de mi vida, porque salimos del laberinto, mientras otros hablaban sobre un tonto, al que habían oído recitar un poema horrible, y el señor Upshaw se había sonrojado, lo suficientemente rojo como para delatarnos.

Lo había dejado a él, a la fiesta en el jardín, y luego a Chelton con gran entusiasmo. No había ayudado que Benedict hubiera estado en el grupo que se burló del señor Upshaw, y por extensión de mí. Su diversión era irritante, cuando pasaba, junto a nosotros, con una mujer en cada brazo. Incluso más tarde Benedict no entendía por qué yo estaba molesta. Su explicación había sido algo parecido a la creencia que, naturalmente, estaría de acuerdo en que el señor Upshaw era nada menos que ridículo.

Por supuesto, el hombre era ridículo, pero yo también me había sentido avergonzada. ¡Ese era un hombre tonto!

—¿Estás feliz de regresar a Chelton? —me preguntó el señor Upshaw, mientras me acercaba una silla para sentarme en una de las mesas de banquetes de la sala contigua. La gente se arremolinaba, en su mayoría hombres o mujeres mayores, que parecían necesitar un descanso, después de la abundante comida que les habían servido.

Le sonreí al señor Upshaw con cuidado de no sonreír demasiado. No quería darle a este hombre ninguna idea falsa sobre mis afectos.

—Siempre estoy feliz de estar en Chelton. Lady Edith es como una madre para mí, hay mucho espacio para montar y la compañía de la nueva señora Bradwell me parece muy de mi agrado.

—Me alegra saber que todavía disfrutas montando. Tal vez puedas honrarme... —asintió con aprobación.

—Tu pie —dije rápidamente, esperando evitar una invitación a montar juntos. No podía darle al hombre ninguna razón para creer que su demanda sería bien recibida. Puede que todavía me tuviera afecto, pero eso no abolió mis otros temores. Un hombre en su situación, que era tan

rápido para sentir emociones profundas, no poseía un carácter lo suficientemente fuerte como para confiar en él—. ¿Cómo te lastimaste? Espero que no haya sido nada con daños duraderos.

Él sintió la aparente sorpresa de mi interrupción.

—Sucedio durante el baile country. Me temo que me moví en la dirección equivocada y choqué con el señor Rufford. Lo pisoteé.

—¡Qué espantoso! —El señor Rufford no era pequeño en absoluto, y una colisión con el hombre seguramente le dolió—. Espero que estés lo suficientemente recuperado como para caminar a casa.

—Me las arreglaré —dijo galantemente.

—¿Entonces has elegido seguir la carrera de tu padre? La última vez que hablamos todavía tenías que decidirte, pero estabas casi seguro que querías ser vicario.

El señor Upshaw enderezó los hombros, preparándose para responder a mi pregunta.

—Lo he hecho. Me voy a Cambridge, después de la Noche de Reyes, y espero con ansias mi futuro como clérigo.

—Harás un buen trabajo en ese rol. —Estuve de acuerdo—. Quizás algún día reemplaces a tu padre.

El hombre estaba envejeciendo, pero me abstuve de añadir eso último en voz alta.

El señor Upshaw se acercó. La emoción superó su ansiosa energía.

—Sí, exactamente. Espero volver a Bakewell y hacer una vida aquí.

La forma en que pronunció las palabras y el trasfondo de su significado fueron demasiado para mí. Me recosté en mi silla. El roce de mis piernas contra el suelo duro sacudió mis huesos. El señor Upshaw debió sentir mi inquietud, ya que se enderezó.

—Tengo envidia de su confianza en su futuro. Temo decir que no tengo la misma certeza por mi cuenta. —Miré hacia las puertas dobles, abiertas de par en par para permitirnos ver a los bailarines—. ¿Crees que el set podría llegar a su fin pronto? No quisiera que Lady Edith se preocupara.

Él se quedó en silencio, por un momento, pero agradeció mi indirecta. Se levantó ofreciéndome su brazo.

—No estoy seguro. ¿Vamos a buscarla?

—Sí, gracias.

El señor Upshaw me llevó de regreso al salón de baile y busqué a la familia Bradwell. Felicity y James estaban contra una pared con las cabezas inclinadas, en una conversación tranquila, y las manos entrelazadas, pero Lady Edith no estaba y Benedict estaba... bailando con la diosa plateada. ¡Nuevamente! Sin embargo, no solo bailaba sino que también le sonreía con su maldita y hermosa sonrisa.

Una oleada de celos me invadió y aparté la mirada de ellos. Si hubiera algo que nunca haría, sería permitir que Benedict ganara mi corazón.

Capítulo 17

Thea

La mañana después de las asambleas en Bakewell me salté mi paseo matutino, porque aún no podía enfrentar los sentimientos que llenaban mi pecho y recorrían mi cuerpo, o, más bien, realmente era incapaz de enfrentar al hombre que incitaba esos sentimientos. Quería analizar la forma en que había reaccionado, ante Benedict, para poder descifrar lo que había sucedido, y así determinar una manera de extinguir para siempre la chispa, que se encendía y ardía dentro de mí, cada vez que él estaba cerca.

Era posible lograr esto. Simplemente, tenía que encontrar una manera. Desarrollar sentimientos por mi enemigo nunca sería suficiente.

Una vez que todas las horas razonables para el desayuno llegaron y pasaron, y el sol subió cansinamente en el cielo, me puse mi falda de hábito y bajé a los establos para dar mi paseo. Tal vez yo también saltaría los setos del norte, solo para mantener el despecho de mis crecientes sentimientos por Benedict.

Los mozos de cuadra ensillaron a Luna relativamente rápido y tomé asiento, viendo los otros caballos y alegrándome de ver a Jasper descansando felizmente, en su puesto. No podría evitar a Benedict para siempre, pero haría todo lo posible por eludirlo hoy. Temía no poder esconderme más detrás de la cortina de desdén, que hasta el momento me había protegido de su encanto.

Luna me guió desde la casa hacia las colinas, como si entendiera de forma innata a dónde yo quería ir. Nuestro paseo no fue doloroso, más bien reflejó el paso lento y metódico de un caballo que se toma su tiempo. Disfruté del ritmo constante, respirando el aire frío de diciembre. Faltaba solo una semana para Navidad y temía que la festividad trajera consigo nieve, como parecía suceder a menudo. Una vez que la nieve cayera en serio, montar en bicicleta sería cada vez más incómodo. Aunque, por ahora, podría arreglármelas.

Apareció el templo griego y me sorprendió encontrar un carro estacionado, en uno de los árboles detrás de él, con una mula esperando pacientemente con su arnés. Felicity se acercó a una de las columnas, y se protegió los ojos para verme. Me sentí aliviada al encontrarla allí y no a un extraño.

—¿Interrumpo? —la llamé, deteniendo a Luna en la locura—. Puedo venir en otro momento.

—No, en absoluto. —Ella sostenía un libro con el dedo metido entre las páginas cerradas para marcar el lugar donde estaba leyendo—. ¡Me encantaría tu compañía!

Dudaba de eso. Al parecer, ella había venido allí para leer en paz. A la sombra casi helada de un falso templo griego, había disfrutado de alguna que otra novela, pero nunca me permitiría a mi misma sufrir tanta frialdad, mientras leía, cuando había una casa perfectamente cálida disponible.

Luna dio un paso adelante y me deslicé por el suelo, antes de llevarla a un árbol, apartado de la mula de Felicity, y atar sus riendas a la rama baja.

—¿Vienes aquí a menudo a leer? —pregunté, subiendo los escalones de piedra para llegar a Felicity.

—Sí, aunque casi hace demasiado frío para ello. —Caminó alrededor del exterior, por una curva, hasta un banco de piedra y levantó la manta de lana que descansaba allí. La colocó sobre

todo el banco y luego me miró—. Ayuda a protegerse un poco del frío. La piedra se parece mucho al hielo sin ella.

Me senté junto a Felicity y casi me quedé sin aliento, ante la gloriosa vista que teníamos ante nosotras. La había visto muchas veces antes y esta nunca dejaba de asombrarme.

—¡Es impresionante!

—Evidentemente... La abuela de James venía aquí a pintar, cuando estaba viva. Su marido lo hizo construir para ella.

—Recuerdo algo sobre eso, ahora que lo dices. ¿Te imaginas a un hombre que te ama tanto que construiría esto para tu placer?

Ella me miró de reojo.

—De hecho, sí puedo.

—¡Oh, por supuesto! Incluso James haría algo de esta naturaleza —dije. Él amaba profundamente a su esposa, era tan devoto de ella que verlos a veces hacía que mi estómago se contrajera de envidia—. Dada la forma en que comenzó tu relación, creo que eres una mujer afortunada.

Felicity inclinó un poco la cabeza hacia un lado.

—Estoy de acuerdo en que tuve suerte de encontrarlo en la biblioteca esa noche, pero eso no es todo. Más que eso, tuve suerte que un hombre tan bueno estuviera conmigo. ¡Que un hombre con tan buen carácter pidiera mi mano!

—Él te quiere mucho. Eso es fácil de ver.

—Quizás ahora, pero no estábamos enamorados, cuando nos casamos. Eso llegó más tarde, después de trabajar juntos por la felicidad, tomando la decisión cada día de aprender unos de otros y hacer sacrificios... No enfadarnos y dormir en habitaciones separadas, cuando estamos enojados, sino comunicar nuestras quejas y besarnos todas las noches.

Mi corazón dio un vuelco, ante la idea de besar a un hombre todas las noches, y mi mente traidora desarrolló una imagen de Benedict en ese rol. Sacudí la cabeza para aclararla, reemplazándola con la imagen de su fácil coqueteo en las asambleas con otras mujeres. Nunca pude tomarlo en serio. Lo mismo había sucedido, cuando llegué a Chelton por primera vez hace tantos años. Tomé su coqueteo como algo más de lo que realmente significaba, desarrollé sentimientos por el hombre y lo encontré coqueteando de la misma manera, diciéndoles exactamente lo mismo a todas las demás chicas, que me había dicho a mí.

Exactamente como lo hacía mi padre con todas las mujeres en Suecia. Coquetear y coquetear hasta que se escapaban juntos. ¡Esto era repulsivo!

—James es un buen hombre —dije—. Pero no todos son tan sanos.

—¡No! Estoy de acuerdo, no lo son. He oído muchas historias de libertinos y pícaros en Londres, pero no creo que nos enfrentemos a muchos canallas aquí en Bakewell.

—¿Excepto por el que vive en Chelton, quieres decir?

Ella me miró fijamente.

—¿Quién... oh, te refieres a Benedict, no es así? No clasificaría a ese hombre como un canalla, y mucho menos como un libertino.

—Un pícaro, entonces.

—No, ni siquiera eso. —Sus cejas color cobre claro se juntaron—. ¿Ha hecho algo horrible para ganarse una opinión tan baja de tu parte? Lo admito, cuando escuché que ustedes dos no se llevaban bien, no me di cuenta del alcance de su desagrado mutuo.

Ella se equivocó. No es que me desagradara ese hombre, más bien no confiaba en él ni creía que fuera sincero.

—Me gusta bastante Benedict. Siempre está dispuesto a divertirse, por irritante que sea. Y es un compañero de viaje perfectamente amigable.

Felicity esperó, cruzando suavemente las manos sobre el libro que tenía en el regazo.

—Pero él es extremadamente egoísta —continuó—, y nunca se le puede tomar la palabra. Es un bromista y coquetea con todas las mujeres por igual. Como la mujer de anoche. ¿La del vestido plateado?

—Señorita Dodwell, creo... Ella es la sobrina de los Dodwell.

Cubrí mi sorpresa. ¡La conocía! Aunque no tanto. Ciertamente, yo no la había reconocido anoche.

—¡Sí! La señorita Dodwell. Él la trató como si... como si tuvieran algún tipo de entendimiento. Sonriéndole toda la noche, bailando dos sets juntos. Debes ver que el resto de la sociedad en esa sala piensa lo mismo que yo.

—Probablemente, sí.

—Lo cual es simplemente... —Volteé para mirar a Felicity. “*¿Ella estaba de acuerdo conmigo?*”—. ¿Crees que él también actuó de manera inapropiada?

—Yo no diría eso, no exactamente. No creo que todavía haya un acuerdo entre la pareja, pero eso no significa que sus acciones estuvieran demasiado fuera de los límites de lo correcto. A Ben le importa demasiado la opinión de su madre como para manchar el apellido.

“*¿Todavía?*” Ella había dicho que aún no había ningún acuerdo entre la pareja. El banco de piedra pareció caer debajo de mí, y me concentré en las ovejas que salpicaban la ladera lejana, moviéndose lentamente, mientras pastaban, y aparté esa palabra de mis pensamientos. “*Benedict estuvo suficientemente dispuesto como para ser considerado cortejando a una mujer y bailó con ella dos veces. ¿Benedict está dispuesto a casarse con ella?*” La idea fue impactante.

—Supuse que Henry sería el próximo en casarse —dije débilmente.

—Para hacer eso tendría que conocer a una mujer, y no puede conocer a una mujer, a menos que salga de casa. —Ella parecía preocupada—. Esperaba convencerlo que se uniera a nosotros en Londres para la temporada, pero hasta ahora ha pospuesto la idea.

—Quizás si le prometemos una multitud de libros nuevos, estaría de acuerdo.

Los ojos de Felicity bailaron.

—De hecho, es posible darle algo a su mente. Creo que Henry no ha visitado la ciudad desde hace mucho tiempo. ¿Hablamos de los Mármoles de Elgin y de las cosas que se pueden contemplar en el Museo Británico, si viene? Seguramente, podemos seducirlo hablándole de Hatchards y de todos los libros nuevos que podría comprar, si fuera, o de la historia que admiraría.

—O una parada en Cambridge u Oxford para una conversación inteligente de camino a la ciudad.

—Creo que lo perderíamos allí, si ese fuera nuestro objetivo —dijo Felicity.

—Quizás el hombre necesite perderse allí por un tiempo. —Me envolví con más firmeza en mi pelliza para protegerme del frío, un poco más, pero mis orejas y la punta de mi nariz ya estaban más frías que la piedra debajo de mí—. Quiero agradecerte por aceptar ser mi acompañante. Preferiría encontrar otro puesto en las cocinas de una gran propiedad que permanecer mucho tiempo bajo el cuidado de Lord Claverley.

Felicity dio un pequeño escalofrío y sus mejillas se sonrojaron por el frío.

—Aún tengo que formarme una opinión sobre Lord Claverley. Ha sido cortés conmigo, pero él es un poco intimidante.

—Hombres así no pueden intimidarme —dije—. ¡No lo permitiré! Creo que es su objetivo,

y nada me produce más placer que demostrar el poco efecto que tienen en mí.

—Seguramente, debe tener algún efecto, o no habrías tomado medidas tan extremas para evitarlo.

La miré fijamente.

—No los considero como casos extremos. Mis intentos de hacer mi propia vida fueron lamentables, supongo, pero fueron genuinos. No espero encontrar un marido en los salones de baile de Londres, pero mi incursión en la servidumbre demostró cuán profundamente aprecio una vida relativamente tranquila. Un colchón de plumas, por ejemplo, o unas manos que no se agrietan, pero sangran.

—Puedo ver los méritos de ambas cosas —dijo Felicity suavemente, mirándome con un poco de asombro—. ¿Qué piensas hacer entonces?

—Tengo la intención de mantenerme abierta a las oportunidades disponibles para mí, y agradecer a mis padres, que descansen en paz, por dejarme una herencia que nos proporcionará a mí y a mi esposo, quienquiera que sea, ingresos suficientes para disfrutar una vida de relativa tranquilidad. —Le sonreí a Felicity y ella se rió, sacudiendo la cabeza.

—A veces, eres demasiado.

—Sí, me han dicho eso antes. —Me puse de pie, sacudiéndome la falda—. No puedo quedarme sentada con este frío ni un momento más. Necesito un viaje duro para calentar mi sangre.

—¡Disfrútalo! Me quedaré aquí hasta que tenga demasiado frío para seguir pasando las páginas de mi libro.

Al mover su cabeza, Luna se elevó a través de las colinas doradas, cubiertas de hierba verde y amarilla, extirpadas en parte por los rebaños de ovejas. Dejé que el viento soplara a través de mi cabello, arrancando mechones de sus horquillas y agitándolos frente a mi cara. Mis manos enguantadas agarraron las riendas y reboté al ritmo de los cascos de Luna, respirando el aroma de la tierra y la hierba húmeda.

Cuando regresé a casa, mis mejillas estaban sonrojadas y mi cuerpo lucía rejuvenecido. Podría afrontar la perspectiva de Benedict y su futura esposa, la diosa de plata. Podría enfrentarme a Lady Edith y sus expectativas. Pero, ¿podría enfrentar a Henry?

Él abrió la puerta y me ayudó a entrar, mostrando su cálida sonrisa apagada.

—Acabas de recibir una carta. Creo que Forester la tiene en la antecámara.

—Gracias. —Me moví para alejarme, pero me detuve y lo miré con ojos evaluativos. Se parecía mucho a Benedict en apariencia, aunque no era tan alto con su cabello castaño y rizado, mostrando un estado de desorden que añadía un poco de estilo a su apariencia, por lo demás discreta. Tenía inteligencia en sus ojos, aunque reflejaba una tranquilidad, que estaba completamente en desacuerdo con el comportamiento de su coqueto hermano. Él era apuesto. Podría encontrar una esposa en Londres, fácilmente, si solo buscara una.

—No puedo evitar preguntarme, si tengo algo entre los dientes —dijo Henry, rompiendo la barrera de mi lectura y llevándome de regreso al presente.

—Tus dientes están perfectamente bien. Solo me preguntaba por qué no vendrías a Londres con nosotros el mes que viene.

—Para ser sincero, no encuentro la sociedad tan atractiva.

—Comprensible, por supuesto. Pero no viajarías con la sociedad ni te alojarás con ellos, ni cenarás con ellos, a menos que lo desees. Sin embargo, podrías pasar ese tiempo con nosotros o en los clubes y tiendas de Londres. Hay mucho que hacer en la ciudad, además de asistir a bailes y fiestas, ¿sabes?

Inclinó un poco la cabeza hacia un lado y entrecerró los ojos, mientras pensaba.

—Supongo que no lo había pensado mucho.

—Espero que ahora lo hagas. —Le di una sonrisa traviesa y me fui.

No recibía cartas con frecuencia, así que no pude evitar la curiosidad que me invadía. Me dirigí a la antecámara, pero Benedict se interpuso en mi camino. Me obligó a detenerme en seco para evitar toparme con él, y un vistazo a la determinación en su mirada demostró que no debía detenerme a hablar con él ahora. Me preguntaría por qué me perdí nuestro paseo matutino, estaba segura de ello.

—Nunca concertamos una cita —dije, rodeándolo y continuando por el pasillo hacia la antecámara. Viajar juntos a la misma hora, todas las mañanas, durante casi una semana, no constituyó un acuerdo—. No me he perdido ningún compromiso.

Él se puso a caminar detrás de mí.

—No te tomé por el tipo de mujer que necesitaba dormir hasta tarde por la mañana después de un baile.

—No dormí hasta tarde. No es que haya nada malo en necesitar un poco más de descanso, después de pasar la tarde participando en una actividad tan animada.

—¿Entonces decidiste saltarte el viaje?

—Elegí posponer mi viaje hasta que saliera el sol y pudiera calentarme un poco, en lugar de la madrugada, que empezó a sentirse muy helada para mi gusto.

¡Eran mentiras! Me había saltado el viaje para evitar a Benedict. Abrí la puerta de la antecámara y encontré a Forester, el mayordomo, de pie junto a un armario abierto lleno de platos para servir.

Benedict, por supuesto, me siguió al interior. Su aroma especiado y picante flotaba a mi alrededor, nublando mi determinación. Había elegido evadirlo, evitar una conversación, porque... ¿Por qué exactamente? Tenía algo que ver con la forma en que me sentí anoche, y mi profundo deseo de abstenerme de enfrentar esos sentimientos. Pero ya no podía recordar los detalles, ahora que él estaba cerca, interfiriendo con mi determinación.

—Me han dicho que tienes una carta para mí —le dije al mayordomo.

Él fue a buscarla y la trajo en una bandeja de plata.

—Gracias, Forester —dije, dándome la vuelta y fingiendo que Benedict no estaba directamente detrás de mí.

—Por supuesto, señorita.

Regresé al pasillo y me dirigí hacia el salón. Debería estar vacío a esta hora del día, y seguramente Benedict me dejaría en paz, ahora que sabía que tenía intención de leer la correspondencia.

La escritura en la dirección me resultaba un poco familiar, pero no pude ubicarla. Los bordes de la carta doblada estaban particularmente desgastados, como si hubiera viajado una gran distancia. Rompí el sello y desdoblé la misiva con curiosidad. Una pequeña nota doblada cayó de los pliegues al suelo pulido. ¿Una segunda carta dentro de la primera? Me incliné para recuperarla. Mi mirada saltaba entre las palabras nítidas y recién escritas en la nota y la misiva antigua que aún no había abierto.

Mis ojos se quedaron pegados a la escritura de la carta más pequeña y descubrí que no podía moverme. Me quedé paralizada, en el centro del pasillo, con una carta desdoblada en una mano y una pequeña misiva burlándose de mí en la otra. Habían pasado seis años desde que murió mi padre, un hombre que me amaba, a pesar de lo poco que yo respetaba sus costumbres. Seis años, en los que había crecido, y me había convertido en una mujer empeñada en no

permitirme la vida que él y mi madre llevaban. Tenía emociones contradictorias con respecto a mis padres, era cierto, pero sostener ahora una carta, en mis manos, que seguramente estaba escrita por la mano de mi padre hizo que mi estómago se revolviera en partes iguales de temor y ansiosa fascinación.

—¿Qué es? —preguntó Benedict, dando la vuelta para mirarme.

No podía apartar los ojos de la misma.

—Es una carta de mi padre.

Capítulo 18

Thea

Las manos de Benedict rodearon mis hombros. Él me condujo al salón vacío y hacia el otro extremo, donde había un grupo de sillas apoyadas contra las ventanas. Me dejé caer en una, mientras él abría completamente las cortinas para brindarme mejor luz.

Me miró hasta que pude apartar la mirada del papel amarillento y la inesperada compasión en sus ojos me inundó de calidez.

—Te dejaré ahora.

Quería estirarme hacia adelante, canalizar la fuerza de su toque, pero parecía que no podía separar mis dedos de la carta. ¡Era una carta sellada y doblada procedente de la tumba!

—No —dije, mi voz era un susurro bajo y ronco—. Por favor no te vayas.

Al principio, pareció que Benedict no me había oído, pero a mitad del salón se detuvo.

—Me quedaré aquí si me necesitas.

Era más de lo que me debía, después de mi frívolo saludo de esta mañana, y mucho más de lo que yo merecía. Le envié una sonrisa agradecida, y me moví ligeramente para que la luz fluyera mejor sobre mi hombro y el papel, en mis manos. Mi mirada buscó primero el nombre al final de la otra carta y descubrí que era el de la mujer con quien mi madre y yo habíamos vivido en Viena, después de la muerte de mi padre. Necesitábamos un lugar para descansar y llorar, y la señora Richter era una vieja amiga de la familia. Nos había visitado varias veces en Suecia y nosotros habíamos ido a verla a Viena, mientras mis padres estaban vivos y felices. Su caridad hacia mi madre y mi persona, en ese momento, había significado mucho para mí, y me entristeció dejarla, después de la muerte de mi madre, pero eso no ayudó en nada. Mi tutor, el tío Northcott, el hermano mayor de mi padre, vivía en Inglaterra, así que me enviaron allí.

Apartando mi atención de mis recuerdos, leí la carta de la señora Richter, mi mente daba vueltas como un molino de viento, en una tormenta, mientras devoraba las palabras.

“Señorita Dorothea Northcott...

Espero que me perdones con el tiempo. Descubrí esta disparidad hace aproximadamente un año, mientras revisaba un cajón en la antigua habitación de tu madre, pero no sabía cómo proceder. En el año que viviste con nosotros, tú y tu madre se volvieron muy queridas para mí, y ha sido una lucha saber cómo seguir adelante con esta nueva información. Inicialmente, intenté olvidar que alguna vez había visto el papel que encontré, pero eso fue imposible. Mi alma no podía desaprender algo que se me había dado a conocer de esta magnitud.

Nuevamente, espero que comprendas mis razones para informarte sobre esto. Desearía haberlo hecho yo misma, en lugar de a través de esta carta, pero mi gota ha levantado su bestial cabeza, y me temo que ahora no cruzaré un océano fácilmente.

Había una carta escondida debajo del cajón del escritorio de tu madre de una manera que solo podría haber sido puesta allí, si ella hubiera intentado ocultarla. Recuperé el papel y descubrí que era el testamento final de tu padre. Evidentemente, tu padre dividió su herencia con la ayuda de un hombre llamado Adam Robertson de una empresa en Bath, Robertson and Sons. Fue hecho legalmente. He investigado la situación exhaustivamente, y me temo que el

testamento está blindado legalmente, y está fechado después del que se leyó luego de su fallecimiento. No podrás disputarlo. Escríbeme, si tienes alguna necesidad. Sería un honor para mí hacer todo lo posible para aconsejarte.

Ten en cuenta que estoy disponible, si necesitas más explicaciones. Según el hombre, todavía tú tienes derecho a una suma decente. Te deseo lo mejor y nuevamente, te ruego que te comuniques conmigo, si necesitas ayuda u orientación.

Siempre tuya, etcétera.

Sofía Richter.

Posdata: He incluido una carta que recibí del abogado Adam Robertson, cuando pregunté sobre el testamento. Debía ser entregada a ti, tras la muerte de su padre, pero sucedió que la empresa nunca fue informada de su fallecimiento. La enviaron a mi dirección, bajo el malentendido que todavía estabas aquí conmigo. Me temo que los llevé a ese entendimiento para poder obtener la información y dártela. Ahora que ellos han sido notificados de la muerte y de tu dirección, puedes esperar tener noticias del señor Robertson, o puedes escribirle a la siguiente dirección...”

Tragué espesamente en una garganta seca.

—¿Es una noticia terrible? —preguntó Benedict. Su voz era tan suave que no lo había creído posible.

“¿Lo es? Mi herencia ha sido dividida: eso es todo lo que sé hasta ahora. Sin embargo, ¿cuán dividida? ¿Y por qué?”

Para empezar, la herencia no es demasiado grande, pero constituye una suma significativa. Era lo suficientemente sólida como para permitirme creer que podía forjar una vida con cualquier hombre que eligiera, que podía buscar una pareja por amor, y aún así podía permitirme tener un tutor decente para mis hijos y muchos zapatos o vestidos, según fuera necesario.

Hacer los papeles de criada de cocina, ayudante de costurera e incluso institutriz habían sido trabajos agotadores, a veces demoledores, pero yo no había tenido la intención que la servidumbre o esos oficios fueran mi vida para siempre. La perspectiva de poder quedarme sin la seguridad de la modesta fortuna de mi padre me dejó en pánico, como una cuchilla caliente. Quizás más, ahora que conocía de primera mano las dificultades de una vida laboral.

—¿Thea? —cuestionó Benedict, levantándose de su asiento. Dio un paso hacia mí vacilante y de inmediato anhelé los reconfortantes brazos de mi madre, como no los había deseado en años.

—No son buenas noticias —dije.

Él cruzó la habitación más rápido y se sentó en la silla, a mi lado. Mis manos descansaban inertes en mi regazo, y las cartas permanecían aferradas débilmente a mi alcance. La voz de Benedict era baja y firme, y la agarré con la misma fuerza que desearía poder aferrarme a él.

—Sea lo que sea, recuerda que no estás sola. Tienes a otros que te apoyarán y te llevarán a través de cualquier tormenta, que se presente en esa carta.

Asentí. Mis párpados se cerraron. Estaba en lo cierto. Tenía a Lady Edith, Felicity, James y Henry. Por muy impactante que fuera admitirlo, en ese momento sentí que también contaba con el apoyo de Benedict. Lo miré, perdiéndome en sus suaves ojos azules, incluso su ceja oscura bajada con una preocupación, que se deslizó en mi pecho, me animó.

—Es de la señora Richter —admití en voz baja—. Mi madre y yo nos quedamos en su casa de Viena, después de la muerte de mi padre, y yo todavía estaría allí hoy, si ella no hubiera considerado oportuno devolverme con mi tutor. Ninguna de nosotras sabía en ese momento que mi tutor no me querría.

Tampoco sabíamos que inmediatamente él me subiría a un carruaje hasta Chelton con una nota para Lady Edith, explicando que no quería formar parte de la vida de su joven sobrina, y que nunca había pedido semejante responsabilidad. Supuse que no podía culparlo por conocer sus limitaciones. Pero tampoco me agradaba por eso.

—Entonces, ¿ella fue buena contigo?

—En efecto. —Mis dedos buscaron el anillo, que ahora adornaba mi dedo, el que había usado alrededor de mi cuello, cuando me obligaron a hacer el rol de una sirvienta. Anhelaba la sabiduría y los consejos de mi madre, ahora más que nada. Debía haber tenido una razón para ocultar el testamento, y yo deseaba desesperadamente interrogarla al respecto.

—¿Ella te dio este anillo? —preguntó Benedict.

Mi mirada se posó en la pieza de joyería en cuestión: sus pequeñas piedras rojas rodean un rubí ovalado más grande. Sacudí la cabeza. Debí haber sido obvia en mi inquietud, si él iba a hacer tal conexión.

—Era de mi madre. —Levanté la mano y se la mostré a Benedict—. Me encuentro inquieta, cuando pienso en ella.

Tomó mis dedos y acerqué el anillo para verlo mejor. Su suave toque sostuvo tiernamente mi mano.

—No tiene mucho valor —le expliqué—. Excepto en el significado que tiene para mí.

Esto fue una de las pocas cosas que saqué de los baúles de mi madre, cuando dejé Viena para regresar a Inglaterra. Este objeto me recordaba verla prepararse para cenas y planear, cuándo podíamos hacerlo juntas, a una madre que me adoraba, a pesar de las decisiones que había tomado y con las que no estaba de acuerdo. Una madre que me contaba fantásticos cuentos de hadas y me pintaba las mejillas con colorete, cuando yo estaba triste, por no poder asistir a los bailes con ella. Una madre que cometía errores, pero no me amaba menos por la forma en que mi padre la trataba.

—Puedo entender por qué este anillo significa tanto para ti —murmuró.

—Lo entiendes... Es una de las últimas conexiones que tengo con mi madre. —Dejé escapar un suspiro y volví a mirar la carta en mi regazo—. La señora Richter es otra conexión, por supuesto.

—La noticia que ella trae —dijo suavemente. Sus dedos envolvieron más firmemente los míos y los bajó sobre su rodilla—. ¿Es terrible? No es necesario que la compartas, si no lo deseas.

Mi mente entendió las palabras que dijo, pero mi corazón estaba concentrado en mi delicada mano envuelta en la grande y capaz de Benedict, acurrucada en calidez en su pierna, mientras él la acunaba con cuidado. Esto me devolvió al presente, desterrando los recuerdos de Viena y Suecia, y volviendo mi atención a la segunda carta que tenía en la mano: la de mi padre.

—La señora Richter encontró el testamento de mi padre, escondido en el escritorio que mi madre usaba, cuando vivíamos en su casa.

—¿No lo tenías...?

—Es un testamento más reciente, creado después del que nos leyeron, luego de su muerte. Evidentemente, recurrió a otro abogado y le proporcionó una carta explicativa para que me la entregara, en el momento de la lectura del testamento. Pero eso nunca se hizo, porque escribimos

al abogado original de mi padre, cuando él murió, y solo se leyó su primer testamento.

Benedict se inclinó un poco hacia adelante, rogándome que lo mirara.

—¿No podría ser del todo malo, entonces? Quizás sea casi lo mismo.

—La señora Richter leyó una copia del testamento, Ben. Mi herencia ha sido dividida, sea lo que sea que eso signifique.

Tragó, su mano apretando suavemente la mía.

—¡Ah! Claro —dudó—. Puedo dejarte para que leas la carta de tu padre.

Mis dedos se enredaron más firmemente alrededor de los suyos, un impulso del que no me arrepiento en ese momento.

—Por favor, quédate.

Ya dos veces le había suplicado, bajé mis defensas y le pedí algo a Benedict, y no había tenido el efecto adverso que esperaba.

Benedict reconfiguró su agarre en mi mano para que fuera más cómodo, entrelazando nuestros dedos. Pasé el dedo por debajo del sello de mi padre, desdoblé la carta que tenía en el regazo con la mano libre y la leí.

“Querida hija—

Me entristece escribir esto porque si lo estás leyendo, significa que estoy muerto. Un pensamiento amargo, ese. No me gusta la idea de dejarte en esta tierra sin un protector, aunque no dudo de las habilidades de tu madre, y estoy seguro que se volverá a casar rápidamente.

No te dejaré más suspenso, porque estoy seguro que te sorprenderás del secreto de mis métodos, pero tuve que dejar la carta a mi abogado, o temía que nunca te llegaría, querida. Verás, tengo un hijo. Fue bendecido con tus mismos ojos azules y cabello oscuro, y me atrevería a decir que reconocerás el parecido familiar de inmediato. Lo amé en el momento en que lo vi. Sin duda, él será llevado a una luz escandalosa, una vez que reciba su herencia y mis transgresiones sean reveladas, pero sé que puedo contar contigo para guiarlo, a través de la sociedad, y ser para él la familia que yo no puedo ser.

Me hubiera gustado hacerlo yo mismo, pero si estás leyendo esa carta, entonces esto ha recaído sobre tus capaces hombros.

No puedes saber cuánto te amo y espero que algún día vengas a perdonarme. Verás, no podía soportar la idea de dejar a ninguno de mis descendientes sin una parte de mi fortuna. Espero que... aunque se haya reducido a la mitad...”

—¿Reducido a la mitad? —casi grité, sorprendiendo a Benedict para que apretara más su mano.

—¿Qué...?

—Shhh —lo amonesté y seguí leyendo.

“Descubrirás que tu herencia será lo suficientemente importante como para satisfacer a futuros pretendientes. Eres una niña encantadora y estoy convencido que no tendrás dificultades para encontrar una pareja decente cuando seas mayor de edad.

Todo mi amor,

Tu Padre.”

Bajé la misiva y miré a Benedict.

—Tengo un hermano.

—¿Un hermano? —repitió, apropiadamente sorprendido.

—Sí, y mi padre redujo mi herencia a la mitad para que nos llegara a nosotros, en partes iguales.

—¿Dijo algo más sobre el asunto? —Benedict parpadeó.

—Solo que espera que yo orqueste la entrada de mi hermano en la sociedad y que ciertamente veré el parecido familiar de inmediato.

Él puso su otra mano sobre la mía, presionando hacia abajo, y ofreciéndome apoyo de una manera que me tranquilizó.

—¿Te ha dado alguna información sobre...? ¿La madre? ¿O cómo podrías contactar a este hermano?

Negué con la cabeza.

—La señora Richter proporcionó la información de contacto del abogado de Bath. Ella me explicó que él debería comunicarse conmigo pronto, pero que puedo comunicarme con él, si así lo deseo.

—¿Qué crees que debes hacer?

Incliné mi cabeza hacia un lado en consideración y dejé ambas cartas en el asiento vacío a mi lado.

—¿Es una opción fingir que no he leído ninguna de estas cartas?

—Lo es, por supuesto. —Él sonrió suavemente, desarmándose. Su pulgar rozó mis nudillos distraídamente—. Pero me temo que eso no hará que él desaparezca.

Mi voz se redujo a un susurro.

—¿Cómo hago para que desaparezca?

—No puedes, Thea. Solo puedes afrontar este nuevo futuro y decidir cómo deseas proceder. No se te obligará a ponerte en contacto con este hermano, a menos que así lo desees. Nadie te obligará a conocerlo.

—Medio hermano.

—¿Perdón?

—Él es mi medio hermano. Si fuera plenamente mi hermano, mi madre no habría ocultado el testamento que le dio la mitad de todo a este hombre.

Seguramente, mi madre tuvo que haberlo escondido, como supuso la señora Richter, para poder proporcionarme la herencia completa que esperaba. Seguramente, lo hizo por amor, pero no pude evitar estar de acuerdo con la señora Richter. No me habría parecido correcto fingir que esto no había sucedido, que este hombre no era real, que, como hijo de mi padre, no tenía derecho a ninguna herencia.

Solo deseaba que no fuera la mitad de la mía.

Capítulo 19

Benedict

Thea no pareció perturbada porque seguía tomando su mano, así que no la solté. Era pequeña y encajaba muy bien en la mía, como si nuestro Creador hubiera considerado adecuado diseñar mi mano con el propósito expreso de sostener la de Thea.

En este momento, parecía que no necesitaba nada más que apoyo. Me alegré de estar presente y poder ofrecerlo.

—¿Le escribirás al abogado?

Ella levantó la vista de nuevo y se formó una pequeña línea entre sus cejas.

—¡Sí! Me gustaría saber toda la situación y mi padre fue un poco parco en explicaciones. Solo puedo asumir que este hermano tiene cerca de mi edad, si necesita entrar en la sociedad, pero, por lo que sé, podría ser un pícaro o un sinvergüenza. En cuanto al testamento, por el contrario, la señora Richter examinó el asunto detalladamente y me informó que es irrefutable. No puedo impugnarlo.

—¿Confías en la señora Richter?

La pequeña línea no se suavizó entre sus cejas, pero ella respondió sin dudarlo.

—Completamente. Ella solo se ha preocupado por mis mejores intereses.

Todavía creía que sería bueno investigar la situación, nosotros mismos, pero se lo mencionaría a mi madre, tal vez más tarde.

—Entonces, supongo que deberíamos proceder, como si todo fuera cierto.

—No podría hacer otra cosa. —Thea cerró los ojos y no podía imaginar la cantidad de shock, que la había recorrido al leer una carta de su padre, al ver su letra o al escuchar su voz en su mente, mientras leía sus palabras. Si mi propio padre me hubiera escrito una carta para leerla más tarde y la hubiera encontrado ahora, la atesoraría por encima de todas las cosas.

—Sin embargo, esto tiene un beneficio —dijo ella, y sentí un poco de humor deslizándose en sus palabras.

—¿Cuál?

—Si Lord Claverley no estaba convencido de abandonar el asunto que su esposa me acompañara durante la temporada, probablemente se opondrá en el momento en que se entere de esto.

Sonreí suavemente.

—Ya estabas a salvo de sus garras, Thea.

—Lo sé. —Ella deslizó su mano de la mía y se puso de pie, alisándose el vestido, y llevándose consigo la sensación cálida y brillante—. Me doy cuenta que tengo que agradecerte por ello. Creo que hemos formado un equipo decente.

Me paré a su lado, extrañando la sensación de su piel sobre la mía.

—Sí, en este asunto, creo que sí.

—Es una lástima que estemos destinados a seguir siendo enemigos, Benedict. A veces puedes ser una compañía agradable.

—¿Solo a veces? —pregunté con una sonrisa burlona, subiendo por mis labios. Mi mano anhelaba la de ella otra vez. Quería extender la mano y acercarla a mí, envolverla en un abrazo y consolarla con mi abrazo.

Aunque, como era Thea, dudaba que un abrazo mío fuera muy reconfortante.

—Muy ocasionalmente —dijo. La tristeza apareció en sus ojos y dio un paso adelante, cerrando un poco más la brecha entre nosotros, y apoyando su mano en mi antebrazo con su olor floral y cítrico flotando y haciéndome cosquillas en la nariz.

—Gracias, Ben. Esto fue difícil de leer y estoy agradecida de haber contado con tu apoyo. —Ella se rió ligeramente—. Realmente es irónico que seas tú quien me apoye, mientras leo sobre las indiscreciones de mi padre...

—¿Irónico? ¿En qué manera?

Ella retiró la mano rápidamente y abrió mucho los ojos.

—Me olvidé... Tienes... —Ella tragó—. La señorita Dodwell, ¿cierto?

La capacidad de Thea para saltar de un tema a otro sin conexión aparente hizo que mi cerebro diera vueltas.

—¿Qué hay de ella?

—Ella es muy hermosa.

—Sí, lo es. —Estuve de acuerdo. Aunque ella no estaba a la altura de Thea y no podía decirlo en voz alta. No sin asustar a Thea para que saliera corriendo del salón.

—Creo que será una muy buena esposa —asintió Thea levemente para puntualizar sus palabras.

Fue algo extraño que ella dijera eso.

—¿La conoces bien?

Thea negó con la cabeza y sentí que se alejaba de mí de una manera más que física. Su distancia era una fuerza tanto emocional como física, que me dejó desconsolado. Recogió sus cartas y las volvió a doblar, siguiendo sus pliegues originales.

—No hablamos mucho, antes de irme a la escuela, así que sé de ella más que de la mujer misma.

—Entonces, ¿por qué?

—Ahí están ustedes dos —dijo mi madre, entrando el salón. Se detuvo abruptamente cerca de la puerta, y nos miró con sospechas—. ¿He interrumpido algo?

Le hice un gesto a Thea para que le explicara. Era su vida la que acababa de ser destrozada.

Levantó la barbilla y miró a mamá:

—Recibí una carta de la señora Richter, la mujer con la que mi madre y yo vivimos en Viena, después de la muerte de mi padre. —Hizo una pausa como si su voz no pudiera pronunciar las palabras que debían pronunciar a continuación. En lugar de eso, levantó el brazo y le ofreció las cartas a mi madre—. Aquí, Lady Edith. Es mejor que las lea usted misma. No me importa.

Mi madre cruzó la habitación con elegancia y tomó las cartas.

Thea se alejó, mientras ella las leía en silencio, metiéndose el labio inferior en la boca para masticar su preocupación. Me tomó cada gramo de voluntad que poseía permanecer donde estaba con las manos apretadas con fuerza detrás de mi espalda, y no acercarme a ella.

—Ese es un gran avance —dijo mi madre en voz baja—. Pero es algo que podemos afrontar juntos, Thea. No estarás obligada a ayudar a la entrada de este medio hermano en la sociedad, a menos que así lo desees, y le escribiremos esto a...

Miró hacia abajo y consultó la carta:

—El caballero Robertson... para asegurarnos que todo se haya hecho correctamente y si así es, si de hecho, este es un testamento legal.

—Gracias —dijo Thea con los ojos sospechosamente nublados. Se acercó a mi madre con unos pocos pasos rápidos y fue tragada por su abrazo maternal. Los brazos de mi madre rodearon

la espalda de Thea, tranquilizándola, mientras la cola violeta profunda del traje de montar de Thea se extendía majestuosamente sobre la alfombra, detrás de ella. Nunca antes había sentido tanta envidia de mi madre, ya que quería estar donde ella estaba ahora, ofreciéndole un consuelo que podía brindar con tanta libertad.

Apreté la mandíbula para luchar contra el impulso de unirme a ellas y sostener a Thea contra mi pecho. Nunca antes había comprendido completamente el poder del anhelo para volver loco a un hombre hasta que vi a Thea abrazar a otra persona, y deseé que ese fuera yo.

Apartando mi mirada de las mujeres, las rodeé en silencio y salí del salón. Sabía que era hora de retirarme.

* * *

Exactamente cuatro días después, recibí la noticia del mayordomo de Lord Claverley que Bampton Hall estaba vacío, y el jardinero estaría encantado de mostrarme el lugar, cuando lo considerara conveniente. Las palabras tuvieron un gran impacto al hacer tangible mi futuro, y tuve el repentino deseo de ver la casa de inmediato.

Encontré a Henry en la larga y estrecha biblioteca con las paredes de paneles oscuros ricamente iluminadas por la luz del sol del mediodía, que entraba sesgadamente por las ventanas abiertas.

—¿Te importaría dar un paseo? —pregunté, deteniéndome frente a su silla.

Henry puso su libro boca abajo sobre su pierna y me miró.

—¿No te vi regresar de un paseo esta mañana?

—Lo hice.

Había esperado en vano encontrar a Thea, esperándome en los establos al amanecer. No me había acompañado para montar desde antes de la noche de las asambleas de Bakewell, y temía que algo alteró su opinión sobre mí. Esto era demasiado similar a la última vez, cuando pensé que nos íbamos a hacer amigos, y de repente todo cambió sin explicación.

Aunque, para ser justos, todavía no había buscado una explicación. No podía enfadarme con ella por no haberme proporcionado una hasta que se lo hubiera preguntado.

Pegué una sonrisa fácil en mi cara.

—Tengo algunos asuntos que atender, y me gustaría conocer tu opinión al respecto, si crees que eso puede salvarme.

Henry tardó en responder. Su mirada pensativa y reflexiva se sentía penetrante a veces, y estaba casi seguro que mi hermano podía ver mis pensamientos. Él asintió y se puso de pie, estirando los brazos.

—He estado sentado demasiado tiempo. Un aventón me vendría bien.

Marcó el lugar del pesado tomo y lo puso en una mesa cercana, luego me siguió fuera de la habitación.

—¿Nos vemos en los establos? —pregunté porque estaba listo para irme, pero Henry necesitaba cambiarse y ponerse ropa de montar. Él asintió y se fue.

El viento arreció, mientras avanzaba por el camino de grava hacia los establos, y no sentí alivio hasta que pasé bajo el amplio arco que daba al patio. Le pedí a un mozo de cuadra que ensillara a Jasper y al caballo de Henry. Luego esperé. Para un hombre tan a menudo perdido en los libros, o que no estaba dispuesto a asistir a eventos sociales, Henry era un hábil conductor de carruajes y un jinete extraordinario. Él también era sabio y yo estaba ansioso por recibir su consejo.

No mucho después estábamos en la carretera y nos dirigíamos hacia Bampton Hall.

Estábamos a solo unas millas de Chelton, afortunadamente situados fuera de la carretera y perfectamente pegados a la ladera amarillenta. La hierba era alta y no había suficientes ovejas para mantenerla podada. Sin embargo, eso era algo que eventualmente se podría rectificar. Si no con animales al menos con guadañas.

El sol brillaba en lo alto, pero no con suficiente fuerza como para protegernos del frío de finales de diciembre. Faltaban solo unos días para Navidad y el aire así lo reflejaba. Bumpton apareció a la vista, cuando doblamos la curva, y detuve a Jasper para poder mirar la casa desde esta distancia.

Henry hizo lo mismo y esperó a mi lado.

—¿Qué estamos haciendo aquí, Ben? —preguntó, aunque el tono de su voz implicaba que ya estaba a medio camino de adivinar el propósito de este viaje.

—Estoy considerando comprar una propiedad.

—Nadie ha ocupado Bumpton desde hace al menos un año. Han tenido que bajar el precio, o eso me han dicho, porque no se vende —asintió suavemente.

“¿Cómo diablos él sabe esto?”

—También necesita reparaciones exhaustivas, por lo que puede que no valga la pena el dolor de cabeza.

—No lo sabremos hasta que miremos. ¿Alguien se reunirá con nosotros aquí? —Henry levantó un hombro.

—Los propietarios han contratado a un jardinero para que vigile el lugar. Nos dejará entrar a la casa.

El silencio se instaló entre nosotros, y aunque la conversación naturalmente había llegado a su conclusión, yo estaba indeciso y no insté a Jasper a seguir adelante.

—¿Qué es lo que te preocupa? —preguntó Henry.

Él reconoció mi retraso por lo que era: miedo. Por eso, realmente le pedí que me acompañara. La naturaleza tranquila de Henry tenía el beneficio adicional de hacerlo extremadamente observador, y sus extensas lecturas lo hicieron sabio. No fui tan tonto como para creer que era un ingenuo sino más bien él era todo lo contrario. Un hombre tan culto, tranquilo y discreto, ciertamente tenía muchos más conocimientos de los que yo podría esperar tener, a pesar que se había alistado en el ejército, en lugar de asistir a la universidad. Confiaría implícitamente en su opinión sobre el estado de esta casa.

Temía que la considerara como una buena compra. Este era un paso enorme en mi vida y tenía miedo de darlo. La responsabilidad y los grilletes que esto me proporcionarían eran inminentes, y sin una esposa en mente, temí que fuera demasiado pronto para dar este paso hacia la independencia y la responsabilidad.

—Hay tantas cosas que me preocupan —dije a la ligera—. Desde esta distancia, la casa se ve bastante bien, pero estoy seguro que solo será un desastre decrepito tras una inspección más cercana.

—No lo sabremos hasta que nos acerquemos.

Me pasé una mano por la cara y giré hacia mi hermano.

—¿Qué pasa si no estoy preparado para esto, Hen? ¿Qué pasa si lo estropeo todo?

—Entonces habrás desperdiciado tu herencia, y te verás obligado a vivir conmigo en Sedwick. Seremos dos solteros ancianos que pasaran los días cazando y las noches junto al fuego.

—Esa es una perspectiva aterradora.

—Entonces, esperemos que no tomes la decisión equivocada. —Henry me sonrió y luego

alentó a su caballo a avanzar. Me reí suavemente y lo seguí.

La casa no era tan grande como Chelton, pero estaba hecha de la misma piedra clara, y con el sol brillando sobre ella y los setos cubiertos de maleza, por lo que era una mezcla de belleza arquitectónica clásica y paisaje salvaje.

—Es una casa preciosa —expresó Henry, mientras nos acercábamos—. Pero el techo deja mucho que desear.

La evidente necesidad de reparación no permitía confiar en que los áticos no estuvieran ya arruinados por la lluvia. Nos detuvimos en el pequeño camino circular, apeándonos. Un hombre con el pelo demasiado largo bajo la gorra y un abrigo sucio salió de los establos más alejados, y se acercó a nosotros.

—Señor Bradwell, ¿cierto? —llamó.

—Sí —respondí—. Buenos días, señor Tanner. He traído a mi hermano conmigo.

—Tanner —dijo, dando a entender que estaba feliz sin añadir “señor”—. Les mostraré los alrededores.

Lo seguimos hasta la puerta principal y esperamos, mientras él sacaba una llave y la abría. Cuando la puerta se abrió con un chirrido, el olor a humedad del interior nos asaltó de inmediato.

—Necesita un poco de aireación —dijo Tanner—. Pero todo saldrá bien.

Nos condujo a través de una pequeña entrada y a cada una de las habitaciones de la planta baja, antes de tomar las escaleras de servicio hasta el ático. Macetas y bañeras de hojalata estaban estratégicamente colocadas sobre el suelo polvoriento, y las sábanas cubrían muchos más muebles de los que esperaba encontrar.

Tanner apartó una de las vasijas más grandes para revelar un amplio círculo de madera dañada, y mi estómago se hundió.

“¿Cuántas otras áreas son exactamente iguales?”

—Hay bastantes reparaciones que hacer aquí arriba. El dormitorio de abajo necesitará yeso nuevo en el techo, y hay otro lugar en ese extremo en mal estado. Pero nosotros hemos logrado evitar que la mayor parte del agua llegue al suelo.

—¿Nosotros? —preguntó Henry.

—La señora y yo.

—¿Por qué no han reparado el techo hasta ahora?

—Creo que los dueños no pueden permitírselo. —Se inclinó un poco hacia adelante y bajó la voz—. Entre nosotros, creo que están tan desesperados por vender la casa que aceptarán cualquier cosa por ella.

Ofrecer un precio miserable sería la única manera de comprar la propiedad y también hacer las reparaciones necesarias.

Tanner nos llevó al resto de las habitaciones de los sirvientes, una de las cuales tenía el daño en el techo del que nos había advertido. Continuamos el recorrido y cuando terminamos de ver todas las habitaciones de la casa y bajamos a las cocinas, yo estaba razonablemente convencido que visitar esta casa había sido una pérdida de tiempo. Tanner nos llevó afuera nuevamente, dejándonos cerca de nuestros caballos.

Me paré en la parte delantera y contemplé la tierra, cubierta de maleza y amarillenta por el invierno. Era una tierra salvaje que llegó a mi corazón, la cual me llenó de un fuerte anhelo de ser parte de algo sólido y seguro, como esto, para posponer la vida de soltero de la que hacía tiempo que me había cansado. Cuando Frederick Keller intentó convencerme para que permaneciera en la pelea, durante mi viaje con Thea de regreso a Chelton, ni siquiera me sentí tentado a quedarme con él, ya que eso no me atraía.

Lo que ahora me fascinaba era la idea de cuidar mi propia tierra, mis propios animales, no los de James, por mucho que lo amaba, sino los míos. Quería arreglar y reparar mi propio techo. Tal vez fuera inmaduro, pero quería ser dueño de mí mismo, y esta parecía una forma posible de hacerlo.

Si tan solo pudiera convencer a los propietarios que rebajaran casi la mitad de lo que pedían. Era una tarea insuperable y también estaba perfectamente consciente que esperaba algo poco realista.

—Entonces, ¿te convertirías en ermitaño si vivieras aquí? —preguntó Henry, sacándome de mis cavilaciones.

—Naturalmente. Por supuesto, nunca sería bueno casarse o tener una familia. Me dejaré crecer la barba y le gritaré a cualquier niño que se atreva a acercarse a mi puerta.

—¿Tienes a la mujer en mente? —preguntó, claramente conociéndome mejor de lo que yo me conocía a mí mismo.

Me imaginé a Thea parada en la entrada, justo a mi lado, mientras el viento invernal azotaba su cabello y el sol comenzaba a descender para visitar la otra parte del mundo. La hierba alta que soplabla sería, por supuesto, más corta y verde. Le rodearía la cintura con el brazo y ella la acunaría un poco...

¡No! Esto no era sano y necesitaba cortar ese sueño en el paso. Fue más impactante de lo que admitiría, darme cuenta que mis sueños contenían a Thea, a mi lado, en la felicidad matrimonial. El calor resultante en mi vientre por la imagen mental, que había creado, impregnó mi cuerpo, dejando un dolor resonante por algo que nunca llegaría a existir.

Henry no dijo más nada y no me molesté en responderle. Hablar en voz alta de la atracción que sentía por Thea solo solidificaría mis pensamientos confusos, y los haría demasiado reales. Montamos en nuestros caballos y nos dirigimos a casa, cabalgando en silencio por el largo camino hasta llegar a Chelton.

No fue hasta que desmontamos y nos dirigimos hacia la puerta que Henry me detuvo con una mano en el hombro.

—No se puede predecir lo que deparará el futuro y ella no esperará para siempre.

Había dolor en sus ojos, mientras hablaba, y estaba seguro que él pensaba en su propio pasado al darme consejos para mi futuro. Sin embargo, esto fue inútil.

—Ella no siente lo mismo por mí...

—Tonterías —dijo Henry, sacudiendo la cabeza—. Escúchame, Ben. Ella no va a esperar para siempre.

Él me dejó parado en el camino de grava, mirando hacia la puerta, con esas palabras rebotando en mi cabeza.

“Ella no va a esperar para siempre”.

Capítulo 20

Thea

Había pasado una semana desde Navidad, quince días desde que recibí la carta original, informándome de la desaparición de mi herencia, y casi un mes desde que Benedict me trajo de regreso a los cálidos y acogedores brazos de Chelton.

—Una parte de mí desearía haberme quedado en esa cocina, donde Benedict me encontró —le dije a Lady Edith, sentada en la tumbona, mirando a su criada peinarla para la cena que íbamos a celebrar en Chelton, esa noche—. Entonces, no sabría de mi medio hermano ni de las expectativas que mi padre tenía sobre nuestra relación.

Ella frunció el ceño frente al espejo, como solía hacer, cuando le mencionaba los sucios meses que había pasado escondida.

—Será mejor que te olvides del tiempo que pasaste fuera de la escuela de la señora Moulton. Si piensas en ello con frecuencia, es más probable que cometas un desliz, y se lo reveles a la persona equivocada. Además, si hubieras permanecido en tu puesto, en esa cocina, todavía estarías asumiendo que una fortuna te esperaba en tu cumpleaños.

—Cierto. —Ella tenía razón porque si me hubiera enterado después de casarme, solo podía imaginar los problemas que eso habría causado—. En cualquier caso, mi marido, granjero, se habría sentido angustiado al saber que mi herencia se había reducido a la mitad.

—Granjero... —Lady Edith miró al techo—. No puedes decir esas cosas, Thea. Algunas personas te creerán.

—Como deberían... No es algo tan descabellado. No he descartado por completo a ningún hombre, en ningún puesto.

—¿Un granjero? ¿Es eso lo que estás considerando para tu futuro?

Arrugué la nariz y jugué con la sobrefalda rosada transparente de mi vestido de cena.

—Solo si lo amo.

—Tu madre nunca lo habría permitido —dijo Lady Edith, alzando las cejas.

Mi estómago se apretó por la incomodidad, ya que era verdad. Cuando solía sentarme y observar a mamá preparar cenas o bailes de la misma manera que lo hacía ahora con Lady Edith, mamá hablaba de los duques y condes con los que bailarían, y de los lores que planeaba presentarme, cuando regresáramos a Inglaterra. Mi salida del armario fue igualmente anticipada, entre mi madre y yo, y planificada y preparada con entusiasmo. Me aplicaba colorete en los pómulos, sus ojos brillaban sobre su hermosa sonrisa y excitaba mi espíritu para el día, en que entraría al mercado matrimonial.

Era extraño sentirme culpable por permitir que ese sueño se marchitara y se desvaneciera, pero mi madre ya no estaba aquí y, a pesar del futuro que había querido para mí, la vida que había llevado no era una, a la que yo sometería mi corazón. Si no me casara por amor, con un hombre que pretendía que yo llenara su corazón hasta tal punto que no hubiera lugar para las demás, entonces no me casaría en absoluto.

—Mi madre ya no está aquí para permitirlo o no, y el año que viene seré mi propia señora.

La criada completó el aseo de Lady Edith y dio un paso atrás, y mi madrina se giró en su pequeño asiento acolchado para mirarme.

—Cuando estés en Londres, disfrutando de la temporada, pregúntate si tu madre hubiera estado satisfecha con tu elección. Felicity sabe juzgar bien el carácter y valoro su opinión, por lo

que también te ruego que le preguntes, si está satisfecha con tu elección. A veces, necesitamos la percepción de otra persona para comprender si estamos tomando la decisión correcta y, a veces, solo necesitamos escuchar el funcionamiento interno de nuestro corazón. La sabiduría viene al determinar cuál de los dos es necesario para ti.

Asentí. Mi reacción instintiva fue ignorar su consejo porque sabía que coincidía con el de mi madre: buscar un marido rico con títulos y de buena reputación. Sin embargo, la verdad de sus palabras se hundió en mi comprensión, y no podía negar el poder de escuchar mi corazón o los sabios consejos de los demás.

—No desperdicies esta oportunidad simplemente por despecho, Thea —continuó Lady Edith con preocupación en sus palabras.

Me senté más erguida en mi silla.

—¿A mí? ¿Esto es malévolo? ¡Qué absurdo!

Ella soltó una risa arrepentida.

—A veces me pregunto, si estás escuchando, pero luego demuestras que estoy equivocada.

—Siempre estoy escuchando —le aseguré, mientras me levantaba y sacudía la falda de mi vestido—. Pero si sigo o no el consejo es otra cuestión.

Nos dirigimos juntas hacia la puerta. La inminente cena y los invitados, a los que íbamos a recibir, se posaron sobre mi pecho con una pesadez fatalista. Lord y Lady Claverley vendrían a cenar, y ya me estaba preparando para bailar y actuar delicadamente entre ser cortés y mantener la distancia.

—Lord Claverley hablará conmigo esta noche y aseguraré tu liberación oficial del acuerdo —dijo Lady Edith—. Aunque sería mejor informarle del nuevo desarrollo con tu herencia.

—Si lo hago, las noticias sobre mi hermano se difundirán, incluso antes que tenga la oportunidad de conocerlo.

Ella pareció considerarlo.

—¿Esto es algo que desees mantener en secreto?

—Esperaba hacerlo, sí, al menos hasta que lo conozca. No sé si el ingreso en la sociedad es algo que él siquiera requiere o desea, y no sé si vive en Inglaterra, o en Suecia. Hay demasiadas cosas desconocidas para darlo a conocer a un grupo tan censurante como la alta sociedad.

—Entiendo... Haremos todo lo posible para anular el acuerdo sin mencionarlo.

—Gracias, Lady Edith. —Me detuve en la puerta y la abracé—. Gracias por todo.

—Sí, bueno, estoy segura que si nuestra situación fuera al revés, tu madre habría hecho lo mismo por cualquiera de mis hijos —fanfarroneó un poco.

Giré el anillo en mi dedo y consideré la verdad de sus palabras. De hecho, mi madre habría hecho lo mismo.

Bajamos a esperar a nuestros invitados, en la antecámara. Felicity y James nos acompañaron. Cruzaron para saludarnos y Benedict los siguió poco después. La energía entre nosotros había sido tenue desde las asambleas, sin duda debido a mi malestar, ante su presencia. No podía ver al hombre sin imaginarme a la diosa plateada en su brazo y la forma en que le había sonreído cálidamente. Él me había dirigido la misma calidez, y me había equivocado al pensar que eso significaba algo.

No permitiría que mi corazón se comprometiera con un hombre que me trataría con la misma consideración que a otras jóvenes. ¡No podía! Pero sacar a Benedict de mi mente era mucho más sencillo en teoría que en la práctica.

—Hace poco se me ocurrió... —dijo Benedict, uniéndose a nosotros cerca del fuego ardiente—. Le hice creer al primo Matthew que Thea y Felicity son las mejores amigas, y es por

eso que Thea ha elegido acompañar a James y Felicity, a Londres, para la temporada.

—¿Cómo es posible que se te haya ocurrido eso hace poco, cuando debiste habérselo contado a Claverley hace semanas? —preguntó James.

—Bueno, la parte de la que me di cuenta recientemente es que olvidé mencionárselo a cualquiera de ustedes. —Él mostró una amplia sonrisa—. Si queremos seguir con el engaño, hay que ser conscientes de ello.

—Puedo hacer eso —dije—. Me agrada Felicity, así que no será una gran prueba.

Las mejillas de Felicity se sonrojaron.

—Puedo decir lo mismo, por supuesto.

—Espléndido. —Benedict juntó las manos—. En ese momento, no me había dado cuenta que estaba prediciendo el futuro.

Ahórrate las autofelicitaciones, Ben —dijo James—. Aún debemos sobrevivir a la cena.

—¡Ah! Pero tengo plena fe en que las mujeres nos harán sentir orgullosos.

Lady Edith se rió. Sacudió la cabeza cuando se anunció a los invitados. Lord Claverley entró en la habitación, un poco más bajo que su esposa, con cara redonda y cabello rubio. Le siguió su esposa, majestuosa y alta, con joyas colgando de sus orejas y goteando por su pecho.

Mi columna se enderezó, ante el impacto de ver a un hombre en persona que había evitado durante tanto tiempo, y luché contra el instinto de huir de la habitación. Levanté la vista y encontré el rostro de Benedict, y esa seria mirada azul me pegó, haciéndome sentir como si dijera mucho más de lo que podía decir en ese momento. Giró para saludar a su primo, pero inclinó su cuerpo, justo delante del mío, de una manera que me hizo preguntarme, si se había dado cuenta que había adoptado una postura protectora.

—Señorita Northcott —dijo Lord Claverley, posando su mirada codiciosa en mí.

Hice una reverencia y saludé tanto al conde como a su esposa.

—Usted es la imagen de la salud —confirmó Lord Claverley.

Me dirigí hacia Lady Claverley:

—¿Cómo están tus hijos? El más pequeño aún no tiene un año, ¿no?

Su sonrisa floreció y sus ojos se iluminaron con interés.

—¡Oh, sí! Todos ellos son unos pequeños queridos encantadores. La bebé, Gwendolyn, fue bendecida con el mismo cabello ardiente que posee su hermano mayor. Es un shock tan grande que te prometo que quedarás impresionada cuando la veas. Es un verdadero querubín, y a veces me pregunto si nos la enviaron directamente del Cielo. Pero, ¿no son todos los bebés de espíritu tan dulce? Supongo que esa misma consideración tuve yo cuando nació cada uno de mis hijos. Ya sabes, es ese tiempo entre seis meses y un año de diferencia, cuando realmente brillan con personalidades tan distintas. Ha sido un auténtico sueño descubrir el afecto de la dulce Gwenny por sus hermanos, y creo que será bendecida con el carácter más dulce, porque ya ha demostrado ser de una naturaleza muy dulce, y solo llora muy ocasionalmente durante la noche. Su enfermera es...

—Querida —interrumpió Lord Claverley—. Creo que la compañía actual no desea oír hablar de la enfermera de nuestros niños.

—Al contrario —argumenté—. Me interesa mucho saber acerca de la mujer que cuida a una bebé de carácter tan dulce.

Lady Claverley fue interrumpida nuevamente, lo que le impidió explicar el tema, debido a que Forester abrió la puerta y anunció que la cena estaba lista. El conde me miró, aunque se le impidió pedir que me acompañara hasta la mesa, cuando Benedict dio la vuelta y me tendió el brazo.

—¿Puedo tener el honor de tu compañía? —preguntó en voz baja.

El alivio me inundó. No importaba que lo hubiera estado evitando activamente durante las últimas semanas. Él era actualmente mi salvador y podría haber abrazado al hombre en mi gratitud. Puse mi mano sobre su brazo y seguimos la procesión. Henry debió haber entrado sigilosamente en la antecámara, en algún momento, durante el monólogo de la condesa, porque ahora conducía a Lady Edith al salón, justo detrás de Lord Claverley y Felicity con James y Lady Claverly, a la cabeza.

Una vez que estuvimos sentados en la mesa, Benedict se inclinó y me dijo en voz baja:

—Ahora me debes un favor.

Una burla silenciosa fue mi súplica, y mantuve mi atención en alisar mis guantes, en mi regazo, mientras respondía.

—¿Es tan complicado acompañarme que requieres un pago?

—Ciertamente, es un riesgo. Todo contigo es un riesgo.

Su voz baja y aterciopelada se deslizó sobre mi piel, e hice lo mejor que pude para ocultar lo profundamente que me afectaba.

—Es un milagro que alguna vez te atrevas a hablar conmigo.

—No dije que no valiera la pena correr el riesgo.

—¿Qué? —Levanté la vista bruscamente para encontrar sus ojos azules oscureciéndose, mirándome con algo acechando profundamente, detrás de su sencilla expresión.

—Señorita Northcott, ha estado tranquila esta noche —dijo Lord Claverley—. Eso es de lo más inusual. Cuéntenos... ¿planeas divertirte?

—En Londres —respondí con los dedos temblando por el efecto de la expresión de Benedict—. Felicity insiste en ello.

Felicity me miró y luego pareció sentir lo que estaba haciendo.

—¡Oh, por supuesto! Debemos sacarla adecuadamente. —Volvió sus ojos inocentes hacia Lady Claverley—. Tengo muchas ganas de llevar a Thea a todos los bailes y fiestas de Londres.

Eso era mentira, y cualquiera que conociera bien a Felicity lo sabría. Era una suerte que Lord y Lady Claverley no parecían conocerla bien.

—Pero, ¿no te divertirás aquí en Chelton? —preguntó Lord Claverley—. ¡Esto es sorprendente!

—Tendrá más posibilidades de encontrar pretendientes, si su baile se celebra en la ciudad, que si es aquí —confirmó razonablemente Lady Edith.

—Supongo que entonces... tendremos que ir a Londres. —Su mirada lasciva me recorrió—. Espero que me prometas un baile.

—Pero cariño, me dijiste que ya no nos necesitan en la ciudad...

El conde lanzó a su esposa una mirada de reprimenda.

—No podemos perdernos el baile de presentación de nuestra querida señorita Northcott.

—Bueno, por supuesto que nos gustaría estar allí, pero viajar una distancia tan grande solo para...

—Discutiremos esto más adelante. —Lord Claverley mojó su cuchara en la sopa, que le acababan de servir, y la sorbió con satisfacción.

Por el contrario, yo había perdido el apetito.

Me quedé mirando la sopa blanca en mi plato, y recordé la noche en la cocina de los Fuller, cuando Benedict me encontró por primera vez, y se escabulló para convencerme que viajara a casa con él. Había sido frustrante verlo, por supuesto, pero, ¿no había sido también un alivio? Me encontró, me dijo que regresara a mi vida normal y a las personas que se preocupaban por mí, y

así me salvó de arruinar aún más mis manos callosas. Levanté un poco la mano para verla mejor, a la luz de las velas y, aunque tenía los dedos alrededor del mango de la cuchara, pude ver los callos y la piel endurecida. ¿Tenía cicatrices? El jabón había sido áspero y mi piel antes era muy suave.

Una presión debajo de la mesa contra mi rodilla me llamó la atención, y me incliné un poco hacia Benedict.

—¿Llamando a tu favor tan pronto?

Su voz no era burlona cuando respondió:

—No dejaré que te pase nada.

No podía bromear ahora, no después de escuchar la fuerza que transmitía con sus palabras. Giré para mirarlo de nuevo, olvidando mi sopa.

—Solo estaba pensando en la cocina de los Fuller.

Su rodilla volvió a presionar la mía y la dejó allí.

—Nunca más tendrás una razón para huir. No si puedo evitarlo.

Fue entonces, sin pensar en lo que estaba haciendo, que deslicé mi mano debajo de la mesa y la presioné suavemente contra su brazo que descansaba sobre su regazo, antes de recuperar mi servilleta para frotarme los labios. La acción fue tan rápida y fluida que estaba segura que nadie más podría haberlo notado. Pero por la forma en que los músculos del antebrazo de Benedict se habían tensado durante esa breve conexión, y por lo quieto que se había vuelto después, estaba segura que eso tuvo algún efecto en él.

Lo cual fue un poco preocupante porque ciertamente esto también había tenido un fuerte impacto en mí.

Capítulo 21

Benedict

Lord Claverley había estado haciendo todo lo posible para ponerse en una posición en la que pudiera estar cerca de Thea, toda la noche, y yo estaba a punto de tomar al hombre por la corbata y echarlo de la casa. “¿Siempre ha sido así? Si es así, ¿por qué diablos no lo había notado hasta ahora?” Fue ridículo en sus intentos de sentarse junto a ella en el sofá, y no estaba seguro, pero creo que presionó su zapato contra el de ella, debajo de la mesa, mientras jugábamos al whist, debido a la forma en que ella se sobresaltó y me miró... tal vez cuestionando, si yo era el culpable.

Sin embargo, ese no había sido yo. La única vez que dejé toda apariencia de caballero, y la toqué, en esa noche, fue en un intento de llamar su atención durante la cena. Quería que siguiera sintiéndose segura, como lo estaba, antes de venir a Chelton. Yo era responsable que ella estuviera aquí, pero por encima de eso, me preocupaba por ella.

La segunda vez que presioné mi rodilla contra la de ella no había sido tan inocente. Había sido producto de la abrumadora necesidad que tenía de estar cerca de Thea.

Supuse que podía entender por qué Claverley deseaba estar cerca de ella también, pero el hombre necesitaba controlarse. Estaba casado y su comportamiento era totalmente inapropiado. No era de extrañar que Thea se hubiera mostrado inflexible, en no quedarse en su casa. Tragué fuerte, luchando contra la ardiente ira que llenaba mi cuerpo de furia.

Lady Claverley bostezó por cuarta vez, en el último cuarto de hora, y su marido le lanzó otra mirada irritada.

—Supongo que deberíamos seguir nuestro camino —dijo. Miró a James—. Aunque está bastante oscuro y las carreteras pueden tener hielo.

—Hoy no llovió —le dije.

Hubo solo un momento de silencio, antes que James se aclarara la garganta.

—De todos modos, si desean pasar la noche, estaremos encantados de atenderlos.

—Sí, puedo hablar con la señora Prescott de inmediato y pedirle que prepare una habitación —dijo Felicity.

El pánico se apoderó del rostro de Lady Claverley de una manera que me sorprendió.

—No llovió, como dijo Benedict. Estoy segura que no deseáramos molestar a nadie, cuando el camino a casa no es tan largo. Lo hemos hecho antes, en numerosas ocasiones.

—Sería más seguro...

—Pero, Gwenny —suplicó—. Ella seguramente ya me extrañará. Y la pobre enfermera siempre se alegra mucho, cuando llegamos a casa, porque puedo calmar a Gwenny de inmediato. Ella mantendrá a toda la familia despierta toda la noche, esperándome, si no llegamos a casa, por supuesto, y no podemos permitir eso, cuando los niños se ponen muy irritables, cuando no duermen toda la noche... Deben estar de acuerdo en que el riesgo de conducir de noche no es tan grande como el de perturbar dos hogares...

—Muy bien —espetó Claverley con sus redondas mejillas manchadas de rojo.

La condesa dejó escapar un largo suspiro, inequívocamente aliviada. Ella no fue la única que se sintió así. Los hombros de Thea se relajaron de la misma manera.

Todos nos reunimos, mientras traían su carruaje, y Claverley se separó del grupo para acercarse a mí. Lo había estado observando de cerca y me preguntaba, si él se había dado cuenta

y quería cuestionar mis acciones.

—¿Bumpton, entonces? ¿Cómo te fue?

Me sorprendió y miré rápidamente a Henry, que escuchaba con calma a la condesa compartir la historia del reciente éxito de su hijo mayor entrenando a su poni.

—Dilapidada —dije—. No vale lo que piden, claro. Considero que ofreceré menos.

—Al menos vale la pena el esfuerzo de preguntar —dijo Claverley con aprobación—. La familia está fuera esta semana, y mañana, al mediodía en punto, podrás pasar por Kellinger. Son muy exigentes al respecto, así que no llegues tarde.

—Sí, claro. Gracias.

Claverley asintió una vez y se alejó, pero levanté la vista y encontré a James mirándome con curiosidad. Le envié una sonrisa y fingí que no acababa de hacer negocios en el salón, ya que eran negocios de los que él no tenía conocimiento.

Despedimos al conde y a la condesa, luego suspiramos como grupo colectivo, una vez que la puerta se cerró detrás de su carruaje en retirada.

—Puede ser una tarea ardua acoger a la propia familia, ¿no es así? —dijo mi madre.

—Estaba pensando que era un milagro que Lady Claverley alguna vez aceptara ir a Londres, dado el estado de la pobre Gwenny, cuando no está a su lado —expresó Felicity.

Thea se rió entre dientes.

—¿No escucharon? La condesa compartió conmigo, mientras jugábamos al whist, que su intención había sido llevar a toda la familia a la ciudad, pero no estaba segura de cómo iba a manejar a todos los niños y todos los bailes. Está muy agradecida de no tener que equilibrarlos más.

—¿No tienen sirvientes? —preguntó Felicity—. Aparte de su enfermera.

—Los tienen. La condesa es una madre muy dedicada —suspiró Lady Edith.

—Creo que es dulce —dijo Thea—. Me gustaría implicarme así, cuando sea madre.

Entonces, no pude evitar admirar su sonrisa melancólica. Algún día sería una madre amorosa. Thea no hacía nada a medias.

Felicity asintió, como si estuviera de acuerdo.

—Lo cual tendrás todo el derecho a ser.

La fiesta se acabó poco después y James me arrinconó en el salón, cuando todas las mujeres se habían ido a pasar la noche.

—¿Esgrima por la mañana, después de tu paseo?

—Absolutamente —dije. La esgrima era una excelente manera de quemar parte de la energía ansiosa que no había abandonado mi cuerpo, desde la noche de las asambleas. Trabajaría lo suficientemente duro para superar todos los sentimientos residuales que estaba desarrollando por Thea, y entonces ella ya no tendría tanto control sobre mis pensamientos.

Enfrentaría esa situación. No tenía otra opción.

* * *

James ya estaba esperando en la larga galería, cuando me quité el traje de montar. Las alfombras estaban enrolladas y las cortinas permanecían cerradas para dejar entrar la suave luz de media mañana.

—A menudo siento como si nuestros antepasados nos estuvieran observando cuando nos enfrentamos aquí —dije, cruzando la habitación y dando un buen golpe a mi florete en el aire, probando mi muñeca.

—Creo que se sentirían decepcionados por la poca frecuencia con la que practicamos. —

James levantó su máscara de malla de alambre y se la colocó en la cara.

—Hoy en día los duelos se libran con armas de fuego. Para nosotros no es un deporte tan necesario aprender como lo era para la generación de nuestro padre. —Me encogí de hombros.

—¿Tienes la intención de batirte en duelo ahora? ¿El honor de quién estás defendiendo?

—Anoche me preocupaba que fuera de Thea. —Bajé mi espada y me levanté la máscara hasta la cara, borrando un poco la imagen de mi hermano—. ¿Notaste que el primo Matthew se concentraba en ella?

James bajó la voz.

—Sí... Me preguntaba si siempre había actuado de esa manera o si esto es nuevo. Dada la insistencia de Thea en no ir a su casa, me inclino a pensar que no es la primera vez que él le prestaba tanta atención. —Se rió sin humor—. Estaba preparado para trasladarla a la habitación de Felicity, a pasar la noche para poder vigilarla. Me alegré cuando la condesa insistió en volver a casa.

—Al igual que yo. —Terminé de colocarme la máscara en su lugar—. Para un hombre que desprecia tanto el escándalo, su comportamiento fue impactante.

Tomamos nuestras posiciones y James comenzó. Nuestros floretes eran débiles, pero aún así elegimos usar máscaras para protegernos la cara, aunque a veces sentía que eso me ponía en desventaja.

—¿Kellinger? —preguntó, sin aliento por las paradas y estocadas.

De modo que había estado escuchando la noche anterior, cuando Claverley habló de la casa.

—No quieren que se sepa ampliamente que deben vender.

—La familia se engaña a sí misma, si no creen que la mayor parte de Bakewell ya lo sabe.

Me quedé sin aliento y perdí la concentración. James dio un golpe en el pecho derecho de mi chaqueta, y ambos dejamos caer nuestros puntos de florete, y retomamos nuestras posiciones para comenzar de nuevo.

—Voy a verlo hoy —admití.

—¿Estás interesado en una propiedad? —preguntó James—. ¿Qué provocó esto? Sabes que puedes quedarte aquí todo el tiempo que desees. En Chelton hay suficiente espacio para todos nosotros.

Él extendió los brazos para ilustrar su punto.

—Cuando formas una familia, no querrás que los hermanitos estén cerca.

—Por supuesto que estaremos...

—Cuando forme una familia, me gustaría hacerlo también en mi propia finca.

James hizo una pausa, dejó caer el brazo y dirigió su florete hacia el suelo.

—Ese es otro punto completamente diferente. ¿Tienes alguien en particular en mente, o se trata simplemente de sentirse preparado para el matrimonio?

Estaba inquieto y no aprecié esta pausa en nuestro combate.

—A mi madre le gustaría que considerara a la señorita Dodwell, pero le di a la muchacha dos bailes, en las asambleas, hace unas semanas, y al final de la noche supe que no encajaríamos.

—Madre debe haber compartido tu opinión con mi esposa. —James se rió entre dientes—. Liss estaba segura que tú y la señorita Dodwell estaban en camino alegre para cortejarse.

—Corrige a tu esposa, antes que tus esperanzas se vean comprometidas demasiado. La señorita Dodwell y yo nunca seremos...

—¡Qué lástima!

—¿Lo es? —Empujé hacia adelante y James se apresuró a participar. Siempre él había sido el mejor esgrimista. Continuamos durante casi una hora, antes que tuviera que admitir la derrota.

El sudor bajó por mis sienes y se acumuló en mi espalda.

—Necesito irme pronto, si quiero llegar a Kellinger, antes del mediodía.

James se desató la máscara y la arrojó al suelo, antes de pasarse el brazo por la frente para secarse el sudor.

—¿Llevarás a alguien contigo?

Busqué mi pañuelo en mi bolsillo pero no lo encontré, optando por usar también mi manga.

—Henry aceptó venir.

James asintió.

—Él te aconsejará bien. —Cruzó la habitación y me dio una palmada en la espalda—. Creo que adquirir una propiedad es una idea maravillosa. Seguramente, es lo que mi padre tenía en mente cuando te dejó el dinero, y creo que le agradaría saber que elegiste establecerte tan cerca de casa.

Parpadeé para alejar la repentina humedad que amenazaba mis ojos y respiré temblorosamente.

—Me planteé dedicarme a otra ocupación, pero nada me atrae tanto como administrar la tierra. No soy reacio al trabajo duro.

—Por cómo suenan las cosas en Bumpton, no debes serlo.

—¿También has oído hablar de Bumpton?

James sonrió, bajando un poco la barbilla.

—Es posible que Henry haya mencionado el estado del techo.

—Para ser un hombre que tiene los labios tan cerrados en sus propios asuntos, ha sido notablemente abierto en los míos.

—No te enfades con él. ¡Estaba preocupado por el techo!

La ira llenó mi estómago, retrocedí un poco y recogí mi máscara.

—Si decido reparar el techo, no temas. Henry y tú serán los primeros en la lista de hombres que reclutaré.

James tomó mi antebrazo y me suplicó:

—Sabes que también seremos los primeros en llegar. No descargues tu enojo conmigo simplemente porque tu hermano estaba preocupado. Ya no tenemos a padre, por eso debemos cuidarnos unos a otros. Nosotros tres, para nosotros tres. —Suavizó su tono y añadió—, no estamos tratando de ocupar su lugar.

El dolor se derramó sobre mi piel y se infiltró en mi pecho, ampliando mi sufrimiento interior.

—Lo sé —dije en voz baja—. Solo desearía que estuviera aquí para aconsejarme.

—Le hubiera encantado ayudarte a seleccionar una propiedad. Calcular costos y compararlos con los beneficios, ese era el tipo de actividad que más disfrutaba.

—La segunda después de ganarnos en las carreras de caballos.

—O sentarse con mamá junto al fuego.

Compartimos una sonrisa, cada uno de nosotros estaba perdido en nuestros propios recuerdos. James me abrazó, y su abrazo fue cálido y afectuoso, pasando por alto nuestro dolor mutuo, y envolviéndolo en el vínculo familiar que compartíamos. A veces extrañábamos tanto a nuestro padre, que no había palabras para hacer justicia a esa pérdida.

Di un paso atrás.

—Realmente, debo estar en camino.

James giró para recuperar su florete y su máscara, y me hizo un gesto para que me fuera.

—¿Ben?

Di la vuelta para mirarlo y caminé de espaldas hacia mi habitación.

—Cuando estés en la finca, pregúntate qué pensaría nuestro padre. Estoy seguro que hablará contigo, entonces.

Asentí y di la vuelta para ver adónde iba. James tenía razón. Si le preguntaba, estaba seguro que mi padre me diría exactamente lo que necesitaba oír.

Capítulo 22

Thea

Levanté mi falda de hábito para que no se arrastrara con la suciedad y besé a Luna, en la nariz, antes de dejarla en su cubículo. Nuestro viaje se había interrumpido hoy porque el aire de enero era demasiado frío para una exposición prolongada. Mañana debería intentar salir, después del mediodía, ya que entonces el sol estaría más fuerte. Quizás podría aguantar un poco más.

Se oyeron pasos en la grava y doblé la esquina para encontrar a Benedict, viniendo hacia mí. Ambos nos detuvimos a medio camino de la entrada arqueada de los establos, cuyo techo alargado parecía un túnel.

—¿Qué desafortunado que te extrañé! —dije.

—No voy a pasear por la finca.

—¿Oh? ¿Tienes más asuntos que atender?

Para ser un caballero con recursos y ocio, ciertamente él mantiene muchas conversaciones de negocios. “*A menos que... a menos que por negocios se refiera a una mujer*”. Después de todo, los contratos matrimoniales eran acuerdos comerciales. Me dio un vuelco el estómago y traté de disimular mi repentina consternación con una sonrisa atrevida.

—Tengo la esperanza que hoy sea la última de todas las reuniones, durante un tiempo.

Mi corazón martilleó en mi pecho.

—¿Crees que todo terminará tan pronto?

—Tendrá que ser así. —Él se encogió de hombros—. Si nos vamos a Londres en las próximas semanas, tendré que realizar el resto de mis negocios por correspondencia.

—Si han llegado al punto de mantener correspondencia entre ustedes, entonces casi deben haber llegado a un entendimiento.

Ciertamente, no se mantiene correspondencia con una persona del sexo opuesto, a menos que haya un compromiso, y Benedict era un caballero. Nunca pondría en peligro la reputación de la señorita Dodwell.

—Cerca de... —Su boca se torció en una sonrisa—. Henry y yo vamos a ver una casa hoy.

Mi corazón cayó a mis pies.

—¡Cielos! Ese es un gran paso.

—Lo es... Quizás no me siento tan preparado como debería —suspiró.

—No comprometas tu corazón, si no puedes resolver el asunto.

Las cejas de Benedict se juntaron y se pasó una mano por la barbilla.

—Hasta ahora he tenido mucho cuidado de no dejar que mi corazón guíe mis decisiones. Esto es estrictamente comercial. Números y costos versus beneficios, ese tipo de cosas.

Levanté la barbilla, un poco perturbada por la forma fría en que él veía el matrimonio. Fue una suerte que no hubiera revelado mis crecientes emociones porque Benedict no era mejor que mi padre, y esto era una prueba.

—¡Cielos! Esto parece bastante... Bueno, no es de mi incumbencia. Te deseo suerte hoy, supongo. —Empecé a alejarme.

—Podrías estar un poco más feliz por mí —dijo, llamando mi atención.

Hice una pausa y volteé para mirarlo. Sus ojos parecían oscuros en el túnel y el músculo saltó cuando su mandíbula se flexionó, lo que se hizo más obvio por las sombras sobre su rostro.

—¿Lo deseas? ¿Para que yo sea feliz por ti?

Él se acercó. Sus dedos cruzaron el espacio entre nosotros para revolotear por el dorso de mi mano enguantada, donde estaba apretando mi bata. Inmediatamente, dejé caer la cola de mi falda al suelo embarrado, cuando un escalofrío recorrió mi brazo.

—Sí —dijo él con voz ronca—. Lo hago, por encima de todas las cosas.

—¿Por qué mi opinión debería tener algún mérito?

—Seguramente, ¿ya has visto cuánto la valoro?

Lo hacía. Él tenía razón y lo había demostrado al buscar mi compañía y conversación, desde que regresamos juntos a Chelton y acordamos la tregua. Pero no podía permitirlo. Quería inclinarme hacia adelante e inhalar su aroma sabroso y picante. Quería que sus dedos bailaran ligeramente sobre los míos, otra vez. Quería que su sonrisa fuera para mí, y solo para mí.

Pero no era así. Iba de camino a comprar una propiedad para una familia que tendría con otra persona. En ese momento, se comportaba exactamente como mi padre: el tipo de hombre con el que nunca podría estar.

Fue injusto que el destino decidiera poner a Benedict en mi vida, hacerme amarlo, y luego convertirlo en algo totalmente inadecuado para mí.

“¿Amarlo?” Jadeé y di un paso atrás. Era una verdad que ya no podía negarme a reconocer, pero sabía que no podía hacerlo frente a él. Di la vuelta y salí de los establos, descuidando mi dobladillo. Ayudaría a Hannah a fregarlo más tarde. Había demostrado que podía fregar bastante bien en mi último trabajo.

Benedict pronunció mi nombre una vez, pero lo ignoré, y él no volvió a hacerlo. Pasé al lado de Henry, a medio camino de regreso a la casa, y logré sonreírle, pero ni siquiera ralenticé el paso.

La casa se acercaba y su protección estaba al alcance. Entré mucho más rápido de lo que debería hacerlo una dama y subí corriendo las escaleras hacia mi habitación. Hannah ya estaba allí, extendiendo mi vestido y limpiando los implementos que había usado antes para arreglarme el cabello.

—Pensé que el verde claro para hoy... —Se detuvo al ver las lágrimas corriendo por mis mejillas y dejó el vestido sobre la cama—. ¿Qué puedo traerle, señorita?

—Nada. —Cerré la puerta y crucé hacia la ventana. Desde este punto de vista no podía ver los establos, y algo en mí deseaba enormemente verlos. Si me daba prisa, podría llegar al salón, cuando el caballo de Benedict estuviera ensillado. Me sequé los ojos y encaré a mi criada con resolución—. Ayúdame a vestirme rápido.

Hannah nunca había trabajado tan rápido como ahora. Mi cabello no tenía el nivel que a ella le hubiera gustado, pero me vestí, me quité la falda de hábito y me puse las pantuflas en una mera fracción del tiempo que normalmente dedicamos a mi aseo. El salón estaba vacío cuando llegué, a excepción de Felicity, que estaba sentada en una silla lujosa cerca del fuego con un libro en su regazo.

—No me hagas caso —dije distraídamente, acercándome a la ventana y mirando el paisaje vacío. El camino que se alejaba de Chelton estaba desprovisto de ciclistas y el sol de invierno brillaba felizmente sobre la escena vacía.

—¿Hay algo de interés afuera? —preguntó ella.

—No... Lo cual me alegra.

Mi comportamiento debía haber sido extraño... No sabía por qué era extraño. Felicity pareció sentir lo mismo porque dejó su libro y cruzó la habitación para pararse a mi lado. Esperamos junto a la ventana, observando la carretera vacía y el sereno río que pasaba por debajo del puente y se perdía de vista.

—¿Qué estamos esperando? —preguntó Felicity.

—Bueno...

Fui tan tonta que pensé que no podría pronunciar las palabras en voz alta. Esperé la oportunidad de observar a Benedict sin reservas. La esperanza que no se iría, que hablaría conmigo, si había detenido sus planes de avanzar en su futuro con la diosa plateada. Cualquier cosa que implicara que sus palabras tuvieran un peso más profundo, que lo decía en serio, cuando me dijo que valía la pena correr el riesgo, que mi opinión tenía mérito, que le importaba lo que yo pensaba. Seguramente, no podía decir esas cosas y no debía decirlas en serio. Pero si yo hablaba en serio, como yo había anhelado, entonces él no se iría a ocuparse de la señorita Dodwell y este camino permanecería vacío.

Cuanto más esperábamos en silencio, mirando el río y la carretera vacía, más sentía que mis hombros se relajaban. “¿*Había cambiado de opinión?*” Seguramente, no podía haberse ido, antes que yo llegara a la ventana, ya que Jasper aún no había sido sacado de su puesto, cuando me alejé de Benedict.

—No puedo evitar sentir que me estoy perdiendo un aspecto importante de esta actividad.

—Pensarás que estoy loca. —Me reí.

—Como loca, según muchos de mis conocidos, soy la última persona en tirar esa piedra en particular.

—¿Porque eres tímida?

—Sí, mi tranquilidad y mis ataques de ansiedad. Han dado motivos para que se burlen y me juzguen. —Ella agitó una mano como si hiciera a un lado sus palabras—. Pero no estamos hablando de mí, ahora.

Me llamó la atención un movimiento en el rincón más alejado de la ventana y noté que Henry cabalgaba hacia el puente. Respiré hondo, esperando y deseando, hasta que Benedict apareció detrás de su hermano, y el aire salió de mis labios, en una ráfaga de decepción.

—¡Oh! ¿Esperabas hablar con ellos? —preguntó Felicity—. Se han ido a ver una propiedad para Benedict. Le gusta la vida de un caballero granjero.

“*Un caballero granjero*”. No se me pasó por alto que la noche anterior había bromeado con su madre acerca de casarme con un granjero.

—Es bueno tener una herencia antes de casarse. Creo que eso hará que su traje sea más atractivo para el padre de la mujer. —Ciertamente, así lo expresaba él cuando hablaba de las transacciones comerciales que estaba realizando. Quizás el señor Dodwell estaba aportando fondos suficientes para hacer posible la compra de la propiedad, o algo así.

—¿Quién es la mujer? —preguntó Felicity.

La miré astutamente.

—La plata... —Me aclaré la garganta—. La señorita Dodwell, por supuesto. Fuiste tú quien me habló de su entendimiento.

—¡Oh eso! —Ella se encogió—. Me informaron erróneamente sobre el supuesto entendimiento. ¡No tienen nada en común! Lady Edith simplemente deseaba que fuera así. Creo que Benedict prestó especial atención a la señorita Dodwell para demostrarle a su madre que había hecho todo lo posible para que ella no insistiera más en el asunto.

Me apoyé contra el marco de la ventana, descansando parcialmente mi hombro en los fríos cristales, y encaré a Felicity. De alguna manera había perdido la capacidad de mantenerme erguida y pensar simultáneamente. “¿*Benedict no está comprando una propiedad para formalizar un contrato matrimonial con la señorita Dodwell? ¿Lo está haciendo por sí mismo?*”

Esta nueva información arrojó una luz diferente sobre la conversación que había tenido con

Benedict en los establos. Debió pensar que yo era una criatura muy extraña, cuando me perturbó su deseo que fuera feliz por él. Pensé que quería que yo encontrara alegría en su unión con la diosa de plata, y solo me había pedido que me alegrara que estaba dando un gran paso hacia su futuro.

—¿Qué propósito tiene comprar una propiedad, si aún no desea casarse? —pregunté—. James debe apreciar su compañía aquí, y Henry aún no tiene idea de establecerse en Sedwick.

—Quizás tenga una mujer en mente. —Felicity se encogió de hombros—. O simplemente está listo para tener una esposa y una familia. Cuando su padre murió, dejó Chelton a James y Sedwick Lodge a Henry, pero Benedict solo recibió fondos. Tiene la mayor flexibilidad de los hermanos, pero también debe tomar una decisión que alterará el resto de su futuro. No es una tarea pequeña.

Y aquí yo le había dicho al hombre que no dejara que su corazón guiara sus decisiones. *“Esto es estrictamente comercial. Números y costos versus beneficios, ese tipo de cosas”*. Pero esto no debería ser estrictamente un negocio, no cuando lo que estaba en juego era su futuro. Sacudí la cabeza, deseando poder volver al amanecer de esta mañana, y tener una segunda oportunidad en nuestra conversación con esta nueva información. Habría hablado de manera muy diferente, si lo hubiera sabido.

Alguien se aclaró la garganta en la puerta y un lacayo se acercó con una bandeja. Tomé la carta que me entregó y le agradecí.

—Es del abogado —dije en voz baja, mirando el nombre y preguntándome qué era lo próximo en implosionar de mi futuro.

Felicity apoyó una mano en mi brazo.

—Volveré a mi libro y te daré algo de privacidad.

Asentí, sentándome contra el alféizar de la ventana y rompiendo la oblea. Mi carta al señor Robertson pedía detalles sobre la herencia y cómo ponerme en contacto con mi medio hermano. Había sido una especie de carta de presentación, porque aún no se había comunicado conmigo.

“Señorita Northcott...

Envié mi última carta a la escuela a la que se supo que usted asistía por última vez y supongo que pasará algún tiempo hasta que le llegue. Gracias por notificarme de su nueva dirección y sus planes de ir a Londres. Tenía la esperanza que este negocio pudiera realizarse en persona. Si a usted le es conveniente venir a Bath y es tan amable de venir a mi oficina, estaré encantado de coordinar una reunión con el otro beneficiario, Archibald Danvers.

Si eso está fuera de discusión, preguntaré sobre la posibilidad de concertar una reunión en Londres. Aunque, dadas sus circunstancias, eso podría resultar difícil de lograr durante algún tiempo.

Como su tío ha tomado el control de su herencia, desde la muerte de su padre, ha sido informado del cambio en los fondos y actuará en consecuencia con respecto a su asignación trimestral. Nada en este sentido debería cambiar, pero depende de su tío tomar esa decisión.

No dude en escribirme, si usted tiene alguna pregunta adicional. Espero ansiosamente su respuesta.

Adam Robertson, abogado.”

“¿Dadas sus circunstancias? ¿Qué significa eso?” Con la mitad de mi herencia, Archibald Danvers ciertamente no tendría dificultades económicas. *“¿Está atrapado en la prisión de un deudor? De nuevo... ahora tiene los fondos para liberarse. ¿O podría estar cuidando a un pariente anciano o enfermo?”*

No. No me permitiría sentir simpatía por un hombre del que no sabía nada más allá del hecho que compartíamos un padre.

“¿Y su madre?” Esperaba que el señor Robertson al menos me diera una idea de ello.

Levanté la vista, más frustrada que antes de leer la carta, y encontré a Felicity mirándome con preocupación. Ella era muy amable y había llegado a valorar su compañía, durante el último mes. Me alegré que aceptara venir conmigo a Londres para no tener que afrontar esto sola. Sin embargo, debíamos partir en apenas quince días.

—¿Te apetece un viaje a Bath? —pregunté, haciendo que mi tono fuera más ligero, a pesar de las emociones en conflicto que me acosaban.

—¿Para qué?

Respiré profundamente.

—Para poder conocer a mi hermano.

Capítulo 23

Benedict

Kellinger Park era una hermosa finca, situada en una colina, con la intención expresa de ser admirada desde todos lados. Tenía una historia prestigiosa, y aunque el mayordomo que nos proporcionó un recorrido no nos permitió entrar a los dormitorios principales, era muy evidente que la casa no era más que una hermosa estructura arquitectónica, y estaba seguro que los dormitorios principales no eran diferentes. Habían retirado la mayor parte de los muebles, junto con las amplias alfombras, los cuadros y las mesas. Faltaba la lámpara de araña en el salón de baile, y solo eso sería costoso reemplazarlo, por no hablar de las paredes vacías que pedían ser adornadas con espejos de marcos dorados y retratos familiares.

Al caminar por los pasillos, quedó muy claro cómo la familia había podido postergar a sus acreedores durante tanto tiempo.

—De alguna manera, Bumpton se sentía un poco más como un hogar, ¿no estás de acuerdo? —le pregunté a Henry, cuando regresamos a los establos para recuperar nuestros caballos.

—Se necesitarán menos fondos para poner a Bumpton a la altura —asintió Henry.

—Esta casa está en un estado mucho mejor.

—Y completamente vacía. Costará mucho más equipar a Kellinger que reparar el tejado de Bumpton.

Recuperamos nuestros caballos y bajamos la colina, deteniéndonos al pie del camino y girándonos para mirar la casa. James me había dicho que me preguntara qué pensaría mi padre, y supe desde ese punto de vista que él apreciaría la grandeza y el prestigio de una casa así. La encontraría digna de un hombre de Bradwell, y diría que yo tenía tiempo suficiente para llenar las habitaciones, que seguramente no sería necesario hacerlo todo de una vez.

—Quizás haga una oferta —dije, mirando la piedra rosada desde la luz del sol menguante.

—No es necesario que tomes una decisión ahora —me recordó Henry—. Puedes obtener más información sobre ambas casas, y enviar los precios que estás dispuesto a pagar, y decidir más tarde que acuerdo se adapta más a tus propósitos.

—¿Prefieres una casa sobre la otra?

La boca de Henry se inclinó hacia abajo en una especie de ceño fruncido.

—La tierra de Bumpton parece fértil y rica. Hay muchas cosas que se pueden hacer con una buena tierra.

—Cierto. —Me pasé los dedos por el pelo y me puse el sombrero en la cabeza—. Basta con mirar entre el florecimiento de Chelton y el declive de las finanzas de Claverley para ver cómo la tierra marca la diferencia.

—¿Has pensado en un administrador de la tierra?

—Aún no. —Tiré de mi corbata y la aflojé—. No sabría por dónde empezar.

—Pregúntale a James. Quizás tenga en mente a un lugareño. O tal vez lleve la consideración a Londres, y pregunte a sus viejos amigos de la escuela. Quizás alguien esté buscando trabajo.

—No es una mala idea. —Pateamos a nuestros caballos y los pusimos a medio galope para poder llegar a casa, antes que oscureciera—. Si vienes a la ciudad, puedes ayudarme a encontrar a alguien.

—¿Por qué es tan importante para todos que asista a la temporada? Eres la cuarta persona

que me lo menciona.

“¿La cuarta? ¿Qué persona de nuestra casa aún no lo ha mencionado?”

—No puedo hablar por nadie más, pero creo que debes dejar Chelton, si tienes esperanzas de encontrar a una novia.

La boca de Henry se aplanó hasta convertirse en una fina línea.

—Que tú te sientas listo para ser encadenado a una mujer no significa que quiera ese destino para mí.

—¿Encadenado? —Le levanté una ceja—. Realmente, no se ve el matrimonio de esa manera.

—No, no lo hago. Pero no me preocuparé por encontrar una esposa hasta que esté listo.

—¿Y hasta entonces? ¿Estarás deprimido en Chelton, y fingirás que estás perfectamente contento con no hacer nada más que leer todo el día, excepto algún descanso ocasional para montar a caballo?

Henry apartó la mirada, incapaz de mirarme a los ojos.

—Me planteé venir a Londres, pero no para asistir a la temporada. Thea me recordó otras cosas que la ciudad tiene para ofrecer.

—¿Te gustan las mujeres de buena reputación y en edad de casarse?

—Como los museos y las librerías.

—Eres tan aburrido.

—Y tú, hermano, estás enamorado.

Me sorprendió hasta dejarme en silencio.

Seguimos un poco más y Henry se encogió de hombros.

—Si tú puedes ser franco, yo también.

Eso fue justo.

—No debería hablar de tu vida tan claramente. No me corresponde a mí juzgar.

—No, no es. Pero disculparte por tus palabras no quita las mías. Estás enamorado, ¿no?

Reduje la velocidad de Jasper, solté las riendas y me froté la cara con ambas manos. Cuando me las quité, Henry dio la vuelta y regresó hacia mí, desacelerando su caballo para caminar junto al mío.

—Amor es una palabra fuerte y no estoy seguro que sea aplicable aquí. —Tragué con dificultad, temiendo las repercusiones por expresar en voz alta los pensamientos tranquilos de mi corazón. Pero podía confiar en Henry—. Me preocupo por ella. Yo... Ojalá no estuviéramos siempre tan enfrentados, que ella me viera y no levantara inmediatamente sus muros defensivos. Pero no sé cómo derribarlos.

—¿Has hablado con ella sobre eso?

—Hicimos una tregua, pero eso no pareció abrirme su corazón tanto como esperaba.

—Entonces, debes hacer más. Porque ella no esperará eternamente, Benedict, y si vas a la ciudad para pasar la temporada, la competencia por su afecto solo se hará más fuerte a un ritmo exponencial.

—Creo que nos iremos en tres semanas. ¿Tengo tres semanas para ganármela?

—Al menos, eso te dará un mejor comienzo. —Henry se encogió de hombros.

—¿Pero cómo puedo conquistar a una mujer que no me deja en ganar nada?

—¿No es obvio? —expuso Henry—. ¡Déjala ganar!

* * *

Cuando llegamos a Chelton, el sol hacía mucho que se había puesto. Nos detuvimos en

Bakewell para cenar y evitar unirnos a la comida en casa, cuando ya estarían a la mitad de la cena. Entramos al patio de los establos y saltamos de nuestros caballos a la luz naranja de las lanternas, que colgaban de los ganchos de la pared.

—Sigue adelante —le dije, ayudando al mozo de cuadra a quitarle la silla y la manta a Jasper. Planeaba cepillarlo y asegurarme que estuviera alimentado, ya que era una buena manera de retrasar la entrada a la casa.

—Debes entrar eventualmente —dijo Henry, como si pudiera leer mis pensamientos.

—Estaré allí pronto. —Ahora había admitido en voz alta mis sentimientos en desarrollo, los cuales eran reales y tangibles. Esto era algo que ya no podía negar.

Me preocupaba cómo actuaría con Thea. Solo tenía tres semanas para demostrarle que valía la pena arriesgarme, y no me pareció tiempo suficiente. Era tan vibrante, tan audaz y llena de pasión, que sin duda conquistaría a la alta sociedad. Ella llegaría y tendría una serie de admiradores, pidiéndole bailes y enviándole flores, antes que terminara la primera semana.

Bajé el cepillo de Jasper y me desplomé contra la pared. ¡Estaba condenado! Thea no me miraba de esa manera y tres semanas no harían ninguna diferencia en su afecto. Esta misma mañana, cuando hablamos, antes de ir a ver a Kellinger, le pedí que se alegrara por mí y ella se sorprendió, como si le hubiera solicitado la cosa más ridícula del mundo. ¿Necesitaba aceptar que ella y yo nunca íbamos a estar juntos?

O... O podría hablar con ella. Preguntarle por qué se alejó de mí, después de las asambleas. Preguntarle por qué pensaba que era absurdo que yo quisiera su apoyo. Preguntarle si tenía una oportunidad. Sin duda, esto aceleraría mi traje, o lo mataría de inmediato.

La determinación surgió en mi pecho, colgué el cepillo de un gancho junto con los demás utensilios y me dirigí a la casa. Una caminata rápida por el césped, en el frío, me refrescó, aunque todavía olía a caballos y sudor, así que no la buscaría ahora, a pesar de lo que quería. Me quité los guantes y los metí en el bolsillo, luego el abrigo y lo puse sobre mi brazo. Me escabulliría por la puerta lateral, me tomaría la noche para desarrollar mi plan y después...

Me detuve en la puerta de la casa, cuando me encontré cara a cara con Thea. Sus ojos muy abiertos mostraron su sorpresa, ante mi repentina entrada, y cerré la puerta mucho más suavemente de lo que la había abierto.

—La cena ha terminado —dijo, mirando desde mi cabello despeinado hasta mis botas polvorientas—. Te la has perdido, por completo.

—Comimos en el pueblo.

Ella asintió con la mano apoyada en la pared a su lado.

—Me estaba dirigiendo a la cama.

—¿A través del pasillo de sirvientes?

—Es mucho más rápido. —Ella se defendió. Un candelabro en la pared detrás de mí arrojó su luz sobre Thea, y pude discernir el suave rubor que calentaba sus mejillas.

—A menudo uso esta ruta cuando deseo evitar a alguien. —Tiré mi abrigo sobre la mesa colocada contra la pared y crucé los brazos sobre el pecho—. ¿Quieres evitar a alguien?

—Esto no me funcionó muy bien, ¿cierto?

Una burla juguetona salió de mi garganta.

—¿Por qué deberías desear evitarme? Pensé que teníamos una tregua entre nosotros.

—Lo hicimos, pero no estoy seguro que haya servido de nada.

—Me gustaría argumentar lo contrario. Ha sido muy agradable ser tu amigo, Thea.

Ella imitó mi pose, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Si hay alguien en esta casa que encuentra agradable mi amistad, sin duda son todos

menos tú.

—¡Me hieres! He hecho todo lo posible para demostrar lo contrario. —Bajé la voz y di un paso más cerca, esperando no asustarla—. De hecho, pensé que apreciabas mis esfuerzos.

—Si te refieres a la cena con tu horrible primo, entonces sí, lo aprecié mucho. Dime... —Hizo una pausa, mirando hacia un lado. Vi un destello de incertidumbre y mi pecho se hinchó con el deseo de consolarla—. ¿Fuiste tú presionando tu pierna contra la mía durante el juego de whist? En la segunda ronda.

“¡*Maldito Claverley!*” Quería llevar mis puños cerrados a su mandíbula sin reservas, pero me tragué esa reacción violenta y respiré suavemente por la nariz.

—¡No! Ese no fui yo.

Ella miró hacia otro lado.

—Pensé tanto... Solo que esperaba...

—¿Que había coqueteado contigo?

Su mirada se endureció. Había dicho algo equivocado.

—No exactamente. Es que sé que eres inofensivo. Pero... Lord Claverley no se siente inofensivo.

Toda mi sonrisa juguetona se escapó de mis labios.

—¿Él te ha lastimado?

—¡No!

Le creí y sentí alivio en mis venas.

—Todavía no, ¿tenías miedo?

Ella tragó con sus redondos ojos azules confiando en mí.

—Eso es lo que temía. Sus manos tienden a desviarse donde no son bienvenidas.

El fuego me atravesó con una rápida furia. Era bueno que mi primo estuviera a una distancia razonable, o no podría controlar mi ira.

—Eres tan fuerte, Thea. ¿Por qué no le dijiste que dejara de hacerlo?

Thea se burló en voz baja y ronca.

—Supongo que no soy tan valiente como parezco. Temía que nadie me creería si admitía que desconfiaba de la posibilidad que me lastimaran... Que simplemente tocó mi cinta y esto me dio una sensación repugnante. No había nada que compartir, excepto mis miedos, y supongo que esos miedos mantuvieron mis labios cerrados.

Hice lo mejor que pude para moderar mi ira, pero mi voz era ronca y cruda.

—Nunca permitiría que te pase nada, Thea.

Ella levantó la vista y sus ojos redondos me observaron atentamente. Esta mujer había sido lastimada antes, y no permitiría que volviera a ser lastimada, no si podía evitarlo. ¡Ya era hora! Necesitaba luchar por ella. Apenas tenía tres semanas y cada segundo contaba.

—Antes, cuando te pedí en los establos que te alegraras por mí...

—¡Oh! Por favor no menciones eso. —Thea dejó caer su rostro entre sus manos—. Precisamente, esa es la razón por la que estaba tratando de evitarte esta noche. ¡Estoy tan avergonzada!

Alcancé sus muñecas y tiré suavemente para quitárselas de la cara. Yo era consciente que olía fatal y tenía las manos sucias, así que solo la toqué ligeramente.

—¿Avergonzada por qué razón?

—Entendí mal... ¡Oh! No puedo decírtelo. —Ella giró sus muñecas en mi agarre y presionó sus dedos en mis brazos, apretándolos—. Encontrarás todo tipo de significados donde no los hay.

—Me temo que ahora no tienes otra opción. Mi curiosidad no permitirá que esto descanse

hasta que la hayas saciado.

Ella sacudió su cabeza.

—Es demasiado ridículo. Te reirás de mí.

—Si te juro no esbozar ni una sonrisa, ¿me lo dirás?

—Ni siquiera una pequeña sonrisa.

—Lo juro.

Thea dejó escapar un largo suspiro.

—Muy bien. —Cerró los ojos y luego habló—. Tenía la impresión errónea que tú y la señorita Dodwell se comprometieron, y cuando hablaste de transacciones comerciales, esta mañana, creí que estabas trabajando en el contrato matrimonial y buscando una propiedad para tu futura esposa.

Mi boca se abrió.

—¿Qué diablos te dio esa impresión?

—Felicity, por algo que tu madre le dijo.

Mi estómago se apretó con anticipación. Sus emociones habían sido un desastre porque pensó que yo estaba interesado en casarme con otra persona. Era una señal que ella me tenía cierta consideración.

—Ustedes las mujeres no son más que un montón de chismosas.

Su agarre sobre mis antebrazos se hizo más fuerte.

—No debes permitir que tu madre piense que estás considerando a una mujer que realmente no estás considerando.

—Pero deberías preguntarme si estoy considerando una mujer, en lugar de escuchar a mi cuñada.

—No deberías bailar dos sets con una mujer, a menos que quieras que todo Bakewell esté bajo el mismo malentendido.

—No deberías decirles a otros hombres que Bakewell te parece encantador, cuando en realidad te están preguntando...

—¡Oh! Eso no... ¡otra vez! —Ella dejó caer la cabeza hacia atrás y dejó escapar un suspiro irritado.

Tiré de sus brazos y ella me miró, acercándose un poco más. Bajé la voz.

—Deberías dejar de evitarme.

—¿Cómo te estoy evitando? —susurró, igualando tono por tono.

—No has viajado conmigo en semanas.

—Pero, el frío...

—No me trago esa excusa ni por un minuto. Esta noche dijiste que elegiste este corredor para evitarme. Si tenemos una tregua, Thea, entonces seremos amigos y no deberíamos evitarnos el uno a la otra.

—¿Porque es natural que los amigos se abracen unos a otros en pasillos oscuros y silenciosos y susurren?

—Lo es. También es natural que los amigos se molesten, cuando creen que el otro ya ha comprometido su corazón con la señorita Dodwell.

Ella se congeló bajo mi toque. Sus manos se apretaron un poco.

—Bueno, te habría perdido, Benedict. ¿Y entonces con quién discutiría?

—Con nadie. —Mi pecho se llenó de anhelo. Sus palabras resonaron en las vastas cámaras de mi corazón. Ella no quería perderme y su cálida mirada me llenó de satisfacción—. No tienes permitido discutir con nadie más que conmigo. Es natural, ya que somos amigos.

—Esa excusa no servirá para todo. —Podía escuchar la sonrisa en su voz, mientras sus labios se curvaban con satisfacción—. Esto no tiene ningún sentido lógico.

—Puede funcionar, si así lo quiero. —Solté sus brazos y sus manos cayeron a los costados. Me invadió un momento de vacilación, pero lo superé. “*Tres semanas*”. Deslizándome mi mano suave y delicadamente sobre su cintura, la acerqué un poco más. Su aroma, deliciosamente cítrico y floral, llegó a mi nariz y lo inhalé silenciosamente.

Thea no se apartó, así que deslicé mi mano libre sobre su mandíbula, perdiendo mis dedos en la base de su cabello. Sus ojos redondos no se apartaron de los míos y su respiración parecía hacerse superficial al ritmo de la mía.

Ella respiró hondo y yo me quedé quieto con el corazón acelerado.

—Pero solo si ambas partes lo desean por igual —susurré.

Thea pasó sus manos por la parte delantera de mi chaleco y juntó mis solapas con sus manos, acercándose.

—Eso es igualmente deseado.

Mi mano apretó su cintura, mi otra mano se deslizó hacia la parte posterior de su cuello, y me incliné hacia adelante, mis labios estaban a solo un suspiro de los de ella, cuando fuertes pasos sonaron en el otro extremo del pasillo.

Thea saltó hacia atrás y di la vuelta. El calor recorrió mi cuerpo y me hizo temblar las manos. Recogí mi abrigo desechado y lo arrojé sobre mi brazo.

—Ve por allí —susurré.

Thea no me preguntó. Se apresuró por el corto pasillo y dobló la esquina, justo a tiempo para evitar que Forester la viera entrando por el extremo opuesto.

—Buenas noches —le dije al mayordomo, ordenándole a mi pulso que disminuyera. Caminé hacia él.

Él hizo una reverencia.

—Buenas noches señor. ¿Usted no desea cenar? ¿Cierto?

—Correcto. Comimos en el pueblo. —Hice una pausa, esperando darle a Thea un poco más de tiempo para escapar—. Si usted ve a Robbins, ¿lo puede enviar arriba?

—Ya debería estar arriba, señor. Estamos en medio de una gran agitación y nos preparamos para partir sin previo aviso.

Me detuve.

—¿Quién se está preparando para irse?

—Casi todos... Robbins cree que usted tiene intención de ir a la ciudad con el señor y la señora Bradwell.

—Sí, pero eso no será hasta dentro de tres semanas.

—Se ha movido hacia arriba, señor. Ahora, saldrán en una semana.

—¿Solo una semana? ¿Por qué?

—Tendrá que preguntarle eso a la señorita Northcott, señor.

—Por supuesto. —Era lógico que Thea estuviera en la raíz de este cambio. “*Pero, ¿por qué? ¿Cómo voy a conquistarla en una semana?*” Una pequeña sonrisa se deslizó por mis labios. Si su actitud de hace unos minutos fuera una pista, entonces tal vez no sería tan difícil como lo había imaginado.

Capítulo 24

Thea

Me había vuelto loca. Mi cerebro había estado confundido y ahora se revolvía como un huevo. No había otra explicación para la forma en que había permitido que Benedict Bradwell casi me besara.

Me había interesado saber si besar a Benedict sería mejor que besar a Peter Seymour. Tenía la sensación que habría una gran diferencia entre las dos experiencias, pero ahora nunca lo sabría. Anoche me había dejado llevar por el romance del momento, pero la nueva mañana trajo una nueva claridad a mi mente, y un recordatorio de por qué nunca podría estar con un hombre como Benedict.

Se parecía demasiado a mi padre: sus tendencias eran demasiado similares como para dejarme cómoda. Su flagrante desprecio por los sentimientos de la señorita Dodwell, cuando la trató con tanta distinción, y sin tener intenciones de continuar la relación fue una prueba más. Carecía de un respeto básico por las expectativas de las mujeres, exactamente como actuaba mi padre.

Sin embargo, mi lógica no me impidió querer volver a verlo.

El paso de la noche y la aparición del sol me habían hecho reflexionar para considerar la posibilidad de reunirme con Benedict en los establos, al amanecer, pero no podía salir, mientras mi habitación estaba en tal agitación.

Los sirvientes se vieron obligados a preparar nuestra partida mucho más rápido de lo esperado, y fue por mi culpa.

Hannah estaba clasificando mis vestidos, seleccionando los que pensaba que funcionarían mejor para diferentes ocasiones en Londres, y organizándolos en mi cama, en diferentes montones. La mayoría de ellos habían estado en mi armario, durante al menos un año, abandonados aquí, mientras venía de visita durante las vacaciones escolares. No me importaba usar vestidos, que no estuvieran a la última moda, pero no estaba segura si la mayoría de los mismos todavía me quedaban bien.

Un ligero golpe en la puerta precedió a la entrada de Lady Edith, y le di la bienvenida.

—Creo que todo esto es demasiado —dije, señalando los vestidos.

—Eso es de lo que esperaba hablar contigo. Le he dado a Felicity el nombre y la dirección de mi modista favorita en Bond Street, y ella accedió a llevarte allí, una vez que llegues a Londres. Puedes confiar en que todo lo que compres allí estará a la última moda.

—No me preocupa demasiado la moda, pero no me opondría a vestidos nuevos.

Ella asintió y luego miró a Hannah.

—Aún debes llevar tu falda de hábito y cualquier vestido que sea aceptable para la sociedad. El vestido rosado, también los verde salvia... Sin duda. ¿Quizás el de ciruela también?

—Por supuesto, Lady.

Crucé hasta la ventana a tiempo para ver a Benedict pasar sobre el césped. Mi vista no era hacia los establos sino a la parte trasera de la casa, y su dirección parecía ser la locura. Mi corazón se aceleró al verlo alejarse, en su asiento firme y suave, y su postura recta.

Esas manos que ahora sujetaban con tanta firmeza las riendas me habían sostenido la noche anterior con tanta suavidad, como si yo fuera una porcelana. Cerré los ojos para eliminar la imagen. ¡Nunca fue así!

Girando sobre mis talones, dije:

—Si no me necesitas ahora, creo que iré a dar un paseo.

Lady Edith arqueó las cejas y miró hacia la ventana detrás de mí.

—¿No hace demasiado frío?

—Mi falda de hábito es cálida y me pondré mi pelliza encima.

—Por supuesto. —Parecía sospechosa, pero salió de la habitación—. Entonces, te dejaré para que te cambies.

Hannah se dispuso a sacar mi hábito de debajo de la pila de vestidos. Para cuando estuvo libre y me vestí, estaba casi segura que extrañaría a Benedict por completo. Había una distancia considerable desde mi habitación hasta los establos, y Luna no se quedaría quieta, esperando su silla, lo que tomaría un poco más de tiempo. Mi cuerpo estaba ansioso por la necesidad de estar boca arriba y cabalgando a través del viento, ansiosa por hablar con Benedict.

Necesitábamos tener esta conversación en la que estuviéramos seguros que no nos escucharían. Necesitaba decirle que nunca podría besarme.

Una vez sentada, tomé las riendas de Luna y la dirigí hacia los cerros con fervor. Recorrí con la mirada las lomas cubiertas de hierba y entre los árboles, en busca de un jinete, pero no lo vi. Cuando llegué a la locura, rodeé la estructura, pero nuevamente estaba vacía. No había ningún otro lugar donde se me hubiera ocurrido buscar, ningún otro sitio al que supiera adónde iría.

Estaba convencida que de alguna manera lo había extrañado, que había esperado demasiado para reunirme con él, y que había adelantado en su regreso, a la casa, por una colina diferente. La decepción me invadió y el frío sacudió mis brazos. Mis dedos enguantados luchaban por mantener las riendas. El invierno se acercaba con ferocidad y el frío del aire penetró todas mis capas, enojándome poco a poco.

—¿Thea?

Giré a Luna hacia el sonido y encontré a Benedict acercándose por el otro lado de la locura, como si hubiera ido aún más al norte, y ahora estuviera regresando a la casa. Realmente, no lo había perdido.

—Benedict —dije.

—¿Estás sola?

—Sí, y olvídate de cualquier idea de caballerosidad o galantería. No me bajaré de esta yegua para volver a ser arrastrada a tus brazos.

Él acercó a Jasper hasta que su rodilla casi rozó la mía. Podría alcanzarlo si quisiera, y deseaba hacerlo.

—No es necesario que te bajes —dijo él—. Nunca te obligaré a hacer nada que no quieras hacer. Aunque, en defensa de mi honor, anoche parecías una participante perfectamente dispuesta, antes que nos interrumpieran. Si me equivoco en mi suposición, dímelo de inmediato.

Tragué. “¡Maldito Benedict!” Me estaba obligando revelar fragmentos de mi corazón fragmentado.

—No estás equivocado.

Su ardiente sonrisa tuvo un efecto notable en mi estómago, haciéndolo girar con anticipación. ¡Quería regañarlo! Esta vez, no habría besos.

—Pero —continué—, eso no volverá a suceder.

Su sonrisa se atenuó un poco.

—¿Te importaría explicar por qué no debería volver a suceder, cuando esto fue completamente divertido y algo que ambos queríamos?

Benedict quería besarme. Lo supe por la forma gentil en que se acercó a mí anoche y por la manera en que coqueteaba ahora. Hizo que mi rechazo fuera aún más difícil de cumplir, por lo mucho que deseaba que él me besara.

—Eres un coqueto, Ben.

Pareció desconcertado por esta respuesta y encogió un poco la barbilla.

—Dices la palabra “coquetear” como si fuera la más baja de las actitudes.

—Tal vez porque siento que así es.

—Parece que disfrutas, cuando coqueteo contigo.

Esto iba a ser más difícil de lo que imaginaba.

—Sí... Pero, ese es el problema. Siempre ha sido el problema.

—¿Podrías bajar de ese caballo y hablarme sobre esto?

—Eso no es una buena idea.

—¿Porque necesitas la distancia entre nosotros para mantener tu determinación? —Se levantó el sombrero, pasándose una mano por el pelo—. ¡Cielos! Thea. Nunca te presionaría con mis atenciones cuando no las quieras. Al menos confía en eso.

—Sí. —Él era un buen hombre, aunque un poco equivocado. Podía abusar de los corazones, pero nunca me haría daño, si no me casaba con él y seguíamos siendo solo amigos. Lo sabía con tanta seguridad como conocía que el sol cae para que las estrellas brillen.

—Entonces, háblame...

—Estoy tratando de...

Nos miramos fijamente y el tormento en su mirada fue demasiado para mí. Agarré la silla con ambas manos, desenganché las piernas de los pomos y me deslicé hasta el suelo. Crucé hasta el falso templo griego, y subí las escaleras, antes que Benedict me alcanzara.

—Quiero saber qué te alejó de mí después de las asambleas —dijo—. Y quiero saber qué te alejó de mí hace tantos años, cuando llegaste por primera vez a Chelton. No puedo luchar contra el demonio que no conozco, y sea lo que sea lo que te está alejando de mí, quiero saber qué es.

Me detuve y lo enfrenté, mi respiración se agitaba y mi pulso se aceleraba. Ya no sentí el frío mordiendo mi piel expuesta ni la campana de advertencia, que me decía que no mirara demasiado profundamente sus ojos azules oscuros.

—Eres un coqueto, Benedict. No puedo tomar nada de lo que dices como verdad. Me dices cosas floridas y hermosas, luego te das la vuelta y se las dices a la siguiente chica bonita. Es imposible saber si lo que dices es en serio, y no viviré una vida en la que esté constantemente cuestionando lo que sientes por mí.

Él se quedó en silencio, sorprendido.

—¿Las asambleas?

—Sonreíste a la señorita Dodwell y a todas las demás mujeres que te acompañaron con el mismo cálido afecto, que me brindaste.

Sus cejas se alzaron, una silenciosa burla saliendo de su garganta.

—¿Y poco después de llegar a Chelton? Pensé que nos habíamos llevado estupendamente, y entonces una mañana... Le dijiste a una chica en la fiesta que tenía ojos del color de los zafiros más puros, y que ninguna otra gema podía compararse.

Sus ojos se abrieron como platos.

—¿Cómo diablos recuerdas eso?

—Porque me habías dicho exactamente lo mismo el día anterior. —Cerré los ojos y sacudí la cabeza—. No puedo confiar en tu afecto, Benedict. ¿No ves eso?

—Ciertamente, entiendo por qué llegaste a esa conclusión anteriormente, pero yo era joven

entonces, apenas había salido del aula. Me mojaba los pies en actividades sociales y con chicas. Todavía no había entendido lo que se sentía al amar a alguien, y me gustaba hacer sonreír a las chicas bonitas.

—¿A costa de un cumplido falso?

—El hecho que le haya dado el mismo cumplido a otra chica no significa que sea falso.

—No puedes decirle a dos chicas distintas que no hay otras gemas que se comparen con sus ojos. Le estás mintiendo al menos a una de ellas.

—Bueno, entonces fui un tonto. ¿Ahora me reprocharás mis faltas de mi juventud?

—No —dije en voz baja—. Eso sería injusto.

—Gracias...

—A partir de ahora, te reprocharé tus faltas...

Él se burló.

—¿El baile? ¡Ah! Ven ahora. ¿Porque sonreí cálidamente?

Negué con la cabeza.

—Sueno enojada. Sé que lo estoy. Pero no es que solo hayas sonreído, Ben... Así fue como me hiciste sentir especial con esa sonrisa, y luego te vi entregándola, sin reservas, a todas las mujeres, en tu brazo esa noche. Coqueteas muy fácilmente, sin importar cómo eso sea recibido, o incluso si las mujeres lo aprecian.

Él se quitó el sombrero y lo arrojó sobre el banco de piedra, pasándose la mano por el pelo con agitación.

—No sé cómo podría defenderme en esta situación. ¿Cómo voy a convencerte que no es lo mismo? ¡Que puedo sonreír y reír y llamar hermosa a una mujer, pero eso no significa que ella tenga algún lugar en mi corazón!

“¿Cómo...?” Mi corazón se partió, mi pecho se sacudió por el impacto y cuestioné mis elecciones. El anhelo de dar un paso adelante y abrazarlo surgió dentro de mí, pero no pude sobrevivir a un dolor del mismo volumen que mi madre había soportado. No podría vivir con un hombre que prodigaba tanta atención a las demás, que poco a poco se alejaba de mí. Y no podía encontrar una manera de sentirme segura acerca de las verdades que ahora compartía con Benedict.

¡Esto fue injusto! Pero no tenía una respuesta adecuada y me odiaba a mí misma (y a mi padre, por extensión) por hacer eso.

—No es posible —dije débilmente.

Eso solo pareció endurecer la determinación de Benedict. Parecía como si quisiera acercarse a mí, pero se contuvo, y admiré su control.

—¿No sientes nada por mí? Dime ahora mismo que no sientes nada por mí y me alejaré de ti.

“¿Cómo puedo decirle tal falsedad? Cuando lo invité a besarme anoche, yo misma me delaté”.

—Eso es irrelevante, ese punto...

—Dime, Thea —expresó, bajando la voz a un grado peligroso—. Dime que no sientes nada por mí, que tu corazón no late por el mío.

Me quedé en silencio frente a él, incapaz de mentir en la forma en que él necesitaba escuchar. “¿Cómo puedo decirle a este hombre, a este tonto exasperantemente guapo, que mi corazón no late por él, cuando en realidad late al ritmo de su voz, al ritmo de su risa?” Había perdido mi corazón hacía mucho tiempo, pero había luchado durante tanto tiempo, tan desesperada por protegerme de la eventualidad de un corazón roto.

“¿Podría un corazón romperse peor que esto? ¿Podría romperse aún más?” Me imaginé en el lugar de mi madre, a Benedict como mi padre, y la forma en que la lastimó una y otra vez hasta que la fidelidad en su matrimonio no fue más que un pasado melancólico. Sí, esto podría romperse, una y otra vez, hasta convertirse en un desastre destrozado y reconstruido.

Preferiría romperme el corazón solo una vez.

Levantando la mirada para encontrar la suya, respiré para calmarme.

—No me someteré a una relación con un hombre, a menos que tenga plena fe en su capacidad para permanecer fiel a mí.

La conmoción recorrió el rostro de Benedict, abriendo la boca y ampliando los ojos.

—No puedes creer que alguna vez traicionaría tu confianza...

Sacudiendo la cabeza, levanté una mano para detenerlo.

—Vi a mi padre romperle el corazón a mi madre durante años. Tuvo un hijo con una de sus amantes, ¡por el amor a la bondad! Nunca me someteré a la vida que tenía mi madre. Me niego a convertirme en la mujer rencorosa que era, a caer como ella. ¡No! —Sacudí la cabeza de nuevo —. Me niego a someterme a eso.

Benedict me miró, tragó saliva y bajó la voz.

—Pero, Thea, no soy tu padre.

Capítulo 25

Benedict

Era una hazaña casi imposible abstenerse de dar un paso adelante y abrazar a Thea para aliviar el dolor que había en sus ojos: el dolor de los errores pasados de sus padres, del presente, de mí. Pero si me acercara a ella ahora, ella solo huiría. Fue un equilibrio delicado, luchar por mi oportunidad de ser suya, convencerla que valía la pena correr el riesgo y que valía la pena estar juntos.

—No soy tu padre —repetí cuando ella no pudo hablar—. Jamás seré ese hombre.

—Él fue fiel al principio —dijo en voz baja—. Su comportamiento me pareció repulsivo, y cuando hablé de esto, una vez, mi madre me dijo que él no siempre fue así. Al comienzo de su matrimonio, él simplemente se volvió coqueto, pero amaba a mi madre y siguió con ella.

No sabía si salir victorioso o preocuparme porque la pelea parecía haberse desvanecido de la voz de Thea. Si no estaba dispuesta a luchar, ¿eso significaba que ya se había rendido?

Sus redondos ojos azules se dirigieron hacia mí.

—Él era exactamente como tú. Carismático, encantador, el favorito de todos. No era un hombre horrible, pero se perdió. Me niego a amar a un hombre que ya exhibe tales similitudes, que lo hacen terriblemente parecido a mi padre.

—Tus preocupaciones son válidas, pero me haces daño al echarme toda la culpa a mis pies. Tus expectativas sobre lo peor de mí tampoco son indicativas de felicidad. —Mi sangre se calentó y pasé una mano por mi cabello rizado, enganchándolo y soltándolo—. ¿Crees que me complace amar a una mujer que no tiene fe en mí? ¿Quién no puede ver la diferencia entre el afecto y el anhelo que te tengo, y la charla educada que mantengo con las demás?

—Pero, ahí es donde radica nuestro problema —alardeó, aparentemente capaz de ignorar mi declaración accidental de amor—. No puedo ver la diferencia.

—Entonces dame la oportunidad de mostrártela. Permíteme demostrarte que soy diferente, que mi cariño por ti es real y duradero. —Que ella pensara que yo era similar a su padre me dolía. Quería demostrar que no era ese hombre, nunca lo sería. Pero más que eso, quería que Thea lo viera por sí misma.

Ella soltó un pequeño resoplido de resignación.

—¿No ves cuánto peor sería eso? ¿Cuánto más nos haría daño a ambos?

—Tu negativa a darme una oportunidad, ya me duele bastante.

—Entonces estás de acuerdo —dijo—. Debemos terminar las cosas aquí. No más coqueteos, no más sonrisas cálidas, no más caricias.

—Pero, ¿si no estoy de acuerdo? —Apreté la mandíbula.

—Quizás la distancia nos haga bien.

—¿Distancia?

Ella movió su mano con impaciencia.

—Seguramente, ya no tienes intención de ir a Londres.

—¿Y ver cómo te cortejan los burros de la alta sociedad? Eso suena miserable.

La sorpresa apareció en sus ojos.

—Bueno, exactamente. ¿Entonces permanecerás en Chelton, cuando nos vayamos? Puedes continuar con el negocio de comprar tu propiedad.

La búsqueda de un hogar y un suelo propios de repente había perdido atractivo y se secaba

en mi lengua. Se me agrió el estómago al darme cuenta, que ella esperaba que yo me alejara tan fácilmente.

—Igual iré a Londres.

—Pero...

—No te dejaré ahora, Thea, solo porque las cosas se hayan puesto difíciles.

Ella me miró fijamente y le pedí que viera a través de mi pecho hasta los rincones de mi corazón, cómo latía por ella, cuánto la deseaba.

—Primero, debemos ir a Bath para encontrarnos con mi medio hermano.

—Estaré allí para apoyarte, como amigo.

—¿Un amigo?

—Me encantaría ser más que eso, pero no lo permitirás. Debo conformarme con la amistad.

—Por mucho que me doliera permanecer cerca de ella, no podía dejarla ahora. No cuando estaba a punto de enfrentar sus miedos personificados.

—¿Amistad? —repitió, como preguntándose qué engaño yo estaba preparando.

—Sí... Es natural que los amigos viajen juntos a Londres, y asistan a todo tipo de bailes, cenas y fiestas de cartas.

Thea negó con la cabeza, pero una sonrisa apareció en sus labios.

—¿También es natural confesar tus sentimientos a tu amigo y luego fingir que eso no ocurrió?

—No tengo intención de fingir nada —dije, manteniendo la voz firme, a pesar de las emociones en conflicto dentro de mí—. Tengo toda la intención de seguir luchando por ti.

Thea dio la vuelta y miró hacia las colinas doradas.

Tenía toda la intención de: estar allí para apoyarla cuando llegara el momento de conocer a su medio hermano, estar en los bailes cuando la presentaran a los pretendientes, cuidarla de mi horrible primo y mantener alejados de ella a réprobos como él. Podría demostrarle a esta mujer con el tiempo, que quise decir lo que dije.

—¿Estás siendo ridículo!

—No, Thea. —Olvidé lo que dijo mi hermano sobre permitir que Thea ganara. En esto no podía complacerlo porque significaba no tener la oportunidad de estar con ella—. ¡Voy a ganar!

* * *

Mi renovada determinación de convertirme en un elemento fijo en la vida de Thea influyó en el dolor que sentí nuevamente por poseer tierras. Ahora, más que nunca, sentí el creciente deseo de poner mi nombre en una propiedad y hundir mis raíces profundamente en la tierra, para crear un hogar al que pudiera llevarla. Cuando Thea y yo regresamos de nuestro viaje, localicé a James, jugando al ajedrez con su esposa en el salón. Aceptó reunirse conmigo, más tarde, para redactar cartas de oferta para cada una de las dos casas, y salí en busca de Henry. Lo encontré en una mesa de la biblioteca con una pluma y un papel delante de él.

—¿Vendrás a Londres o te quedarás aquí?

Levantó la vista y su confusión se aclaró rápidamente, cuando su mente volvió al presente. Cualquiera que fuera la carta que estaba escribiendo, eso lo sacaba de esta habitación y lo llevaba a un mundo completamente diferente.

—Lo siento... ¿Qué preguntaste?

Coloqué una silla frente a mi hermano y él se movió un poco para ocultar la carta que estaba escribiendo.

—¿Vendrás a Londres o elegiste quedarte aquí con mamá?

—¿Debería quedarme con mamá? —preguntó—. Había decidido ir, pero no se me ocurrió que todos la dejaríamos. Odiaría que ella se sintiera sola.

—Sí... Y eres una compañía tan brillante.

Aplanó sus labios en una sonrisa irónica.

—Ciertamente soy mejor que nada. Puede que no sea enérgico, pero puedo mantener una conversación.

—Sí puedes, hasta con los mejores. Deberías mostrar esa habilidad en la ciudad.

—Había planeado ir... pero no asistir...

—¡Sí! ¡Sí! Lo sé. —Me levanté de mi silla. Henry estaba claramente en medio de algo y no quería molestarlo más.

—¿Qué es lo que necesitabas? —preguntó con voz tranquila.

—Nada. Preferiría que vinieras con nosotros a la ciudad.

—¿Hay algún servicio que pueda brindarte si permanezco en Chelton?

—No. Yo... —Me senté nuevamente en el asiento—. Es solo que voy a escribir a Bampton y Kellinger con ofertas. Si te quedas aquí, quiero que envíes cualquier respuesta, pero me aseguraré de informarles nuestra dirección en Londres para que puedan comunicarse conmigo directamente.

—Es prudente considerar ambas propiedades. Reúne toda la información, antes de tomar una decisión —asintió Henry.

—Mi decisión ya está tomada, pero dependerá de los dueños, por supuesto.

—Me pregunté sobre eso. Creo que Bampton te vendrá bien, si todo va según lo planeado. —Henry esbozó una leve sonrisa.

—¡Sí! Veremos qué dicen los dueños. —Oculté mi sorpresa y me alejé de mi hermano, dejándolo regresar a su correspondencia privada. Sin embargo, cuando lo dejé, se me arqueó el ceño, ya que la casa en la que me instalaría próximamente no sería Bampton, en absoluto.

* * *

Esa noche, la cena estuvo ocupada con charlas sobre la inminente temporada, ahora más cercana de lo que cualquiera de nosotros había planeado originalmente. Con la parada adicional en el camino a la ciudad para ocuparnos de los negocios de Thea, en Bath, llegaríamos a Londres más tarde de lo que habíamos pensado, pero debido a esa misma parada, ahora saldríamos de Chelton, antes de lo que mamá se sentía preparada. Mi madre temía despedirnos, antes de poder darle a Felicity todos los consejos que creía que la joven acompañante necesitaba, y se hizo cargo de la conversación, durante la cena, para continuar con su enseñanza.

—Por mucho que odies hacerlo, es mejor escuchar un poco de chismes, porque así sabrás a qué caballeros evitar.

Felicity asintió.

—Estoy segura que puedo recurrir a la experiencia de mi madre para mantenerme informada sobre quién es apto y quién no para acompañar a Thea.

—¿Y yo? —preguntó Thea, bajando el cuchillo y el tenedor—. ¿Se puede confiar en que yo tomaré las mismas decisiones?

—Por eso tienes a una acompañante, querida —dijo mi mamá a la ligera—. Para ayudarte a tomar estas decisiones.

A la mayoría de los ocupantes de la mesa no les pasó por alto que Felicity y Thea tenían casi la misma edad. Los casi dos años que las separaron no hicieron que Felicity envejeciera con sabiduría, en este sentido, en lo que ella estaba claramente de acuerdo, si sus cejas levantadas

hacia James eran una pista.

—Los hombres podrán buscar presentaciones contigo, Felicity —continuó mi madre—, pero no es necesario que le presentes a Thea a ninguno de ellos, si no parecen conocidos adecuados.

Felicity asintió obedientemente. Su mano cruzó la parte superior de la mesa y tomó la de James.

—Haremos todo lo que esté a nuestro alcance para encontrarle a Thea una pareja decente —dijo James—. Ella nos tendrá a mí, a Henry y a Benedict cuidándola.

Mi madre me miró.

—¿Eso es así?

—Por supuesto. No quiero nada más que ver a Thea felizmente instalada. —“*Conmigo, por supuesto, en una preciosa finca situada en una colina*”. Pero dejé ese pensamiento de lado por ahora.

—¿Y Henry? —preguntó la madre, mirando a su hijo mediano.

—Creo que estará demasiado ocupado explorando Hatchards, y admirando los mármoles de Elgin para ser de mucha utilidad para nosotros —finalizó Thea.

Henry sonrió, luciendo una rara sonrisa que se extendía de un lado a otro de su cara.

—Si eso sucede, entonces no estaré triste en lo más mínimo.

La cena terminó y todos entramos al salón para escuchar un poco de música. Thea se sentó en el piano y tocó perfectamente, mientras mi madre cruzaba la habitación para detenerse a mi lado.

—También podrías echar un vistazo, mientras estés en Londres, Benedict.

Vi a Thea tocar suavemente con la dulce melodía llenando el salón.

—Me casaré cuando esté listo.

—Pero, ¿asistirás a los bailes y a las fiestas?

—Planeo hacerlo.

—Bien. —Mi madre pareció dudar—. Me preocupaba que tú y Thea estuvieran discutiendo todo el tiempo, haciendo imposible que alguien sintiera paz, pero ambos han actuado de forma muy reservada el uno con la otra. Aprecio la madurez que has demostrado.

—Acordamos dejar atrás nuestros malos sentimientos y ser cordiales, uno con la otra. Una especie de tregua. —Mi mandíbula se tensó.

—Nos ha sido muy útil a todos —dijo mi madre, colocando su mano en mi brazo, y apretándolo afectuosamente.

Asentí y volví mi atención a la música. Una vez que dejé de hacerlo, crucé el salón con marcada lentitud, esperando no llamar demasiado la atención. Felicity y James se sentaron en la mesa de juego, jugando a las damas, y Henry se sentó en el sofá junto a mamá con un libro, que probablemente no podía ver muy bien debido a la luz menguante.

Thea no dejó de tocar, incluso cuando me acerqué. Apoyé la espalda contra el piano, mirándola ligeramente con los brazos cruzados perezosamente sobre el pecho.

—Sabes, recientemente me he dado cuenta que estamos impresionando a los miembros de mi familia con nuestro buen carácter y nuestra falta de disputas.

—¿Ayer no había nadie desayunando, cuando discutimos sobre las ventajas de una tostada con mermelada o miel?

Mi madre ciertamente no estaba y eso no venía al caso.

—Pero esas fueron discusiones con un buen carácter, Thea. No nos angustia a ninguno de los dos.

—Habla por ti mismo. Me sentí extremadamente angustiada, cuando mi amor fue calumniado tan brutalmente.

Luché contra una sonrisa. A pesar de toda su concentración en las teclas bajo sus dedos, ella estaba hablando de la manera más ridícula.

—Nunca será mejor que la mermelada, por lo que deberías acostumbrarte a la decepción.

Una risa escapó de los perfectos labios de Thea y mi atención se centró en ellos de inmediato. Quería besar esos labios. Estar tan cerca, como lo había estado la otra noche, solo para que los pasos de mi mayordomo me robaran la oportunidad, y eso fue una tortura.

—¿Qué es? —preguntó con la sonrisa desapareciendo de su rostro.

—Estaba pensando en cómo me vas a besar al final de la temporada.

Los dedos de Thea tocaron una nota equivocada, pero siguió tocando. No aparté la mirada de su rostro para ver si habíamos llamado la atención de alguien más en la familia. Ella los miró rápidamente y luego me dirigió su sonrisa atrevida con la presunción de un pequeño pug avanzando contra un perro jabalinero.

Tocó la canción hasta el final, cruzó las manos sobre el regazo, volvió la cara hacia arriba y dijo:

—Lo único que besarás, Benedict, será mi mano.

—Acepto ese desafío, querida mía.

Capítulo 26

Thea

Llegamos a Bath exactamente doce días después que tuviera lugar la desdichada conversación con Benedict en la locura. Las piedras amarillas y los caminos estrechos y sinuosos eran tranquilos y reconfortantes, dándonos la bienvenida a la antigua ciudad romana. Nuestro hotel estaba situado en el centro de una colina empinada y, tan pronto como nos instalamos, envié una nota al señor Robertson para informarle que estaba en la ciudad y que le agradecería que concertara una reunión. Le di mi dirección y esperaba recibir respuesta rápidamente.

Felicity se alegró de estar en Bath. Ella siempre había disfrutado de la ciudad, lo dijo, y James no había pasado suficiente tiempo aquí para tener una opinión firme de cualquier manera, pero yo sentía el peso de ser la razón por la que todos estábamos esperando nuestro momento, en esta fría ciudad, de todos modos. Benedict desapareció casi tan pronto como llegamos, y me prohibí mirar por la ventana, cada pocos minutos, para ver si regresaría pronto. Cuando cayó la noche, quedó claro que no tenía intención de acompañarnos a cenar.

—¿Deberíamos esperar a que Benedict venga a cenar? —preguntó Felicity, enderezándose el guante.

—Probablemente se encontró atrapado con viejos amigos —le aseguró James—. No sería la primera vez.

—Es un milagro que haya permanecido con nosotros tanto tiempo —intervino Henry, quien me miró y continuó—, no nos ha dejado mucho desde que regresó contigo. Me pregunto si mamá se lo pidió.

—¿Quedarse? —pregunté.

Henry asintió.

—Ella lo extraña mucho cuando él no está. Su preocupación puede volverse aburrida.

Cenamos en un salón privado en el primer piso del hotel, uno más pequeño de lo que estábamos acostumbrados en Chelton, pero bien equipado. James nos dejó para ver qué tipo de entretenimiento podíamos tener durante la semana, mientras esperábamos, y Henry se retiró cerca del fuego con un libro.

—Creo que James ha ido a buscar formas de ocupar nuestro tiempo para mi beneficio —le dije a Felicity, mientras tomábamos el té en la mesa redonda—. Sé que no te gustaría asistir a las asambleas, si pudieras evitarlo.

Ella sonrió en su taza.

—No, pero me gusta un buen musical.

—Puedo soportar una noche de música, siempre que no sea ópera.

—Entonces, estamos de acuerdo. —Felicity cubrió un bostezo con la palma de su mano—. Me temo que viajar me ha cansado.

—¿Subimos? Henry no necesita que nos quedemos aquí para su beneficio.

—Puedes dejarme con mis propios recursos —dijo Henry sin levantar la cabeza del libro.

Le dimos las buenas noches y salimos del salón. Me acerqué a Felicity y le susurré.

—Esperaba que dejara sus libros de vez en cuando, y saliera con nosotros a conocer gente.

—No te desespere. —Felicity igualó mi susurro, mientras caminábamos hacia la estrecha escalera—. Creo que todavía le encontraremos una esposa. Se necesitará una planificación un poco cuidadosa, pero ya he decidido que no será muy difícil, si unimos nuestras cabezas.

—O simplemente lo llevamos a una biblioteca, en cada baile, y esperamos que una dama que busca refugio disfrute de los libros tanto como él. —Levanté un dedo, mientras compartía mi brillante idea.

Felicity me lanzó una mirada poco divertida.

—Hagamos solo planes adecuados, por favor. No se beneficiará de una acompañante que emplee métodos tan adversos. —Comenzó a subir las escaleras y añadió en voz baja—, especialmente no por la forma en que James y yo nos conocimos. Las lenguas seguramente ya se moverán bastante.

No pude contener mi sonrisa.

La puerta principal se abrió y se cerró con un golpe decidido en la planta baja, y miré por encima del hombro, esperando que fuera Benedict. Reduje el paso, por si acaso él llegaba (porque evidentemente era un glotón que debía ser castigado), y fui recompensada al encontrar su mirada, justo antes de doblar las escaleras y perderme de vista. Subí al primer piso con el sombrero colgado en las manos y la cabeza gacha.

Me detuve en lo alto de la escalera, muy por encima de él.

—Confío en que ya hayas cenado.

Benedict levantó la vista, sorprendido de encontrarme esperando allí.

Noté que los pasos de Felicity se detenían y ella dijo:

—¿Con quién estás hablando?

—Benedict —respondí.

El hombre en cuestión se detuvo en el rellano frente al salón privado.

—Sí, gracias. ¿Están mis hermanos ahí? Me dijeron que iban a cenar todos juntos.

Felicity apareció por encima de mi hombro en la estrecha y oscura escalera.

—James ha salido, pero Henry está adentro. Nosotras nos retiramos para pasar la noche.

—Entonces las acompañaré a sus habitaciones —dijo, dirigiéndose hacia nosotras.

Mi corazón se aceleró ante su cercanía y el olor inminente que sabía que aún llevaría.

—¿Tuviste una velada llena de acontecimientos? —pregunté, manteniendo mis pasos lentos, mientras Felicity iba delante de nosotros, perdiéndose de vista en las escaleras. Si Benedict se dio cuenta que lo había extrañado durante las últimas horas y me alegré de volver a verlo, no hizo ningún comentario al respecto.

—No está tan lleno de acontecimientos como esperaba.

Mis dedos se apretaron alrededor de la falda que me había levantado para evitar tropezarme.

—¿El entretenimiento en Bath es indigno de tu gusto sofisticado?

—De ninguna manera. —Me tomó del brazo y me detuvo. Lo miré por encima del hombro, aunque todavía estaba debajo de mí, y tuve que mirar hacia abajo para sostener su mirada—. ¿Qué creías que estaba haciendo, Thea?

—¿Un descubrimiento? ¿Entretenimiento?

Sus espesas cejas se juntaron y surcos se alinearon entre ellas. Dejé caer el dobladillo de mi falda y presioné mi pulgar sobre los surcos de su frente hasta que se aclararon. Nunca antes había sido lo suficientemente alta para hacer eso, aunque había querido hacerlo un puñado de veces.

Él tenía los ojos pegados a mí y tragó.

—Salí a recopilar toda la información que pude sobre tu medio hermano y la firma que representaba a tu padre, para estar preparados, cuando los encontráramos.

Mi mano cayó a mi costado. “¿Hizo eso por mí?”

—¿Qué encontraste?

—Nada. ¡Eso es lo extraño! Dadas las cartas, es lógico que Archibald Danvers viva en Bath,

pero nadie ha oído hablar de él. Robertson and Sons, por otro lado, tiene una reputación imaculada. Ninguna de las personas con las que hablé que conociera la empresa podía decir nada más que lo mejor sobre ellos. Me temo que son ampliamente conocidos y reputados.

—¿Esperabas que fueran delincuentes?

—Si cualquiera de ellos lo fuera, entonces tendrías la posibilidad de quedarte con la totalidad de tu herencia. Tal como están las cosas, me temo...

—¿Thea? —llamó Felicity desde lo alto de las escaleras.

—Ya voy —dije. Me alejé de Benedict y seguí subiendo las escaleras, luego me detuve y lo miré por encima del hombro. Él permaneció donde lo había dejado—. Gracias.

—No necesitas...

—Gracias, Ben.

—Quedo a tu orden —asintió una vez.

Felicity estaba en lo alto de las escaleras y me vio acercarme con el ceño fruncido.

—Todo está bien, ¿espero?

—¡Oh! Sí —dije a la ligera, pasando y continuando hacia nuestras habitaciones. Hannah y Fanny, la doncella de Felicity, iban a compartir un nido en mi habitación y nos esperaban allí—. Benedict escuchó esta tarde que Robertson and Sons tiene buena reputación.

—Entonces, al menos sabemos que estamos haciendo negocios con gente buena y honesta.

“Pero no sabemos nada de mi medio hermano o si el tipo es digno de confianza”.

—Sí, al menos eso lo sabemos.

* * *

A la mañana siguiente, no pude desayunar y en lugar de eso devoré la nota enviada por el señor Robertson hasta que memoricé cada remolino y floritura hecha por su pluma. Felicity pasó por encima de mi brazo y apoyó una mano sobre el papel.

—Si no comes, no tendrás fuerzas para enfrentarlo.

—Ella tiene razón —dijo James amablemente—. Debes tener algo que te sostenga.

Asentí. Agarré los bollos y la mermelada. Felicity seleccionó un poco de tocino y lo puso en mi plato con una sonrisa.

—Para tener fuerza —me recordó.

Comí con el sonido de su charla, llenando mi estómago de migajas arenosas. Me reuniría con mi medio hermano hoy, si todo iba según lo planeado, y estaba igualmente nerviosa e impaciente por verlo hecho.

—No iremos a su oficina hasta las dos en punto —dijo Felicity, aparentemente respondiendo a una pregunta que le hizo James y que yo no había escuchado.

—¿Vamos a Pump Room? Siempre están las aguas, si alguien tiene una enfermedad que necesita curación —expresó James con sarcasmo.

La puerta del salón se abrió para dar paso a Henry y Benedict.

Me aclaré la garganta, ansiosa por la distracción que podían proporcionarme.

—Benedict debería intentar tomarlas, aunque dudo que funcione.

Él se sentó frente a mí y llenó su plato con la comida de los platos que estaban en el centro de la mesa redonda.

—Tengo la sensación que quieres que te pregunte a qué te refieres, así que me inclino a no hacer nada por el estilo.

—Haz lo que quieras —dije, metiéndome un bocado de bollo en la boca y bañándolo con té.

Henry llenó silenciosamente su plato junto a su hermano y me dirigí a él:

—¿Qué planes tienes para tu estancia en Bath...?

—Oh, muy bien —dijo Benedict, como si le hubiera causado un gran inconveniente—. ¿De qué estabas hablando, Thea? ¿Qué es lo que debería probar pero no funciona para mí?

—No creo que quiera decírtelo ahora.

—Eso es cruel.

—No, es un asunto de poca importancia. Ya hemos comenzado a pasar a un tema diferente. En realidad, no es necesario que seas tan egocéntrico como para no permitirle al pobre Henry la oportunidad de participar también en la conversación.

Henry levantó la vista al oír esto con las cejas arqueadas, como si pudieran hablar por él, y declarar lo perfectamente feliz que estaba de no verse arrastrado a ninguna conversación.

—Creo que mi hermano será más feliz si lo dejamos con su tocino.

—Estoy de acuerdo con esa idea —dijo James, untando una rebanada de pan tostado con mermelada—. Deja al pobre Henry con su desayuno.

—No soy un niño. —Henry dejó el tenedor.

—No, por supuesto que no —dijo, estando perfectamente de acuerdo.

Su mirada se deslizó hacia mí.

—Pero mis hermanos no se equivocan, y me alegraré de no estar en el centro de tus juegos y los de Benedict.

—No eres divertido. —Inflé mis mejillas.

—Exactamente. —Él sonrió.

—Creo que eres perfectamente divertido —dijo Felicity—. Nadie más está dispuesto a hablar extensamente sobre los matices de *La fierecilla domada*.

—Me encantaría hacerlo —confirmó James, sonriendo—. Si me dijeras cuáles son los matices.

Felicity se rió, inclinándose para besarlo en la mejilla.

—O podemos seguir con nuestras novelas góticas, ya que ambos las disfrutamos.

—Solo cuando me las lees —respondió James.

Benedict se aclaró la garganta ruidosamente.

—Por favor, cástate con alguien a quien solo puedas tolerar levemente, Hen. No puedo soportar muchas de estas bromas afectuosas, en mi desayuno.

—No temas por mí —dijo Henry en voz baja.

James levantó una ceja oscura.

—Si alguien va a bromear afectuosamente con su cónyuge, Ben, algún día serás tú.

Benedict hizo un sonido de disgusto en su garganta que creí que era más que nada para llamar la atención.

—Improbable.

—Sí, es poco probable. —Estuve de acuerdo—. Primero, tendrías que encontrar una mujer dispuesta a aguantar durante el desayuno.

Hubo algunas risas educadas y la mirada de Benedict se posó en la mía.

—No me arrojes desafíos a mis pies, Thea, a menos que quieras que los acepte de todo corazón.

Me acordé del momento en que me habló de su objetivo: besarme en Londres. Tendría que recordar su fuerte afinidad por ganar cosas, cuando hablaba, pero el deseo de concentrarme en cualquier cosa excepto en el inminente encuentro con mi medio hermano había permitido que mi lengua se escapara de mí.

—¿Entonces caminamos hasta Pump Room? —preguntó Felicity, ansiosa por dejar atrás el

desayuno. Ella pareció ver más vitriolo en las disputas entre Benedict y yo de lo que realmente sentíamos. A veces me preguntaba si nuestras burlas se le escapaban.

James empujó hacia atrás su silla.

—Un paseo rápido al aire libre suena encantador.

Felicity y yo salimos a recoger nuestros sombreros, abrigos y guantes, y nos encontramos con Benedict y James afuera. La carretera descendió a un ritmo más pronunciado de lo que esperaba, y cuando Benedict me ofreció su brazo doblado, lo tomé.

La piedra amarilla formaba los edificios que se curvaban a lo largo de la carretera y desaparecían en la brumosa niebla de la mañana. Seguimos detrás de James y Felicity, con las cabezas inclinadas el uno hacia la otra, mientras ellos estaban perdidos en su propia conversación.

—Te preguntaría si estás nerviosa por su reunión de hoy, pero creo que la respuesta es bastante obvia.

Miré a Benedict.

—¿Por qué estás tan distraído?

—No... porque has estado buscando pelea desde que entré al salón esta mañana. ¿Te das cuenta que hay otras formas de distraerme además de discutir conmigo?

Mi cuello se calentó. “*¿Cómo es posible que ese hombre me conozca tan bien?*”

—Pero discutir contigo es un pasatiempo muy agradable.

—Y perseguirte es placentero para mí, pero no tengo la intención de hacerlo para siempre.

—¿No lo harás? —Mi pulso latía con fuerza, y no era solo por intentar bajar la colina sin resbalarme—. ¿Qué te hará cesar, entonces?

—Cuando te haya atrapado bien y de verdad, por supuesto.

Me reí, aunque mi pecho se contrajo y tenía ganas de llorar.

—Buena suerte, Benedict.

—Gracias —dijo, completamente en serio—. La necesito.

Mis pasos se desaceleraron un poco.

—¿Qué pasa si mi hermano es horrible? ¿Y si él desea una entrada en la sociedad que yo no puedo darle? Debo tener cuidado con la forma en que mi propio nombre será recibido entre la alta sociedad. O... —Tragué, expresando en voz alta la preocupación que me había mordisqueado vagamente—. ¿Qué haré si su madre está presente en nuestra reunión?

Benedict dejó de caminar y me miró, empujándome para que me detuviera justo a su lado.

—No había considerado eso. ¿Tienes algún deseo de conocerla?

—No tengo muchas ganas de conocerla, pero lo haré porque mi padre lo hubiera deseado. Sin embargo, su carta no menciona nada sobre la madre, por lo que no me siento exactamente obligada a conocerla. —De hecho, la lealtad a mi propia madre hacía que la misma idea fuera repugnante.

—No tienes que conocerla, si no lo deseas —habló Benedict con tal poder y autoridad que le creí de inmediato. Él sonrió—. Iré, si lo deseas. Puedo entrar primero a la habitación y darte una señal para prepararte para quién encontrarás esperándote.

—¿Quieres decir que si la madre está ahí, trinarás como una gallina?

—Ya hemos establecido que no tengo habilidad para trinar, pero estaría feliz de cloquear.

Una sonrisa calentó mi rostro y lo tomé del brazo, acercándome un poco más a él. “*¿Notó el cambio en la proximidad?*” Era cómodo tenerlo tan cerca, a pesar que sabía que debería poner más distancia entre nosotros.

—Puedo enseñarte a trinar. Sería menos obvio.

—O podría ladrar. Estoy seguro que podría lograrlo.

—Eso podría asustar al abogado. El maullido de un gato sería mucho más adecuado. —
Apreté más su brazo—. ¿Practicamos ahora?

Benedict se aclaró la garganta.

—¡Miau!

—¿Quieres sonar como si estuvieras pidiendo leche o advirtiéndolo a tu amigo? —Chasqueé.

—Quiero suplicar, por supuesto. Soy muy bueno en eso.

—Entonces, has conseguido el sonido perfecto.

Felicity nos miró por encima del hombro desde donde ella y James ahora esperaban en la entrada de Pump Room. La Abadía de Bath se alzaba por detrás con su impresionante arquitectura gótica llenando el cielo más allá. Me maravillé de su grandeza y deseé entrar inmediatamente.

—¿Quizás podamos visitarla más tarde hoy? —murmuró Benedict, siguiendo mi mirada hacia el edificio—. Podría ser exactamente lo que necesitas después de la reunión.

Asentí y seguí a los Bradwell hasta Pump Room. De algún modo, una vez más, Benedict había sabido exactamente lo que yo necesitaba oír. Se estaba volviendo cada vez más difícil recordar todas las razones por las que no podía permitir que su coqueteo se convirtiera en algo real.

Capítulo 27

Thea

La oficina de Robertson and Sons estaba ubicada en una calle tranquila, en la cima de una colina inclinada. La niebla de la mañana se había disipado, derritiéndose con el sol, y aunque hacía frío afuera, me sudaban las palmas. Anhelaba quitarme los guantes, pero no permitiría que este medio hermano me considerara una campesina carente de modales básicos.

Por lo que yo sabía, él podría ser un petimetre o un trepador de clase social.

Felicity se detuvo frente a la puerta.

—Entraremos contigo para asegurarnos que todo esté correcto y apropiado, pero luego podemos irnos, si lo deseas.

Miré de ella a Benedict. James había optado por quedarse con Henry y le había preguntado a Benedict, si quería hacer lo mismo. No creía que yo quisiera una audiencia para una reunión tan emotiva. Pero mi incondicional compañero estaba demostrando su valía, y ahora nos acompañó hasta la puerta, brindándonos el apoyo que necesitaba de su parte.

—Gracias —dije, siguiendo a Felicity y Benedict al interior.

Benedict se inclinó y susurró en voz baja:

—No me iré de tu lado a menos que tú me lo pidas.

Su tranquila y firme seguridad me llenó de fuerza para enfrentar la encarnación de la infidelidad de mi padre, la razón por la que nunca podía confiar en Benedict como esposo. La ironía no pasó desapercibida para mí por fugaz que fuera el reconocimiento.

El señor Robertson nos saludó. Su cara larga y estrecha era mucho más agradable de lo que esperaba de un hombre que me había despojado de la mitad de mi herencia. Hizo una pausa después de hacer las presentaciones y me sonrió.

—Tu padre habló muy bien de ti. Puedo ver que no exageró tu belleza.

Mis mejillas se calentaron y asentí en agradecimiento.

—Supongo que no deberíamos esperar más. El señor Danvers llegó un poco antes y está ansioso por conocerla.

El señor Robertson cruzó la pequeña habitación hasta una puerta al final de un estrecho pasillo, y volteó para sonreírme afectuosamente otra vez. Su comportamiento fue extraño, asentando recelos en mi estómago. Algo en esta situación estaba mal y me preocupaba lo que podría ser.

Benedict asumió una posición defensiva delante de mí y siguió a Felicity al interior de la habitación. Me quedé atrás, esperando una señal de él sobre que la madre estaba presente y yo huiría, pero la misma nunca llegó. En la oficina claramente faltaban trinos, cloqueos y maullidos.

—¿Señorita Northcott? —llamó el abogado.

Di un paso adelante, vacilando, cuando Benedict se asomó por la puerta. Sus cejas se arquearon y una suave sonrisa calentó su rostro. Todavía no emitía ningún sonido felino o de pájaro, así que lo tomé como una afirmación que mi hermano estaba allí solo.

La habitación estaba en silencio, las tres personas que me habían precedido me esperaban en silencio. Di otro paso adelante y entré en la habitación sorprendentemente luminosa, la luz del sol entraba por la ventana y allí estaba... era un niño.

Por lo demás, la habitación estaba vacía excepto por las personas con las que había llegado, el abogado y este muchacho. Sacudí un poco la cabeza. Quería creer que había habido algún tipo

de malentendido, pero supe de inmediato que estaba mirando a mi hermano, porque casi me sentía, como si me estuviera mirando en un espejo de una década antes.

Cuando entré en la habitación, él se puso de pie inmediatamente, evidenciando los buenos modales que le estaban inculcando. Su cabello oscuro estaba peinado y untado con pomada, la parte de atrás estaba un poco levantada, aunque no era por su evidente falta de intento de alisarlo hacia abajo. Sus ojos eran azules, redondos y muy abiertos, y su rostro en forma de corazón era como el mío, y pude ver a mi padre en él.

—Buenos días, señorita Northcott —dijo, su vocecita cruzó la habitación, seguida de una cortés reverencia.

Hice una reverencia, porque no sabía de qué otra manera responderle a este pequeño caballero-niño. No había venido en absoluto preparada para un hermano tan joven y sentí que mi padre debería haberme advertido mejor. Aunque, en su defensa, supongo que debió escribir la carta cuando Archibald era muy joven, y no anticipó la edad que tendría el niño cuando lo conociera.

—Buenos días —dije.

—Los dejaremos para que se conozcan ahora —dijo el señor Robertson, guiando a Felicity y a Benedict con los ojos muy abiertos fuera de la habitación. Asentí levemente y Benedict cerró la puerta detrás de él.

—¿Le gustaría sentarse? —preguntó Archibald, de nuevo con una calma educada. Obviamente, él me conocía desde hacía bastante tiempo al permanecer tan absolutamente imperturbable.

—Lo haré, gracias. —Sacudí mi sorpresa y tomé asiento a su lado. Era un niño y los niños (según mi limitada experiencia) no se andaban con rodeos. A pesar de sentir que actuaba una década mayor de lo que parecía, decidí hablarle como si fuera pequeño—. No parece que estés tan sorprendido por mi existencia como yo por la tuya.

—¿Cómo podría estarlo? Te conozco toda mi vida.

Eso fue inesperado.

—¡Qué injusto! Solo supe de ti hace unas semanas.

—Debe haber sido extraño saber que tenías un hermano. —Su naricita se arrugó, mientras pensaba.

—Extraño, sí.

—Pero seguramente tú también debes haber sido feliz. —Sus ojos se iluminaron.

—Por supuesto. —No podía soportar atenuar su sonrisa ahora, no cuando era tan inocente—. Dime, Archibald...

—Puedes llamarme Archie. Todos lo hacen.

Una sonrisa salió de mis labios.

—Muy bien, Archie. Dime... ¿Vive tu madre en Bath?

—No, solo estoy aquí para ir a la escuela. Mamá vive en Londres. Pero ella viene a buscarme cada día festivo y a veces viene a visitarme.

No podía imaginarme a nadie viniendo a Bath desde Londres, no con la distancia y el tiempo que pasaba en un carruaje, pero me preguntaba si eso significaba que su madre no hacía que visitarlo pareciera una dificultad. De mala gana, respetaba eso de ella, si ese fuera el caso.

—¿Tienes otros hermanos o hermanas, Archie?

—No solo tú.

Mi corazón se hinchó con un afecto inesperado por su sonrisa desdentada. Había una serie de pecas sobre su nariz, más oscuras que las mías, y una energía nerviosa en sus dedos inquietos.

—¿Me hablarás de ti?

Se enderezó en su asiento.

—Tengo nueve años, asisto a la escuela Goddard y mi mayor sueño es algún día tener mi propio caballo.

—A mí también me encantan los caballos —dije.

Archie se inclinó un poco hacia adelante para compartir su secreto, susurrando con una reverencia:

—Nunca he montado uno. Pero mamá dice que ahora podemos permitírnos uno.

—¡Esa es una noticia maravillosa! Tendrás que escribirme y contarme qué tipo de caballo eliges.

Sus pequeñas cejas oscuras se juntaron.

—¿No piensas quedarte aquí?

—Viajo a Londres para esta temporada, pero me gustaría visitarte nuevamente cuando deje la ciudad, si te parece bien. Quizás incluso podamos convertirnos en corresponsales habituales.

Archie hizo una mueca.

—No soy muy bueno escribiendo cartas, pero puedo intentar hacerlo mejor.

—¿Quieres saber un secreto?

—Sí.

—Tampoco soy muy buena con las cartas. Pero creo que seré buena escribiéndote cartas.

Él inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Por qué será diferente?

—Porque realmente querré leer tus cartas, Archie, lo que me también me dará más motivación para escribirte.

Él sonrió. Una sonrisa traviesa se dibujó en su hermoso rostro.

—El señor Rothschild, mi maestro, me dijo que tal vez no te alegrarías de verme. Pero creo que se equivocó. ¡Te ves muy feliz!

Mi corazón volvió a hincharse de amor por este niño y me di cuenta que tenía razón. Antes de enterarme de Archie, no me quedaba ningún familiar en la Tierra, en realidad no. No consideraba a mi tío familia por la forma en que me había despreciado e ignorado. Pero sí tenía familia a quien reclamar. Ahora tenía un hermano y se llenó un poco del vacío, que había quedado, cuando mis padres me dejaron huérfana. Algunas de las grietas que habían causado sus muertes ahora estaban reparadas.

Los Bradwell hicieron todo lo posible para ser mi familia y los amaba por eso. Eran como hermanos y una madre para mí. Pero esto fue diferente, me levantó el ánimo y me calentó el alma.

—¿Saldrás de Bath muy pronto? —preguntó.

—Estoy a merced de mis amigos, Archie. No puedo quedarme para siempre porque esperan continuar hasta Londres. Pero creo que podemos estar juntos uno o dos días y, si tu director lo aprueba, me encantaría invitarte a salir.

Sus ojos azules se abrieron y me pregunté si yo también parecía tan ansiosa, como él, cuando estaba emocionado por algo.

—¿Podemos caminar por Great Pulteney Street? Por allí pasan los mejores caballos.

Reprimí mi risa.

—Sí, pero tendrás que usar todas tus prendas más abrigadas o podrías resfriarte.

Me presentó la más seria de las expresiones.

—Tengo una constitución muy fuerte, así que no debes preocuparte que me muera.

—Cuánto me alegro de escuchar eso.

La puerta se abrió para dar paso al señor Robertson, seguido por un caballero corpulento con gafas y ojos curiosos.

—El señor Rothschild ha venido a llevar al señor Danvers de vuelta a la escuela, ahora pueden despedirse.

Archie se levantó inmediatamente y yo lo hice a su lado. Le pregunté al maestro, si podía sacar a Archie, durante aproximadamente una hora al día siguiente, y concertamos una cita, siempre que yo fuera a la escuela a recogerlo.

—Hasta mañana, Archie —dije, haciendo una reverencia.

Él respondió con otra galante reverencia y nos despedimos. Una vez que Archie estuvo calle abajo con su maestro, volteeé hacia el abogado.

—Si quisiera escribirle a la madre de Archie, ¿usted podría darme su dirección?

—¡Oh! —dijo el señor Robertson, aparentemente sorprendido por mi solicitud. Felicity y Benedict se pararon un poco detrás del hombre y me observaron con curiosidad—. Supongo que podría hacer eso. Si usted me concede un momento, se la copiaré.

Él se alejó rápidamente y yo crucé los pisos de madera pulida hacia mis amigos.

—Acaso, ¿tienes pensado escribirle a la mujer? —preguntó Felicity, en voz baja—. La reunión con el señor Danvers debe haber ido bien.

—Me pidió que lo llamara Archie.

Felicity sonrió.

—Ciertamente parece un Archie. Tiene tu sonrisita traviesa, ¿sabes?

Me sobresalté y miré de Felicity a Benedict en busca de confirmación de ese hecho.

—Ciertamente lo es —asintió Ben, con un brillo burlón en sus ojos—. ¡Que el Cielo nos ayude a todos!

* * *

El musical al que asistimos más tarde, esa noche, se llevó a cabo en uno de los salones de actos más pequeños, iluminado por fuegos en las chimeneas que destacaban en las paredes y velas en los candelabros. Me puse el vestido rosado que le gustaba a Lady Edith, y pensé que a ella le habría gustado estar con nosotros, si su salud se lo hubiera permitido. Fue triste que una mujer tan sana se viera obligada a quedarse en casa, debido a mareos tan violentos. Aunque no podía imaginar que ni siquiera una obra musical bien realizada, o unos meses de actividades sociales en Londres valieran una semana o más de enfermedad en un carruaje.

—¿Cómo convenciste a Henry para que viniera? —susurré, acercándome a Felicity y rodeando con mi brazo el de ella.

—Él disfruta de la música, evidentemente. Hablé brevemente del arpista del programa de esta noche, y lo siguiente que supe fue que nos esperaba abajo vestido de etiqueta.

—Ahora que hemos encontrado otra de sus debilidades, debemos explotarla —dije, sonriendo.

—No somos mejores que un par de madres casamenteras.

—Cuando se trata de Henry, ¿es algo tan terrible?

Felicity asintió, pero la picardía que bailaba en sus ojos demostró que estaba de mi lado. Henry me gustaba excesivamente y solo quería verlo feliz.

“¿Qué hay de malo en eso?”

Elegimos asientos en el salón mal ventilado y me encontré entre Benedict y Henry, inclinándome hacia el último para que mi pierna no rozara accidentalmente al primero.

—¿Te gusta la música de arpa, Henry?

Me miró con leve sospecha.

—Sí. Es difícil no apreciarla.

—Cuando tu compañera de escuela es novata y no puede dominar los acordes, creo que resulta difícil apreciarlos. Sin embargo, hay que admirar su perseverancia. Ella siguió así y en mi último año de escuela, yo soñaba con música entrecortada y acordes rotos.

Henry me dio una sonrisa divertida.

—Tengo plena confianza en que la mujer en el programa de esta noche no asaltará nuestros oídos con hilos entrechocados.

Cuando la sala se llenó y comenzó la música, inmediatamente me sentí arrastrada por la armoniosa melodía. Mi postura se relajó con la música hasta que sentí la presión de la pierna de Benedict, descansando ligeramente contra la mía y, a pesar de saber que debía alejarme, no me atreví a hacerlo. Pasamos la duración del programa musical, en este débil contacto, con el calor de su pierna filtrándose a través de las capas de mi vestido. Cuando sonó el aplauso final, se inclinó más y me susurró al oído. Su cálido aliento provocó escalofríos en mi cuello.

—El petimetre que vimos en Fremont, esa pequeña ciudad comercial con el combate de boxeo, está aquí. No entres en pánico, porque estoy seguro que no te reconocerá.

—No lo conozco —le susurré, aunque mi corazón había comenzado a galopar.

—No, pero recuerdo que tu amigo estuvo con él la última vez, por lo que es lógico que exista la posibilidad que estén juntos nuevamente.

“¿*Mi amigo?*” No sabía si contaría a Peter Seymour como amigo.

—Peter está en Londres.

—No estaba en Londres cuando lo viste en Fremont.

—¡Maldita sea! —Benedict tenía razón. Si Peter había viajado a la pelea con el petimetre, entonces tal vez también se hubieran quedado juntos en Bath.

—¿Te ha escrito otra vez? —preguntó Benedict.

Negué con la cabeza.

—No desde la última carta, y nunca le pedí a tu madre que le escribiera tampoco. —Tragué—. No pensé que sería prudente, preferiría que terminara la relación. Al menos no tengo ningún deseo de seguir adelante. No quisiera darle falsas esperanzas a ese hombre.

Benedict hizo una pausa y su mirada recorrió mi rostro. Una suavidad cayó sobre sus ojos azules que vertieron calor en mi pecho. Cuando habló, su voz era apagada y delicada:

—Está atenta a tu amigo y yo haré lo mismo.

Nos levantamos y saludamos a la pareja que estaba hablando con James. Henry se quedó atrás, contento de esperar que sus hermanos terminaran de socializar. Me acerqué a Felicity, mirando alrededor de James, mientras hablaba con la pareja y examinando la habitación en busca de Peter. Sabía que verlo en la ciudad era una eventualidad, pero tenía la intención de evitarlo tanto como pudiera. Él conocía de primera mano la infidelidad de mis padres y la reputación desfavorable que surgió había sido aún peor, ya que mi padre trabajaba para Inglaterra y representara a nuestro país.

—No lo veo —dije en voz baja, y Benedict asintió.

La mujer que estaba hablando con James centró su atención en mí. Sus ojos eran oscuros, rasgados y parecían exóticos, y era increíblemente hermosa.

—Perdóname —dijo James de inmediato—. He sido maleducado. Señor y señora Rossi, permítanme presentarles a la señorita Dorothea Northcott. La llevaremos a Londres para esta temporada.

La señora Rossi me recorrió con la mirada y se aferró con fuerza al hombre que tenía en el brazo, cuyo pelo era oscuro, áspero y desordenado.

—La señora Rossi es una cantante increíble —dijo James—. Tuve la oportunidad de escucharla hace unos años en Londres.

—¿Qué cantas? —pregunté.

—Ópera.

—¿Y tu marido también canta?

Apretó el brazo del hombre al que se aferraba y se rió.

—No... Él es el director de la orquesta.

Pude ver que tenían un matrimonio ventajoso.

—Espero escucharte cantar algún día.

—Debes venir a mi show en Londres. Muy pronto representaremos una nueva ópera. El coro ha estado practicando durante meses.

Miré a Felicity y esperé que no revelara mi disgusto por este tipo particular de música, pero aparte de su sonrisa divertida, no hizo nada para delatarme.

—Estoy a merced de mis anfitriones.

El señor Rossi me miró entrecerrando los ojos.

—Northcott. Conocía a un hombre por ese nombre, aunque fue hace años.

—¿Charles Northcott? —pregunté—. Él fue embajador en Suecia recientemente y viajó mucho por el continente. Aunque murió hace seis años.

—Sí... Es así... Tu madre era muy hermosa. Te pareces a ella. —Sus ojos se iluminaron.

Esperé con los hombros tensos, a que me desestimara por ser hija de dos personas con tan poca consideración por la fidelidad o su reputación, aunque no lo hizo. Él simplemente miró hacia otro lado, ya aburrido de la conversación.

—También recuerdo a tus padres. Vinieron a la ópera de Viena. Ahora realmente debes venir a escucharme cantar —arrulló la señora Rossi. Dejó caer el brazo de su marido y se inclinó más hacia Benedict, envolviendo sus largos y delgados dedos alrededor de su manga, y deslizándose a su lado de una manera demasiado familiar.

Mi estómago se hundió hasta mis calzados y lo miré, esperando a que se soltara de las garras de esa mujer.

—El señor Bradwell nunca se perdería mi programa —dijo con toda confianza. Su voz era como un cuchillo de pelar en mi alma.

—Cuando esté en la ciudad, sabes que nunca me lo perderé. —Él le sonrió ampliamente.

Quería huir, pero esa era una respuesta infantil, así que aparté la vista de ellos, incapaz de soportar la forma en que la mano de ella acarició su brazo, o la forma en que sus pestañas se agitaban entrecerradas.

Mi mirada captó a Henry hablando con un hombre no muy lejos detrás de nosotros, y luego se posó en el familiar amor rubio de mis años de juventud: Peter Seymour. Él me había visto y ya era demasiado tarde para apartar la mirada, así que le susurré al oído a Felicity.

—He visto a un viejo amigo, pero permaneceré a la vista.

Ella asintió y luego siguió escuchando educadamente a la descuidada cantante de ópera y a su aburrido marido.

—¡Alabado sea el Cielo! —dijo Peter al acercarse a mí.

Hice una reverencia y le sonreí. No quería conocerlo, pero tampoco podía ignorarlo.

—Han pasado algunos años, señor Seymour. ¿Cómo está usted?

—Entonces, ¿asumo que usted no ha recibido mi carta? —preguntó en voz baja.

Mi sonrisa vaciló, pero la conservé.

—Señor, no sé a qué se refiere. He estado en Cumberland últimamente, y ahora viajaremos a Londres para pasar la temporada.

—¿Cumberland? —Sus cejas claras se juntaron—. Sabes... es la cosa más extraña. Estuve en Fremont para ver una pelea no hace mucho, y podría jurar que escuché tu voz en mi posada. Te busqué el resto del día, pero nunca te vi.

Arqueeé una ceja, esperando estar haciendo un trabajo adecuado para cubrir mi temblor.

—¿De verdad usted cree que me encontraría en un lugar donde se celebra una pelea?

—Al principio no, pero tu voz es única y podría jurar...

—Buenas noches —dijo Benedict. Su voz baja interrumpió en el peor momento posible—. Creo que nos conocimos recientemente.

—Ah, sí... —Peter miró de Benedict a mí. —En realidad, en la posada de Fremont. Es curioso, porque justamente estábamos hablando de ello.

—¿Hablando de Fremont?

—Bueno, pensé que había escuchado a la señorita Northcott en mi posada, pero nunca la vi. —Sacudió un poco la cabeza, pero la línea entre sus cejas no desapareció—. ¿Se conocen?

—Señor... La madre de Bradwell es mi madrina —dije—. Su cuñada y su hermano son mis acompañantes durante la temporada.

La mirada de Peter se iluminó.

—También estaré de camino a Londres en breve. Espero volver a verte pronto. ¿Usted me concederá el placer de visitarla?

—Por supuesto —respondí con una sonrisa, “*¿qué más puedo hacer? Tengo que decepcionarlo suavemente, si quiere acompañarme, por supuesto*”. Le di a Peter mis indicaciones sobre dónde podía encontrarme en Londres, y nos dejó para regresar a su fiesta.

Con una sonrisa, aún en su lugar, me incliné un poco para que solo Benedict pudiera escucharme:

—¡Esto fue ridículo! ¿Pensaste que acercarte a ese hombre era el mejor curso de acción?

—Parecía que necesitabas que te salvaran.

—¿Salvarme? ¿De Peter? ¡Santo Cielo! ... Ben. Es un viejo amigo de la familia.

—Un amigo al que te agachaste desde una ventana para evitar verlo, así que sé exactamente lo confiable que lo encuentras.

Me tragué mi burla, antes que pudiera llamar la atención sobre nosotros.

—¿Qué fue esa parte ridícula al final, darle tu dirección? —protestó.

Me encontré con su mirada.

—¿Qué más se suponía que debía hacer? No me colgué de su manga ni le lancé miradas amorosas. Simplemente, estaba con un amigo.

—¿Por qué diablos quieres que sea tu amigo?

—No lo quiero... Pero tampoco seré grosera. Mientras él no crea que tengo interés en tener una relación con él, no he hecho nada malo. —Aligeré mi voz—. Además, podría traer a un amigo con él. Nunca se sabe dónde encontrar caballeros.

Los ojos azules de Benedict se agrandaron.

—Thea... Tú no eres seria... Tenía la impresión que no podías casarte con un caballero.

—No... no me casaré con una coqueta. ¡No me casaré sin amor! Pero debo encontrar un marido en alguna parte. —Levanté un hombro en el más delicado de los encogimientos de hombros. No tenía intención de cortejar a Peter, pero ya no me oponía a todos los caballeros—. Felicity encontró a su marido en un baile y son perfectos el uno para la otra.

Además, James, que poseía un carácter excelente, ¡era un Bradwell! Aunque no permití que mi mente siguiera transitando por ese camino.

—¿Quién puede decir que yo no tendré la misma suerte?

Benedict parecía una mezcla justa entre indignado y disgustado.

—Tengo la intención de arrojarte al carruaje, y llevarte directamente de regreso a Chelton, en este mismo instante.

—Bueno, no puedes hacer eso por dos razones —dije con mi voz engañosamente tranquila. En realidad, la imagen que Benedict creó en mi cabeza, la idea que él me llevara a cualquier parte, envió una ola de anhelo a través de mí. Después de la escena que había presenciado entre él y la rapaz cantante de ópera, tal vez me sentí más malhumorada de lo que la situación justificaba—. Tengo una cita con Archie mañana y me niego a faltar.

—¿La segunda razón?

—Si me llevas de regreso a Chelton, ¿cómo encontraré marido en Londres?

Parecía un dragón de los libros de cuentos de mi infancia, preparándose para lanzar fuego sobre la aldea. Solo que yo era el pueblo.

Benedict se inclinó hacia adelante nuevamente para susurrarme al oído y yo me quedé perfectamente quieta para que sus labios no tocaran mi piel.

—El único marido que coleccionarás en Londres, Thea, seré yo.

Al pronunciar las últimas palabras se enderezó y se ajustó la manga de su chaqueta. Terminó alejándose y dejándome sin ningún recuerdo de cómo respirar.

Capítulo 28

Benedict

Thea había pasado toda la tarde con su hermano, sentada en un banco en Sydney Gardens, admirando los muchos caballos que trotaban, tirando de varios medios de transporte, o cargando jinetes, mientras James, Felicity y yo caminábamos por los senderos del jardín y permitíamos a los hermanos su privacidad.

Hacía frío, pero mis capas de lana cálida mantenían los escalofríos a raya, mientras mis pensamientos estaban envueltos en la imagen de la brillante sonrisa de Thea. Parecíamos haber caído nuevamente en un ritmo de amistad, nuestras burlas eran lo que alguna vez fueron, pero mucho menos hostiles. Me preguntaba, en lo que respecta a Thea, si eso era todo lo que sabía hacer conmigo: ¡provocarme!

—Esa mujer de anoche —dijo Felicity con su tono lleno de leve curiosidad—. ¿La cantante de ópera? Parecía muy familiar contigo.

—La conozco desde hace algunos años —dije.

—Yo también, pero ella no actuó igual conmigo. Fue atrevida por su parte acercarse a ti con su marido al lado —dijo James.

Giré la cabeza para mirar a mi hermano mayor.

—¡Cielos! ¿Es eso lo que piensas? Nunca nos conocimos de esa manera.

Las cejas cobrizas de Felicity se alzaron en su frente.

—Por la forma en que se aferró a ti, ciertamente parecía que tenía una razón para ser tan posesiva. —James se encogió de hombros.

—Ella es una mujer. Es lo que ellas hacen. —Me pasé una mano por la cara. Si James y Felicity creían que la señora Rossi era una ex amante mía. “¿Thea también lo cree?” Ella había sido fría conmigo la noche anterior, pero me pregunté si eso se debía al cansancio excesivo.

Felicity se detuvo en el camino, e inclinó la cabeza para mirarme. La confusión se hizo más fuerte en su expresión.

—Benedict, ¿no puedes decir que la forma en que actuó la señora Rossi, toqueteándote el brazo de una manera tan familiar, es un hecho tan común que creías que era un comportamiento normal?

—¿O quieres decir que es un comportamiento tan familiar para la señora Rossi, que a ella le parecía normal? —intervino James.

Miré entre ellos, tratando de darle sentido a lo que me preguntaban. “¿No son iguales todas las mujeres? ¿Se congracian lo mejor que pueden con la esperanza de recibir un cumplido, o una solicitud para llamar más tarde o enviar algunas flores?”

—Así es como te tratan la mayoría de las mujeres, ¿no? —preguntó Felicity.

—Bueno, por supuesto. —Le hice un gesto a mi hermano—. Estoy seguro que lo entiendes.

—¡Pelearía contigo por una cuota de mujeres coquetas! Pero eso no es lo mismo para mí. ¡Fue ridícula la forma en que se colgó de tu brazo! La mayoría de las mujeres de buena crianza no se atreverían a tocarte de una manera tan familiar. —James se rió.

—Tal vez mi problema es que debería rodearme de más mujeres de buena crianza.

—Creo que ya lo estás haciendo —dijo Felicity con una sonrisa irónica—. Thea y yo somos perfectamente aceptables.

—Y ninguna de ellas cuelga de tu brazo, como si lo confundiera con un perchero —agregó

James.

—No, es seguro decir que no. —Le dedicué una sonrisa a Felicity, pero mi estómago estaba revuelto. Se lo debía al hecho que Thea nunca parecía querer tener nada que ver conmigo y Felicity era mi cuñada. Sin embargo, al repasar las últimas interacciones que había tenido con mujeres que no eran de mi familia, recordé que todas tenían un comportamiento similar. La señorita Dodwell, en las asambleas de Bakewell, había actuado de manera muy parecida, y lo mismo podía decirse de cada una de las otras mujeres con las que había saludado esa noche.

La mala interpretación que hizo Thea de mis intenciones con la señorita Dodwell y la forma en que había tratado a mis otras compañeras ya no podía descartarse como un toque de dramatismo, no cuando Felicity y James veían las cosas de la misma manera. Siempre supe que era un poco coqueto, pero creía que era un comportamiento típico, y que no actuaba de manera diferente, a como lo haría cualquier otro hombre en mi posición.

—Díganme —pregunté, llamando su atención una vez más—. ¿Ambos creen que soy irreproachable en la forma en que trato a las mujeres, o tal vez lo soy?

—Exactamente, ¿quizás qué...? —preguntó James.

—¿Soy demasiado coqueto?

—¿Eso es algo malo? A mi lado, nunca has hecho nada que pueda convertirte en un libertino o un canalla. Coquetear, por el contrario, es inofensivo, siempre que ambas partes sean plenamente conscientes de los límites. —Felicity se rió.

—La señora Rossi estaba junto a su marido. Ciertamente, él no vio nada malo en su forma de actuar. —James se encogió de hombros—. Si fuera tú, no me quitaría el sueño por eso.

—No estoy demasiado preocupado por ese momento en particular —le aseguré—. Pero no quiero darle a la mujer equivocada una razón para creer que estoy interesado en perseguirla.

“O, tal vez, darle a la mujer adecuada una razón para creer que estoy persiguiendo a otras”.

—Es algo que debe ser considerado —coincidió James. Levantó la vista y la mano a modo de saludo—. Aquí vienen Thea y Archie. ¡Cielos! Sí se parecen.

Seguí su línea de visión hasta que los encontré caminando hacia nosotros y tuve que estar de acuerdo. El niño serio, con cabello oscuro y ojos azules vibrantes, podría haber sido el hijo de Thea. Al parecer, su padre ciertamente había influido mucho en su apariencia. La sonrisa de Thea era radiante y su cuerpo verdaderamente palpitaba de alegría. Por lo que era imposible no devolverle la felicidad hasta cierto punto.

“¿Le resultaría difícil dejar Bath? Quizás Thea desea quedarse aquí un poco más”. Ciertamente, estaba dispuesto a retrasar nuestra incursión en Londres. Me preocupaba que una vez que llegáramos allí, la perdería para siempre. Incluso ¿cómo podía una mujer con su aspecto, que irradiaba tanta alegría en un salón de baile, no tener una oleada de pretendientes derribando su puerta, y llenando su salón durante la primera semana?

—Necesitamos que Archie regrese a la escuela ahora —explicó Thea con cierta tristeza cuando nos encontraron.

Avanzamos por el camino que conducía a su escuela y nos paramos frente al edificio, mientras Thea guiaba a Archie de regreso al interior. Cuando volvió con nosotros, nos quedamos frente a la escuela de piedra amarilla, en la que Archie Danvers acababa de desaparecer y esperamos, mientras Thea parecía estar intentando memorizar todo lo que estaba a la vista. Miré a James por encima de su cabeza y él se encogió ligeramente de hombros.

Thea tocó el anillo que adornaba su tercer dedo, el que había pertenecido a su madre, y luego le sonrió a Felicity.

—Estoy listo para irme.

Caminamos de regreso por los jardines de Sydney, avanzando lentamente hacia nuestra posada y el carruaje que nos llevaría a Londres por la mañana.

Le pregunté cómo había ido la conversación con su hermano y ella se limitó a sonreír y asentir, como si fuera suficiente.

Quizás para ella así fue.

—¿Necesitas permanecer más tiempo en Bath? —Esperaba que mi preferencia por esta opción no fuera evidente en mi tono.

—No —dijo ella—. Obtuvimos una buena base y creo que ahora podemos conocernos mejor a través de la escritura.

—Me alegro que las cosas hayan salido tan bien.

Ella me lanzó una sonrisa irónica.

—Mejor de lo que esperaba, en cualquier caso. Creo que conocer a Archie solo me ha generado más preguntas, pero no puedo encontrar ningún defecto en descubrir que tengo un hermano que es un alma tan dulce y desea conocerme. Estaba segura que el hombre que me esperaba en la oficina del señor Robertson sería más cercano a mi edad con antecedentes inseguros, y un gran deseo de ser presentado a los niveles más altos de la alta sociedad.

—Esa era sin duda una preocupación válida, dada la petición de tu padre que ayudaras a tu hermano a entrar en la sociedad.

—Sí, bueno, parece que eso no será necesario por un buen tiempo, y puede que Archie nunca me requiera algo así. Estoy segura que al chico nada le importa tanto como los caballos.

—¿No son así la mayoría de los niños pequeños?

—Supongo que no sabría decirlo —expresó agradablemente.

Después de hacer una amplia generalización sobre la forma de actuar de las mujeres, que quedó totalmente desacreditada, tal vez no debería hacer ninguna generalización. Consideré cómo me había equivocado y bajo qué luz eso había hecho que Thea me viera. Al descubrir que no entendía la forma en que las mujeres me habían tratado, quise pedirle a Thea que me explicara sus opiniones una vez más, para tratar de verme como ella me veía.

Ahora no se me escapaba que ella podía tener razón en sus preocupaciones sobre mi comportamiento, y eso me dolía. Hasta el momento había actuado bajo la creencia que ella estaba siendo injusta al declarar que yo era similar a su padre, pero ella me había visto exhibir rasgos que no eran típicos, aceptando coqueteos que no eran tan inocentes, como yo creía. Ella tenía razones válidas para estar preocupada.

—¿Puedo preguntarte algo que sea más delicado? —manifesté, acercándome a ella. James y Felicity estaban un poco por delante de nosotros en el sendero, pero sabía que mi voz podría llegar fácilmente a ellos, si se preocupaban por escuchar. Felicity estaba hablando ahora, así que confié en que no me estaban prestando atención.

—Siempre puedes preguntar, aunque no aceptaré responder hasta que sepa la pregunta.

—Me parece bien. —Junté mis manos ligeramente detrás de mi espalda para calmar su inquietud—. Anoche en el musical, cuando la señora Rossi estaba... hablándome... te alejaste. ¿Qué fue lo que te molestó?

Sus cejas se arquearon.

—No me molestó nada. Simplemente no sentí la necesidad de ver a la mujer envolverse sobre ti, como si de repente hubiera perdido todo recuerdo de cómo valerse por sí misma.

Una sonrisa victoriosa ensanchó mis labios. Thea había estado celosa. Podría tener un gran camino por recorrer para llegar a ser lo suficientemente bueno para ella, pero eso era ciertamente

una señal que ella no había perdido por completo el interés.

—Por supuesto, hay una manera de evitar que las damas se cuelguen sobre mí.

—¿Quitarlas de tu brazo?

Tenía razón, y esa era la razón por la que Thea no tenía suficiente fe en mí.

—No importa. Hay dos maneras.

—¿La segunda? —preguntó.

—¡Que tú estés sobre mi brazo en su lugar!

Ella sacudió la cabeza y sus pasos ganaron velocidad. Había sido un error decirlo.

—Thea, espera —le pregunté, desesperado por tener otra oportunidad de demostrar que era mejor de lo que ella esperaba, aunque no, esperaba, mejor de lo que ella creía posible.

—¿Qué, Ben? —La forma cansada en que dijo mi nombre me preocupó.

Tragué.

—No debería haber tomado a la ligera algo que te molesta. Pero ahora que soy consciente del problema, lo tomaré mejor en cuenta y haré un esfuerzo para cambiar. —La tomé del brazo y tiré de ella para que se detuviera, sin prestar atención a lo que mi hermano o Felicity pudieran pensar—. Quiero una oportunidad, Thea. ¡Una verdadera oportunidad!

—Y yo necesito protegerme. No viviré toda la vida preguntándome dónde estás cada noche o con quién estás. No estaré al lado de mi marido, mientras él permite que las cantantes de ópera se cuelguen de su brazo. Vi a mis padres arruinar la felicidad del otro y no permitiré eso. —Ella sacudió la cabeza y me quitó el brazo de las manos—. Siempre seremos amigos, Benedict, pero nada más.

Thea se alejó de mí y corrió hacia James y Felicity, quienes todavía caminaban por el sendero y sin prestar atención a lo que había sucedido justo detrás de ellos: Thea estaba rompiéndome el corazón.

Capítulo 29

Thea

La temporada en Londres ya había comenzado. El parlamento estaba en pleno apogeo y las debutantes se preparaban para saludar a la reina. Había una sensación de urgencia y expectación en Bond Street, cuando Felicity me llevó a pedir algunos vestidos y, a pesar de mis amplios intentos de considerar que la temporada social no es divertida, me encontré cada vez más emocionada por los bailes. Al menos, los bailes serían divertidos. Quizás encontraría un caballero que fuera amable, que se enamorara de mí, y que no considerara necesario coquetear con todas las mujeres bien vestidas. Lo que era el deseo de cada mujer.

“¡Oh! ¿A quién estoy tratando de engañar? No me estoy enamorando todavía. No hasta que encuentre una manera de sacar a Benedict de mi corazón”.

Sin embargo, antes de eso tenía una misión que quería cumplir y no podía hacerlo sin la ayuda de Felicity.

Caminamos por Bond Street, después de nuestra cita con la modista, mirando los hermosos sombreros y abanicos en los escaparates, y admirando el esplendor general de la venta.

—Algún día planeo traer a Archie aquí y malcriarlo —dije, mirando un adorable par de pantalones de niño.

Felicity miró una bata de dormir para un pequeño bebé con agudo anhelo, y luego desvió la mirada.

—Es un chico tan amable. Me alegro de haber podido conocerlo también.

—Esperaba invitarlo a visitarme durante algunas semanas, en el verano.

—¿A Chelton? —preguntó Felicity, alzando sus cejas cobrizas—. ¿Y si te casas?

La idea de conocer a un hombre, enamorarse y casarse con él, antes del verano, era absurda.

—Eso parece escandalosamente irreal. Pero supongo que si no estoy en Chelton por algún motivo, invitaría a Archie a visitarme donde esté.

Parecía que yo estaba en un conflicto interno.

—Por tu bien, espero que encuentres una buena pareja, pero por mi bien, lamentaré que te vayas.

La sonrisa que apareció en mis labios no fue forzada en lo más mínimo. Felicity se había convertido en una querida amiga mía, durante el mes anterior, y yo valoraba inmensamente su compañía.

—Seguiremos siendo amigas, independientemente de dónde esté.

—¡Bien!

Pasé mi brazo por el de ella y fuimos a la siguiente tienda para examinar la variedad de abanicos pintados, que esperaban nuestro juicio.

—Sabes, con respecto a Archie, tenía un proyecto con el que esperaba que me ayudaras.

Ella me miró con sospecha. Debió hacer algo con mi tono que me delató.

—¿Qué es? —preguntó ella.

—Quiero visitar a su madre.

—Esa no puede ser una buena idea. —Felicity arrancó su brazo del mío.

—No sabremos si es una buena idea o no hasta que sepamos quién es.

—Pero si... —Felicity bajó la voz y se inclinó, observando para asegurarse que nadie que pasara la oyera—. ¿Qué pasa si la mujer es una...? Si no es respetable.

—¿Una amante? Ella claramente lo era...

Felicity miró al cielo como si buscara ayuda desde arriba.

—No creo que sea una buena idea.

—Suenas como Lady Edith.

Felicity se burló y apretó los labios.

—No soy una anciana, pero tengo el suficiente sentido común como para desconfiar de visitar a la antigua amante de tu padre, cuando no tienes noción del tipo de persona que es, o de si serás bien recibida.

—Yo también soy cautelosa. Pero eso no significa que no lo haré. Pedí tu acompañamiento y tu bendición, pero nada de esto es necesario. —Dejé que el desafío quedara suspendido entre nosotros. Mi padre había admirado a esta mujer lo suficiente como para amar a su hijo, y dejarle la mitad de mi herencia, por lo que era lógico que ella no fuera del todo inaceptable.

Felicity respiró hondo y entrecerró los ojos.

—Bueno... Iré contigo, pero solo porque sé que si no lo hago, irás sola, y eso enviaría a mi suegra a la tumba... si se enterara.

Una sonrisa apareció en mis labios.

—Pero —continuó—, seguirás mis términos y serás consciente de tu reputación.

—Por supuesto.

Dejamos atrás los hermosos escaparates para regresar a nuestro carruaje.

—Por favor, recuerda que mientras estás bajo mi cuidado, mi reputación también está en juego.

Hice una pausa y esperé, mientras Felicity subía al carruaje. No había considerado ese punto antes, pero ahora no pude evitar pensar en ello.

—Intentaré no hacer nada que pueda dar una mala imagen de ti.

Ella no parecía del todo convencida, pero sonrió de todos modos.

—Gracias, Thea.

—¿Podemos ir esta tarde?

—Esta noche tenemos el baile de los Hutton. Podemos ir mañana.

—Mañana —repetí. Conocería a la amante de mi padre y finalmente recibiría algunas respuestas.

* * *

Se acercaba el primer baile de la temporada y Hannah había hecho todo lo posible para asegurarse que tuviera un aspecto digno de mi primer evento social en Londres. Ella había rizado mi cabello y lo había arreglado contra una cinta rosada que combinaba perfectamente con mi vestido. Había presenciado muchos bailes y fiestas, asistiendo a muchas asambleas desde que cumplí los diecisiete años, pero me aseguraron, una y otra vez, que los bailes en la ciudad eran diferentes. ¡Eran especiales!

Estaba ansiosa por ver cómo se comparaban con los lujosos bailes que había visto, desde mi habitación, mirando a través de las tablillas de la barandilla, en Suecia. Tenía el presentimiento que estos no serían exactamente iguales.

Hannah puso mis gotas de perlas para los oídos, en mi mano, y me dejó colocármelas en silencio. Eran de mi madre, y con una punzada de dolor, me las puse, y admiré mi reflejo en el espejo. Mis ojos se cerraron para bloquear la imagen de mi cabello recogido y el vestido rosado puesto. Mamá siempre me había amado al verme vestida de rosado, y ella misma habría elegido ese color, si estuviera aquí.

Éramos tan parecidas que me asusté.

Aparté los sentimientos y me limpié la humedad de los ojos. Tenía la intención de aprovechar al máximo mi tiempo en Londres, con o sin un matrimonio por amor al final. Aunque era claramente obvio que no encontraría marido. Giré el anillo de mi madre en mi dedo y alejé los recuerdos de ella, sola, esperando a mi padre, luego se daba por vencida, y encontraba compañía en otra parte. Fue una historia que me negué a repetir. Quería casarme por amor, y hasta que encontrara una manera de eliminar hasta el último resto de Benedict, en mi corazón, no estaría abierta a otro hombre.

Hasta entonces, sin embargo, todavía podría disfrutar del baile.

La casa que Felicity y James habían alquilado para la temporada era cómoda, pero pequeña. Salí de mi habitación con el sonido de otra puerta, cerrándose al final del corto pasillo. Benedict hizo una pausa con la mano en el pomo. Su abrigo negro como la tinta contrastaba claramente con su chaleco de bronce y su corbata de marfil. Golpeó una figura que era a la vez esbelta y poderosa, y me tragué el suspiro de agradecimiento que amenazaba con salir de mis labios.

—Buenas noches —murmuró, ajustándose el puño, mientras cruzaba el pasillo hacia mí. El acto personal de ajustarse la manga era una tarea tan ordinaria, que daba una sensación de intimidad al encontrarlo en el estrecho y oscuro pasillo.

—¿Estás deseando que llegue el baile? Ambos sabemos lo mucho que disfrutas bailar.

—Lo disfrutaré si puedo reclamarte en un set.

Tenía muchas ganas de estar de acuerdo, pero esto era imprudente. Si permitiera que Benedict fuera tan guapo conmigo, que me tocara, nunca dejaría de amarlo. Me aclaré la garganta.

—Creo que mis bailes serán retomados por caballeros elegibles que compiten por la oportunidad de cortejarme. —Le di una sonrisa frívola para igualar mis palabras jocosas, esperando que sonaran más juguetonas que cortantes.

—Eso es precisamente lo que temo. —Su tono serio hizo que se me revolviera el estómago.

Duplicué las defensas alrededor de mi corazón y suavicé mi voz:

—No vamos a estar juntos, Benedict. Debes aceptar eso.

—No tengo que aceptar nada con lo que no estoy de acuerdo. Te dije que te demostraría mi valía y tengo la intención de hacerlo.

¡Qué injusto! No fue como si lo hubiera alejado por despecho. Hacía solo unos días había visto a la señora Rossi colgarse de su brazo posesivamente, y él no había hecho nada para indicar que su atención no era bienvenida. Ni James, ni Henry actuaban de esa manera con las mujeres, por lo que Benedict no debería creer que su falta de límites era aceptable.

Si Benedict estaba probándose a sí mismo, entonces solo estaba demostrando que mis temores eran válidos.

—Mientras tanto, bailaré con amables caballeros que no reutilizan sus elogios para cada mujer que tienen en sus brazos. —Levanté la barbilla.

—Harás que todos se enamoren de ti también —dijo en voz baja y grave—. Lo cual es un tipo especial de tortura, cuando ninguno de ellos podrá tenerte.

—Nadie se enamorará de mí esta noche, Benedict.

Dio un paso adelante, con los ojos oscuros y brillantes.

—Un hombre ya lo ha hecho.

Me quedé sin aliento y me apresuré a tapar el sonido, mientras mi pulso latía furiosamente.

—No deberías decir esas cosas.

—¿De qué otra manera voy a luchar por ti?

—Es una batalla infructuosa. No sé cuántas veces debo decirlo.

—¿Porque soy exactamente como tu padre?

—Sí. —“*Peor aún, yo soy exactamente igual a mi madre*”—. No seríamos buenos el uno para la otra.

—Pero deseas un matrimonio por amor.

—Y tendré uno.

Apretó la mandíbula y el músculo saltó.

—Podrías, Thea. Tú eres la única razón por la que no anunciamos nuestras buenas noticias y no nos regocijamos, ante la posibilidad de un futuro feliz. ¡Quiero ser tu esposo! ¡Quiero besarte! ¡Quiero tomar tu mano debajo de la mesa, exactamente como lo hacen James y Felicity, cuando creen que nadie los está mirando! ¿Por qué no me dejas amarte?

Su súplica no carecía de fuerza. Se filtró a través de mis extremidades, sacudiéndome hasta los huesos. Un destello de duda sacudió mis muros de protección perfectamente contruidos.

Benedict pareció sentir mi menguante compromiso con mis objetivos. Dio un paso más y extendió la mano tentativamente para arrastrar sus dedos ligeramente sobre mi pómulo y trazar mi mandíbula. Envió escalofríos por mi cuello y mi pecho se agitó, mientras intentaba recuperar la respiración. Olía tan bien, tan familiar, y quería inhalar profundamente para recordar siempre ese aroma.

—No soy tu padre, Thea. Soy diferente y te lo demostraré. —Tomó mi mano, la giró para revelar mi muñeca desnuda y depositó un beso en la tierna piel allí.

Mi cuerpo se sonrojó de calor. ¡Quería esa sensación para siempre! Y la sensación de sus labios hizo que mis pensamientos nadaran. Retazos de recuerdos pasaron por mi cabeza sobre Benedict con la señorita Dodwell, él sonriendo a sus compañeras de baile, y la mujer de la ópera colgando de su brazo. Sacudí la cabeza y di un paso atrás. Liberé mi mano y de inmediato sentí su ausencia.

“¿*No se da cuenta de lo difícil que esto es para mí también?*”

Mi voz sonó estrangulada cuando hablé:

—Incluso si no eres como mi padre, pasaría el resto de mi vida, preguntándome si te convertirías en él. No puedo vivir una vida tan llena de angustia y miedo. ¡No lo haré! Sería mejor casarme con un hombre al que no amo, que casarme contigo y preocuparme de perderte.

—¡Eso es una tontería! ¿No puedes ver eso? Tu razonamiento no es sólido. Es ridículo.

—¿Y pretendes hacerme cambiar de opinión?

Dio un paso atrás.

—Bien. Dejaré de intentar hacerte cambiar de opinión, Thea. La tuya es claramente inventada, y no hay nada que pueda hacer para modificarla. ¡Así que vete esta noche y búscate un hombre! De hecho, también podrías apostar por un lord, porque sé que Keene o Hampton se enamorarían de ti en un instante.

—Tal vez encuentre a un lord. Entonces, al menos... ¡Afrontaré mi matrimonio con plenas expectativas! —espeté, enfrentando su ira con igual exasperación.

—Eso es sabio. No puedes decepcionarte si no te permites tener esperanzas, ¿cierto? ¿Es ese la tonta mantra que eliges seguir para vivir?

Mis respiraciones eran agitadas y violentas. Quería alejar a Benedict y atraerlo hacia mí y disculparme sinceramente por haber sido tan imprudente, pero había cavado este terrible hoyo, y ahora me veía obligada a permanecer allí. Me alejé de él y bajé las escaleras, con cuidado de respirar larga y lentamente, y calmarme antes de enfrentarme a Felicity.

Dominaría estos sentimientos

Dominaría mis emociones.

Y esta noche, para demostrarle a Benedict lo poco que esto me había afectado, iba a bailar con un lord.

Capítulo 30

Benedict

Normalmente era imposible permanecer enojado con Thea, pero esta noche yo estaba haciendo un trabajo espectacular. Su terca obstinación iba a ser mi muerte, y me preguntaba por qué amaba tanto a una mujer que me llevaba a tal distracción.

Bueno, ella era tremendamente independiente, para empezar, y yo admiraba mucho su capacidad para trabajar duro por las cosas que le importaban profundamente. No muchas mujeres que conozco estarían dispuestas a vivir en la cocina de una gran casa y lavar platos simplemente para poder trazar su propio camino. También estaba la forma en que se burlaba de mí, que era tremendamente entretenida, cuando no la ponía bajo mi piel. O la manera en que llevaba consigo una energía tan apasionada que era imposible no sonreír en su compañía, incluso en medio de las burlas.

Pero esta noche no podía quitar de mi mente su rostro decidido, cuando anunció que nunca estaríamos juntos. *“¿Idiotéz o esperanza lo que me permitió persistir en intentar ganármela? ¡La amo! Ella incluso admitió que también me amaba. ¡No estar juntos es una completa tontería!”*

Entré al pequeño estudio en el piso inferior de nuestra casa alquilada y encontré a Henry allí. Anhelaba su compañía constante y su estabilidad tranquilizadora. Quizás podría convencerlo para que saliera conmigo y ahogara mis frustraciones en puñetazos. Me dejé caer en la silla a su lado, y apoyé la cabeza contra la parte superior del cojín acolchado.

Esperó un minuto, antes de hablar.

—¿No vas a ir al baile?

Tenía los ojos cerrados y los mantuve así.

—No. Thea no quiere admitir que me ama, entonces, ¿cuál es el punto? Solo vine a Londres por ella.

—Te dije que ella no esperaría para siempre.

Lo miré.

—Cuánta sabiduría demostraste, sabiendo cómo me sentía antes de estar dispuesto a admitirlo yo mismo.

—Bueno, era dolorosamente obvio —murmuró Henry—. Lo que es menos evidente es por qué estás huyendo de ella ahora.

—Le pedí que me reservara un baile esta noche y ella me rechazó. Está siendo terca y no puedo hacerla entrar en razón. —Aunque entendía la validez de sus miedos. De hecho, después de hablar con James y Felicity sobre la señora Rossi, pude ver cómo Thea había llegado a esas conclusiones. Pero si ella nunca me permitía demostrar mi valía, ¿cómo iba a hacerla cambiar de opinión?

—¿Entonces la dejarás bailando con todos los demás caballeros sin siquiera pelear?

Parpadeé hacia mi hermano.

—He estado peleando. Parece que eso es todo lo que he hecho durante las últimas semanas. Pero ella quiere que yo acepte tranquilamente que no somos buenos el uno para la otra.

Henry se quedó pensativo por un momento, antes de hablar.

—¿La has dejado ganar?

—Sí. Constantemente. Ella recibe todo lo que quiere de mí.

—No todo, no si todavía estás tratando de convencerla que se case contigo.

Lo miré fijamente.

—Déjala ganar esto —dijo Henry—. Acepta dejar de molestarla. Dale espacio para que ella crea que estás dando un paso atrás, como te pidió que lo hicieras.

—¿Y dejar que los otros hombres se la queden?

—No. No tiene nada que ver con los otros hombres. Le demuestra que respetas lo suficiente lo que ella quiere como para darle lo que te pide. Te brinda la oportunidad de demostrar tu valía.

Sus palabras resonaron en mí y me senté.

—Eres un hombre brillante.

Una y otra vez había jurado demostrarle a Thea que era diferente, que valía la pena arriesgarme. Le había rogado por la oportunidad de demostrar mi valía. Pero no le di lo único que había pedido, lo que demostraría cuánto valoraba sus opiniones y juicio.

Henry se rió entre dientes.

—Yo no llegaría tan lejos. Simplemente estaba señalando lo obvio.

Me levanté y le revolví el pelo rizado.

—Gracias, gallina.

Henry se pasó los dedos por el pelo para corregirlo, y yo crucé la habitación rápidamente, esperando no haberme perdido el carruaje. Me detuve en la puerta del estudio y miré hacia atrás.

—¿Estás seguro que no deseas venir?

—Sí. Extremadamente seguro. —Levantó su libro.

—Haz lo que quieras.

Llegué a la puerta, mientras el resto del grupo estaba afuera y tomé mi sombrero de la mesa donde lo había dejado antes de ponérmelo en la cabeza. Felicity pareció sorprendida de verme.

—Pensé que habías elegido no venir.

—Cambié de opinión.

Thea frunció el ceño y yo le sonreí benignamente.

—Tú ganas —dije en voz baja, mientras caminábamos hacia el carruaje que esperaba—. Te dejaré en paz.

Ella parecía inquieta, pero asintió.

—Gracias.

Nos dirigimos al baile en silencio y subimos las escaleras que conducían a la casa alta y brillantemente iluminada. El señor y la señora Hutton estaban en la puerta de su salón de baile, dando la bienvenida a sus invitados, y yo controlé mi expresión para que adoptara un interés general. Los Hutton habían sido buenos amigos de mis padres y los padrinos de James, por lo que los conocía la mayor parte de mi vida.

James se inclinó para hablar en voz baja con Felicity, mientras esperábamos en la fila para saludar a nuestros anfitriones. Hice lo mejor que pude para dejar espacio entre Thea y yo para no tocarla sin darme cuenta. Su familiar aroma floral picante flotaba hacia mí, y apreté los dientes para evitar inhalar profundamente.

—Buenas noches, James, señora Bradwell —dijo la señora Hutton, haciendo una cortés reverencia.

Felicity realizó las presentaciones. Les presté poca atención más allá de sonreír e inclinarme, cuando mencionaron mi nombre. Mi atención fue atraída hacia la multitud ya reunida en el salón de baile. Iba a ser un flechazo, y a Thea no le iban a faltar compañeros.

Tiré de mis manguitos nuevamente, ansioso por seguir adelante. Después de ver la gran cantidad de caballeros que podrían enamorarse de Thea, en un instante, me arrepentí de haber

venido esta noche. Pero no podía mostrarle a Thea que respetaría sus deseos, a menos que estuviera aquí, y no la molestara para que bailara conmigo.

Nuestro grupo entró en el salón de baile y encontró un lugar para pararse junto a la pared del fondo.

Thea se plantó junto a Felicity y me esforcé por escuchar lo que decía.

—Sé que no bailarás —dijo Thea—. Pero tienes la intención de presentarme, ¿cierto?

—Te ayudaré en todo lo que pueda, Thea, como prometí. —Ella se hundió un poco aliviada.

—Primero me gustaría conocer a Lord Keene y luego a Lord Hampton, si es posible.

Me mordí la mejilla para no maldecir. *“¿Está la mujer decidida a torturarme? Ella solo sabe sus nombres porque yo los mencioné en un ataque de furia”.*

Felicity parecía apropiadamente confundida.

—¿Quiénes son esas personas? ¿Cómo sabes sus nombres?

Ella se encogió de hombros un poco, lucía sin refinar y evitó mi mirada.

—Tengo mis métodos.

—¡Oh, cielos! Thea. Quería ayudarte a hacer una pareja, pero, prométeme que serás prudente. Después de lo que pasó el año pasado...

Thea miró de Felicity a James.

—Eso funcionó para tu beneficio, ¿no?

“¡Cielos! Ella está actuando ridículamente esta noche”.

—Sí, pero tuve suerte que me encontraran con James y no con un canalla. También podría haber sido mi ruina —dijo Felicity.

Thea se rió un poco. El sonido fue hueco.

—Tengo la intención de permanecer irreproachable en todo mi comportamiento, Felicity. Lo prometo. Quiero conseguir a un buen marido.

Mi estómago se apretó de nuevo.

—Es bastante imposible prometer algo así, ¿no es así, señorita Northcott? —dije secamente.

Thea parpadeó inocentemente hacia mí.

—¿Quieres decir que no crees que yo sea capaz de comportarme bien, señor Bradwell? ¡Qué impactante de tu parte! Pensé que éramos amigos.

La palabra era amarga y no estaba seguro de cuánto más podría soportar. Algo entre una risa y una carcajada salió de mi garganta, y miré alrededor de la habitación en busca de una mesa para tomar refrigerios.

—¿Hay algo de beber aquí?

Esto fue mucho más difícil de lo que pensé que sería.

Felicity agarró mi manga con una mano y la de Thea con la otra, mirándonos implorantemente.

—Hagan lo que hagan, prométanme que ambos permanecerán en el salón de baile, toda la noche, hasta que llegue la hora de irse. ¡Deben prometerlo!

Yo prometí. Amaba a mi cuñada y no haría nada para lastimarla si pudiera evitarlo.

—Gracias —dijo.

Una mujer con un turbante violeta y una larga pluma blanca se acercó y habló con Felicity, y yo di un paso atrás, apoyándome contra la pared y esperando a que la matrona se fuera.

—Deberíamos encontrar algunos caballeros para presentarte —le dijo Felicity a Thea—. James sabrá quién es el mejor.

—Lord Keene o Lord Hampton estarán bien —insistió Thea, esta vez lanzando una mirada en mi dirección.

Luché por reprimir mi frustración. “*¿Está tratando de incitarme? Ella ni siquiera los conoce. Podrían ser septuagenarios o faltarles la mitad de los dientes, y ella no se daría cuenta. Fui un tonto por darle cualquier nombre*”.

—Ninguno de esos hombres se adaptará mucho a nuestros propósitos aquí.

—¿Porque no soy digna de un título? —espetó Thea, claramente aún aturrida por nuestro encuentro anterior.

—Porque ninguno de los dos está buscando una esposa —dije. Ambos eran libertinos, y lo máximo que querrían de Thea sería escabullirse con ella a la biblioteca. Algo que le había prometido a Felicity que no haría.

Thea miró al techo, como si eso le otorgara serenidad y paciencia.

—Quizás yo podría ser la mujer que les hiciera cambiar de opinión.

—Ese es un objetivo muy alto.

—Pero, no es imposible.

—¿Detecto la posibilidad que ahora hayas tomado mi advertencia como una especie de desafío? —Mordí entre los dientes casi apretados.

—No me parece un gran desafío.

—¡Cielos! —dijo Felicity, con los ojos muy abiertos disparando entre nosotros—. ¿Debo verme obligada a separarlos como a escolares descarriados?

¡Oh! ¿Qué estaba haciendo? Ciertamente, todo lo contrario de lo que Henry me había aconsejado. Sacudí la cabeza y un rizo solitario cayó sobre mi frente. Pasé una mano por mi cabello para devolverlo a su lugar, y fijé mi mirada en mi cuñada. Estos eventos sociales me resultaban extremadamente difíciles de manejar, y ciertamente estaba empeorando la situación. Sería mejor si dejara espacio entre Thea y yo.

—Perdóname, Felicity. Me he dejado llevar. Me retiraré para evitar más interrupciones en tu velada.

—¿Vas a dejar el baile? —preguntó ella.

—No. He visto a un amigo de la vieja escuela y lo saludaré, antes que Thea pueda prender fuego a mi corbata con su mirada malvada.

Thea levantó la barbilla.

Estaba disgustado, evité mirar a Thea, lamentando mis últimas palabras, cuando salieron de mi boca. Di la vuelta y me alejé de ellos. Deje que Thea buscara a sus pícaros lores y bailara con todos los hombres presentes. No la volvería a molestar.

* * *

El resto del baile fue una forma de tortura aguda. Thea bailó casi todos los números, después que me fui de su lado, y pasé la noche haciendo exactamente lo mismo, aunque rápidamente descubrí que era una pareja algo desagradable. Ninguno de los intentos de mis compañeras de baile de ponerme de buen humor fue recompensado con algo más que una suave sonrisa, y acompañé a más de una debutante decepcionada de regreso con su madre que la esperaba.

Ahora que se habían levantado las cortinas de mi ignorancia y me habían dado a conocer mi coqueteo excesivo, estaba claro que yo era, de hecho, la mitad del problema. Esta noche me había alejado de varias mujeres que permanecían en mi brazo, obligándolas a soltar sus agarres. No pronuncié ni un solo cumplido que no sintiera con toda mi alma, y las mujeres parecieron entender el mensaje que intentaba transmitir. Mi comportamiento rayaba la cortesía, permaneciendo firmemente en el ámbito de lo amistoso, pero desinteresado. ¡Esto no fue difícil

de hacer! La única mujer en el salón que tenía mi interés era Thea.

Por otro lado, Thea fue un éxito rotundo, tal como se esperaba. Giraba de un hombre a otro (me alegró notar que nunca estuvo en los brazos de Keene o Hampton), e iluminaba radiantemente el salón de baile, dondequiera que iba.

Me había convencido a mí mismo de no salir del salón, en más de una ocasión, porque no podía demostrar que honraría los deseos de Thea, si no estaba allí, ¿cierto?

Su risa flotó sobre el grupo que actualmente se encontraba entre nosotros, y se alojó en mi corazón. Ella era un faro y yo lucía como un barco descarriado. Solo quería deslizarme hacia ella. Me acerqué a la mesa de refrigerios para poder ver con quién estaba hablando, levanté un vaso de algo de color extraño, y lo bebí sin importarle su sabor.

Thea estaba parada entre dos caballeros, mostrando su deslumbrante sonrisa para ambos, mientras Felicity y James esperaban cerca. Levantó la vista y me encontró mirándola, su sonrisa vaciló momentáneamente. Levanté ligeramente mi copa en un pequeño saludo, e incliné un poco la cabeza, pero ella recibió mi mensaje. Su boca era plana, sus ojos estaban pegados a mí y me preguntaba... no, esperaba que estuviera cambiando su firme opinión sobre el estado de nuestra relación.

Volteó hacia Felicity y dijo algo, y lo siguiente que supe fue que ambas mujeres se estaban alejando de los caballeros, y acercándose a la mesa de refrigerios.

Felicity me miró y sonrió.

—Has estado ocupado esta noche, Ben. No creo haberte visto quedarte fuera ni un solo baile.

—Deja a un lado tus ideas de emparejamiento, por favor —dije con gran aburrimiento—. No tengo planes para ninguna de estas jóvenes.

—¿Ninguna de ellas? —Thea preguntó con los ojos muy abiertos, como los de una muñeca—. ¿Ni una sola mujer en este salón despierta tu interés?

Sostuve su mirada.

—No deseo a una mujer que no me desee a mí en igual medida, por eso en este momento tendría que decir que no.

Ella se quedó quieta, pero yo había terminado con estos juegos. Me dolía ver a Thea actuar con tan poca consideración por mi corazón y estaba cansado del deporte. Un hombre solo podía luchar o intentarlo durante un tiempo determinado, antes que se le acabaran las ganas de sufrir más dolor. Levanté la mirada hacia mi cuñada.

—Creo que alquilaré un particular a casa. Ya terminé por la noche.

—No es de extrañar. Ya has bailado mucho —dijo sonriendo.

Le di una débil sonrisa en respuesta, luego miré a Thea.

—Espero que disfrute esta noche, señorita Northcott.

Dicho esto, di la vuelta y salí del salón sin mirar atrás.

Capítulo 31

Thea

Lo había hecho ahora. Realmente había arruinado cualquier posibilidad de felicidad que Benedict y yo hubiéramos tenido juntos, pero ni siquiera podía permitirme lamentar una relación, la cual no había permitido que comenzara. Sus esfuerzos de la noche anterior por tratar a las mujeres con cortesía, pero sin excesiva atención no habían pasado desapercibidos. Él me había escuchado, pero yo había tratado de contener el encanto que normalmente brotaba de él.

Pasé la mañana deambulando por la casa, esperando a que Benedict se despertara para poder disculparme por mi mala educación de la noche anterior, pero él nunca llegó. Después que todos los miembros de la casa estuvieron despiertos durante horas, finalmente, me cansé de esperar, alejándome de la ventana del salón.

—¿Benedict ya salió esta mañana?

Henry dejó su libro y miró a James.

James miró de Felicity a mí.

—Él ya... Fue a buscar alojamiento.

—¿Alojamiento? —pregunté, incapaz de estar segura de haberlo entendido correctamente.

—Sí. —James se aclaró la garganta—. Sintió que sería mejor si se quedara en la habitación de soltero que normalmente alquilamos, cuando venimos a la ciudad.

Nadie más pronunció las palabras que permanecían sobre nosotros como una opresiva nube de lluvia, que yo era la razón de su repentina partida. Miré a Henry.

—¿No deseabas hacer lo mismo?

—Me siento cómodo aquí —dijo simplemente.

Entonces me echaron a los pies la implicación que Benedict no se sentía cómodo aquí. Aunque estaba segura que Henry no lo decía de esa manera, era la verdad de todos modos.

Me senté en el asiento acolchado de la ventana y me apoyé contra la pared para mirar la calle vacía de abajo. Esto era lo que quería, ¿no? Que aceptara que no éramos una buena pareja y que nuestro futuro estaba escrito en las estrellas. Bastaba ver la infelicidad de mis padres y lo mucho que nos parecíamos a ellos para desanimarnos, ante la idea que Benedict y yo estuviéramos juntos. Pero ahora que se había ido, mi corazón lo extrañaba, mis ojos dolían por verlo, y mis dedos estaban desesperados por estar en su brazo.

Todo mi ser quería estar cerca de él y odiaba ser la razón por la que se había ido.

Felicity se puso de pie y se secó las manos en el vestido.

—¿Estás lista, Thea? También podemos seguir adelante.

James nos miró con resignación y no tenía ninguna duda que su esposa le había informado de nuestros planes.

—¿Estás seguro que no deseas una escolta? Permaneceré en el carruaje, si la casa parece respetable.

—La dirección está ubicada en un vecindario respetable —dijo Felicity, como si le recordara algo que ella ya había dicho en numerosas ocasiones—. Anoche le pregunté a mi madre sobre las casas de esa calle, y me aseguró que son perfectamente aceptables. No tengo ninguna duda que estaremos a salvo.

James parecía como si quisiera discutir, pero creo que debía saber lo que Felicity supuso: tendría que hacer esto por mi cuenta, sin audiencia. Me levanté y le di un gesto decidido.

—Estoy lista.

* * *

La calle estaba tranquila y limpia, y nuestro carruaje se detuvo ante una casa azul con vegetación colgando sobre la terraza. Era una casa tan acogedora y cómoda que no pude evitar sorprenderme un poco. No es que pensara que una amante vivía en una casa oscura con gárgolas francesas protegiendo las ventanas, pero sí podría haber esperado algo un poco menos agradable.

—¿Qué haremos si el abogado anotó la calle equivocada y esta no es la mujer que buscamos? —pregunté.

—Entonces, nos disculpamos por nuestro error y vamos a Gunter's por un hielo.

Sonreí.

—Me gusta tu plan. Quizás deberíamos obtener ese hielo independientemente del resultado de hoy. —Miré hacia la puerta y suspiré—. Creo que lo necesitaré.

Felicity no dijo nada más, pero se quedó a mi lado y esperó a que estuviera lista para tocar la puerta. Esta fue una presentación necesaria, porque si quería que Archie fuera un niño, en mi vida, al menos necesitaba que me presentaran a su madre. Si ella era una madre decente y respetable (y según Archie, era una muy buena mamá), entonces no le permitiría pasar el verano con una desconocida, independientemente que compartiéramos el mismo padre.

Pero también estaba la ridícula necesidad en lo profundo de mi corazón de respuestas que solo ella podía darme.

Enrosqué mis dedos enguantados alrededor de la aldaba de hierro, y la golpeé tres veces, luego di un paso atrás y esperé, conteniendo la respiración y presionando distraídamente un dedo contra el anillo de mi madre.

Una criada apareció en la puerta, bien vestida, aunque sencilla.

—¿Puedo ayudarles?

—Hemos venido a visitar a la señora Danvers, si está en casa.

Felicity le tendió su tarjeta y se la entregó a la sirvienta, quien la tomó con curiosidad y luego cerró la puerta.

—Me tomé la libertad de escribir tu nombre en mi tarjeta también, antes de irnos —dijo Felicity en voz baja—. Pensé que podríamos necesitarlo.

Solo tuvimos que esperar unos minutos, antes que la criada regresara y nos dejara entrar, luego cruzamos por un pasillo hacia una habitación bien iluminada. Una mujer estaba junto a la ventana con un proyecto de bordado tirado en el sofá, y dio la vuelta, cuando entramos.

Era mayor de lo que esperaba para una madre de alguien tan joven. Su cabello oscuro era muy parecido a mi color, pero salpicado de mechones plateados, y su rostro, aunque hermoso, estaba marcado por la edad. Ella me miró fijamente durante un minuto en silencio. Esta mujer ahora tenía control sobre la mitad de mi herencia. No me había enojado con Archie, después de conocerlo, porque entendía el deseo de mi padre de mantener a sus dos hijos. Sin embargo, esta mujer era una extraña y su participación en la situación me molestaba.

—Nunca creí que tendríamos motivos para encontrarnos —dijo, con voz sedosa y más baja de lo que esperaba—. Pero cuando recibimos la noticia de la herencia, tuve esperanzas.

Me acerqué a ella y la encontré en la ventana, mientras Felicity estaba cerca de la puerta. Parecía que ninguna de nosotras quería sentarse, pues eso implicaba el deseo de quedarse.

—No deseaba conocerte —dije sin rodeos—. Pero Archie me hizo cambiar de opinión.

Su rostro se suavizó con el afecto de una madre.

—¿Has ido a verlo, entonces? ¿Cómo está mi chico?

—Bien... Prosperando en su escuela. —Mis palabras eran tan entrecortadas y tensas como mi respiración—. Pero, me preguntaba por qué elegiste una escuela en Bath para él...

—Mi hermano es el director.

—¡Oh! —Archie no me había dicho eso.

—Entonces, sé que lo vigilan. También pensé en vivir en Bath, pero Londres es mi hogar. —Ella sonrió.

—Parece que usted está bien asentada... Esperaba que también le concedieras permiso para visitarme en ocasiones. Quizás en verano.

Ella vaciló, miró a Felicity y luego se dirigió a mí:

—Quizás sea mejor, si se sientan.

Obedecimos y nos sentamos en el sofá frente a su silla.

Los nervios hicieron que sus dedos revolotearan ansiosamente por el borde del cojín del sofá.

—Archie es todo lo que tengo, ¡ya ves! Así que soy bastante protectora con él.

—Eso es comprensible, señora Danvers. Pero, seguramente el señor Danvers...

—No existe —dijo en voz baja con las manos inmóviles sobre su regazo.

No esperaba eso.

—Pero... el nombre de Archie.

—Sí, bueno, no podría darle el nombre de su padre. —Se miró las uñas y luego volvió a mirarme a mí—. El señor Danvers se creó hace años cuando yo luchaba por encontrar una manera de mantener a raya a otros hombres, de explicar por qué no estaba disponible. Conocí a tu padre cuando trabajaba para un prestigioso club de faro, y casi me enamoré de inmediato, pero no pudo casarse conmigo, debido a mi posición.

—Y por mi madre —dije.

Ella me dio una suave sonrisa.

—Aún no conocía a tu madre.

El viento salió de mis pulmones y apreté los puños sobre mi regazo. Si quería dar a entender que mi padre había estado con ella primero... que había mantenido una relación con ella durante décadas, y ni siquiera había tenido un hijo hasta hace nueve años... Tragué fuerte y sacudí la cabeza.

—Eso no puede ser cierto. ¡Mi padre amaba a mi madre! No lo haría... Él no le sería infiel al comienzo de su matrimonio.

—Por supuesto que amaba a tu madre —dijo amablemente la señora Danvers—. Era un hombre de corazón pleno y amaba a muchas mujeres.

“¡Dos mujeres! Si está en lo cierto. Pero, por supuesto, también estaban las demás. Las mujeres con las que se escabullía después de bailes y fiestas. Al parecer, no solo le fue sido infiel a mi madre... Pero la señora Danvers parecía perfectamente consciente de ello, a juzgar por su respuesta. ¡Mi padre amaba a muchas mujeres!”

La repulsión hizo que mi garganta se espesara, haciéndome difícil tragar.

—¿Cuánto tiempo fue...? —No pude terminar mi pregunta, pero afortunadamente ella pareció entenderme.

—Nunca dejé de amar a tu padre y, a pesar de sus frecuentes responsabilidades en el extranjero, él nunca dejó de amarme. Proporcionó lo suficiente para sacarme del club de faro, e instalarme en un pequeño apartamento en Cheapside.

Ese fue un gran gasto que mi padre no tenía por qué haber incurrido. Seguramente, vivir en el continente eliminaba esa necesidad, a menos que ayudar a la señora Danvers fuera algo que

hubiera deseado hacer por su propia voluntad.

—Cuando supe que Archie era solo un niño, supuse que tu relación era de corta duración.

Ella inclinó un poco la cabeza con una niebla presente en su mirada.

—Hubo otros bebés antes, pero los perdí. Archie fue el primero en nacer sano y fuerte, y lo aprecio con todo lo que soy.

Por la forma en que hablaba de su hijo era evidente que era una madre cariñosa y un alma bondadosa. Deseaba que ella me agradara, y pensé que en cualquier otra capacidad me gustaría, pero dada su relación con mi familia, no sabía si alguna vez podría encontrarme en una situación agradable con esta mujer.

Aunque no necesitaba una relación con ella. Solo deseaba tener una con su hijo.

—Entonces, ¿permitirás que Archie venga a verme? Quizás durante unas semanas en verano. Él es la única familia que tengo y me gustaría conocerlo mejor.

Ella dudó solo por un momento.

—A tu padre le hubiera gustado esto.

La ira voló a través de mí, pero la moderé, respirando tranquilamente. Mi impulso de defender el honor de mi madre era fuerte y también el de rechazar cualquier cosa que la hubiera lastimado, pero ella no fue más fiel que mi padre, así que mis defensas cayeron como arena en mi lengua.

Mi madre también había ocultado el testamento que le habría proporcionado a Archie su herencia, hace seis años, por lo que ciertamente no era necesario que se hablara de ella en esta casa.

—¿Puedo preguntar qué has hecho desde la muerte de mi padre? Si él te proveyó, entonces...

—Hicimos lo que teníamos que hacer. Nunca hemos tenido demasiada hambre, si ese es tu temor. Mi hermano aceptó a Archie como estudiante becado, antes que pudiéramos permitirnos pagar. —La señora Danvers se encogió de hombros.

La imagen de Archie, delgado y hambriento, me había perseguido momentáneamente, aunque pude tranquilizarme.

Me levanté, habiendo llegado a mi límite por el momento. Todavía me estaba recuperando de la revelación que la señora Danvers había estado con mi padre más tiempo del que él conocía a mi madre. Si ese fuera el caso, entonces me había equivocado mucho... pero no, no podría recorrer ese camino en este momento.

Felicity se levantó a mi lado, brindándome apoyo en silencio.

—¿Puedo preguntar qué pasó con su ficticio señor Danvers? —dije, viendo a la señora Danvers levantarse.

—Estuvo mucho tiempo en la marina, lo que me dio la excusa para vivir sola, o hacer viajes largos sin generar preguntas entre mis vecinos. Pero luego, hace seis años, murió, dejándonos a Archie y a mí sin nada.

Asentí, entendiendo. Para ella, su padre había sido el señor Danvers. Él le había proporcionado las historias que ella le contó a sus amigos y vecinos, y probablemente también las cartas que recibió. Como el nombre de mi padre era Charles Daniel Northcott, no fue un gran esfuerzo de imaginación discernir de dónde venía el nombre de Danvers. Similar, pero sutilmente.

Caminamos hasta la puerta y nos despedimos, antes que Felicity me llevara al carruaje.

—¿Estarás bien?

—Ciertamente —dije con más confianza de la que sentía—. Ella no parece ser una mujer

terrible.

—No, no es terrible —suspiró Felicity, mientras el carruaje avanzaba—. Parecía una mujer profundamente enamorada.

—Tuve la misma impresión.

Era una mujer tan profundamente enamorada que vivió una vida sola con momentos de atención, la verdadera vida de una viuda, mucho antes que muriera el hombre a quien amaba. Pero él debió haber cuidado de ella, en la misma medida, al mantener la relación durante tanto tiempo y dividir su herencia entre su hijo y yo. Él la había cuidado mucho antes de amar a mi madre, y esta nueva información derribó todas mis paredes cuidadosamente erigidas y las convirtió en polvo.

Mi temor que Benedict fuera como mi padre, que cambiara lentamente con el tiempo, era infundado. Mi padre ni siquiera había hecho eso. Para empezar, él nunca fue honorable.

La verdad me sacudió y todas las defensas que había construido contra la solicitud de Benedict ahora eran inválidas.

—Mi padre nunca fue fiel a mi madre. No fue en absoluto como lo había imaginado, que su disposición a coquetear con otras mujeres se había distorsionado lentamente hasta convertirse en un adúltero. —Incliné la cabeza y dejé caer la cara entre mis manos—. ¡Oh! Las cosas de las que he acusado a Benedict. He sido una tonta.

Felicity permaneció en silencio y levanté la cabeza para mirarla a los ojos. Negué con la cabeza.

—¡Tan tonta! Estoy segura que he perdido a Benedict para siempre.

Si mi sincera confesión la sorprendió, ella lo ocultó bien.

—No lo has perdido.

—¡No puedes saber eso! ¡Fui horrible con él! Ha tratado de convencerme que estaríamos bien juntos, que vale la pena luchar por nuestro amor, y lo alejé, una y otra vez, porque temía terminar como mi madre. ¡Es muy parecido a mi padre! Ya ves... Son casi la misma persona. Y yo soy mi madre tanto en apariencia como en temperamento. Pero ahora... ahora veo que no sabía nada de la relación de mis padres —gemí fuertemente—. He desperdiciado mi oportunidad de ser feliz con él y nunca seré perdonada. ¡No merezco ser perdonada!

Felicity se rió, llamando mi atención.

—Por mucho que encuentres un poco divertido tu dramatismo, debes dejar de hacerlo. Seguramente, tú te darás cuenta que si el corazón de Benedict estaba tan completamente comprometido contigo, antes de lo que ocurrió entre ustedes dos anoche, entonces no será tan fácil de cambiar.

—No, no fácilmente. Pero si le he roto el corazón, tampoco será fácil de reparar. He sido una...

—¿Una tonta? Sí, tú lo dijiste. Ahora, en lugar de llorar por ello, debemos pensar en la situación de manera lógica.

—¿Me ayudarás?

—Por supuesto. —Felicity mostró una fuerza silenciosa que admiré, mientras que yo no sabía estar callada en nada de lo que hacía—. Comenzaremos por elaborar un plan.

Capítulo 32

Benedict

Por más difícil que haya sido mantenerse alejado de Thea, también ha sido una necesidad. Muy fácilmente podría haberme ido de Londres, pero me estaba ocupando de encontrar un agente inmobiliario o un mayordomo, que pudiera estar dispuesto a venir a trabajar para mí en Cumberland. Todavía no había comprado una de las casas, pero había recibido cartas de los dos abogados con los que había consultado, y ahora todo lo que me quedaba era tomar una decisión sobre mi futuro.

Pero, ¿cómo podría tomar esas decisiones sobre mi futuro cuando la persona con la que quería compartirlo era obstinada y testaruda, y bailaba con ridículos petimetres para meterse bajo mi piel?

Lamenté profundamente la forma en que dejé las cosas con Thea la semana pasada. Desde esos días del baile de los Hutton, yo la había pasado miserablemente, entrevistando a posibles candidatos y sentándome en la habitación húmeda, que estaba dejando en St. James Street. Sin embargo, con gran determinación me mantuve alejado de la casa de mi familia. No estaba preparado para verla todavía. Esperaba que el tiempo hiciera más fácil enfrentarme a Thea, la próxima vez.

Me encontré con James y Henry en la acera frente a mis habitaciones, y nos pusimos en camino por St. James Street. Los hombres pasaban junto a nosotros, blandiendo bastones y saludando con sus sombreros de camino a sus clubes.

—Podemos ir a Brooks —sugirió James—. Podría invitarlos a ambos a cenar.

—Hoy preferiría una caminata rápida —dije, disfrutando del sol, a pesar del frío—. Ahora deja de hacerme esperar y dime...

—Benedict Bradwell —llamó una voz profunda y empalagosa detrás de nosotros. Me volví y encontré a Keller acercándose a nosotros por detrás, y el amigo de Thea, Peter Seymour, estaba a su lado. Su boca se curvó en una sonrisa de zorro—. Me preguntaba si eras tú.

Di la vuelta e incliné cortésmente la cabeza hacia ambos.

—¿Conoces a mis hermanos? James y Henry Bradwell.

El señor Seymour asintió.

—Nos conocimos ayer. Es bueno verlos a ambos de nuevo.

—¿Ayer? —Miré a James.

—Cuando el señor Seymour visitó a Thea —asintió.

Mi pecho se apretó cuando la repentina envidia me atravesó. Sabía que Thea habría tenido pretendientes llamando a su puerta, toda la semana, pero escucharlo no me sentó bien en el estómago. El señor Seymour no la merecía. No conocía al hombre, pero podía sentirlo. Y él la besó hace años atrás.

Tuve que apretar los puños discretamente, detrás de mi espalda, para eliminar algo de la ira y los celos que ahora me invadían.

—Recientemente, nos enteramos de la apertura de un nuevo club de faro en King Street —dijo Keller—. Si tienes algún interés, puedo conseguirte una invitación.

—No. —Por supuesto, no estaba interesado en perder mi herencia, antes de poder asegurar una propiedad.

Cada uno de mis hermanos dio respuestas similares y Keller nos miró, molesto.

—Solías ser confiable durante un buen tiempo, Bradwell. Ahora no eres más que una decepción.

Vi a Keller alejarse, el señor Seymour iba tras él, y mis hombros se aligeraron hasta un punto de satisfacción.

—Creo que está muy bien ser una decepción para él —dije—. Siempre y cuando, me sienta orgulloso.

James me dio una palmada en la espalda y reanudamos nuestra caminata hacia el parque St. James.

—Me haces sentir orgulloso, Ben.

—Yo también agregaría mi orgullo a esto —dijo Henry—. Pero me temo que el momento ya se ha vuelto demasiado tierno para mi comodidad.

—¿Quieres decir que preferirías no escuchar lo miserable que he sido la semana pasada? —Sonreí.

—No es necesario que lo compartas —destacó Henry secamente—. Thea ya se ha sentido bastante mal porque ustedes no están juntos, y está empezando a desgastarse.

Dejé de caminar y mis dos hermanos voltearon hacia mí.

—¿Se ha sentido miserable?

James se rió.

—Indudablemente. No ha hecho más que deprimirse y quejarse de las fiestas, a las que vamos a asistir. Sonríe a los invitados que vienen a visitarla, pero en el momento en que se van, vuelve a su melancolía taciturna. Es... bastante deprimente, en realidad.

—Si ella se siente miserable sin mí, entonces tal vez pronto entre en razón. —Una sonrisa curvó mis labios.

—No creo que debas preocuparte por eso. Ella y Felicity están ideando un plan y no me permitirán saber de qué se trata, pero tengo el presentimiento que te involucra a ti.

—¿Un plan? —“¿Por qué el sonido de eso me emocionó cada vez más?”—. Quizás debería asegurarme de asistir al próximo baile de su calendario para poder verla.

—Podrías —dijo Henry—. O podrías...

—Si me dices que la deje ganar una vez más, arrojaré tus libros al lago.

—¿Cuáles libros? —preguntó Henry, perturbado.

—¿Qué lago? —confirmó James de una manera divertida.

Fruncí el ceño y seguí caminando, mientras mis hermanos seguían el paso a mi lado.

—Cualquiera de ellos.

—Por el bien de mis libros, cualesquiera que sean los que estés amenazando, no lo diré en voz alta. Pero sí creo que regresar ahora será demasiado pronto...

—No deseo jugar. Quiero conversar con ella, comunicarme y saber qué está pensando.

—Esto no es jugar —añadió James—, estás demostrando que respetas a Thea lo suficiente como para darle lo que ella te pidió.

Pasé una mano por mi cabello.

—Espero hasta que ella venga a mí, ¿entonces? ¿Qué pasa si ese día nunca llega?

Henry y James compartieron una mirada.

—Vendrá. Y, mientras tanto, ¿podemos hablar de los agentes inmobiliarios con los que te has reunido hasta ahora? —preguntó James—. Haversham me dijo que se reunió con su hermano menor, y me preguntaba si se presentó bien. Evidentemente, él tiene buena cabeza para los números.

—Pero una pésima reputación entre los prestamistas —dijo Henry—. Escuché que está muy

endeudado.

—¡Oh! Pero... Me gustaba él. —Doblamos la esquina y continuamos calle abajo hacia el parque verde al final. El sol y el aire fresco eran rejuvenecedores y la esperanza que mis hermanos habían puesto en mi corazón era alentadora—. ¿Qué pasa con el sobrino de Finch? Es un poco joven, pero recientemente estudió nuevas técnicas de riego que me parecieron interesantes.

—¿Entonces no traería sabiduría, pero quizás ingenio? —reflexionó James.

—Esa fue la medida que tomé.

Nos adentramos en el parque St. James, hablando de los distintos candidatos que había entrevistado y luego de las dos casas. Mis hermanos me ofrecieron consejos y me dieron mucho que considerar, pero todavía no sabía qué hacer. Mi padre, si hubiera estado vivo, habría apreciado la grandeza de Kellinger. Pero Bampton, una casa tan tosca como su nombre, todavía no podía pasar desapercibida. No podía borrar de mi mente la forma en que había sentido la presencia de Thea, cuando me paré en el pórtico delantero junto a Henry, y contemplé la tierra fértil.

Me dolía el corazón, así que con gran placer acepté una distracción en la forma de dos damas que venían hacia nosotros. La señorita Marianne Hutton y su madre, la señora Hutton, que también era la madrina de James, nos sonrieron y se intercambiaron las bromas apropiadas.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó la señora Hutton—. He querido programar una visita desde la debacle del año pasado.

—La debacle resultó ser una especie de bendición —replicó James, refiriéndose a su matrimonio. Fue en el baile de la señora Hutton, donde lo pillaron a solas con Felicity, antes de casarse.

La matrona le sonrió con adoración.

—Así fue. ¿Cómo le va a su señora Bradwell? No tuve muchas oportunidades de hablar con ella en el baile de Marianne.

—Ella está bien.

—Tenemos muchas ganas que llegue el baile de la señorita Northcott —dijo calurosamente la señora Hutton—. Su madre fue mi querida amiga hace años, cuando éramos solo unas niñas, y me ha hecho bien en el corazón ver a la señorita Northcott. Tiene el mismo aspecto que su madre, a su edad.

—¿También asistirá al baile, señorita Hutton? —preguntó Henry, sorprendiendo a todos los miembros del grupo. Tenía los ojos fijos en la joven y su boca dibujaba una leve sonrisa.

Ella lo miró a los ojos con lo que parecía determinación.

—Tengo la intención de hacerlo... ¡Sí!

—Entonces, ¿podría ser tan atrevido como para pedirle que me guarde un baile? No me importa cuál.

La señorita Hutton miró a su madre, luego de nuevo a Henry y asintió.

—Estaría encantada de hacerlo.

Las mujeres se pusieron en camino poco después, y yo no sabía cuál de las dos preguntas era más apremiante: “¿*Por qué diablos le pidió Henry a esa chica que le guardara un set? Y ¿cuándo se celebrará ese supuesto baile?*” Henry evitó que tuviera que preguntar sobre la primera de las dos.

—No pienses nada de eso. Se trata simplemente de negocios y no tengo ninguna intención romántica en lo que respecta a la señorita Hutton.

—No sabía que eras consciente de la existencia de la chica.

Henry dirigió una mirada confusa a James.

—Por supuesto que la conozco. Ella es una Hutton. Los amigos particulares de mi madre.

Tanto James como yo lo sabíamos, pero este era Henry, un hombre tan a menudo perdido en un libro, que no se podía contar con él para darse cuenta de todo lo que ocurría a su alrededor.

—Ya basta de lo extraño de lo que sea que haya sido —dije—. ¿Por qué ninguno de ustedes me ha hablado del baile de Thea?

—Lo planeamos —replicó Henry.

—En una semana, a partir del martes.

—¿Me van a invitar?

Creo que eso es parte del plan que están tramando las mujeres. Se te notificará en breve.

—¡Oh, Santo Cielo!

—En efecto.

—¿Debo fingir sorpresa cuando reciba la invitación? —pregunté.

—No creo que nadie tenga la intención de ver cómo la recibes, así que eso depende totalmente de ti.

Continuamos y sentí el peso de las decisiones que aún tenía que tomar sobre mis hombros. Pero cuando cerré los ojos e imaginé la vida que quería tener, todas las respuestas estaban claramente ante mí. El administrador de la tierra, la casa, la finca en sí eran deslumbrantemente obvios, si Thea estaba a mi lado. El problema era que, si compraba la propiedad y Thea y yo no llegábamos a un acuerdo, ¿podría soportar vivir en la casa sin ella?

Capítulo 33

Thea

No era propensa a los nervios, pero esta noche, mientras esperaba a que Hannah terminara de peinarme, no pude calmar mis dedos temblorosos. Felicity había cumplido la palabra que le había dado a su suegra y había planeado y ejecutado un baile en mi honor, pero habíamos acordado realizar algo pequeño. Ninguna de los dos pensó que valiera mucho la pena un baile lujoso, cuando yo no necesitaba buscar un pretendiente. Sabía exactamente con quién quería casarme y planeaba conseguirlo esta noche.

Un suave golpe en la puerta precedió a la entrada de Felicity, que cruzó la habitación, mientras Hannah retrocedía.

—Thea... Te ves bien cariño.

—Gracias. —La seda rosada corría lujosamente por mis piernas y se detenía justo encima de mis pantuflas a juego, realzando las perlas de marfil en mi cuello—. ¿Está todo listo?

—Lo está... ¿Estás nerviosa? —Felicity sonrió.

Mi estómago dio un vuelco al pensar en lo que pretendía hacer.

—Sí, pero creo que valdrá la pena. No puedo esperar que olvide todo lo que he dicho o hecho, ¿cierto?

—Improbable. Pero puedes esperar su perdón. —Su sonrisa se suavizó.

—Al menos, eso espero.

Tomé mi par de guantes largos de color marfil del borde de mi cama y seguí a Felicity por el pasillo, poniéndomelos, mientras caminábamos. Ella se detuvo y volteó hacia mí.

—¡Oh! Casi lo olvido. Tuvimos una incorporación tardía al grupo. —Ella arrugó la cara a modo de disculpa—. Me temo que James vio ayer a Lord Claverley en Brooks, y le extendió la invitación. Al parecer su primo no le dejó muchas opciones.

—¿Se me permite rechazar su petición de bailar?

—Puedes rechazar a quien quieras... Esa es tu decisión, totalmente... Nunca te obligaré a bailar con alguien con quien no deseas bailar.

—Eres la mejor acompañante, Felicity. —Deslicé mi brazo por el de ella y lo apreté.

—Es una situación fácil cuando la mujer en cuestión apenas quiere salir, y ya sabe con quién quiere casarse. No creo que sería una buena candidata para el puesto de acompañante de una mujer, que desee asistir a todos los bailes, y conocer a todos los caballeros de la alta sociedad.

—No te subestimes. No soy fácil de manejar y lo has hecho espléndidamente.

Ella me lanzó una sonrisa desde un lado y bajamos las escaleras para ocupar nuestros lugares en la entrada del salón. El esplendor no fue menor para la reducida lista de invitados. Habían enrollado y quitado las alfombras y apartado los muebles para crear espacio para bailar. Un cuarteto de cuerda que James había contratado para esa noche ahora estaba afinando sus instrumentos, en el otro lado del salón. La lámpara de araña estaba iluminada con hileras de velas, y más llamas se alineaban sobre la repisa y las mesas, cuya luz iluminaba la habitación con la ayuda de los espejos detrás de ellas. Fue un baile del que estaba orgullosa y un hermoso telón de fondo para lo que pretendía hacer esta noche.

Habían pasado poco más de dos semanas desde que Benedict se había alejado de mí, y cada día sentía, más y más, como si me arrancaran el corazón del pecho, lo manipularan mal y luego

lo devolvieran. Mi comportamiento esa noche había sido infantil y aborrecible, y aunque creía que mis inseguridades estaban justificadas, ya no podía permitir que esa justificación se mantuviera, después de la luz que la señora Danvers había arrojado sobre el verdadero carácter de mi padre.

Era irrelevante si mi madre estaba al tanto de la señora Danvers, o de las otras mujeres con las que había estado mi padre. No podía permitir que los errores pasados de mis padres gobernaran mi vida, y ninguno de ellos era inocente.

Sin embargo, podría trazar mi propio futuro.

—¿Estás seguro que Benedict recibió una invitación? —susurré.

—Sí, Thea, por vigésima vez recibió tu invitación y respondió favorablemente. —Ella apretó mi mano—. Él estará aquí.

Los invitados empezaron a llegar a última hora y en treinta minutos el salón estaba casi lleno. Estábamos a punto de abandonar nuestro puesto, cuando Lord Claverley empezó a subir las escaleras hacia nosotros, e intercambié una mirada con Felicity. James, que había ocupado su lugar junto a su esposa, ahora dio un paso adelante, un poco, y me alegré de tener a un acompañante tan incondicional.

—Estás impresionante esta noche, mi mascota —dijo Lord Claverley, inclinándose sobre mi mano. Presionó un beso húmedo en mis nudillos, mientras yo reprimí un escalofrío.

—¿Lady Claverley no viene con usted esta noche? —pregunté, desenredando mi mano.

—Ella no podía dejar a los niños.

—Por supuesto, milord —manifestó Felicity—. Sabemos cuánto los adora.

—¡Mucho!

Otro par de pasos subieron las escaleras y mi corazón se aceleró, anticipando al caballero que había estado esperando ver toda la noche.

—¿Puedo suplicarle humildemente que me dé el primer baile, señorita Northcott? —preguntó el conde.

“¿*El primero?*” Seguramente, él era consciente que el primero tenía una gran importancia, especialmente en mi propio baile. Pero el hombre con el que esperaba bailar aún no había llegado. Lord Claverley era conde, por supuesto, pero eso no significaba que fuera el hombre más importante en mi vida. Ni siquiera era miembro de mi familia.

Me aclaré la garganta.

—Oh, en realidad...

Entonces, Benedict apareció en lo alto de las escaleras con pasos seguros y rápidos. Su apariencia me robó las palabras. Primero, tomó la mano de Felicity y besó sus nudillos con afecto fraternal.

—Siento llegar tarde. Tuve problemas para encontrar un carruaje.

—No es ninguna molestia —dijo ella fácilmente.

Él se dirigió hacia mí y mi cuerpo se sonrojó por el placer de estar bajo su escrutinio. Sus ojos azules se oscurecieron con alguna emoción que no pude nombrar.

—En realidad —afirmó Benedict, inclinándose sobre mi mano, sin dejar de mirarme—. Creo que me prometieron el primer set.

Dobló su brazo y yo puse mi mano vacilantemente encima de él. Esta noche no iba en absoluto según lo planeado, pero fui flexible, y aún así pude lograr mi objetivo. Sin embargo, era difícil concentrarme con los músculos de Benedict, apretándose bajo mis dedos.

Claverley farfulló, sorprendido y consternado, pero lo ignoramos.

Entramos al salón de baile y se anunciaron los primeros bailes. Para empezar, un vals. Miré

por encima del hombro y encontré a Felicity sonriendo. Ciertamente, eso no estaba en el plan, pero me alegré del cambio.

—Creo que mi familia está comenzando la tradición de abrir los bailes con valeses —dijo Benedict.

—¿Estás decepcionado? —pregunté, tomando mi lugar a su lado.

Él sostuvo mi mirada.

—De ninguna manera.

Comenzaron las cuerdas. La música flotó suavemente por el salón como una caricia, y comenzamos nuestro paseo. Mi corazón reaccionó al estar en presencia de Benedict, como si yo fuera un desierto y él fuera agua. Su ausencia se había sentido seca y sin vida, y ahora quería disfrutar de su mirada.

—No tenías que venir a rescatarme, pero te lo agradezco de todos modos.

—A la orden —dijo agradablemente.

El paseo cesó y nos enfrentamos. Una de las manos de Benedict rodeó mi cintura y la otra tomó posesión de mi mano izquierda, levantándola por encima de mi cabeza. Tragué contra mi garganta seca y puse mi mano derecha, alrededor de su espalda. Estábamos cerca, nuestros brazos entrelazados de tal manera que apenas podía respirar. Su olor me hizo cosquillas en la nariz, y quise abandonar nuestra posición y caer en su abrazo.

Por la forma en que su respiración se hizo superficial, creí que él podría haber sentido lo mismo.

—¿Puedo preguntar por qué interviniste, cuando tu primo me invitó a bailar? Tienes todo el derecho a estar enojado conmigo.

Benedict sonrió y comenzamos a girar con la música.

—Te prometí que siempre te protegería, ¿no? Siempre estaré aquí para ti, Thea. No importa qué...

El calor recorrió mi cuerpo y no sabía cómo manejaría el resto del baile. Hicimos los movimientos, como lo hacían dos personas que sentían profundamente. Nuestros ojos no se desviaron el uno de la otra, y su mano enguantada sostuvo la mía con tal ternura, que me sentí acunada bajo su cuidado. Cuando la canción llegó a su fin, caminamos desde el centro de la pista, como si por mutuo acuerdo silencioso fuera suficiente un baile, y terminaríamos la presentación, conversando en lugar de bailando.

No teníamos una terraza a la que escapar, así que volteeé hacia él y le dije:

—Me gustaría un poco de limonada, si fueras tan amable de acompañarme al salón.

Benedict accedió y salimos del salón, pasando junto a Peter Seymour cerca de la puerta. Parecía como si quisiera hablarme, pero di la vuelta. Una vez que llegamos al pasillo, abrí la puerta del estudio, tomé a Benedict del brazo y lo llevé al cuarto oscuro.

—No creo que Felicity aprecie mucho esto —dijo Benedict en voz baja. La habitación estaba oscura, pero suficiente luz de la luna se colaba por la ventana para mostrar su expresión, que parecía tallada en piedra—. Le prometimos que no nos escaparíamos.

—Esa promesa era para otro baile. Estoy segura que mientras no nos atrapen, a ella no le importará...

Pasaron voces en el pasillo y cerré la boca de inmediato para que no nos detectaran. Solté la manga de Benedict y miré hacia la puerta, tomando el cerrojo y deslizándolo en su lugar para que nadie pudiera abrirla desde afuera.

—No nos podrán encontrar, si no pueden abrir la puerta.

—Sin embargo, nos pueden extrañar —dijo secamente.

—Por favor, Ben. Permíteme decirte lo que he estado planeando con tanto cuidado durante semanas, y luego abriré la puerta y te dejaré en libertad.

—No dije que me importara estar en secreto contigo. Solo me pregunto si es la elección más inteligente.

—¿Porque mis decisiones hasta ahora han demostrado ser extremadamente sabias? —respondí con una pregunta.

—Me parece bien.

Me aclaré la garganta.

—Primero, debo disculparme por mi comportamiento infantil.

—No puedo pasar por esto —manifestó, pasándose una mano por los rizos.

—¿Por qué no? —Un miedo frío se deslizó en mi estómago.

—Porque no puedo ver tu cara. Si estás a punto de humillarte, pidiendo mi perdón, al menos disfrutaría viéndote hacerlo.

Aplasté la boca y luego miré alrededor de la habitación.

—No deberíamos encender una vela. Podría verse debajo de la puerta.

—Podríamos acercarnos a la ventana.

—¡Oh, sí! A la luz de la luna.

Nos abrimos camino con cuidado hacia la única ventana del pequeño estudio, y Benedict abrió aún más las cortinas hasta que la luz fría nos envolvió.

—¿Qué estabas diciendo? —insistió, ampliando su sonrisa.

—Realmente, debo empezar por el principio. —Inspiré y luego comencé. Le hablé de mi visita a la señora Danvers, sobre las capas de verdad que ella había revelado, y de la forma en que había tomado mis creencias sobre mi padre, y las había alterado.

—Eso debe haber sido muy difícil para ti —murmuré.

—Lo fue. Pero, ¡también fue liberador! Mis padres nunca cambiaron. Mi madre podría haberlo hecho, pero mi padre le había sido infiel todo el tiempo. No era, como me temía, un coqueto que se salió de control. Me preocupaba que fuéramos un reflejo de mis padres, que mi corazón se rompiera, una y otra vez, pero me di cuenta de lo tonto que era eso. Nosotros no somos ellos...

—Como te lo he dicho anteriormente.

—Sí... Sí... —suspiré—. Porque fuiste mucho más inteligente que yo.

—No, porque no tenía la nube de inseguridad y preocupación sobre mí. Si bien no me gustaron tus opiniones sobre el tema, llegué a comprender de dónde venían.

—Noté tus esfuerzos en el baile de los Hutton —dijo, recordando la forma en que se había salido del alcance de una de sus compañeras, después que su mano se demoró demasiado en su manga.

—Esperaba que fuera así —dijo en voz baja—. Una vez que me quedó claro que tus preocupaciones eran válidas y que mi coqueteo no estaba transmitiendo el mensaje correcto a estas mujeres, lo dominé... Todavía estoy trabajando para encontrar un equilibrio entre la charla educada y amistosa y el coqueteo.

—Tu conciencia te da crédito, Ben. —Me aclaré la emoción de la garganta y el corazón me golpeó en el pecho—. Eres considerado, y esa es una de las razones por las que me gustaría rogarte, Benedict Bradwell, que me perdones por mi necedad, que me aceptes tal como soy, hoy, y que aceptes ser mi marido.

Su boca se abrió y su cabeza se inclinó un poco hacia un lado. La luz de la luna proyectaba sombras sobre su rostro, pero su sorpresa era evidente junto con la alegría que brillaba en sus

ojos.

—¿No es esa mi responsabilidad?

Le parpadeé. Esto no estaba saliendo en absoluto como esperaba. Seguramente, ya debería estar besándome.

—Bueno, ya lo intentaste y me negué. Esperaba que, si supieras cómo había cambiado mi comprensión, también aceptarías mi petición de comprometerte.

—Sí, entendí todo eso. —Se pasó una mano por la mandíbula—. ¿Pero no se supone que debo pedirte que seas mi esposa?

—No te pedí que fueras mi esposa. Te pedí que fueras mi marido.

—No deberías estar haciendo la pregunta en absoluto.

—¿Por qué no? Si decido que deseo casarme contigo, amarte para siempre y apreciar tu corazón y tu mente, ¿por qué debo esperar a que me lo pidas?

Él sonrió.

—Porque es lo que se acostumbra.

—¿Cuándo he hecho lo que se acostumbra?

Él abrió la boca para responder, miró hacia la ventana y luego volvió a cerrar la boca.

—¿Puedo al menos disculparme ahora?

—No tienes nada por qué disculparte. Fue mi comportamiento infantil y aborrecible lo que te alejó de mí, una y otra vez...

—Y mi incapacidad para ver cómo mi comportamiento coqueto con otras mujeres podría hacerte daño. Ambos tenemos defectos —dijo suavemente, pasando sus dedos por mi pómulo y trazando mi mandíbula como lo hizo antes—. Pero ahora trabajaremos juntos para superarlos.

—Juntos —susurré—. Me gusta el sonido de eso.

Benedict se acercó y deslizó su otra mano alrededor de mi cintura. La luz de la luna nos bañó por completo y me sentí levantada del lúgubre estudio y exaltada por el toque de Benedict. Sus labios se cernieron sobre los míos, a un susurro de distancia, y mis ojos se cerraron para poder saborear cada sentimiento, desde la presión de sus manos hasta su cálido pecho contra mí. Sus labios bajaron y me besó lenta y tiernamente, como si quisiera alargar el momento para siempre. Perdí toda noción del tiempo, envuelta en la explosión de calidez, y dejé que mis labios se entretuvieran, mis manos se perdieran al agarrar su abrigo y mis pies se sintieran ingrátidos.

Envolví sus brazos, alrededor de mi cintura, y me levantó, inclinando su cabeza para profundizar el beso, y rápidamente me di cuenta que Peter Seymour no me había preparado adecuadamente para lo absolutamente maravilloso que podían ser los besos.

Cuando Benedict me volvió a bajar, no me soltó sino que me apretó contra su pecho, y besó lentamente mi frente, mis sienes y mi nariz.

—No has respondido a mi pregunta —dije, incapaz incluso de fingir resentimiento, mientras estaba en tal estado de éxtasis.

Su risa retumbó a través de su pecho.

—¡Bien! Thea... Me casaré contigo.

—No te molestes en parecer complacido ni nada por el estilo.

Benedict me apretó más fuerte.

—Sería un honor para mí convertirme en tu marido.

—¡Es un alivio! Felicity y yo hemos estado planeando esto durante semanas —suspiré.

—¿Planificar qué, exactamente? ¿El baile?

Deslicé mis manos por su espalda y hablé con indiferencia:

—El momento adecuado para suplicarte que me consideres y me perdones. Entonces sí, el

baile... El baile. La conversación tranquila y secreta en una habitación oscura.

—¿Planeabas arrastrarme a un cuarto oscuro?

—Pensé que sería mejor para esta conversación. —Y para besar, pero ese había sido mi lado esperanzador.

—La verdad es que esto no me sorprende. —Él sonrió, levantando una ceja—. ¿También planeaste que te invitara a bailar?

—No. —Me encogí un poco de hombros—. Planeaba invitarte a bailar. Pero tú lo hiciste primero.

Benedict volvió a reírse. Dejó un beso en mi cabeza.

—Creo que deberíamos regresar ahora.

—Sí, necesitamos compartir nuestras noticias con todos.

Pero a Benedict esto no le pareció tan urgente como me había hecho creer, ya que me besó una vez más, profundamente, antes de llevarme hacia la puerta. Lo desabroché y miré por una rendija, antes de asegurarme que el pasillo estuviera vacío, y pudiéramos salir de la habitación.

—Ven —dijo, tomando mi mano y con ella mi corazón—. Tenemos un anuncio que hacer.

Capítulo 34

Benedict

—Mi madre probablemente agradecería que la boda se celebrara en Bakewell —dije, mientras mis dedos pasaban distraídamente por la borla de cordón que había sobre la almohada, a mi lado.

—Bueno, por supuesto que la boda debe tener lugar en Bakewell. —Thea caminaba, desde la ventana de la habitación hasta la chimenea y viceversa, con su vestido violeta ondeando alrededor de sus tobillos—. Cuando Felicity me llevó a la modista, encargamos un vestido rosado pálido, que ahora creo que será absolutamente perfecto para una novia. Está previsto que se entregue en los próximos días, por lo que solo queda por planificar el desayuno de la boda, y mandar a publicar las amonestaciones.

Me acurruqué más en el cojín del sofá, observándola caminar de un lado a otro con diversión.

—¿Ya has escrito un menú para el desayuno o estás considerando permitirle a mi madre alguna libertad allí?

—Ella puede tener total libertad. Aunque... —Thea se detuvo ante la ventana y me sonrió—. Esperaba que al menos pudiéramos servir mazapán.

Mi corazón se calentó y asentí.

—Estoy seguro que eso sería aceptable.

Thea se acercó al escritorio y se sentó.

—Le escribiré a Lady Edith de inmediato. —Giró en el asiento y me miró con una adorable línea, marcando su frente—. ¿O preferirías compartir la noticia con ella? Me pregunto cómo se lo tomará.

—Ella estará encantada. —Me puse de pie, me acerqué a ella, quien inclinó la cabeza hacia atrás para sostener mi mirada—. Ella no ha deseado nada más que verme felizmente instalado, y durante los últimos años no ha hablado más que de tu temporada, donde podrías encontrarte felizmente instalada. Creo que nuestra unión la aliviará mucho.

—Espero que ese sea el caso.

Felicity y James nos habían concedido muchas libertades desde nuestro compromiso, optando por no obligarnos a permanecer bajo su vista en todo momento, pero de todos modos mantuve mi habitación en St. James Street. Mis dedos recorrieron el brazo de Thea, y ella se quedó quieta de una manera, que solo había notado cuando la toqué, como si solo yo tuviera el poder de concentrar la energía efervescente de Thea, en la calma.

Tomé su mano y la puse de pie, y ella se corrió de buena gana. Se me hizo un nudo en el estómago, recordándome lo único que todavía tenía que decirle. Estaba seguro que Thea no se enfadaría exactamente, pero tampoco sabía si estaría contenta.

—Hay algo que quería discutir contigo. Sé que hay mucho que decidir sobre nuestro futuro, pero con respecto a dónde viviremos...

—¡Oh sí! —Sus ojos se iluminaron y tomó mi otra mano—. ¿Esperaba que estuvieras dispuesto a pasar algún tiempo en Bath? No tengo ningún gran deseo de vivir en Royal Crescent o estar a la moda, así que creo que podemos encontrar un lugar para alquilar que tenga un precio razonable. Cuando dejé la escuela y viví sola, aprendí a no gastar mucho.

—¿Bath? —Mi estómago se hundió aún más—. ¿Vivir allí?

—Me doy cuenta que más bien es el lugar al que acuden quienes envejecen o enfrentan problemas de salud, pero la sociedad parecía diversa, cuando asistimos al musical. Me pareció que mucha gente va a Bath de vez en cuando, incluso si no viven allí, por lo que veríamos a muchos de tus amigos y nunca nos faltarían invitaciones.

“¿Cómo le digo que no puedo dejar mi propiedad en el estado en el que se encuentra actualmente?”

—¿Deseas vivir en Bath porque amas la ciudad o por Archie?

—Bueno, ambas, para ser honesta.

Asentí, mirando hacia la ventana para considerar mejor cómo contarle mis noticias. Sus pequeñas manos se deslizaron alrededor de mi cintura y dio un paso hacia mis brazos, apoyando su cabeza contra mi pecho. Mis cargas se aliviaron de inmediato. No importaba si quería vivir en Bath. Iría a donde ella quisiera ir. Solo haría falta un poco de esfuerzo para encontrar un comprador para la propiedad, pero tal vez si hiciera algunas reparaciones podría vender la casa o alquilarla, y redimir una parte de mi herencia.

Thea inclinó la cabeza hacia atrás para mirarme.

—Pareces disgustado. ¿Odias Bath? Te prometo que amarás a Archie.

—Estoy seguro que lo haré. Parece un buen niño.

—¿Entonces es Bath lo que no te gusta?

—Me gustó Bath y solo quiero estar donde tú estás.

—Entonces, dime qué te molesta. Los amigos se cuentan unos a otros las cosas que les molestan.

—¿Oh? —Me reí—. ¿Los amigos también planean juntos sus bodas y deciden dónde vivirán?

—Estos amigos... sí —susurró, levantando la mano y bajando mi cabeza para besarme. Nunca me cansaría que Thea me besara. ¡Nunca!

Me enderecé, abrazándola hacia mí.

—Cuando estuvimos separados durante esas pocas semanas, estaba entrevistando a agentes de tierras y administradores e incluso a un mayordomo, de hecho.

—¿Oh? —Deslizó sus manos debajo de mi abrigo y entrelazó sus dedos detrás de mi espalda, aparentemente contenta que la abrazaran. Luego miró hacia arriba—. ¿Estás planeando comprar una propiedad?

—No planeo hacerlo. —Encogí los hombros—. ¡Ya compré una!

Thea me soltó y dio un paso atrás con sus redondos ojos azules muy abiertos.

—Deberías haberme dicho eso. ¿Dónde está? ¿Qué es?

—Es... un proyecto. Me temo que es lo que puedo permitirme, pero el techo tiene algunas goteras y necesitará muchas reparaciones, antes que sea habitable.

—Pero eres bueno en las reparaciones. Estoy seguro que James y Henry te ayudarán.

Su confianza inmediata en mis hermanos fue dulce.

—Han aceptado ayudarme, sí.

—También tenemos mi herencia, así que no nos faltarán fondos. Se redujo a la mitad, pero todavía me quedaba mucho dinero.

Mi sonrisa se amplió. Su entusiasmo por compartir nuestros fondos la hizo sentir como una socia igualitaria: una mujer que yo quería a mi lado. Sin embargo, Thea frunció el ceño.

—Tus hermanos ya aceptaron ayudarte. ¿Soy la última en enterarme de esto?

—Necesitaba un hogar. Necesitaba una distracción, cuando pensé que te había perdido. Me lancé a planificar mi futuro, ya que parecía vacío de ti. —La alcancé para que pudiera estar en

mis brazos, una vez más—. Pero no sabía cómo decírtelo. La propiedad se puede vender, pero primero será necesario hacer las reparaciones. Estuvo vacía durante bastante tiempo, por lo que no estoy seguro que sea fácil deshacernos de la misma... y no está en Bath.

—¡Oh! Eso no me importa, en realidad no. Mientras podamos pasar algún tiempo allí, ¿tal vez? ¿O invitar a Archie a pasar el verano con nosotros, tal vez? —Sus ojos se volvieron vidriosos—. ¿Una casa propia, Ben? ¡No puedo creerlo! ¿Dónde está?

—Cerca de la frontera de Westmorland, no muy lejos de Chelton. Aunque yo no la llamaría como una casa vecina.

—Pero... Suficientemente cerca.

—¿Serías feliz viviendo en las tierras salvajes de Cumberland para siempre?

—Pienso en niños pequeños corriendo por los jardines de Chelton, o haciendo un picnic en nuestro misterioso parque, y no puedo hacer nada más que amar la idea de vivir en la naturaleza salvaje de Cumberland contigo. —Ella bajó la voz—. Viviría en cualquier lugar contigo.

Entonces, la besé profundamente, infundiéndole todo el amor y afecto que no había podido mostrarle anteriormente en las últimas semanas.

—¿Incluso en una casa llamada Bampton Hall?

—Aún allí.

—Sabes que será trabajo.

—Yo era ayudante de cocina, cariño. No le tengo miedo al trabajo. —Ella sonrió.

No pude evitar sentir una alegría total y absoluta, porque sabía que ella me estaba diciendo la verdad.

—Ahora —dije—. Sobre esos niños pequeños que estabas imaginando...

* * *

Thea

Viviría en cualquier lugar, siempre y cuando viviera con Benedict. Sería incluso mejor, pensé, traer a Archie a nuestra finca para unas vacaciones de verano que intentar pasar un rato con él, mientras estaba en la escuela. Una vez más, Benedict me sorprendió gratamente, cuando me compartió la noticia de la casa que había comprado. Un hogar que podríamos construir juntos. Estiré la mano para besarlo de nuevo y mostrarle mi absoluto agradecimiento, cuando un educado golpe en la puerta nos advirtió de una compañía inminente y nos separamos.

Benedict miró con el ceño fruncido a la puerta, esperando ver quién era, y me pregunté si sabía lo imponente que podía verse.

—Tiene una visita, madame —dijo el lacayo—. Lord Claverley.

—Tráelo —dijo Benedict.

—¿Para mí? —susurré—. El conde ya no tiene asuntos conmigo.

Lord Claverley entró en la habitación, poco después, con sus mejillas rubicundas manchadas por el frío exterior, o por el esfuerzo de subir las escaleras hasta el primer piso.

Benedict dio un paso adelante, inclinándose ligeramente ante mí, en una postura protectora, y me pregunté si fue intencional o natural.

—Primo —saludó cortésmente—. ¿Qué podemos hacer por usted?

La mirada de Lord Claverley se dirigió hacia mí.

—Esperaba hablar con la señorita Northcott.

—Por supuesto —dije galantemente, luego moví mi brazo hacia los sofás—. Por favor, toma asiento.

Él dudó, pero yo no avancé. Debí haber sentido que yo no daría un paso hacia los asientos

hasta que él lo hiciera. Esperé hasta que se sentó en el sofá, antes de optar por sentarme frente a él, con Benedict a mi lado.

—Debes estar ansiosa por la boda —expresó Lord Claverley, mirando de mí a Benedict. Sus ojos se entrecerraron—. El anuncio fue una completa sorpresa para mí.

Arreglé mi expresión en una sonrisa, aunque luché por no fruncir el ceño.

—De hecho, estamos muy ansiosos. ¿Necesitaba algo de mí, milord?

—Sí, bueno, vine a ofrecer mi ayuda. Me gustaría organizar un baile de compromiso en su honor. —Se aclaró la garganta.

—Acabo de divertirme, así que no creemos que sea necesario...

—¡Ah! Pero lo pasaste genial en Londres, no en Cumberland. Seguramente, Lady Edith deseará celebrar la unión en casa con sus vecinos.

—Ella podría —admití—. Tengo la intención de reservarle ese honor.

El conde parecía exasperado.

—¿Debería ofenderme porque usted no desea mi ayuda, señorita Northcott? No he sido más que rechazado por su parte, desde que regresaste de la escuela.

—Creo que si una mujer rechaza tus insinuaciones, primo, es prudente dejar de hacerlas. —Benedict se aclaró la garganta.

—¿Insinuaciones? —Sus mejillas se sonrojaron—. ¡Estoy ofreciendo ayuda!

Lo hacía con el motivo de bailar conmigo, yo lo sabía. El hombre era orgulloso y aburrido, y quería encontrar una manera de ponerme las manos encima. Benedict lo sabía tan bien como yo, y la ira que brillaba en sus ojos azules era una indicación.

—Ya no necesitamos su ayuda y le agradeceré que me respete —dije. Benedict se puso de pie para respaldar mi posición, y yo me puse a su lado, rodeándole el brazo con mi mano.

Lord Claverley farfulló. Su rubor se deslizó hasta los bordes de sus orejas y a lo largo de su cuello, haciendo que su pálido rostro brillara más que una manzana. No tuvo la cortesía de despedirnos, en vez de eso, él salió de la habitación con pasos enojados y humillados.

—Me temo que eso tendrá consecuencias —concluí suavemente.

—De hecho, ¿cómo mantener a mi primo alejado de Chelton?

—Y Bumpton, potencialmente —agregué.

Benedict giró y me tomó en sus brazos, sin importarle la puerta abierta y la posibilidad de ser descubierto por Felicity o James. Levantó mi barbilla para besarme directamente en los labios, luego se inclinó hacia atrás y habló en voz baja.

—Ese hombre nunca pondrá un pie en Bumpton, cariño.

—¿Rechazarás a tu propio primo?

—Rechazaré a cualquiera que te haga sentir insegura. Como dije, Thea... —interrumpió Benedict sus palabras con una sucesión de besos a lo largo de mi mandíbula—. Siempre estaré aquí para ti.

Epílogo

Thea

Lady Edith resplandecía con orgullo palpable y su sonrisa era una vela encendida que brillaba sin cesar. La boda terminó y nos quedamos en el patio de Chelton, admirando las mesas repletas de comida y bebida, y los diversos amigos y vecinos dando vueltas.

—¿Es seguro asumir que nunca pensaste que esto sucedería? —pregunté, mirando por encima del hombro hacia donde Benedict estaba con James.

—Creo que es seguro asumir que ni siquiera tú lo creías posible —dijo Lady Edith—. Aunque me alegro mucho porque me sorprendieron, en este caso.

Tomó mi mano y apretó mis dedos afectuosamente.

Bebí un sorbo de mi vaso de limonada y escudriñé a los ocupantes del patio, feliz de encontrar ausente el rostro rubicundo de Lord Claverley. Lady Edith se sintió incómoda al aceptar negarle la invitación al conde, pero al final Benedict se mantuvo firme y su madre cedió.

—Si hubiera sabido que estarías feliz con Benedict, no me habría preocupado tanto por encontrarte una pareja en la ciudad. —Dio un sorbo a su limonada y me miró por encima del borde—. De hecho, en un momento me pregunté si podría idear una unión entre Henry y tú, pero sus personalidades son tan diferentes que no pensé que encajarían el uno con la otra.

Levanté una ceja y cada uno de nosotras buscó a Henry. Como era de esperar, estaba desaparecido.

—Algún día encontrará a una mujer a quien amar —dije—. ¡Cuando esté listo! El amor no se puede apresurar.

—No, no puede —dijo Benedict, parándose a mi lado—. Incluso si uno se esfuerza demasiado en apresurarlo...

Su sonrisa era impenitente y su mano se deslizó alrededor de mi cintura, acercándose a su costado.

—Debería ir a buscar a Henry —dijo Lady Edith, mordiéndose el labio.

Benedict se inclinó y me susurró al oído:

—Deberíamos irnos, mientras mamá esté ocupada.

—No podemos dejar nuestro propio desayuno de boda.

—¿Por qué no? Hemos comido, aceptado buenos deseos y alimentado a nuestros vecinos. ¿Qué más necesitan de nosotros?

—Muy bien —susurré—. Pero no te olvides de las maletas.

Benedict me miró, confundido.

—Ya hice que entregaran tus baúles en Bampton.

—Sí, pero necesitaremos maletas.

—¿Para qué?

—Para la cama —dije, manteniendo una expresión inocente en mi rostro—. Las alinearé en el centro. Es la única manera de atraerte, ¿cierto? Por supuesto, sé que prometí que nunca volvería a mencionar que no fuiste un caballero, y me obligaste a dormir en el suelo frío y duro...

Benedict me levantó del suelo y me llevó desde el patio hasta el interior de la casa sin importarle quién estuviera mirando.

—Bájame y te prometo que no volveré a hablar de tu absoluta falta de caballerosidad.

—En primer lugar, prometiste no mencionar nunca el tema —murmuró—. Pero ahora que

lo has hecho, estoy decidido a esconder tomates debajo de tu cama y permitir que apesten tu habitación.

Aplané mis labios, rodeé el cuello de mi marido con mis brazos y lo sujeté. Parecía que no tenía intención de menospreciarme, mientras atravesábamos la casa hacia la puerta principal.

—Solo hice eso una vez. Estaba muy enojada contigo por coquetear con esa chica en la fiesta.

Dejó de caminar y me miró. Estaba tan cerca que podía ver los distintos tonos de azul en sus ojos.

—¿Por eso escondiste los tomates debajo de mi cama? ¿Porque coqueteé con esa chica?

—Pensé que te preocupabas por mí, Ben, y estaba extremadamente celosa.

—Aunque no estoy seguro de merecer los tomates —murmuró.

—No, probablemente no. —Arrugué la nariz—. Esperaba un olor, pero no me di cuenta que olería tan mal.

Benedict me llevó a través de la puerta principal y por las escaleras curvadas de piedra hasta el carruaje que nos esperaba.

—¿Tenías planeada esta fuga? —pregunté.

Me lanzó una sonrisa impenitente.

—Llevan esperando un cuarto de hora. Los pobres caballos necesitan caminar.

—Entonces, deberíamos apresurarlos a ir a Bampton.

Los ojos azules de Benedict brillaron.

—Mis pensamientos exactamente...

* * *

El sol llegó al borde de la tierra y arrojó una luz dorada sobre las nubes que surcaban el vasto cielo. Desde el pórtico frontal podíamos ver la gran mayoría de nuestro terreno, formado por colinas y campos, en todas direcciones, cortado por la mitad por un largo camino. Benedict ya había completado una buena parte del trabajo requerido en el techo, antes de la boda, y ahora dependía de nosotros modificar la casa de una manera, que se adaptara a nuestros gustos.

Los nudillos de Benedict rozaron mis mejillas.

—Te ves mucho más saludable ahora que cuando te vi por primera vez en el jardín de los Fuller.

—Es todo el mazapán y el chocolate de la mañana, que llenan mis mejillas otra vez.

—Cualquiera que sea la causa, me alegro. La delgada y demacrada Thea que encontré ese día me asustó un poco.

Me incliné hacia su costado y su brazo rodeó mi hombro.

—Pensé que extrañaría la locura de Chelton, pero tenemos vistas tan hermosas desde nuestra puerta principal, que no creo que la extrañe demasiado.

—Me imaginé eso, ¿sabes?

—¿Las vistas?

Respiró temblorosamente y él me acercó a su pecho. Mi cabeza giró para poder escuchar los latidos de su corazón y mirar la puesta de sol al mismo tiempo.

—No... Es la vista... Estuve aquí con Henry cuando vinimos a ver la casa por primera vez...

—Espero que no en esta posición.

—Me imaginé parado aquí contigo, mirando nuestra tierra.

Permanecí quieta, feliz que él hubiera ignorado mi broma.

—Por eso elegí esta casa, en lugar de la otra.

—No puedo imaginar otra casa que satisfaga nuestras necesidades mejor que Bampton. ¡Está tan lleno de personalidad y emociones!

—¡Exactamente como tú!

Me puse de puntillas y envolví mis manos alrededor del cuello de Benedict, tirando de él hacia abajo para recibir mi beso. Un calor explotó dentro de mi corazón, tan lleno de amor que no pude contenerlo, en ese pequeño órgano.

—Ahora, hay un último lugar que aún no hemos visitado en la casa —dijo Benedict, apoyando su frente contra la mía—. Creo que querrás familiarizarte íntimamente con él.

Junté mis cejas. Había visitado la casa varias veces, antes de la boda, y pensé que lo había visto todo, desde los áticos hasta los dormitorios y el salón. Incluso habíamos pasado mucho tiempo en las dependencias de servicio, haciendo una lista de lo que necesitábamos comprar para hacer estas habitaciones más cómodas, y eligiendo papeles para las paredes para que no fueran tan aburridas.

—¿Qué es? —pregunté.

—La cocina, por supuesto.

Comencé a alejarme con una sonrisa extendiéndose por mi boca, cuando Benedict tiró de mí hacia adentro. La diversión era espesa en su sonrisa, y brillaba como picardía en sus ojos.

—En caso que alguna vez sientas la necesidad de huir otra vez, quiero que te sientas cómoda aquí, en la cocina.

—Una vez que hayas probado mi pan destrozado, te arrepentirás de haberme dado esa opción.

—He sido testigo de tu habilidad para fregar un plato, así que creo que podemos encontrar un lugar para que ayudes a la cocinera.

—¿Estás seguro que es una buena idea? En la cocina tendré acceso a todos los tomates.

—¡Mmm! —Benedict se frotó la barbilla, fingiendo pensar en lo que había dicho.

Me incliné y besé su barbilla, robándole su atención. Desenredándome, tomé su mano y lo arrastré hacia la casa.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—A la cocina, por supuesto —dije, como si fuera lo más razonable.

La risa fuerte y retumbante de Benedict provocó escalofríos en mi piel y una amplia sonrisa en mi rostro. Me detuvo de un tirón y me abrazó, besándome profundamente.

—Podemos ir a la cocina, mañana.

—¡Oh, muy bien! —Y lo besé de nuevo.

El fin.

¿Quieres estar informado(a)?

Suscríbete al boletín de Kasey [aquí](#) para recibir actualizaciones, ofertas, nuevos lanzamientos y recomendaciones.

Sigue a Kasey en [Facebook](#) e [Instagram](#).

¡Me encanta conectarme con los lectores! No dudes en enviarme un mensaje o comunicarte en cualquier plataforma de las redes sociales.

Agradecimientos

Desde el momento en que empiezo a redactar mi manuscrito hasta que se publica el libro, hay muchas, varias etapas del proceso y personas que me brindan comentarios de diversas maneras. Soy muy afortunada de contar con un sistema de apoyo: los editores, los primeros lectores y los amigos autores que tengo, porque todos trabajan juntos para apoyarme de diferentes maneras, durante este proceso.

Pero tampoco podría escribir sin el sistema de apoyo que tengo fuera del mundo de la lectura. Mis dulces hijos, mi maravilloso esposo, mis amigos y mi familia hacen que todo esto sea posible, y estoy muy agradecida por cada uno de ustedes. Pero, sobre todo, Jon, porque limpia los pisos cuando tengo una fecha límite apretada, y realmente odio hacer eso.

A mis lectores beta: Heidi Stott, Brooke Losee, Nancy Madsen, Emily Flynn, Teah Weight, Melanie Atkinson y Karen Painter, ¡gracias por su conocimiento y por tomarse el tiempo de leer mi borrador desordenado! Anneka Walker y Deborah Hathaway, gracias por tomarse el tiempo de sus locas vidas y parte de su tiempo de escritura para leer mi libro, y brindarme comentarios valiosos. ¡Ambas son las mejores!

Mis editoras, Jacque Stevens y Karie Crawford, me alegra mucho que me ayudaron a solucionar los problemas de la historia y a eliminar mis 500... Ustedes pulieron mi historia y mi manuscrito, preparándolo para los lectores. ¡Gracias damas!

Finalmente, y lo más importante de todo, gracias a mi Padre Celestial. No habría terminado esta historia sin el apoyo divino. Las historias de amor tienen una magia propia. Nos sacan de situaciones reales y difíciles, y nos dan unas horas de esperanza, felicidad y evasión. Dios se preocupa por cada uno de sus hijos, y se preocupa por las pequeñas cosas que a nosotros nos importan, porque nos ama. Sé que Él apoya mis escritos y también te ama a ti.

Otros libros de Kasey Stockton (en inglés)

Bradwell Brothers

[*Sensibly Wed*](#), Book one.

[*Pleasantly Pursued*](#), Book two.

[*Honorably Engaged*](#), Book three.

Ladies of Devon

[*The Jewels of Halstead Manor*](#), Book one.

[*The Lady of Larkspur Vale*](#), Book two.

[*The Widow of Falbrooke Court*](#), Book three.

[*The Recluse of Wolfeton House*](#), Book four.

[*The Smuggler of Camden Cove*](#), Book five.

Myths of Moraigh - Scottish Romance

[*Journey to Bongary Spring*](#)

[*Through the Fairy Tree*](#)

[*The Enemy Across the Loch*](#)

Women of Worth

[*Love in the Bargain*](#), Book one.

[*Love for the Spinster*](#), Book two.

[*Love at the House Party*](#), Book three.

[*Love in the Wager*](#), Book four.

[*Love in the Ballroom*](#), Book five.

Stand-alone Historical Romance

[*His Amiable Bride*](#), Featherbottom Chronicles novella.

[*A Forgiving Heart*](#), Seasons of Change Book 2.

[*A Duke for Lady Eve*](#), Belles of Christmas: Masquerade.

[*All is Mary and Bright*](#), Belles of Christmas: Frost Fair.

[*An Agreeable Alliance*](#), Sons of Somerset Book 4.

* * *

Contemporary Romance

[*Snowflake Wishes*](#), A Holly Springs Romance.

[*His Stand-In Holiday Girlfriend*](#), Christmas in the City 1.

[*Snowed In on Main Street*](#), Christmas in the City 2.

[*Melodies and Mistletoe*](#), Christmas in the City 3.

Acerca de la autora



Kasey Stockton es una amante acérrima de todo lo romántico. No discrimina géneros y disfruta de una amplia variedad de historias que incluyen “felices para siempre”. Atraída por el período de la Regencia, a una edad temprana, cuando su abuela le regaló una copia de *Sentido y sensibilidad*, al principio, Kasey comenzó a escribir romances de la Regencia. Desde entonces, ha publicado en una variedad de géneros, pero todos sus títulos pertenecen al “clean romance”. Originaria del norte de California, ahora reside en Texas con su propio príncipe azul y sus tres hijos. Cuando no lee, escribe o ve películas para chicas, le gusta correr, cortarse el pelo y cualquier cosa que sea chocolate.